



E. C. BENTLEY

EL ÚLTIMO CASO DE PHILIP TRENT



Lectulandia

De poco le servirá su poder al temido magnate estadounidense Sigsbee Manderson cuando el jardinero de su finca en la campiña inglesa lo encuentre muerto de un disparo... El pintor y detective aficionado Philip Trent, que sigue con entusiasmo el caso a través de los periódicos, descubre con su atenta lectura algunos detalles del crimen que parecen habersele pasado por alto a las autoridades: ¿por qué no llevaba la víctima su dentadura postiza? ¿Y cómo es que su joven y bella viuda parece tan aliviada por la tragedia? A pesar de lo descabellado de algunos de sus razonamientos y de un inesperado interés romántico, la apasionada entrega de Trent al arte de la deducción conseguirá desvelar lo que nadie esperaba que alguien como él fuese capaz de encontrar: la verdad.

La obra maestra de Bentley, fruto del hartazgo que causaba en él la infalibilidad de Sherlock Holmes, marcó el comienzo de la modernidad en el género con un memorable protagonista cuyo encanto reside, precisamente, en su capacidad para reírse de sus propios errores, mientras avanza con jovialidad por una de las más ingeniosas tramas que el lector pueda recordar.

Lectulandia

E. C. Bentley

El último caso de Philip Trent

ePub r1.0

Titivillus 12-11-2017

Título original: *The Last Case of Philip Trent*
E. C. Bentley, 1913
Traducción: Guillermo López Gallego
Portada: Image courtesy of the Advertising Archives

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

E. C. Bentley

EL ÚLTIMO CASO
DE PHILIP TRENT

Traducción del inglés de
Guillermo López Gallego

A Gilbert Keith Chesterton

Querido Gilbert:

Te dedico esta historia. Primero, porque el único motivo indisputablemente noble que tuve al escribirla fue la esperanza de que te gustara. Segundo, porque te debo un libro para responder a *El hombre que fue Jueves*. Tercero, porque, cuando te expliqué el plan, rodeados de franceses, hace dos años, te dije que lo haría. Cuarto, porque recuerdo el pasado.

Hoy he vuelto a pensar en aquellos tiempos asombrosos, cuando ni tú ni yo leíamos el periódico, cuando éramos puramente felices con el consumo ilimitado de papel, lápices, té y la paciencia de nuestros mayores; cuando nos entregamos a la literatura más estricta, y nosotros mismos producíamos la lectura ligera que fuera necesaria; cuando (en palabras del poeta de Canadá) estudiábamos las obras de la naturaleza, y también esas ranas pequeñas; en resumen, cuando éramos extremadamente jóvenes.

En nombre de aquella era te ofrezco este libro.

Siempre tuyo,

E. C. BENTLEY

Capítulo I

Malas noticias

El mundo que conocemos ¿cómo puede separar con conocimiento de causa lo que importa de lo que parece importante?

Cuando un disparo de mano desconocida desperdigó el cerebro retorcido e indomeñable de Sigsbee Manderson, ese mundo no perdió nada que mereciese una sola lágrima; ganó algo memorable con el duro recordatorio de la vanidad de riquezas como las que había acumulado el muerto, sin un solo amigo leal que lo llorara, sin una sola acción que honrara en lo más mínimo su memoria. Pero, cuando llegó la noticia de su fin, a quienes vivían en los grandes vórtices de los negocios les pareció como si también la tierra hubiese temblado sacudida por un golpe.

A lo largo de la escabrosa historia comercial de este país, ninguna figura anterior dejó semejante huella en el mundo de los negocios. Tenía su propio nicho en sus templos. Antes había habido gigantes financieros, que habían dirigido y aumentado con nervio las fuerzas del capital, y se habían llevado una buena tajada en recompensa de su trabajo; pero en el caso de Manderson se dio la peculiaridad de que curiosamente una aureola de romanticismo pirata, cosa que ocupa un lugar especial en el corazón de sus compatriotas, siguió ciñendo su cabeza durante los años en que a ojos de todos se alzó como incontestado guardián de la estabilidad, aniquilador de crisis manipuladas y enemigo de los caudillos invasores que infestan las fronteras de Wall Street.

La fortuna que dejó su abuelo, que fue uno de dichos caudillos, a la escala menor de su época, le llegó acrecentada por su padre, que durante una vida larga siguió prestando dinero de forma moderada. Manderson, que jamás supo lo que era vivir sin enormes sumas de dinero a su alcance, debería haber formado parte de esa plutocracia estadounidense más nueva controlada por la tradición y el hábito de la gran riqueza. Pero no fue así. Si bien su crianza y su educación le habían infundido ideas europeas acerca de las circunstancias externas apropiadas para un hombre rico; si bien le habían imbuido una proclividad a la magnificencia discreta, la suntuosidad mayor que no se pregona a los cuatro vientos; aun así, le fue transmitido mucho del *forty-niner*^[1] y el bucanero financiero, su antepasado. Durante esa primera etapa de su carrera en los negocios que se dio en llamar su mal estilo temprano, fue poco más que un jugador genial, que jugaba sus cartas contra las de todos, un niño prodigio que proporcionó a la fascinante práctica de la especulación un cerebro mejor dotado que todos los que se le enfrentaban. En Santa Elena quedó establecido que la guerra es *une belle occupation*; y así halló el joven Manderson la multitudinaria y complicada

trifulca de la Bolsa de Nueva York.

Luego aconteció su transformación. A la muerte de su padre, cuando Manderson contaba treinta años, pareció recibir una nueva revelación del poder y la gloria del dios al que servía. Con la repentina y elástica plasticidad propia de su nación, se dedicó desde entonces al trabajo constante en el negocio bancario de su padre, prestando oídos sordos al sonido de las batallas de Wall Street. En pocos años, se hizo con el control de todas las actividades de la gran compañía que, con su conservadurismo incontestado, su seguridad y su peso financiero, se alzaba como un acantilado sobre el airado mar de los mercados. Toda desconfianza basada en las ocupaciones de su juventud se desvaneció. Era evidentísimo que era un hombre diferente. Nadie sabía a ciencia cierta cómo se produjo la transformación, pero corrían rumores sobre supuestas últimas palabras que pronunció su padre, la única persona a la que había respetado y tal vez querido.

Empezó a dominar la situación financiera. Al poco, su nombre era conocido en las Bolsas del mundo. Quien pronunciaba el nombre de Manderson invocaba una imagen de cuanto es sólido y firme en la vasta riqueza de los Estados Unidos. Planeó grandes combinaciones de capital, consolidó y centralizó industrias de escala continental, financió con criterio infalible los amplios designios del Estado o la empresa privada. A menudo, al «hacerse con el control» para aplastar una huelga, o al asociar la propiedad de un sector con mucha mano de obra, llevó a la ruina a multitudes de pequeños hogares; y, cuando los mineros, los obreros de los altos hornos o los jornaleros lo desafiaban y llamaban al desorden, podía ser más intratable y despiadado que ellos. Pero lo hacía en ejercicio de una actividad comercial legítima. Puede que decenas de millares de pobres maldijeran su nombre, pero el financiero y el especulador ya no lo detestaban. Tendía la mano para proteger o manipular el poder de la riqueza en todos los rincones del país. Contundente, frío e infalible, en todo lo que hacía servía a la pasión nacional por la magnitud; y su país, agradecido, lo apodó el Coloso.

Pero en este periodo tardío hubo un aspecto de Manderson que permaneció desconocido e insospechado durante largo tiempo, salvo para unos pocos, sus secretarios y tenientes y ciertos camaradas de sus remotos días turbulentos. Este pequeño círculo sabía que Manderson, el pilar de los negocios sensatos y la estabilidad de los mercados, sentía momentos de nostalgia por los tiempos agitados en que su nombre hacía temblar Wall Street. Uno de ellos decía que era como si Barbanegra hubiese sentado la cabeza y hubiese usado su botín para convertirse en un comerciante decente de Bristol. De cuando en cuando, el pirata lanzaba una mirada asesina, con el puñal entre los dientes y las cerillas chisporroteando en la banda del sombrero. Durante esos espasmos de recrudescimiento en el despacho interior de Manderson, Colefax y Compañía se planeaban sobre el papel asaltos tempestuosos a los mercados. Pero nunca se llevaban a la práctica. Barbanegra sofocaba el motín de su antiguo ser y se dirigía sobriamente a la contaduría..., tal vez tarareando entre

dientes uno o dos compases de un canto de marineros. Manderson se permitía la inocua satisfacción, en cuanto había pasado el momento de actuar, de señalar a algún príncipe Ruperto de los mercados cómo podría haberse llevado a cabo un golpe que habría constituido un millón para el depredador. «Me parece», decía casi con melancolía, «que Wall Street se está volviendo muy aburrida desde que me fui». Poco a poco, esta amable flaqueza del Coloso llegó a oídos del mundo de los negocios, que se regocijó enormemente al conocerla.

Ante la noticia de su muerte, el pánico recorrió los mercados como un huracán; porque llegó en un momento poco afortunado. Los precios se tambaleaban y caían como torres durante un terremoto. Durante dos días, Wall Street fue un infierno clamoroso de pálida desesperación. A lo largo y ancho de los Estados Unidos, dondequiera que la especulación tuviese devotos, hubo un viento de ruina, una plaga de suicidios. También en Europa fueron muchos los que se quitaron la vida lamentablemente unida al destino de un financiero al que muy pocos de ellos habían llegado a ver. En París, un banquero muy conocido salió en silencio de la Bolsa y cayó fulminado sobre la ancha escalinata entre la frenética multitud de judíos, con un frasco roto en la mano. En Fráncfort, otro saltó desde lo alto de la catedral, dejando una mancha más roja donde chocó que la roja torre. Hubo quienes se acuchillaron y se dispararon y se ahorcaron, bebieron su muerte o la inhalaron, porque en un rincón solitario de Inglaterra un corazón frío consagrado al servicio de la avaricia había dejado de latir.

El golpe no pudo llegar en peor momento. Ocurrió cuando Wall Street se hallaba en estado de «alarma» reprimida; reprimida, porque desde hacía una semana los grandes intereses que actuaban de manera consensuada o estaban directamente controlados por el Coloso habían estado combatiendo a la desesperada los efectos del arresto repentino de Lucas Hahn y la revelación del saqueo de los bancos Hahn. Esta bomba, a su vez, había estallado cuando el marco estaba «inflado» por encima de su valor real. En la jerga del lugar, era inminente una caída. Los informes de los productores de maíz no habían sido buenos, y había habido dos o tres declaraciones de los ferrocarriles que fueron mucho peores de lo que se esperaba. Pero, en cualquier punto de la vasta área de especulación en que se hubiera hecho notar la sacudida de la amenaza de hundimiento, «la gente de Manderson» había tomado cartas en el asunto y sostenido el mercado. Durante toda la semana, la mente de los especuladores, tan superficial como veloz, tan apasionada como codiciosa, había visto en ello la mano protectora del gigante extendida desde la lejanía. Manderson, decía el coro mediático, estaba en comunicación constante con sus tenientes de Wall Street. Un periódico publicó la cifra aproximada de la suma gastada en telegramas entre Nueva York y Marlstone en las últimas veinticuatro horas; relató que la oficina de correos había enviado un pequeño equipo de expertos operadores a Marlstone para que se hiciera

cargo del torrente de mensajes. Otro reveló que Manderson, ante las primeras noticias del desplome de Hahn, había tomado medidas para dejar sus vacaciones y volver a casa a bordo del *Lusitania*; pero que pronto tuvo la situación tan controlada que había decidido quedarse donde estaba.

Todo esto era falso, una fantasía más o menos consciente de los «redactores financieros», deliberadamente difundida y alentada por los astutos empresarios del grupo Manderson, que sabían que nada favorecería tanto sus planes como esa entelequia del culto al héroe; sabían también que Manderson no había respondido una palabra a sus mensajes, y que Howard B. Jeffrey, el de Acero y Hierro, era el auténtico artífice de la victoria. Así que hicieron de tripas corazón durante cuatro días febriles, y los ánimos se serenaron. El sábado, a pesar de que a los pies del señor Jeffrey seguían retumbando murmullos volcánicos de inquietud, este prácticamente dio su tarea por acabada. El mercado se mantenía firme y avanzaba despacio. Wall Street se echó a dormir el domingo, agotada, pero agradecida y sosegada.

En el transcurso de la primera hora de operaciones del lunes, un rumor espantoso recorrió veloz los sesenta acres del centro financiero. Surgió como surgen los relámpagos: con un parpadeo que no se sabe de dónde viene; aunque se sospecha que primero fue un susurro al teléfono —unido a una orden de venta urgente— de un empleado del Servicio Telegráfico. Un violento espasmo hizo temblar las cotizaciones. En cinco minutos, el ruido sordo del mercado callejero de la calle Broad subió a una nota aguda de interrogación frenética. Desde el interior de la propia colmena de la Bolsa se escuchaba una algarabía de murmullos asustados, y los hombres entraban y salían apresurados y sin sombrero. ¿Era verdad?, preguntaban todos; y todos respondían, con labios trémulos, que era una mentira propalada por un interés «de cortas miras» carente de escrúpulos que trataba de cubrirse las espaldas. Un cuarto de hora más tarde, llegaron noticias de un derrumbe repentino y ruinoso de los yanquis al cierre de la Bolsa de Londres. No hizo falta más. Nueva York todavía tenía por delante cuatro horas de operaciones. La estrategia de señalar a Manderson como salvador y guardián de los mercados se había vuelto contra sus autores con fuerza aniquiladora, y Jeffrey, con la oreja puesta en su teléfono personal, escuchaba el relato del desastre apretando los dientes. El nuevo Napoleón había perdido su Marengo. Veía cómo el paisaje financiero al completo se deslizaba y caía en el caos ante sus ojos. En media hora, la noticia del hallazgo del cadáver de Manderson, con el inevitable rumor de que se trataba de un suicidio, estaba en las prensas de una docena de periódicos; pero antes de que un ejemplar llegase a Wall Street, el tornado de pánico ya había alcanzado su punto álgido, y Howard B. Jeffrey y sus colaboradores se vieron arrastrados como hojas ante su soplido.

Todo ello surgió de la nada.

En el entramado general de la vida no había cambiado nada. El maíz no había

dejado de madurar al sol. Los ríos llevaban sus gabarras y daban energía a una miríada de motores. Los rebaños engordaban en los pastos; el ganado era incontable. Los hombres trabajaban aquí y allá en las diversas servidumbres en las que habían nacido, y las cadenas no les molestaban más que de costumbre. Belona se revolvía y murmuraba como siempre, pero seguía durmiendo un sueño intranquilo. Para toda la humanidad, salvo para uno o dos millones de jugadores medio enloquecidos, completamente ajenos a la realidad, la muerte de Manderson no significaba nada; el mundo siguió rodando. Semanas antes de su muerte, unas manos fuertes controlaban cada cable de la enorme red de comercio e industria que supervisaba. Antes de dar sepultura a su cadáver, sus compatriotas hicieron un extraño descubrimiento: la existencia del potente motor de monopolio que recibía el nombre de Sigsbee Manderson no era necesaria siquiera para la prosperidad material. El pánico se apagó por sí solo en dos días, todo se recogió, los arruinados se esfumaron; el mercado «recobró la normalidad».

Mientras el breve delirio se aquietaba, estalló en Inglaterra un escándalo nacional que de pronto atrajo la atención de dos continentes. A la mañana siguiente, hubo un accidente en el Chicago Limited, y el mismo día un conocido político fue asesinado a sangre fría por el hermano de su mujer en la calle en Nueva Orleans. Una semana después de su aparición, «la historia de Manderson», según el acreditado entender de los redactores de una punta a otra de los Estados Unidos, estaba «pasada». La marejada de visitantes estadounidenses que se extendía por Europa se arremolinaba alrededor del monumento o la estatua de muchos hombres que habían muerto en la miseria; y en ningún momento pensaron en su plutócrata más famoso. Como el poeta que murió en Roma, muy joven y pobre, hace cien años, fue enterrado lejos de su propia tierra; pero, por todos los hombres y mujeres de la patria de Manderson que acuden en tropel a la tumba de Keats en el cementerio al pie del monte Testaccio, no hay uno solo, ni lo habrá jamás, que se detenga con reverencia junto a la tumba del potentado tras la pequeña iglesia de Marlstone.

Capítulo II

Poner la ciudad patas arriba

Encima de la mesa de Sir James Molloy, en la única habitación amueblada con comodidad en las oficinas del *Record*, zumbó el teléfono. Sir James hizo un gesto con la pluma, y el señor Silver, su secretario, dejó su trabajo y fue hacia el instrumento.

—¿Quién es? —dijo—. ¿Quién? No lo escucho... Oh, es el señor Bunner, ¿no? Sí, pero... Ya lo sé, pero esta tarde está ocupadísimo. ¿Le importaría?... Ah, ¿en serio? Vale, si es así, espere un momento, por favor.

Puso el receptor delante de Sir James.

—Es Calvin Bunner, la mano derecha de Sigsbee Manderson —dijo con concisión—. Insiste en que tiene que hablar con usted en persona. Dice que es una noticia muy grave. Llama de la casa de Bishopsbridge, así que va a tener que hablar alto.

Sir James miró el teléfono sin sombra de afecto y cogió el receptor.

—¿Y bien? —dijo en alto y escuchó—. Sí —añadió. Un momento después, el señor Silver, que lo miraba con interés, vio una mirada de asombro y horror—. ¡Dios mío! —musitó Sir James.

Aferrando el instrumento, se puso en pie despacio, sin dejar de atender en todo momento. De cuando en cuando, repetía: «Sí». Al punto, mientras escuchaba, miró de reojo al reloj, y habló al señor Silver por encima del transmisor.

—Vaya a buscar al señor Figgis y al joven Williams. Deprisa.

El señor Silver salió de la habitación como una exhalación.

El gran periodista era un irlandés alto, fuerte y listo de cincuenta años, de tez morena y con el bigote negro, un hombre de incansable energía para la profesión, conocido en la alta sociedad, a la que entendía muy bien y manipulaba con la habilidad medio cínica de su clase. Sin embargo, nada tenía de charlatán: no se hacía el misterioso, ni fingía saber lo que no sabía, y se daba cuenta al instante cuando los demás lo hacían. En su presencia apuesta, urbana y bien vestida había una nota un tanto siniestra cuando la cólera o una concentración intensa dejaban huella en torno a sus ojos y su entrecejo; pero, cuando nada refrenaba su naturaleza generosa, era el más cordial de los hombres. Presidía la compañía propietaria del periódico matutino más poderoso, el *Record*, y también el vespertino más indispensable, el *Sun*, cuyas oficinas estaban al otro lado de la calle. Además, era redactor jefe del *Record*, al cual con el transcurso de los años había proveído del personal más capaz y variado del país. Una de sus máximas era que, a falta de dones, uno debe hacerlo lo mejor posible a base de mérito consistente; y empleaba ambos en gran medida. Su personal lo

respetaba como a pocos en una profesión que no facilita el desarrollo de sentimientos de reverencia.

—¿Seguro que eso es todo? —preguntó Sir James, tras dedicar unos minutos a escuchar y preguntar con seriedad—. ¿Y desde cuándo se sabe?... Sí, claro, la policía, sí, pero ¿la servidumbre? Sin duda, a estas horas, por allá ya lo sabrá todo el mundo... Vale, lo vamos a intentar... Oiga, Bunner, no sabe cuánto se lo agradezco. Le debo una. Y ya sabe que lo digo en serio. Venga a verme en cuanto llegue a la ciudad... De acuerdo, muy bien. Ahora tengo que ponerme en marcha con la información. Adiós.

Sir James colgó el receptor y se hizo con un horario del ferrocarril que tenía enfrente en un estante. Tras consultar rápidamente dicho oráculo, lo tiró con una palabra contundente mientras el señor Silver entraba en la habitación a toda prisa, seguido de un hombre con gafas, de rasgos duros, y un joven de mirada alerta.

—Quiero que apunte unos cuantos datos, Figgis —dijo Sir James, desterrando toda señal de agitación y hablando con rápida calma—. En cuanto los tenga, deles forma tan rápido como pueda para una edición especial del *Sun*. —El hombre de rasgos duros asintió y echó una mirada al reloj, que marcaba las tres y unos minutos; sacó un cuaderno y acercó una silla al gran escritorio—. Silver —prosiguió Sir James—, vaya y dígame a Jones que envíe un telegrama muy urgente a nuestro corresponsal en la zona, y que deje lo que tenga entre manos y vaya a Marlstone de inmediato. Que no diga por qué en el telegrama. Ni una sola palabra sobre esta noticia hasta que la publique el *Sun*... Todos lo entienden. Williams, cruce y dígame al señor Anthony que esté preparado para un titular a dos columnas que va a poner la ciudad patas arriba. Dígame solo que tome todas las medidas y precauciones necesarias para una exclusiva. Dígame también que Figgis llegará en cinco minutos con los datos, y que más vale que le deje escribir la historia en su despacho particular. Al salir, pídale a la señorita Morgan que venga aquí a verme inmediatamente, y dígales a los de los teléfonos que traten de ponerme con el señor Trent. Cuando haya visto al señor Anthony, vuelva aquí y esté atento.

El joven de mirada alerta se desvaneció como un fantasma.

Sir James se volvió al instante hacia el señor Figgis, que tenía el lápiz preparado sobre el papel.

—Sigsbee Manderson ha sido asesinado —empezó rápida y claramente, dando zancadas con las manos a la espalda. El señor Figgis garabateó un renglón de taquigrafía igual de emocionado que si le hubieran dicho que hacía buen día: gajes del oficio—. Su esposa, él y dos secretarios llevan la última quincena en la casa llamada White Gables^[2], en Marlstone, cerca de Bishopsbridge. La compró hace cuatro años. Desde entonces, los Manderson han pasado allí parte de los veranos. Anoche se acostó hacia las once y media, como solía. Nadie sabe cuándo se levantó y salió de casa. Nadie lo ha echado de menos hasta esta mañana. Hacia las diez, el jardinero ha encontrado el cadáver. Estaba en la finca, al lado de un cobertizo. La

habían disparado en la cabeza, en el ojo izquierdo. Ha debido de fallecer al instante. No le habían robado, pero tenía marcas en las muñecas que indican que hubo un forcejeo. Han mandado llamar de inmediato al doctor Stock, de Marlstone, que realizará la autopsia. La policía de Bishopsbridge, que ha llegado rápido, no suelta prenda, pero se cree que no tienen la menor idea de la identidad del asesino. Y eso es todo, Figgis. El señor Anthony lo está esperando. Ahora tengo que llamarlo por teléfono y aclarar unas cuantas cosas.

El señor Figgis levantó la mirada.

—Se ha puesto al frente del caso —sugirió— a uno de los detectives más capaces de Scotland Yard. No es una afirmación arriesgada.

—Como quiera —dijo Sir James.

—¿Y la señora Manderson? ¿Estaba allí?

—Sí. ¿Por qué pregunta?

—Abatida por el *shock* —aventuró el periodista— y no quiere ver a nadie. Interés humano.

—Yo que usted no pondría eso, señor Figgis —dijo una voz queda. Pertenecía a la señorita Morgan, una mujer pálida y grácil, que había aparecido silenciosamente mientras avanzaba el dictado—. Conozco a la señora Manderson —prosiguió, volviéndose hacia Sir James—. Parece bastante sana e inteligente. ¿Han asesinado a su marido? No creo que se haya quedado abatida. Es más probable que esté haciendo todo lo posible para ayudar a la policía.

—Más o menos del estilo de usted, señorita Morgan —dijo Sir James con una sonrisa fugaz. La imperturbable eficiencia de esta señorita era proverbial en la redacción—. Elimínelo, Figgis. ¡Váyase! Veamos, señora mía, me imagino que ya sabe lo que quiero.

—Resulta que nuestra biografía de Manderson está bastante actualizada —respondió la señorita Morgan, bajando las oscuras pestañas mientras estudiaba la posición—. La revisé hace solo unos meses. Está prácticamente lista para la edición de mañana. Diría que el *Sun* haría bien en usar el esbozo de su vida que sacaron hace cosa de dos años, cuando fue a Berlín y arregló el incidente de la potasa. Recuerdo que era un buen esbozo, y no van a poder sacar mucho más. En cuanto a nuestro periódico, tenemos montones de recortes, claro está, casi todos malos. Los correctores los recibirán en cuanto lleguen. Además, tenemos dos retratos muy buenos que son propiedad nuestra; el mejor es un dibujo que hizo el señor Trent cuando ambos coincidieron en el mismo barco no sé dónde. Es mejor que todas las fotografías; pero usted dice que el público prefiere una mala fotografía a un buen dibujo. Se los enviaré inmediatamente, para que escoja. Si no me equivoco, el *Record* tiene ventaja en esta situación, salvo por el hecho de que no va a poder mandar un enviado especial a tiempo para que entre nada en la edición de mañana.

Sir James suspiró hondo.

—¿Y de qué servimos nosotros? —preguntó acongojado al señor Silver, que

había regresado a su mesa—. Hasta se sabe de memoria la *Bradshaw*^[3].

La señorita Morgan se ajustó los puños con aire de paciencia.

—¿Algo más? —preguntó, al tiempo que sonaba el teléfono.

—Sí, una cosa —respondió Sir James, mientras levantaba el receptor—. Quiero que alguna vez cometa un error grave, señorita Morgan, una metedura de pata inolvidable, para quedar en paz.

Esta se permitió una sombra de lo que habría sido una sonrisa encantadora mientras salía.

—¿Anthony? —preguntó Sir James, y al punto quedó absorto en la conversación con el redactor del otro lado de la calle.

Rara vez entraba en el edificio del *Sun* en persona; el ambiente de un periódico vespertino, decía, estaba muy bien..., si a uno le gustaban esas cosas. El señor Anthony, el Murat de la calle Fleet^[4], al que le encantaba cabalgar sobre el torbellino y librar una batalla tumultuosa contra el reloj, decía lo mismo de los periódicos matutinos.

Cosa de cinco minutos después, un mozo de uniforme entró y dijo que el señor Trent estaba al aparato. Sir James acabó bruscamente su conversación con el señor Anthony.

—Que me lo pasen inmediatamente —le dijo al mozo—. ¡Hola! —gritó al teléfono pasados unos momentos.

Una voz replicó en el instrumento:

—¡Ni hola ni holo! ¿Qué quiere?

—Aquí Molloy —dijo Sir James.

—Ya lo sé —repuso la voz—. Aquí Trent. Tengo un cuadro a medias y se ha visto interrumpido en un punto crítico. ¡Bueno, solo espero que sea importante!

—Trent —dijo Sir James en tono impresionante—, es importante. Quiero que haga un encargo para nosotros.

—Querrá decir una nadería —replicó la voz—. Créame, no quiero vacaciones. Estoy en racha. Estoy haciendo cosas bastante decentes. ¿Por qué no me deja en paz?

—Ha ocurrido algo gravísimo.

—¿Qué?

—Han matado a Sigsbee Manderson de un disparo en la cabeza, y nadie sabe quién ha sido. Han encontrado el cuerpo esta mañana. Ha ocurrido en su casa, cerca de Bishopsbridge. —Sir James pasó a relatar a su interlocutor, de forma clara y sucinta, los hechos que había comunicado al señor Figgis—. ¿Qué le parece? —concluyó.

No obtuvo más respuesta que un gruñido reflexivo.

—Venga —exhortó Sir James.

—¡No me tiente!

—¿Irá?

Hubo una corta pausa.

—¿Sigue ahí? —dijo Sir James.

—Oiga, Molloy —estalló la voz, quejumbrosa—, puede que en esto haya un caso para mí, y puede que no. No hay forma de saberlo. Puede que sea un misterio; puede que sea más fácil que freír un huevo. Lo de que no hayan robado nada es interesante, pero quizá lo haya liquidado un miserable vagabundo al que se encontró durmiendo en la finca y al que intentó echar. Le pega. En ese caso, no sería raro que el homicida hubiera tenido suficiente sentido común para darse cuenta de que dejar el dinero y los objetos de valor era lo más seguro. Sinceramente, no me gustaría tener nada que ver con el ahorcamiento de un pobre diablo que le ha apagado la vela a un tipo de las hechuras de Sig Manderson como medida de protesta social.

Sir James sonrió al teléfono, una sonrisa de éxito.

—Vamos, muchacho, se está ablandando. Reconozca que quiere ir y echar un vistazo al caso. Lo sabe. Si al final se trata de algo en lo que prefiera no entrar, es libre de dejarlo. Por cierto, ¿dónde está?

—A merced de un viento errante —respondió la voz, indecisa—, y vano, vano, vano es el placer^[5].

—¿Puede estar aquí en una hora? —insistió Sir James.

—Supongo que sí —gruñó la voz—. ¿Cuánto tiempo tengo?

—¡Bravo, muchacho! Bueno, hay tiempo de sobra... Eso es lo malo. Por esta noche, no me queda más remedio que apoyarme en mi corresponsal en la zona. El único tren decente de hoy ha salido hace media hora. El siguiente es lento, parte de la estación de Paddington a medianoche. Si quiere, le dejo el Destructor. —Sir James se refería a un velocísimo automóvil que tenía—, pero no llegaría a tiempo de hacer nada esta noche.

—Y además no dormiría. No, gracias. Prefiero el tren. Ya sabe que me gusta mucho viajar en tren; se me da muy bien. Soy el fogonero y el fogonado. Soy la canción que canta el maletero.

—¿Cómo dice?

—Da igual —dijo con voz triste—. Oiga —continuó—, ¿su gente podría buscarme un hotel cerca del escenario del crimen, y mandar un telegrama para reservar una habitación?

—Inmediatamente —dijo Sir James—. Venga en cuanto pueda.

Colocó el receptor en su sitio. Según volvía a sus papeles, un clamor estridente volvió a estallar abajo, en la calle. Fue a la ventana. Una panda de chicos excitados bajaba a la carrera las escaleras del edificio del *Sun* y recorría el angosto pasaje que llevaba a la calle Fleet. Cada uno llevaba su fardo de periódicos y un cartel grande con una sencilla leyenda:

MATAN A
SIGSBEE MANDERSON

Sir James sonrió e hizo sonar con alegría la calderilla que llevaba en los bolsillos.
—Es un buen reclamo —comentó al señor Silver, que estaba de pie a su lado.
Ese fue el epitafio de Manderson.

Capítulo III

Desayuno

A eso de las ocho de la mañana del día siguiente, el señor Nathaniel Burton Cupples estaba de pie en la terraza del hotel de Marlstone. Estaba pensando en el desayuno^[6]. En su caso, esta expresión debía ser tomada al pie de la letra: era verdad que estaba pensando en el desayuno, de la misma manera que pensaba en todo acto consciente de su vida cuando el tiempo lo permitía. Cavilaba que la víspera la conmoción y la actividad que sucedieron al hallazgo del muerto le trastocaron el apetito, y llevaron a que consumiese considerablemente menos alimento de lo habitual. Esa mañana tenía mucha hambre, puesto que llevaba una hora levantado y activo; y decidió permitirse la tercera tostada y otro huevo; lo demás, como siempre. El déficit restante tendría que compensarlo en el almuerzo, pero ya habría tiempo para pensarlo.

Una vez hubo decidido eso, el señor Cupples se dedicó a disfrutar de la vista durante unos minutos antes de pedir. Con ojo de entendido exploró la belleza de la abrupta costa, donde una gran roca horadada se alzaba de un mar cristalino, y el atractivo orden de los amplios niveles de pasto, cultivo y bosque que descendían con suavidad desde lo alto de los acantilados al páramo lejano. Al señor Cupples le encantaban los paisajes.

Era un hombre de mediana estatura y constitución enjuta, que rondaba los sesenta, de salud bastante delicada por naturaleza, pero fuerte y activo para su edad. Una barba y un bigote ralos y descuidados no escondían una boca fina pero amable; la mirada era penetrante y agradable; la nariz afilada y la mandíbula estrecha le daban un aire muy clerical, y su ropa oscura y corriente, así como el suave sombrero negro ahondaban esa impresión. En efecto, causaba un efecto sacerdotal. Era un hombre de mente inusualmente meticulosa, diligente y ordenada, con poca imaginación. Su familia había tenido por costumbre contratar al servicio doméstico mediante anuncios en que, sin faltar a la verdad, se describía como sería. De alguna manera había escapado de esa fortaleza sombría con dos virtudes de santidad intactas: una bondad inagotable y una capacidad para la alegría inocente que nada tenía que ver con el humor. En otro tiempo y con formación eclesiástica podría haber alcanzado la púrpura. En realidad, era un miembro muy bien considerado de la Sociedad Positivista de Londres, banquero jubilado, viudo sin hijos. Su vida austera pero no infeliz transcurría fundamentalmente entre libros y en los museos; tenía conocimientos profundos y acumulados con paciencia sobre un buen número de asuntos curiosamente inconexos que en una época u otra habían despertado su interés, y le habían valido un lugar en el silencioso y oscuro mundo de los catedráticos, los

conservadores y los fanáticos de la investigación; nunca estaba más a sus anchas que en sus cenas amigables y serias. Su autor favorito era Montaigne.

Justo cuando el señor Cupples estaba acabando el desayuno sentado a la mesita en la terraza, un gran automóvil pasó por el camino de delante del hotel.

—¿Quién es? —preguntó al camarero.

—Es el director —dijo el joven con desgana—. Ha ido al tren a recoger a un caballero.

El coche aparcó y el botones se acercó corriendo desde la entrada. El señor Cupples profirió una exclamación de placer al ver que un hombre alto de constitución laxa, mucho más joven que él, salía del coche y subía a la terraza, tirando el sombrero a una silla. Su cara, quijotesca y de pómulos prominentes, mostraba una sonrisa agradable; llevaba la ropa basta de *tweed*, y el pelo y el bigote corto aceptablemente descuidados.

—¡Cupples, menudo milagro! —gritó el hombre, abalanzándose sobre el señor Cupples antes de que este pudiera ponerse en pie y aferrando su mano extendida en un fuerte apretón—. Hoy me sonrío la suerte —prosiguió espasmódicamente el recién llegado—. Es la segunda dosis en una hora. ¿Cómo está, queridísimo amigo? ¿Y qué hace aquí? ¿Por qué os sentáis junto a las ruinas de ese desayuno? ¿Recordáis su antiguo orgullo, o acaso os preguntáis cómo cayó^[7]? ¡Qué alegría verlo!

—Casi lo esperaba a usted, Trent —respondió el señor Cupples, con la cara laureada de sonrisas—. Tiene una pinta espléndida, camarada. Se lo voy a contar todo. Pero no puede haber desayunado todavía. ¿Quiere desayunar en mi mesa?

—¡Ya lo creo! —dijo el hombre—. Un desayuno enorme, además..., con una conversación refinada y lágrimas de reconocimiento que brotan sin cesar. ¿Le importa pedirle al joven Siegfried que me traiga un servicio mientras voy a lavarme? No tardo ni tres minutos.

Desapareció dentro del hotel, y el señor Cupples, tras pensarlo un momento, fue al teléfono de la oficina del botones.

Al regresar se encontró con que su amigo ya estaba sentado, sirviéndose té, y dando muestras de un interés sincero en la selección de comida.

—Sospecho que hoy voy a tener un día difícil —dijo, con la peculiar pronunciación errática que parecía tener por costumbre—. Es probable que no vuelva a comer hasta la cena. Ya se imagina por qué estoy aquí, ¿verdad?

—Sin duda alguna —dijo el señor Cupples—. Ha venido a escribir sobre el asesinato.

—Lo ha expresado usted de forma bastante sosa —respondió el tal Trent, al tiempo que diseccionaba un lenguado—. Preferiría decir que he venido a guisa de vengador de la sangre, para rastrear al culpable y vindicar el honor de la sociedad. A eso me dedico. Servicio a familias en sus residencias particulares. Oiga, Cupples, he empezado con buen pie. Espere un poco y le cuento.

Se hizo un silencio durante el cual el recién llegado comía rápido y con aire

abstraído, mientras el señor Cupples lo observaba feliz.

—El señor director —dijo a la postre el hombre alto— es un tipo con mucho criterio. Es admirador mío. Sabe más sobre mis mejores casos que yo mismo. El *Record* telegrafió anoche para decir que iba a venir, y cuando he salido del tren a las siete de la mañana ahí estaba esperándome con un automóvil del tamaño de un almiar. No cabe en sí de gozo de tenerme como huésped. Lo que es la fama. —Bebió una taza de té y prosiguió—: Lo primero que hizo al verme casi fue preguntarme si quería ver el cuerpo de la víctima; si así fuera, creía que podría arreglarlo. Es listo como un zorro. El cuerpo está en el quirófano del doctor Stock, ¿sabe?, en el pueblo, tal como estaba cuando lo encontraron. Va a hacerle la autopsia esta mañana, por cierto, así que he llegado justo a tiempo. Bueno, me ha llevado a ver al médico a toda velocidad, y por el camino ha ido dándome todos los detalles del caso. Para cuando hemos llegado, estaba al cabo de la calle. Supongo que el director de un sitio como este tiene cierta influencia sobre el médico. Fuera como fuere, este no ha puesto ninguna pega; tampoco el policía de guardia, aunque ha tenido la precaución de insistir en que no lo mencione en el periódico.

—Yo vi el cuerpo antes de que se lo llevaran —observó el señor Cupples—. No me pareció que hubiera nada que destacar, salvo que el disparo en el ojo apenas había desfigurado el rostro, y por lo visto casi no sangró. Tenía las muñecas arañadas y magulladas. Supongo que, con su entrenamiento y sus facultades, usted habrá podido observar otros detalles de naturaleza sugerente.

—Otros detalles, sí; pero no tengo tan claro que sugieran nada. Son extraños, nada más. Las muñecas, por ejemplo. ¿Cómo puede ser que viera usted que tenían arañazos y magulladuras? Estoy seguro de que vio a Manderson más de una vez por aquí antes del asesinato.

—Claro —dijo el señor Cupples.

—Bien, ¿y alguna vez le vio las muñecas?

El señor Cupples meditó.

—No. Ahora que lo dice, recuerdo que, cuando hablé con Manderson aquí, llevaba puños duros que le llegaban a las manos.

—Los llevaba siempre —dijo Trent—, según mi amigo el director. Le he señalado el hecho en que no reparó usted, que no se veían los puños, porque en realidad estaban metidos en las mangas, como los llevaría usted si se hubiera puesto la chaqueta con prisas y no se hubiera sacado los puños. Por eso se le veían las muñecas.

—Bueno, yo diría que eso es sugerente —observó con amabilidad el señor Cupples—. Tal vez podría deducirse que cuando se levantó se vistió a toda prisa.

—Sí, pero ¿fue así? El director ha dicho exactamente lo mismo que usted. «Siempre fue muy atildado», me ha dicho, y ha llegado a la conclusión de que, cuando Manderson se levantó de esa manera misteriosa, antes de que hubiera actividad en la casa, y salió de allí, tenía mucha prisa. «Fíjese en los zapatos», me ha

dicho: «El señor Manderson siempre fue especialmente cuidadoso con el calzado. Pero esos cordones están atados con prisa». Le he dado la razón. «Y se dejó la dentadura postiza en la habitación», ha afirmado el director. «No me diga que eso no prueba que estaba aturdido y apurado». Le he dicho que efectivamente daba esa impresión, pero he añadido: «Mire aquí: si tenía tanta prisa, ¿por qué se hizo la raya con tanto cuidado? Esa raya es una obra de arte. ¿Por qué se ha puesto tanta cosa? Porque llevaba toda la ropa interior, gemelos, ligas para los calcetines, un reloj con su cadena, dinero, llaves y cosas en los bolsillos». Eso le he dicho al director. No ha podido encontrarle explicación. ¿Y usted?

El señor Cupples reflexionó.

—Esos datos podrían sugerir que le entró prisa cuando estaba acabando de vestirse. La chaqueta y los zapatos serían lo último que se pusiera.

—Pero no la dentadura postiza. Pregúntele a cualquiera que la use. Además, me han dicho que no se había lavado al levantarse, lo cual, en un hombre pulcro, apunta a que tenía prisa desde el primer momento. Y otra cosa. Llevaba uno de los bolsillos del chaleco forrado con badana para guardar el reloj de oro. Pero había metido el reloj en el otro bolsillo. Eso, en una persona de costumbres fijas, es rarísimo. La verdad es que hay señales de gran nerviosismo y premura, y hay señales de todo lo contrario. Por ahora, no tengo ninguna hipótesis. Primero debo reconocer el terreno, si consigo caerle en gracia a la gente de la casa.

Trent volvió a dedicarse al desayuno.

El señor Cupples le sonrió con benevolencia.

—Precisamente en eso —dijo— puedo serle de cierta ayuda. —Trent levantó la mirada, sorprendido—. Ya le he dicho que casi lo esperaba. Voy a explicarle la situación. La señora Manderson, que es sobrina mía...

—¿Cómo? —Trent dejó el cuchillo y el tenedor sobre la mesa con un clac—. Cupples, no se burle de mí.

—Lo digo totalmente en serio, Trent, de veras —replicó con seriedad el señor Cupples—. Su padre, John Peter Domecq, era hermano de mi esposa. Supongo que nunca le he hablado de mi sobrina ni de con quién estaba casada. A decir verdad, siempre me ha resultado doloroso, y he evitado mencionárselo a todo el mundo. Volviendo a lo que iba a decirle: anoche, cuando estuve en la casa... Por cierto, desde aquí se ve. La ha pasado en el coche. —Señaló un tejado rojo entre unos chopos a cosa de trescientos metros de distancia, el único edificio visible que se alzaba al margen del pueblo diminuto en el hueco que tenían debajo.

—Así es —dijo Trent—. El director me ha contado todo al respecto, entre otras cosas, viniendo de Bishopsbridge.

—No es el único que ha oído hablar de usted y sus trabajos —prosiguió el señor Cupples—. Como le iba diciendo, anoche, cuando estuve allá, el señor Bunner, que es uno de los dos secretarios de Manderson, formuló su esperanza de que el *Record* lo mandase a usted ocuparse del caso, dado que la policía parecía desorientada.

Mencionó uno o dos de sus éxitos pasados, y Mabel, mi sobrina, mostró interés cuando se lo conté, más tarde. Ella lo está llevando de manera admirable, Trent; tiene una fortaleza notable. Dijo que recordaba haber leído sus artículos sobre el caso Abinger. La horroriza enormemente el lado mediático de este triste asunto, y me había rogado que hiciera lo posible por alejar a los periodistas. No me cabe duda de que se hace cargo, Trent; en realidad no tiene que ver con la profesión. Pero dijo que parecía usted tener grandes cualidades como detective, y que no pondría obstáculos a nada que pueda esclarecer el crimen. Entonces le dije que es amigo mío, y lo describí como persona de tacto y considerada con los sentimientos de los demás; en conclusión, dijo que, si usted viniera, le gustaría que recibiera toda la ayuda posible.

Trent se inclinó sobre la mesa y estrechó la mano del señor Cupples en silencio. El señor Cupples, encantado con el cariz que estaban tomando las cosas, prosiguió:

—Acabo de hablar por teléfono con mi sobrina, y se alegra de que haya venido. Me pide que le diga que puede preguntar cuanto quiera, y pone la casa y la finca a su disposición. Prefiere no verlo: no sale de su sala de estar. Ya la ha interrogado un detective de la policía que está allí, y no se siente capaz de volver a pasar por eso. Añade que no cree poder decir nada remotamente útil. Cree que los dos secretarios y Martin, el criado, que es un hombre inteligentísimo, podrán contarle todo lo que quiera saber.

Trent acabó el desayuno con las cejas fruncidas en un gesto pensativo. Cargó despacio su pipa y se sentó encima de la barandilla de la terraza.

—Cupples —dijo con voz queda—, ¿sabe usted algo de este asunto que prefiera no decirme?

El señor Cupples se sobresaltó levemente y lo contempló asombrado:

—¿A qué se refiere? —dijo.

—Me refiero a los Manderson. ¡Vamos a ver! ¿Sabe lo que me llama la atención al principio de este caso? Hete aquí un hombre que muere de forma violenta y repentina, y no parece que a nadie se le haya roto el corazón a causa de ello, por no decir otra cosa. El director de este hotel me ha hablado de él con tanta frialdad como si nunca le hubiera puesto los ojos encima, aunque tengo entendido que han sido vecinos todos los veranos desde hace años. A continuación, usted habla sobre el asunto con sangre más fría. Y la señora Manderson... Bueno, confío en que no le moleste que diga que tengo referencias de mujeres más afectadas por el asesinato de sus maridos de lo que ella parece estar. ¿Hay algo de eso, Cupples, o son imaginaciones mías? Una vez coincidí con él en un barco, pero no llegamos a hablar. Solo conozco el personaje público, que ya era bastante repulsivo. Verá, puede que tenga que ver con el caso; por eso lo pregunto.

El señor Cupples meditó su respuesta. Se mesó la barba rala y miró al mar. Por fin se volvió hacia Trent.

—No veo —dijo— por qué no habría de contárselo en confianza, querido camarada. Huelga decir que no debe contar ni una palabra de esto. La verdad es que

Manderson no le gustaba a nadie; y creo que a los que menos les gustaba es a los que tenía más cerca.

—¿Por qué? —interrumpió el otro.

—Casi nadie podía explicarlo. Si trato de dar cuenta de mis propios sentimientos, tan solo puedo decir que uno percibía en él una absoluta falta de empatía. No era grosero, ni violento, ni aburrido... Al contrario, podía ser en extremo interesante. Pero me daba la sensación de que no había criatura humana a la que no estuviera dispuesto a sacrificar para alcanzar sus objetivos, para imponerse e imponer su voluntad al mundo. Puede que fuera quimérico, pero me parece que no del todo. En todo caso, lo cierto es que Mabel, lamento decirlo, no era feliz. Casi le doblo la edad, querido muchacho, aunque con gran amabilidad usted siempre trata de hacer que me sienta coetáneo suyo... Me estoy haciendo viejo, y mucha gente ha tenido la bondad de confiarme sus cuitas conyugales; pero no he conocido otro caso como el de mi sobrina y su marido. La conozco desde que era niña, Trent, y sé... Me parece que entiende que no uso esa palabra a la ligera... Sé que es la mujer más amable y honesta, sin mencionar sus otros dones, que pueda desear un hombre. Pero Manderson llevaba tiempo haciéndola desgraciada.

—¿Qué hacía? —preguntó Trent cuando el señor Cupples se detuvo.

—Cuando se lo pregunté a Mabel, me dijo que parecía albergar un resentimiento perpetuo. La mantenía a distancia, y no quería contarle nada. No sé cómo comenzó la cosa ni qué había detrás; y ella solo quiso decirme que él no tenía ningún motivo para estar así. Creo que ella sabía lo que tenía en mente, fuera lo que fuera; pero es muy orgullosa. Por lo visto esto duró varios meses. Por fin, hace una semana, me escribió. Su madre falleció cuando era niña; y después de que muriera John Peter, fui una especie de padre para ella, hasta que se casó... De eso hace cinco años. Me pidió que viniese a ayudarla, y lo hice de inmediato. Por eso estoy aquí.

El señor Cupples se detuvo y bebió té. Trent fumaba y miraba fijamente el cálido paisaje de junio.

—No quería ir a White Gables —prosiguió el señor Cupples—. Me parece que ya sabe lo que pienso acerca de la constitución económica de la sociedad, y qué relación debe tener el capitalista con el empleado, y ya sabe, sin duda, cómo usó esa persona su enorme poder industrial en varias ocasiones tristemente célebres. Me refiero en concreto al conflicto en la minería de Pensilvania, hace tres años. Al margen de cualquier aversión personal, lo tenía por un criminal y una deshonra para la sociedad. Me vine a este hotel, y vi a mi sobrina aquí. Me contó lo que de forma somera acabo de contarle. Dijo que la preocupación y la humillación como consecuencia de todo ello, así como la presión de tener que guardar las apariencias de cara a la galería, le estaban pasando factura, y me pidió consejo. Le dije que creía que debía plantarle cara y exigir que le explicara esa manera de tratarla. Pero no quería. Siempre había optado por fingir que no había notado su cambio de actitud, y sabía que nada lograría intentando persuadirla de admitir ante él que estaba dolida, una vez el orgullo había

hecho acto de presencia. La vida está llena, querido Trent —dijo con un suspiro el señor Cupples—, de esos silencios obstinados y esos malentendidos enquistados.

—¿Ella lo amaba? —preguntó bruscamente Trent.

El señor Cupples no respondió de inmediato.

—¿Seguía amándolo? —enmendó Trent.

El señor Cupples jugueteó con la cucharilla.

—Tengo que decir —respondió despacio— que me parece que no. Pero no la malinterprete, Trent. No había poder terrenal capaz de persuadirla de admitirlo, quizá ni siquiera ante sí misma, en tanto se considerara vinculada a él. Y, por lo que tengo entendido, al margen del misterioso resentimiento de los últimos tiempos, siempre había sido considerado y generoso con ella.

—Decía usted que ella se negaba a aclararlo.

—Así es —respondió el señor Cupples—. Y yo sabía por experiencia propia que es del todo inútil tratar de razonar con los Domecq cuando se mete por medio su sentido de la dignidad. Así que le di vueltas, y al día siguiente esperé a que se presentase una oportunidad y vi a Manderson cuando pasaba junto a este hotel. Le pedí que me concediera unos minutos para charlar, y entró por la verja de ahí abajo. No habíamos tenido ningún tipo de comunicación desde la boda de mi sobrina, pero se acordaba de mí, evidentemente. Le expuse el asunto de inmediato y con claridad meridiana. Le dije que Mabel se había sincerado conmigo. Le dije que no iba a condonar ni condenar que me metiese en sus asuntos, pero que sufría, y consideraba que tenía derecho a pedirle explicaciones por ponerla en semejante brete.

—¿Y cómo se lo tomó? —dijo Trent, sonriendo de forma velada al paisaje. Imaginarse al hombre más moderado cantándole las cuarenta al formidable Manderson le resultaba agradable.

—No muy bien —contestó triste el señor Cupples—. Es más, todo lo contrario. Puedo repetirle casi exactamente lo que dijo... No fue mucho. Dijo: «Oiga, Cupples, no meta las narices en mis asuntos. Mi mujer sabe defenderse. Me he dado cuenta de eso, de eso y de otras cosas». Estaba completamente tranquilo..., ya sabe que tenía fama de no perder el control jamás..., pero tenía un brillo en los ojos que habría atemorizado a cualquiera que no tuviera razón, diría yo. Pero su última observación, y su tono, que no puedo reproducir, me habían soliviantado. Verá —dijo con sencillez el señor Cupples—, yo quiero a mi sobrina. Es la única criatura que ha habido en nuestra... En mi vida. Ítem más, mi esposa la crío, y al calor de la discusión no pude evitar sentir que todo comentario sobre Mabel era indirectamente un comentario sobre otra persona que ya no está con nosotros.

—Montó en cólera —sugirió Trent en tono quedo—. Le pidió que se explicase.

—Exacto —dijo el señor Cupples—. Por un momento, se me quedó mirando sin más, y notaba que se le hinchaba una vena en la frente... Fue bastante desagradable de ver. A continuación, dijo muy bajo: «Me parece que la cosa ha ido demasiado lejos», y se dio la vuelta.

—¿Se refería a la conversación? —preguntó Trent pensativo.

—De sus palabras se deducía que sí —contestó el señor Cupples—. Pero la manera en que habló me causó una sensación extraña que me inquietó mucho. Me dio la impresión de que había decidido algo siniestro. Pero lamento decir que para entonces había perdido la capacidad de pensar con frialdad. Estallé. —El tono del señor Cupples era vagamente pesaroso—. Y dije unas cuantas tonterías. Le recordé que la ley concede cierto margen de libertad a las esposas cuando se las trata de forma intolerable. Hice algunas alusiones por completo irrelevantes a su reputación, y le hice saber que los hombres como él no merecen vivir. Dije eso, y otras cosas igual de desafortunadas, a la vista, y probablemente al alcance del oído, de media docena de personas que estaban sentadas en la terraza. Me di cuenta, a pesar de mi agitación, de que me miraban conforme volvía a subir al hotel tras quedarme a gusto... Porque no cabe duda de que me quedé a gusto —suspiró el señor Cupples, recostándose en la silla.

—¿Y Manderson? ¿No dijo nada más?

—Ni una palabra. Me escuchó mirándome a la cara, tan callado como antes. Cuando paré, sonrió un poco, y al punto se volvió y salió tranquilamente por la puerta camino de White Gables.

—¿Y eso fue...?

—El domingo por la mañana.

—Supongo por lo tanto que no volvió a verlo con vida.

—No —dijo el señor Cupples—. Mejor dicho, sí... Una vez. Fue algo más tarde, en el campo de golf. Pero no hablé con él. Y a la mañana siguiente lo encontraron muerto.

Los dos se miraron en silencio durante unos instantes. Un grupo de huéspedes que volvían de bañarse subió las escaleras y se sentó con gran algarabía a una mesa cercana. El camarero se acercó. El señor Cupples se puso en pie y, tomando el brazo de Trent, lo llevó a una larga pista de tenis en un lado del hotel.

—Si le cuento todo esto es por algo —comenzó el señor Cupples mientras paseaban lentamente de un lado a otro.

—Ya lo suponía, tratándose de usted —replicó Trent, volviendo a cargar la pipa con cuidado. La encendió, fumó un poco, y luego dijo—: Voy a intentar adivinar de qué motivo se trata, si le parece.

El rostro solemne del señor Cupples se relajó y esbozó una sonrisa. No dijo nada.

—Ha pensado que era posible... —dijo Trent, meditabundo—... podría decirse que era casi seguro... que averiguase por mi cuenta que entre los Manderson había problemas más graves que una simple riña conyugal. Ha pensado que de inmediato mi imaginación malsana se pondría a dar vueltas a la idea de que la señora Manderson había tenido que ver con el crimen. En vez de dejarme perderme en especulaciones baldías al respecto, ha decidido contarme cómo estaban las cosas exactamente, y de paso hacerme ver, dada la alta consideración en que tengo el

criterio de usted, lo que opina de su sobrina. ¿Me equivoco?

—En absoluto. Escuche, querido amigo —dijo con seriedad el señor Cupples, poniendo una mano en el brazo del otro—, voy a ser muy sincero. Estoy contentísimo de que Manderson haya muerto. Creo que como factor económico no ha hecho más que mal en el mundo. Sé que estaba amargándole la vida a una persona que es como mi propia hija. Pero me causa un pavor insoportable la sola idea de pensar que Mabel pueda ser considerada sospechosa de asesinato. Me resulta horrible imaginar que su delicadeza y su bondad entren en contacto, aunque solo sea por un breve intervalo de tiempo, con las brutalidades de la ley. No está hecha para eso. Quedaría marcada. Supongo que en la actualidad muchas jóvenes de veintiséis años podrían afrontar semejante tormento. He observado una especie de dureza a imitación de los hombres en las mujeres de hoy en día con educación superior que tal vez les permitiera superar lo que fuera. No soy quién para decir que eso está mal, dadas las condiciones predominantes en la vida presente de las mujeres. Pero Mabel no es así. Tiene tan poco que ver con eso como con las señoritas afectadas que me rodeaban cuando era niño; tiene mucho carácter; tiene una mente y unos gustos refinados; pero todo ello está mezclado —el señor Cupples movió las manos en un gesto impreciso— con gran cantidad de refinamiento y reserva y misterio femenino. Me temo que no es hija de su tiempo. Usted no llegó a conocer a mi mujer, Trent. Mabel es hija de mi esposa.

El joven agachó la cabeza. Recorrieron toda la pista antes de que preguntase con amabilidad:

—¿Por qué se casó con él?

—No lo sé —dijo el señor Cupples de forma sucinta.

—Supongo que lo admiraba —sugirió Trent.

El señor Cupples se encogió de hombros.

—Tengo entendido que normalmente las mujeres se sienten más o menos atraídas por el hombre con más éxito de su círculo. Por supuesto, no podemos saber cómo una personalidad tan resuelta y dominante como la de él afectaría a una chica que no había depositado su afecto en ningún otro hombre antes; sobre todo si se había propuesto conquistarla. Probablemente recibir las atenciones de un hombre famoso en el mundo entero debe de tener un efecto abrumador. Había oído hablar de él, claro, como gran potentado de las finanzas, y no tenía ni idea, habiendo vivido rodeada fundamentalmente de gente con inclinaciones artísticas o literarias, de cuánta desalmada inhumanidad podía suponer eso. Que yo sepa, a día de hoy todavía no lo tiene claro. Cuando me llegó la primera noticia del caso, el mal ya estaba hecho, y sabía que más me valía no entrometerme, dado que nadie me lo había pedido. Era mayor de edad, y, desde una perspectiva convencional, de él no se podía decir absolutamente nada malo. Además, me atrevería a decir que su inmensa riqueza hechizaría a casi cualquier mujer. Mabel tenía una renta anual de unos cuantos cientos de libras; tal vez suficiente para darse cuenta de lo que significaban los millones. Pero todo esto es conjetura. Lo cierto es que no quiso casarse con ninguno

de entre las docenas de jóvenes que, que yo supiera, habían pedido su mano; y aunque no creo, y nunca lo he creído, que amase de verdad a ese hombre de cuarenta y cinco años, sin duda sí quiso casarse con él. Pero, si me pregunta por qué, solo puedo decir que no lo sé.

Trent asintió y, tras dar unos pasos más, miró el reloj.

—Esto ha sido tan interesante —dijo— que había olvidado por completo el asunto principal. No puedo perder la mañana. Voy a ir andando a White Gables inmediatamente, e imagino que andaré fisgando por allá hasta mediodía. Si está libre entonces, Cupples, me encantaría contarle lo que descubra, si nada me lo impide.

—Esta mañana voy a dar un paseo —respondió el señor Cupples—. Tenía pensado almorzar en la fondita que está cerca del campo de golf, Los Tres Toneles. Vaya a verme allí. Está en la misma dirección, pero un poco más allá, cosa de un cuarto de milla después de White Gables. Entre esos dos árboles se ve el tejado. La comida es muy sencilla, pero está rica.

—Mientras tengan un barril de cerveza —dijo Trent—, me parece bien. Tomaremos pan y queso y, oh, quiera el cielo apartar nuestras sencillas vidas del contagio del lujo, vil y débil^[8]. Hasta entonces, adiós.

Se alejó a zancadas para recoger el sombrero que había dejado en la terraza, saludó con él al señor Cupples, y se marchó.

El anciano caballero, sentándose en una tumbona sobre el césped, apoyó la cabeza en las manos y contempló el cielo azul.

—Es buen chico —musitó—. El mejor. Y terriblemente agudo. ¡Madre mía! ¡Qué raro es todo esto!

Capítulo IV

Revolotean unas esposas

Pintor e hijo de pintor, Philip Trent había alcanzado cierto renombre en el mundo del arte inglés cuando andaba en la veintena. Además, sus cuadros se vendían. Subyacían en ello un talento original y contundente y la costumbre de trabajar a su antojo, pero de forma constante, interrumpida por ataques de fuerte entusiasmo creativo. El nombre de su padre había ayudado; y sin duda un patrimonio lo bastante considerable para exonerarlo de la peligrosa amenaza de pasar apuros no lo había perjudicado. Pero lo que más contribuyó a su éxito fue el don inconsciente de caer bien. El buen humor y una imaginación despierta y divertida siempre tendrán seguidores. Trent unía a estas cualidades un interés genuino por los demás que le reportaba algo más hondo que la popularidad. Juzgaba a las personas de forma penetrante, pero el proceso era interno; nadie podía estar seguro del criterio de un hombre que siempre parecía estar pasándolo bien. Ya se sintiese con ganas de soltar torrentes de disparates, ya anduviese vigorosamente entregado a una tarea, su rostro rara vez dejaba de mostrar una expresión de vivacidad contenida. Además de conocimientos profundos de su arte y la historia de este, tenía una cultura amplia y versátil, dominada por el amor a la poesía. Tenía treinta y dos años y aún no se le había pasado la edad de la risa y la aventura.

Conquistó una fama cien veces mayor que la que le había valido su propio trabajo gracias a un impulso momentáneo. Un día cogió un periódico y halló que estaba dedicado casi por completo a un crimen de un tipo curiosamente escaso en Inglaterra: un asesinato a bordo de un tren. Las circunstancias eran misteriosas; habían arrestado a dos sospechosos. Trent, para quien interesarse en un asunto así era una novedad, oyó a sus amigos hablar de todo ello, y, sin ningún propósito en particular, se puso a leer la información que publicaban varios periódicos. Empezó a sentir curiosidad; su imaginación se puso a trabajar, de forma extraña en él, con hechos; se apoderó de él un entusiasmo como solo había conocido en sus estallidos de inspiración artística o de aventura personal. Al caer la noche escribió y envió una larga misiva al director del *Record*, periódico que escogió tan solo porque ofrecía la versión más completa e inteligente de lo ocurrido.

En aquel mensaje hizo más o menos lo mismo que Poe en el caso del asesinato de Mary Rogers^[9]. Sin otra guía que los periódicos, llamó la atención sobre lo significativo de ciertos hechos aparentemente nimios, y presentó pruebas que hicieron recaer graves sospechas sobre un hombre que se había presentado como testigo. Sir James Molloy imprimió la misiva de forma llamativa. Esa misma tarde pudo anunciar

en el *Sun* el arresto y la confesión completa del hombre incriminado.

A Sir James, que conocía todos los ambientes de Londres, le faltó tiempo para conocer a Trent. Ambos hombres se cayeron en gracia, ya que Trent poseía un tacto innato que tenía como efecto la desaparición de las diferencias de edad entre él y los demás. Con las grandes rotativas del sótano del edificio del *Record* volvió a entusiasmarse. Pintó allí, y Sir James lo compró nada más verlo, lo que llamó un paisaje mecánico a la manera de Heinrich Kley.

Luego, unos meses más tarde, llegó el caso conocido como «misterio de Ilkley». Sir James invitó a Trent a una cena emoliente, y procedió a ofrecerle lo que pareció al joven una suma fantástica por sus servicios temporales como representante especial del *Record* en Ilkley.

—Usted puede hacerlo —porfió el director—. Escribe bien y sabe hablar con la gente, y yo puedo enseñarle todo el lado técnico del periodismo en media hora. Y se le dan bien los misterios; tiene imaginación y, además, criterio y temple. ¡Imagine cómo se sentirá si lo consigue!

Trent admitió que sería bastante divertido. Fumó, frunció el ceño y finalmente se convenció de que lo único que lo echaba para atrás era el miedo ante una tarea desconocida. Reaccionar contra el miedo se había convertido para él en una costumbre moral fija, así que aceptó la oferta de Sir James.

Lo consiguió. Por segunda vez derrotó a las autoridades pese a su ventaja, y su nombre empezó a estar en boca de todos. Se retiró y pintó cuadros. No lo atraía el periodismo, y Sir James, que sabía mucho de arte, dio muestra de su integridad absteniéndose —a diferencia de otros directores— de tentarlo con un buen sueldo. Pero, a lo largo de unos cuantos años, recurrió a sus servicios quizá en treinta ocasiones para desentrañar problemas parecidos tanto nacionales como internacionales. A veces, Trent, ocupado con una obra que lo reclamaba, rehusaba; a veces, se le habían adelantado a la hora de averiguar la verdad. Pero como resultado de su conexión irregular con el *Record* su nombre se convirtió en uno de los más famosos de Inglaterra. Por lo general su nombre era prácticamente el único detalle de su personalidad que conocía el público. Impuso un silencio absoluto sobre su persona en los periódicos de Molloy; y los otros no iban a hacer publicidad a uno de los hombres de Sir James.

El caso Manderson, se dijo, conforme subía a toda prisa la pendiente que llevaba a White Gables, podía acabar resultando muy sencillo. Cupples era un viejo sagaz, pero probablemente fuera imposible que tuviera una opinión imparcial de su sobrina. No obstante, lo cierto era que el director del hotel, que había hablado de ella en términos que suscitaron el interés de Trent, se había referido con énfasis aun mayor a su bondad. Sin ser un artista de la palabra, el director había conseguido trasladar una idea muy clara a la mente de Trent.

—No hay un solo niño en esta zona que no sonría al escuchar su voz —había dicho—, y tampoco un solo adulto, ya que estamos. Antes todo el mundo deseaba que viniese a pasar el verano. No quiero decir que sea una de esas mujeres que son todo corazón y amabilidad y nada más. También tiene agallas; no sé si me entiende... Temple... Para dar y tomar. No hay nadie en todo Marlstone que no sienta el apuro que está pasando..., aunque algunos también pensamos que a fin de cuentas ha tenido suerte.

Trent ardía en deseos de conocer a la señora Manderson.

Ahora tenía a la vista, al otro lado de unos arbustos y un amplio césped, la fachada de una casa de dos pisos de ladrillo rojo, con el par de grandes gabletes que le daban nombre^[10]. Apenas si la había vislumbrado desde el coche esa mañana. Vio que era una casa moderna; tendría unos diez años. El lugar estaba muy bien cuidado, con ese aire de paz opulenta que reviste aun las casas más pequeñas de los acomodados en la campiña inglesa. Ante ella, al otro lado del camino, la fértil pradera bajaba hasta el borde de los acantilados; detrás, un paisaje arbolado se extendía cruzando un ancho valle hasta el páramo. Resultaba increíble que semejante lugar pudiera ser el escenario de un crimen violento; estaba tan tranquilo y ordenado; tenía un aire tan evidente de servicio disciplinado y vida cómoda... Sin embargo, allí, más allá de la casa, cerca del seto que se alzaba entre el jardín y el camino blanco, se levantaba el cobertizo del jardinero, junto al cual había sido hallado el cuerpo, caído contra la pared de madera.

Trent cruzó el portillo de acceso y recorrió el camino hasta llegar al cobertizo. Unos cuarenta metros más allá, el camino se apartaba de manera brusca de la casa, y transcurría entre espesos plantíos; y justo antes de la curva acababa la finca, con un portillo blanco en la esquina del seto de la linde. Se acercó al portillo, que a todas luces era para uso del jardinero y el servicio. Se abrió fácilmente sobre sus bisagras, y subió despacio una senda que llevaba a la parte de atrás de la casa, entre el seto exterior y una alta pared de rododendros. A través de un hueco que había en esa pared, un sendero lo llevó a la pequeña estructura de madera, construida con pulcritud, que se alzaba entre árboles que daban a la esquina de la parte delantera. El cuerpo había estado en el lado más alejado de la casa; pensó que una criada, al mirar por las ventanas más próximas a primera hora de la mañana de la víspera, podría haber echado un vistazo hacia el cobertizo sin verlo, preguntándose cómo sería la vida con tanto dinero como el señor.

Examinó el lugar con mucha atención y registró el interior del cobertizo, pero no descubrió nada más que la hierba alta y aplastada donde había yacido el cuerpo. Acuclillándose, con mirada penetrante y dedos sensibles, inspeccionó minuciosamente el suelo en un área amplia; pero la búsqueda fue infructuosa.

Le interrumpió el sonido —el primero que había oído proveniente de la casa— de la puerta delantera al cerrarse. Trent estiró sus largas piernas y fue al borde del acceso. Un hombre se alejaba de la casa a buen paso, en dirección a la verja.

Al oír el ruido de sus pisadas sobre la gravilla, el hombre se volvió con celeridad nerviosa y miró con gravedad a Trent. La visión repentina del rostro pálido y agotado fue casi terrible. No había una sola arruga en torno a los ojos azules y ojerosos, pese a su expresión de tensión y desesperada fatiga. Conforme ambos hombres se aproximaban el uno al otro, Trent tomó nota, admirado, de sus anchas espaldas y su porte ágil y fuerte. En sus andares, si bien carentes de elasticidad por el cansancio; en sus rasgos, apuestos y regulares; en su pelo corto, suave y rubio; y en su voz cuando se dirigió a Trent, se dejaba entrever un entrenamiento de un género muy concreto. «Si no me equivoco, mi joven amigo, tú has jugado en los patios de Oxford», dijo Trent para sus adentros.

—Si es usted el señor Trent —dijo el joven de forma afable—, lo estábamos esperando. El señor Cupples ha llamado desde el hotel. Me llamo Marlowe.

—Era usted el secretario del señor Manderson, según creo —dijo Trent.

Estaba muy predispuesto a favor del joven señor Marlowe. Aunque parecía encontrarse al borde de una crisis física, irradiaba esa aura de vida sana y salud interna que es la gloria característica de la gente de su clase social a sus años. Pero había algo en su mirada cansada que desafiaba la capacidad de penetración de Trent; una expresión habitual, según entendió este, de meditación y reflexión sobre cosas que no tenía a la vista. Era una mirada demasiado inteligente, demasiado firme y resuelta para calificarla de soñadora. Trent pensó que había visto una mirada así en alguna parte. Prosiguió:

—Es una situación terrible para todos ustedes. Temo que esté muy afectado, señor Marlowe.

—Me siento un poco flojo —replicó agotado el joven—. Estuve conduciendo toda la noche del domingo, y ayer, casi todo el día, y, desde que oí la noticia, no he dormido... ¿Quién podría dormir? Pero tengo un compromiso en la consulta del médico ahora mismo, señor Trent..., para preparar la vista preliminar^[11]. Supongo que será mañana. Si no le importa subir hasta la casa y preguntar por el señor Bunner, lo está esperando; le explicará todo y le enseñará lo que quiera ver. Es el otro secretario, estadounidense, y un tipo excepcional; se ocupará de usted. Por cierto, hay un policía... El inspector Murch, de Scotland Yard. Llegó ayer.

—¡Murch! —exclamó Trent—. ¡Pero si somos viejos amigos! ¿Cómo es posible que haya llegado tan rápido?

—No tengo ni idea —respondió el señor Marlowe—. Pero estaba aquí ayer por la tarde, antes de que volviese de Southampton, interrogando a todo el mundo, y anda de un sitio a otro desde las ocho de la mañana. Ahora se encuentra en la biblioteca... Es donde está la cristalera abierta que se ve ahí al final de la casa. Tal vez prefiera usted ir allá y hablar con él.

—Me parece que sí —dijo Trent.

Marlowe asintió y siguió su camino. El espeso césped donde el camino de acceso trazaba la curva hizo que los pasos de Trent fueran tan silenciosos como los de un

gato. En poco tiempo estaba asomado a la puerta en el lado sur de la casa, examinando con una sonrisa en los labios una espalda muy ancha y una cabeza gacha cubierta de pelo corto y canoso. El hombre del interior estaba encorvado sobre un montón de papeles puestos sobre la mesa.

—Y siempre ha sido así —dijo Trent con tono melancólico, ante lo cual el hombre se volvió con sorprendente celeridad—. Desde la infancia he visto malogrados mis más caros anhelos^[12]. Pensaba que esta vez me había adelantado a Scotland Yard, y he aquí que el funcionario más corpulento de toda la fuerza metropolitana ya ha tomado la posición.

El policía sonrió sombrío y se acercó a la cristalera.

—Lo esperaba a usted, señor Trent —dijo—. Es el tipo de caso que le gusta.

—Ya que menciona mis gustos —replicó Trent, entrando en la habitación—, ojalá hubiesen llegado más lejos y hubiesen dejado al margen a mi más odiado rival. Y además me lleva mucha ventaja... Lo sé todo. —Su mirada empezó a vagar por la habitación—. ¿Cómo lo consiguió? Sé que se mueve rápido; jamás ciñó pie más rápido la piel del ciervo castaño^[13]; pero no alcanzo a entender cómo llegó a tiempo de empezar a trabajar ayer por la tarde. ¿Es que Scotland Yard ha lanzado un cuerpo secreto de aviadores? ¿O se ha aliado con los poderes infernales? En todo caso, el secretario del Interior tendría que hacer una declaración.

—No tiene tanto misterio —dijo el señor Murch con profesionalidad imperturbable—. Resulta que estaba de permiso con mi señora en Halvey, que no está a más de doce millas por la costa. En cuanto nuestra gente de allá supo del asesinato, me lo dijeron. Telegrafié al jefe, y me pusieron al frente del caso inmediatamente. Vine ayer tarde en bicicleta, y llevo trabajando desde entonces.

—Hablando de lo cual —dijo Trent distraído—, ¿qué tal está la señora Murch?

—Mejor que nunca, gracias —respondió el policía—, y habla mucho de usted y de los juegos que organizaba para los niños. Pero espero que no le importe que le diga, señor Trent, que no tiene que molestarse en darme coba mientras mira. Ya nos conocemos. Tengo entendido que le ha sonreído la suerte, como siempre, y la señora le ha dado permiso para recorrer la propiedad y preguntar lo que quiera.

—Así es —dijo Trent—. Voy a volver a dejarlo en la estacada, inspector. Le debo una por derrotarme en el caso Abinger, viejo zorro. Pero, si dice en serio que ahora mismo no tiene ganas de lindezas sociales, dejemos de lado los cumplidos y vayamos al grano. —Se acercó a la mesa, miró con detenimiento los papeles que allí había ordenados con esmero, y luego se volvió hacia el buró. Miró los cajones rápidamente—. Ya veo que lo han vaciado. Bueno, inspector, supongo que jugamos con las reglas de siempre.

En el pasado, Trent se había visto obligado a trabajar en varias ocasiones con el inspector Murch, que tenía un buen puesto en los consejos del Departamento de Investigación Criminal. Era un policía tranquilo, delicado y muy astuto, un hombre de gran valentía, con un historial experimentado en relación con las categorías de

delincuentes más peligrosas. Su humanidad era tan generosa como su constitución, que era grande hasta para un policía. Trent y él, gracias a una oscura obra de simpatía, se habían tenido aprecio desde el primer momento, y habían desarrollado una de esas amistades con las que al joven le encantaba adornar su experiencia. El inspector hablaba con él con más libertad que con nadie, *sub rosa*, y abordaban los detalles y posibilidades de cada caso para esclarecimiento mutuo. Ciertos límites y reglas eran necesarios. Habían acordado que Trent no haría uso periodístico de nada que solo hubiera podido obtener de fuentes oficiales. Ambos, para salvaguardar el honor y el prestigio de las instituciones que representaban, se reservaban abiertamente el derecho de guardarse todo descubrimiento o idea que considerasen cruciales para la solución del caso. Trent había insistido en formular con cuidado estos principios de lo que llamaba «deportividad detectivesca». El señor Murch, aficionado a competir, y que no obtenía más que beneficios de su asociación con la aguda inteligencia del otro, se entregó de corazón al «juego». En esa lucha por la fama de la prensa o la policía, la victoria favorecía a veces a la experiencia y el método del policía, y a veces al cerebro más rápido y la imaginación más despierta de Trent, a su don para reconocer de forma instintiva lo relevante bajo cualquier disfraz.

Por lo tanto, el inspector aceptó cordialmente el acuerdo propuesto por Trent.

Trent había sacado un fino cuaderno, y, según hablaban, empezó a esbozar un primer croquis de la habitación con trazos ligeros y seguros. Solía hacerlo en esas ocasiones, y a menudo por la fuerza de la costumbre, pero de cuando en cuando esa práctica le resultaba útil.

Era un apartamento grande y luminoso en la esquina de la casa, con ventanales generosos en dos paredes. Según se entraba por la cristalera, el buró quedaba justo a la izquierda, contra la pared. La puerta interior estaba en la pared de la izquierda, en el extremo más alejado de la habitación; y enfrente tenía un ancho ventanal dividido en ventanas batientes. Una rinconera exquisitamente tallada se alzaba a buena altura más allá de la puerta, contra la pared, y un armario llenaba un hueco junto a la chimenea. Unos grabados a color de Harunobu, con los que Trent se prometió intimar más tarde, colgaban en el escaso espacio dejado por los libros. Estos tenían un aspecto poco atractivo, como si hubieran sido comprados al peso y nunca hubieran salido de sus estantes. Encuadernados con lujosa sobriedad, los grandes novelistas, ensayistas, historiadores y poetas ingleses estaban ordenados como un ejército muerto sin romper filas. Había unas cuantas sillas, hechas, al igual que el armario y la mesa, de viejo roble tallado; una butaca moderna y una silla giratoria de oficina ante el escritorio. La habitación parecía cara, pero muy desnuda. Los únicos objetos móviles eran un gran cuenco de porcelana de un azul maravilloso que estaba encima de la mesa, un reloj y unas cuantas cigarreras encima de la repisa de la chimenea, y un teléfono portátil sobre el escritorio.

—¿Ha visto el cuerpo? —preguntó el inspector.

Trent asintió.

—Y el sitio donde lo encontraron —dijo.

—Mi primera impresión del caso es bastante confusa —dijo el inspector—. Por lo que oí en Halvey, pensaba que podía tratarse del típico robo con homicidio, cometido por un vagabundo, aunque esas cosas son bastante poco frecuentes en esta región. Pero, en cuanto empecé a investigar, descubrí hechos curiosos de los que, a estas alturas, me atrevería a decir, ya ha tomado nota usted mismo. Para empezar, a este hombre le disparan en su propiedad, bastante cerca de la casa. Pero no hay el menor indicio de que intentaran entrar en la misma. Y no le robaron nada. Es más, podría ser un caso clarísimo de suicidio, si no fuera por ciertos detalles. Otra cosa: me dicen que, desde hace un mes o así, Manderson estaba de un humor extraño. Supongo que ya sabe que tenía problemas con su mujer. Los criados notaron hace tiempo que su manera de comportarse con ella había cambiado, y en la última semana apenas si le había dirigido la palabra. Dicen que era un hombre diferente, malhumorado y callado, bien por ese motivo o bien por otro. La criada de la señora dice que daba la impresión de que esperase que sucediera algo. Siempre es fácil recordar que la gente daba esa impresión después de que le pasa algo. De todos modos, eso es lo que dicen. ¡Así que volvamos al suicidio! A ver, ¿por qué no se suicidó, señor Trent?

—Por lo que sé de los hechos, ninguno apoya esa hipótesis —respondió Trent, sentado en el umbral y abrazándose las rodillas—. Primero, claro está, el arma no aparece. La he buscado, y usted la ha buscado, y no hay rastro de arma de fuego alguna en un radio razonable alrededor de donde apareció el cuerpo. Segundo, las señales en las muñecas, arañazos y magulladuras recientes, solo podemos entender que se produjeron peleando con otra persona. Tercero, ¿acaso alguien se ha quitado la vida alguna vez de un disparo en el ojo? Además, por el director de ese hotel de ahí he sabido otra cosa que se me antoja el detalle más curioso de todo este asunto. Manderson se vistió entero antes de salir, pero se dejó la dentadura postiza. A ver, ¿cómo va a olvidarse los dientes un suicida que se viste para dejar un cadáver presentable?

—No había caído en ese último argumento —admitió el señor Murch—. No le falta razón. Pero, considerando lo demás, que sí se me había ocurrido, me inclino a descartar el suicidio. He pasado la mañana buscando teorías en esta casa. Me imagino que venía usted con la idea de hacer lo mismo.

—Así es. Este es un caso de hipótesis, me parece. Vamos, Murch, esforcémonos; dispongamos nuestros espíritus a la sospecha generalizada. Para empezar, sospechemos de todo el mundo. Escuche: voy a decirle de quién sospecho yo. Sospecho de la señora Manderson, claro está. También sospecho de los dos secretarios. Tengo entendido que hay dos, y no sé cuál me parece más sospechoso. Sospecho del criado y de la criada de la señora. Sospecho del resto del servicio, especialmente del mozo. Por cierto, ¿qué servicio hay? Tengo sospecha de sobra,

haya el que haya; pero me gustaría saberlo, por pura curiosidad.

—Usted tómeselo a risa, si quiere —contestó el inspector—, pero, al empezar, es la única base sólida, y lo sabe, señor Trent. Sin embargo, entre anoche y hoy, he visto gente suficiente para descartar a algunos, al menos de momento. Ya sacará usted sus propias conclusiones. En cuanto al servicio, están el criado y la criada de la señora; la cocinera; otras tres doncellas, una de las cuales es una chiquilla; un chófer, que está de baja con la muñeca rota; no hay mozo.

—¿Y el jardinero? No dice usted nada de ese personaje sombrío y siniestro, el jardinero. Lo está usted dejando en segundo plano, Murch. Juegue limpio. Adelante con él..., o lo denuncio al Comité de Arbitraje.

—Del jardín se ocupa un hombre del pueblo que viene dos veces por semana. He hablado con él. La última vez que vino fue el viernes.

—Entonces sospecho de él con más razón —dijo Trent—. Y ahora hablemos de la propia casa. Lo que propongo, para empezar, es husmear un poco en esta habitación, donde me dicen que Manderson pasaba gran parte del tiempo, y en su dormitorio; sobre todo en el dormitorio. Pero, ya que estamos en esta habitación, empecemos por aquí. Parece usted estar en el mismo punto de la investigación. ¿Tal vez ya ha visto los dormitorios?

El inspector asintió.

—He estado en el de Manderson y en el de su mujer. Me parece que no hay en ellos nada relevante. El dormitorio de él es sencillo y austero; no hay señales de ninguna clase..., que yo haya visto. Manderson parece haberse empeñado en llevar una vida sencilla. Nunca tuvo ayuda de cámara. El dormitorio es casi una celda, salvo por la ropa y los zapatos. Lo encontrará usted tal como lo he encontrado yo; y, según me han dicho, estaba tal cual lo dejó Manderson ayer, no sabemos a qué hora. Da al dormitorio de la señora Manderson..., que de celda tiene poco, ya lo verá. Para mí que a la señora le gustaban tanto las cosas bonitas como a casi todas. Pero la abandonó la mañana del hallazgo. Le dijo a la criada que no podía dormir en una habitación que da al dormitorio de su marido asesinado. Es un sentimiento muy natural en una mujer, señor Trent. Ahora está de acampada, por así decirlo, en uno de los dormitorios de invitados.

«Vamos, amigo mío», decía Trent para sus adentros, al tiempo que anotaba cosas en su cuadernito, «¿ha visto a la señora Manderson? ¿O no? Ya conozco ese tono incoloro de la voz policial. Ojalá la hubiera visto yo. O tiene algo que la incrimina y no quiere que lo descubra, o ya ha decidido que es inocente, pero no le importa que pierda el tiempo con ella. Bueno, el juego es así; y a medida que avanzamos empieza a parecer extremadamente interesante». Al señor Murch le dijo en voz alta:

—Bueno, ya dibujaré el dormitorio más tarde. ¿Qué hay de esto?

—Lo llaman biblioteca —dijo el inspector—. Manderson escribía y esas cosas aquí; estaba en ella casi todo el tiempo que se encontraba dentro. Como su mujer y él dejaron de llevarse bien, le había dado por pasar las veladas a solas, y cuando estaba

en esta casa siempre las pasaba aquí. La última vez que lo vieron con vida, por lo que respecta a los criados, fue en esta habitación.

Trent se puso en pie y volvió a mirar los papeles colocados en la mesa.

—Cartas y documentos de trabajo, sobre todo —dijo el señor Murch—. Informes, propuestas y todo eso. Unas cuantas cartas sobre asuntos personales, que no tienen nada de especial, hasta donde se me alcanza. El secretario estadounidense... Bunner, se llama, y en mi vida he visto un personaje más raro... Esta mañana hemos inspeccionado el escritorio los dos juntos. Se le había metido en la cabeza que Manderson estaba recibiendo cartas amenazantes, y que el asesinato fue el resultado. Pero no hay rastro; y hemos mirado hasta el último papel. Lo único insólito que hemos encontrado han sido unos cuantos fajos de billetes, una suma considerable, y un par de bolsitas de brillantes. Le he pedido al señor Bunner que los guarde en un sitio más seguro. Al parecer, Manderson había empezado a invertir en diamantes últimamente... El secretario ha dicho que era un nuevo pasatiempo suyo; al parecer se entretenía así.

—¿Qué hay de los secretarios? —preguntó Trent—. Acabo de conocer fuera a uno llamado Marlowe; un fulano bien parecido, con unos ojos peculiares, indudablemente inglés. El otro por lo visto es estadounidense. ¿Para qué quería Manderson un secretario inglés?

—El señor Marlowe me lo ha explicado. El estadounidense era su mano derecha en los negocios, un empleado de su oficina que no lo dejaba ni a sol ni a sombra. El señor Marlowe no tenía nada que ver con los asuntos financieros de Manderson; no sabía nada de ellos. Se ocupaba de los caballos, los coches, el yate de Manderson y de los aspectos deportivos y eso... Echaba una mano con todo, por así decir. Supongo que estaba autorizado a gastar mucho dinero. El otro se limitaba exclusivamente a los asuntos de la oficina, y no sé cómo podía dar abasto. En cuanto a lo de que sea inglés, los secretarios ingleses eran un capricho de Manderson. Tuvo varios antes del señor Marlowe.

—Demuestra buen gusto —observó Trent—. Ocuparse de los placeres de un moderno plutócrata con mayúsculas debe de ser sumamente interesante, ¿no cree? Solo que según se dice los de Manderson no siempre eran inocentes. Desde luego, tengo la impresión de que Marlowe sería un mal Petronio. Pero volvamos a lo nuestro. —Leyó sus notas—. Acaba de decir que fue visto aquí por última vez «por lo que respecta a los criados». ¿Qué quería decir con eso?

—Habló con su mujer al acostarse. Salvo eso, el criado, que se llama Martin, lo vio en esta habitación por última vez. Me lo contó anoche, y disfrutaba como un niño. Un asunto así es un bombón para los criados.

Trent meditó unos instantes, mirando por la ventana abierta hacia las pendientes que el sol bañaba.

—¿Tendría inconveniente en volver a escuchar su historia? —preguntó a la postre.

Por toda respuesta, el señor Murch tocó el timbre. Acudió un hombre sobrio, afeitado, de mediana edad, que tenía los modales de un criado de la variante más distinguida.

—Este es el señor Trent, que tiene permiso de la señora Manderson para inspeccionar la casa y preguntar —explicó el policía—. Le gustaría oír su historia.

Martin se inclinó distante. Se dio cuenta de que Trent era un caballero. Solo el tiempo diría si era lo que Martin llamaba un caballero en todos los sentidos.

—Lo he observado acercarse a la casa, señor —dijo Martin con cortesía impasible. Hablaba pronunciando de forma lenta y mesurada—. Tengo instrucciones de ayudarlo en todo lo que sea posible. ¿Desea que recuerde los acontecimientos del domingo por la noche?

—Gracias —dijo Trent con lenta y laboriosa gravedad.

El estilo de Martin era una provocación clamorosa para su sentido de la comedia. Con cierto esfuerzo, desterró de su rostro toda vivacidad de expresión.

—La última vez que vi al señor Manderson...

—No, eso todavía no —lo interrumpió con suavidad Trent—. Hábleme de todas las veces que lo vio esa noche... Desde la cena, por ejemplo. Intente recordar todos los detalles.

—¿Desde la cena, señor?... Sí. Recuerdo que después de cenar el señor Manderson y el señor Marlowe anduvieron arriba y abajo por el sendero de la arboleda, hablando. En cuanto a los detalles, tuve la impresión de que hablaban de algo importante, porque oí al señor Manderson decir algo cuando entraban por la puerta de atrás. Si no recuerdo mal, dijo: «Si Harris está, cada minuto es importante. Ponte en camino inmediatamente. Y ni una palabra a nadie». El señor Marlowe contestó: «Muy bien. En cuanto me cambie de ropa, estaré listo»... O algo por el estilo. Esto lo oí claramente cuando pasaron por la ventana de mi cuartito. A continuación, el señor Marlowe subió a su habitación, y el señor Manderson entró en la biblioteca y me llamó. Me dio unas cartas para que se las entregase al cartero por la mañana y me dio instrucciones de esperarlo, porque el señor Marlowe lo había convencido para salir a pasear en coche a la luz de la luna.

—Curioso —observó Trent.

—Eso pensé, señor. Pero recordé que había dicho «ni una palabra a nadie», y deduje que lo del paseo a la luz de la luna lo dijo con intención de despistar.

—¿A qué hora fue eso?

—Serían las diez, señor, diría yo. Después de hablar conmigo, el señor Manderson esperó hasta que el señor Marlowe bajó y trajo el coche. Luego fue a la sala, donde estaba la señora Manderson.

—¿Y eso le llamó la atención?

Martin lo miró con desprecio.

—Ya que me hace esa pregunta, señor —dijo con reserva—, este año no había entrado en esa habitación desde que llegamos, que yo sepa. Prefería pasar las veladas

en la biblioteca. Esa noche solo pasó unos minutos con la señora Manderson. Luego el señor Marlowe y él se pusieron en marcha de inmediato.

—¿Los vio salir?

—Sí, señor. Se fueron en dirección a Bishopsbridge.

—¿Y volvió a ver al señor Manderson?

—Más o menos una hora después, señor, en la biblioteca. Diría que sería hacia las once y cuarto; había oído las campanadas de las once de la iglesia. Permita que le diga que tengo un oído particularmente fino, señor.

—Me imagino que el señor Manderson había llamado al timbre. ¿No? ¿Y qué pasó cuando fue usted?

—El señor Manderson había sacado la licorera del whisky y el sifón y un vaso, señor, del armario en que los guardaba...

Trent levantó la mano.

—Ya que estamos, Martin, quiero preguntarle sin tapujos: ¿el señor Manderson bebía mucho? Ya entiende que no es curiosidad impertinente por mi parte. Quiero que me lo diga porque es posible que ayude a resolver el caso.

—Muy bien, señor —respondió grave Martin—. Puedo decirle lo mismo que le dije al inspector. Teniendo en cuenta su posición social, el señor Manderson era un hombre notablemente abstemio. En mis cuatro años de servicio con él nunca tuve constancia de que se llevara a los labios una sola gota de alcohol, salvo una o dos copas de vino con la cena, un poco con el almuerzo muy de cuando en cuando, y a veces un whisky con soda antes de acostarse. Nunca tuve la impresión de que acostumbrara a hacerlo. Muchas veces me encontraba el vaso por la mañana solo con un poco de soda; a veces había tomado whisky también, pero nunca mucho. Nunca fue quisquilloso con las bebidas; prefería la soda corriente, aunque osé sugerirle las aguas minerales naturales, ya que me aficioné a ellas en mi trabajo anterior. Solía guardarlo en ese armario, porque le desagradaba mucho que le sirvieran más de lo necesario. Se daba por hecho que yo nunca me acercaba después de la cena, a no ser que me llamara. Y, cuando pedía algo, le gustaba que se lo llevara rápido, y que volviera a dejarlo a solas de inmediato. Odiaba que le preguntara si necesitaba algo más. El señor Manderson tenía gustos increíblemente sencillos, señor.

—Muy bien; y esa noche lo llamó hacia las once y cuarto. Veamos, ¿recuerda qué le dijo exactamente?

—Creo que puedo decirlo con cierta garantía de fiabilidad, señor. No fue mucho. Primero, me preguntó si el señor Bunner se había acostado, y le contesté que hacía un buen rato que había subido. Luego, dijo que quería que alguien se quedara levantado hasta las doce y media, por si llegaba un mensaje importante por teléfono, y, dado que el señor Marlowe había ido en coche a Southampton siguiendo sus instrucciones, quería que yo me encargara de ello, y que debía apuntar el mensaje si llegaba y no molestarlo. También pidió un sifón de soda nuevo. Creo que eso fue todo, señor.

—Supongo que no notó nada fuera de lo normal.

—No, señor, nada fuera de lo normal. Cuando acudí a la llamada del timbre, estaba sentado al escritorio escuchando el teléfono, esperando a que lo conectasen, supuse. Me dio las órdenes sin dejar de escuchar. Cuando volví con el sifón, estaba hablando.

—¿Recuerda algo de lo que dijo?

—Muy poco, señor; era algo sobre alguien que estaba en un hotel... No era cosa mía. Solo estuve en la habitación el tiempo que tardé en colocar el sifón encima de la mesa y retirarme. Según cerraba la puerta, el señor Manderson estaba diciendo: «¿Seguro que no está en el hotel?», o algo así.

—¿Y esa fue la última vez que lo vio y lo oyó con vida?

—No, señor. Poco después, a las once y media, cuando me había puesto cómodo en mi cuartito, con la puerta entreabierta y un libro para pasar el rato, oí al señor Manderson subir a la cama. Fui de inmediato a cerrar las ventanas de la biblioteca, y eché el cerrojo de la puerta delantera. No oí nada más.

Trent reflexionó.

—Supongo —dijo de forma tentativa— que no se quedó dormido mientras esperaba la llamada.

—Oh, no, señor. A esa hora siempre estoy muy despierto. Duermo mal, sobre todo cerca del mar, y normalmente leo en la cama hasta medianoche, más o menos.

—¿Y llegó algún mensaje?

—No, señor.

—Y supongo que, con estas noches tan calurosas, duerme usted con la ventana abierta.

—Nunca la cierro por la noche, señor.

Trent tomó una última nota; a continuación, leyó con mucha atención todo lo que había escrito. Se puso en pie y recorrió la habitación varias veces, cabizbajo. Finalmente se detuvo frente a Martin.

—Todo parece completamente normal y corriente —dijo—. Solo quiero aclarar unos detalles. Fue a cerrar las ventanas de la biblioteca antes de irse a la cama. ¿Qué ventanas?

—La cristalera, señor. Llevaba todo el día abierta. Las ventanas que están enfrente de la puerta casi no se abren.

—¿Y las cortinas? Me gustaría saber si desde fuera se podría haber visto la habitación.

—Diría que sin el menor problema, señor, si alguien hubiese entrado a la propiedad por ese lado. Cuando hacía calor, las cortinas nunca se corrían. El señor Manderson se sentaba en la misma puerta muchas noches, fumando y mirando la oscuridad. Pero no podría haberlo visto nadie ajeno a la casa.

—Ya veo. Y, ahora, acláreme una cosa. Dice usted que oye muy bien, y que oyó al señor Manderson entrar en la casa cuando volvió del jardín después de cenar. ¿Lo oyó entrar después del paseo en coche?

Martin hizo una pausa.

—Ahora que lo menciona, señor, me acuerdo de que no lo oí. No me di cuenta de que había vuelto hasta que llamó al timbre. Si hubiera entrado por delante, debería haberlo oído entrar. Tendría que haber oído la puerta. Pero debió de entrar por la cristalera. —El hombre meditó un momento, y a continuación añadió—: Por lo general, el señor Manderson entraba por la puerta principal, colgaba el sombrero y el abrigo en el recibidor, e iba al estudio cruzando el vestíbulo. Es probable que tuviera mucha prisa por usar el teléfono, y por lo tanto cruzó el césped hacia la cristalera... Él era así, señor, cuando tenía que hacer algo importante... Llevaba puesto el sombrero, ahora lo recuerdo, y había dejado el gabán encima de la mesa. Además, dio las órdenes con sequedad, como hacía siempre que estaba ocupado. El señor Manderson era un hombre muy impulsivo, desde luego; un polvorilla, con perdón.

—¡Ah!, parecía ocupado. Pero ¿no acaba de decir que no le había notado nada fuera de lo normal?

Una sonrisa melancólica se asomó un instante al rostro de Martin.

—Esa observación demuestra que no conocía usted al señor Manderson, señor, si me permite que se lo diga. Nada tenía de raro que estuviera así; muy al contrario. Tardé mucho en acostumbrarme. O estaba sentado tranquilo fumando un cigarro, pensando o leyendo, o estaba escribiendo, dictando y mandando telegramas, todo a la vez —casi se mareaba uno al verlo—, a veces durante toda una hora, o más. En cuanto a que estuviera impaciente por un mensaje telefónico, podría decirse que no era capaz de estar de otra forma.

Trent se volvió hacia el inspector, y ambos se lanzaron una mirada de complicidad. Contento de dejar ver que comprendía la línea de investigación que había abierto Trent, el señor Murch preguntó por primera vez.

—Así que lo dejó usted hablando por teléfono junto al ventanal abierto, con las luces encendidas y las bebidas encima de la mesa; ¿fue así?

—Así fue, señor Murch.

El cambio sutil en el tono de Martin cuando respondió al policía distrajo un instante la admirable mente de Trent. Pero la siguiente pregunta del gigante hizo que volviera a centrarse en el problema de inmediato.

—En cuanto a esas bebidas. Dice usted que el señor Manderson casi nunca tomaba whisky antes de acostarse. ¿Bebió algo esa noche?

—No sabría decirle. Una de las doncellas arregló la habitación por la mañana, y supongo que lavó el vaso, como siempre. Sé que la licorera estaba prácticamente llena esa noche. Acababa de rellenarla, y le eché un vistazo cuando llevé el sifón, como de costumbre, para cerciorarme de que quedaba bastante.

El inspector se acercó a la alta rinconera y la abrió. Sacó una licorera de cristal tallado y la puso delante de Martin encima de la mesa.

—¿Había más whisky? —preguntó con calma—. Esta mañana la he encontrado así.

La licorera estaba medio vacía.

La compostura de Martin se tambaleó por primera vez. Levantó la licorera rápidamente, la inclinó a la altura de sus ojos, y luego contempló asombrado a los otros. Dijo despacio:

—Falta casi media botella desde la última vez que la vi... Y eso fue el domingo por la noche.

—Supongo que no habrá sido nadie de la casa —sugirió Trent, discreto.

—¡Faltaría más! —respondió Martin sucintamente; a continuación, añadió—: Disculpe, señor, pero esto es extrañísimo. En toda mi experiencia con el señor Manderson, jamás ha ocurrido algo así. Las criadas nunca tocan nada; respondo de ellas. Por mi parte, si quiero una copa, no tengo necesidad de ir a las licoreras.

Volvió a levantar la botella y reanudó la inspección de su contenido sin propósito aparente, mientras el inspector lo observaba con una mirada de serena satisfacción, como un maestro contempla su obra.

Trent encontró una hoja en blanco en su cuaderno y le dio golpecitos con el lapicero, pensativo. Luego levantó la mirada y dijo:

—Supongo que esa noche el señor Manderson se arregló para la cena.

—Desde luego, señor. Llevaba el traje con la chaqueta de etiqueta, al que se refería como «esmoquin», que se solía poner cuando cenaba en casa.

—¿Y llevaba la misma ropa cuando lo vio por última vez?

—La misma, salvo la chaqueta, señor. Cuando pasaba la velada en la biblioteca, como solía, se ponía una vieja chaqueta de caza, de *tweed* claro, quizá un poco estridente para el gusto inglés. La llevaba cuando lo vi por última vez. Normalmente estaba colgada en este armario de aquí. —Martin abrió la puerta según lo contaba—. Junto con las cañas del señor Manderson y esas cosas, para poder ponérsela después de cenar sin subir.

—¿Y dejaba la chaqueta de etiqueta en el armario?

—Sí, señor. La doncella la subía por la mañana.

—Por la mañana —repitió despacio Trent—. Y, ya que hablamos de la mañana, ¿le importaría decirme qué sabe exactamente al respecto? Tengo entendido que nadie echó en falta al señor Manderson hasta que encontraron el cuerpo, a eso de las diez.

—Así es, señor. El señor Manderson nunca quiso que lo despertaran ni que le llevaran nada a la habitación por la mañana. Tenía un dormitorio aparte. Normalmente se levantaba hacia las ocho e iba al baño, y bajaba un poco antes de las nueve. Pero a menudo no se levantaba hasta las nueve o las diez. A la señora Manderson siempre la despertaban a las siete. La criada le llevaba el té. Ayer por la mañana la señora Manderson desayunó hacia las ocho en su salita, como siempre, y todos dábamos por hecho que el señor Manderson seguía en la cama, durmiendo, cuando Evans entró en la casa a toda prisa con la increíble noticia.

—Ya veo —dijo Trent—. Otra cosa. Dice que echó el cerrojo de la puerta delantera antes de acostarse. ¿Cerró algo más?

—En la puerta delantera, sí, señor; eché el cerrojo. En esta zona no se considera que haga falta más. Pero había cerrado con llave las dos puertas traseras, y había comprobado los cierres de todas las ventanas de la planta baja. Por la mañana estaba todo como lo dejé.

—Como lo dejó. Una pregunta más... La última, me parece. ¿La ropa con la que encontraron el cuerpo del señor Manderson era la que normalmente habría llevado ese día?

Martin se frotó el mentón.

—Me ha hecho recordar lo que me sorprendí cuando vi el cuerpo por primera vez, señor. Al principio no lograba entender lo que tenía de insólito la ropa, y luego caí en ello. El cuello era un tipo de cuello que el señor Manderson solo se ponía con la ropa de etiqueta. A continuación, descubrí que se había puesto lo mismo que llevaba la víspera... Camisa con pechera y todo... Menos el abrigo, el chaleco, los pantalones, los zapatos marrones y la corbata azul. En cuanto al traje, era uno de entre media docena que podía haberse puesto. Pero que se pusiera sencillamente todo lo demás, porque estaba a mano, nada más, en vez de sacar el tipo de camisa y de cosas que siempre llevaba de día... Bueno, señor, no hay antecedentes. Al igual que otros detalles, demuestra cuánta prisa debía de tener cuando se arregló.

—Claro —dijo Trent—. Bueno, me parece que eso es todo. Lo ha explicado con admirable claridad, Martin. Si después queremos preguntarle algo más, me imagino que andará por aquí.

—Estaré a su disposición, señor.

Martin se inclinó y salió en silencio.

Trent se dejó caer en el sillón y exhaló lentamente.

—Martin es una gran criatura —dijo—. Es muchísimo mejor que una obra de teatro. No hay otro igual, no lo hay, ni lo habrá cuando fallezcan nuestros veranos^[14]. Y honrado; el bueno de Martin no tiene ni un ápice de maldad. ¿Sabe, Murch? Se equivocaba al sospechar de ese hombre.

—Nunca he dicho que sospechase de él. —El inspector se había quedado de piedra—. ¿Sabe, Trent? Si hubiera pensado que sospechaba de él, jamás habría contado así su historia.

—Me arriesgaría a decir que no lo piensa. Es una criatura maravillosa, un artista consumado; pero, con todo, no tiene ninguna sensibilidad. No se le ha pasado por la cabeza que usted, Murch, pudiera sospechar de él, Martin, el completo, el cumplido. Pero yo lo sé. Tiene que entender, inspector, que he estudiado especialmente la psicología de los agentes de la ley. Es una rama del conocimiento por desgracia minusvalorada. Son mucho más interesantes que los delincuentes, y mucho más complicados. Mientras lo interrogaba, no dejaba de ver las esposas en los ojos de usted. Sus labios articulaban mudos las sílabas de esas palabras tremendas: «Es mi deber informarlo de que todo lo que diga puede ser usado en su contra». Su conducta habría engañado a casi todo el mundo, pero no ha podido engañarme a mí.

El señor Murch rio con ganas. Las sandeces de Trent nunca le causaban la menor impresión, sino que las tomaba como pruebas de aprecio, que, efectivamente, era lo que eran; así que siempre le encantaban.

—Bueno, señor Trent —dijo—, tiene toda la razón. ¿De qué sirve negarlo? Le he auscultado. No es que haya nada tangible; pero sabe mejor que yo con cuánta frecuencia los criados están implicados en esta clase de asuntos, y este hombre es un témpano de hielo. Acuérdesse del caso del ayuda de cámara de lord William Russell, que entró por la mañana en el dormitorio de su señor, como solía, para subir las persianas, más silencioso y envarado imposible, pocas horas después de asesinarlo en su cama. He hablado con todas las mujeres de la casa, y no creo que ninguna tenga una pizca de maldad. Pero a Martin no se lo puede descartar tan fácilmente. No me gusta su comportamiento; creo que esconde algo. Si es así, lo voy a descubrir.

—¡Basta! —dijo Trent—. No apure hasta las heces la urna de la amarga profecía^[15]. Volvamos a los hechos. ¿Tiene alguna prueba que aducir en contra de la historia que nos ha contado Martin?

—Nada de nada, por ahora. En cuanto a la idea de que Manderson pudo entrar por la cristalera tras dejar a Marlowe en el coche, diría que tiene razón. He interrogado a la doncella que limpió la habitación a la mañana siguiente, y me dice que había señales de gravilla cerca de la ventana, en el protector liso que hay alrededor de la alfombra. Y justo afuera hay una huella reciente en esa gravilla blanda nueva. —El inspector se sacó una regla plegable del bolsillo y señaló los rastros con ella—. Uno de los zapatos de charol que Manderson llevaba esa noche encaja exactamente con esa huella; los verá —añadió— en el estante de arriba del dormitorio, cerca de la ventana; los únicos de charol que hay en la fila. La chica que les sacó brillo por la mañana me los ha enseñado.

Trent se agachó y estudió con atención las leves marcas.

—¡Bien! —dijo—. Ha recorrido usted mucho camino, Murch, lo reconozco. Lo del whisky ha estado muy bien; ha expresado la idea con finura. Estuve tentado de pedir un bis. Voy a tener que reflexionar sobre ello.

—Pensaba que ya se habría dado cuenta —dijo el señor Murch—. Vamos, señor Trent, apenas estamos iniciando las pesquisas, pero ¿qué le parece esta teoría preliminar? Hay un plan de robo, pongamos que hay un par de tipos y que Martin está en el ajo. Saben dónde está la plata, y saben qué más llevarse del salón y de todas partes. Vigilan la casa; ven que Manderson se acuesta; Martin va a cerrar la cristalera y la deja entornada, por casualidad, pero a propósito. Esperan hasta que Martin se va a la cama a las doce y media; luego entran en la biblioteca sin más, y empiezan por probar el whisky. Ahora suponga que Manderson no está dormido, y suponga que hacen ruido al abrir la cristalera, o de la forma que sea. Lo oye; piensa que son ladrones; se levanta en silencio para ver qué pasa; los sorprende, tal vez cuando están a punto de ponerse manos a la obra. Se largan; los persigue hasta el cobertizo y atrapa a uno; hay un forcejeo; uno de ellos pierde los nervios y se le nubla el juicio, pero a

lo grande. Y ahora, señor Trent, demuestre que no fue así.

—Muy bien —dijo Trent—, solo por darle gusto, Murch, sobre todo porque sé que no cree una palabra de lo que ha dicho. Primero: su ladrón o ladrones no dejaron una sola huella, y la cristalera la encontraron cerrada por la mañana, según Martin. Reconozco que esto es un poco endeble. Siguiente: en toda la casa nadie oye esa estampida en la biblioteca, ni oye gritar a Manderson dentro o fuera de la casa. Siguiente: Manderson baja solo, aunque tanto Bunner como Martin están disponibles. Siguiente: en toda su larga experiencia, ¿alguna vez ha oído hablar de un propietario que se levante por la noche para atacar a unos ladrones y se vista de pies a cabeza, con ropa interior, camisa, cuello y corbata, pantalones, chaleco y chaqueta, calcetines y zapatos de vestir? ¿Y que añada un último toque a un esmero de figurín arreglándose el pelo y poniéndose el reloj y la cadena? Personalmente, a eso lo llamo «pasarse de rosca». El único detalle decorativo que parece haber olvidado es la dentadura.

El inspector se inclinó hacia delante, pensativo, con las grandes manos entrelazadas al frente.

—No —dijo por fin—. Esa teoría no ayuda, por supuesto. Me parece que nos queda mucho camino por recorrer antes de averiguar por qué un tipo se levanta antes de que se despierten sus criados, se viste, y es asesinado a un tiro de piedra de su casa tan temprano que a las diez de la mañana ya está frío y rígido.

Trent negó con la cabeza.

—No podemos tomar en cuenta esa última consideración. Lo he hablado con gente que sabe. No me extrañaría —añadió— que las ideas tradicionales sobre la pérdida de calor y el *rigor mortis* hayan llevado a más de un inocente al patíbulo, o poco habrá faltado. Estoy seguro de que el doctor Stock sigue todas; casi todos los médicos de cabecera de la vieja escuela las siguen. El tal doctor Stock va a hacer el ridículo en la vista preliminar; no le quepa la menor duda. Lo he visto. Dirá que el cadáver debía de llevar no sé cuánto tiempo muerto, dada la temperatura y el *rigor mortis*. Estará repasando un libro de texto que ya estaba anticuado cuando estudiaba, como si lo viera. Escuche, Murch, y le daré unos datos que serán un importante obstáculo en su carrera. Hay muchas cosas que pueden acelerar o retrasar el enfriamiento de un cuerpo. Este en concreto estaba tumbado entre la hierba alta y cubierta de rocío, a la sombra del cobertizo. Respecto a la rigidez, si Manderson murió en una pelea, o presa de una emoción repentina, el cadáver pudo quedarse tieso prácticamente al instante; hay docenas de casos descritos, especialmente cuando hay heridas craneales, como en este caso. Por otra parte, la rigidez pudo no empezar hasta ocho o diez horas después de la muerte. Hoy en día no se puede colgar a nadie por el *rigor mortis*, inspector, por mucho que le desagrade esa cortapisa. No, lo que sí podemos decir es lo siguiente. Si le hubieran disparado después de la hora en que el mundo comienza a levantarse y a hacer sus cosas, alguien lo habría oído, y probablemente también lo habría visto. Es más, debemos suponer, por lo menos al

principio, que no le dispararon a una hora en que alguien pudiera estar despierto (aquí las cosas no se hacen así); digamos a las seis y media. Manderson subió a acostarse a las once, y Martin estuvo en pie hasta las doce y media. Suponiendo que se quedara dormido nada más acostarse, nos deja un margen de unas seis horas durante las que pudo cometerse el delito; y eso es mucho tiempo. Pero, sucediera cuando sucediera, me gustaría que apuntara una razón según la cual Manderson, que se levantaba bastante tarde, estaba despierto y vestido antes de las seis y media; y por qué ni Martin, que tiene el sueño ligero, ni Bunner ni su mujer lo oyeron moverse o salir de la casa. Debe de haber llevado mucho cuidado. Debe de haber sido sigiloso cual gato. ¿Tiene usted la sensación, como yo, de que todo esto es muy muy extraño y desconcertante, Murch?

—Eso parece —concedió el inspector.

—Y ahora —dijo Trent, poniéndose de pie—, voy a dejarlo a solas con sus pensamientos y echar un vistazo a los dormitorios. Tal vez la solución se le ocurra de repente mientras ando husmeando arriba. Pero —concluyó Trent, con voz de súbita exasperación, volviéndose en el umbral—, si es usted capaz de decirme cómo diablos un tipo que se pone toda la ropa se olvida de ponerse la dentadura, lléveme a patadas de aquí al manicomio más cercano y déjeme encerrado.

Capítulo V

Fisgando

Hay momentos en la vida, podría pensarse, en que lo que tenemos dentro, atareado en sus asuntos secretos, deja aflorar nuestra consciencia una pista de que se va a producir de forma inminente un golpe de suerte. ¿Quién no ha conocido en algún momento la sensación, como una ola de persuasión inexplicable, de que está a punto de irle bien? No la confianza febril del hombre cuya suerte pende de un golpe del destino, no el persistente engaño del optimista, sino una certeza espontánea, que surge como un pájaro del brezo, de que tiene el éxito al alcance de la mano en algo grande o pequeño. De repente, el general sabe al amanecer que el día le traerá una victoria; el jugador de golf sabe que el *putt* largo entrará. Conforme Trent subía la escalera al salir de la biblioteca, parecía alcanzar la certidumbre del logro. Una multitud de suposiciones y deducciones zumbaba en su mente, aparentemente desordenada; unas cuantas observaciones secretas que había hecho, y que intuía que tenían que significar algo, seguían sin encajar con ninguna teoría verosímil del crimen; pero, según subía, pareció saber sin asomo de duda que se iba a hacer la luz.

Los dormitorios estaban a ambos lados de un largo pasillo alfombrado, iluminado por una ventana alta al fondo. Recorría la casa a lo largo hasta desembocar en ángulo recto en un pasillo más estrecho al que daban las habitaciones de la servidumbre. La habitación de Martin era la única excepción: daba a un pequeño rellano de la entreplanta. Trent echó un vistazo dentro al pasar por delante. Un cuartito cuadrado, limpio y corriente. Al subir el resto de la escalera, pisaba con precaución exagerada para no hacer ruido, pegado a la pared y colocando los pies con cuidado a cada paso; pero una serie de crujidos muy audibles marcó su paso.

Sabía que la habitación de Manderson era la primera a la derecha según se llegaba al piso de los dormitorios, y entró sin perder tiempo. Probó el pestillo y el pasador, que funcionaban con normalidad, y examinó la cerradura. A continuación, inspeccionó la habitación.

Era un aposento pequeño, extrañamente austero. Los útiles de aseo del plutócrata eran de lo más sencillo. Todo estaba tal como había quedado en la mañana del horrendo descubrimiento en la finca. Las sábanas y las mantas de la cama sin hacer estaban revueltas sobre un armazón estrecho, y las iluminaba el sol radiante que entraba por la ventana. También brillaba sobre las partes de oro de la delicada prótesis que estaba metida en agua en un cuenco bajo de cristal sobre una mesilla sencilla, junto a la cama. Además había encima un candelabro de hierro forjado. Había ropa tirada de cualquier manera en una de las dos sillas de asiento de mimbre.

Sobre la cómoda, que se había usado como tocador, se veían varios objetos en el desorden típico de un hombre con prisas. Trent los examinó con mirada escrutadora. También observó que el inquilino de la habitación no se había lavado ni afeitado. Dio la vuelta a la dentadura con un dedo sin sacarla del cuenco, frunciendo el ceño ante su incomprensible presencia.

La vaciedad y el desorden del cuartito, inundado de rayos de sol, estaban causándole una sensación espeluznante. Imaginó un hombre ojeroso vistiéndose en cuidadoso silencio a la primera luz de la mañana, mirando de reojo constantemente a la puerta interior tras la cual dormía su mujer, la mirada llena de terror por algo.

Trent se estremeció, y, para volver a centrarse en los hechos, abrió dos altos armarios que había contra la pared a ambos lados de la cama. Contenían ropa, una selección extensa, lo que al parecer había sido uno de los pocos requisitos para la comodidad del hombre que dormía allí.

Manderson se había permitido el dispendio propio de los millonarios en lo tocante a los zapatos. Un número extraordinario, con pernitos y muy cuidados, estaba ordenado en dos estantes bajos contra la pared. No había botas. Trent, que también era aficionado a los zapatos, los examinó entonces, y repasó la colección con una mirada de aprecio. Era evidente que Manderson se enorgullecía de sus pies pequeños y bien formados. Los zapatos tenían una forma peculiar, eran estrechos y con la puntera redonda, de maravillosa factura; al parecer, todos tenían la misma horma.

De pronto entornó los ojos al encontrar un par de zapatos de charol en el estante de arriba.

Eran los zapatos cuya posición ya le había descrito el inspector; los zapatos que llevaba Manderson la noche antes de morir. Estaban gastados, se dio cuenta inmediatamente; también vio que acababan de sacarles brillo. Algo le llamó la atención en el empeine. Se agachó y los miró frunciendo el entrecejo, comparando lo que veía con el aspecto de los zapatos vecinos. A continuación, los cogió y examinó la unión del empeine con la suela.

Según lo hacía, Trent empezó a silbar suavemente, sin darse cuenta y con gran precisión, una melodía que el inspector Murch habría reconocido de haber estado presente.

Casi todos los hombres acostumbrados al refrenamiento tienen también un tic involuntario que informa a quienes los conocen de que están reprimiendo su emoción. El inspector había observado que, cuando Trent olfateaba un rastro, silbaba suavemente cierto pasaje melodioso; aunque no habría sabido decir que se trataba del primer movimiento del *Lied ohne Wörter* de Mendelssohn en la mayor.

Dio la vuelta a los zapatos, midió esto y aquello con una cinta métrica y observó con atención las suelas. En ambas, en el ángulo que formaban el tacón y el arco, detectó un leve rastro de gravilla.

Trent puso los zapatos en el suelo y se acercó con las manos a la espalda a la ventana, por la que miró, sin dejar de silbar suavemente, y con ojos que nada veían.

En cierto momento abrió los labios para emitir de forma mecánica el impropio de iluminación característico del varón inglés. Por fin volvió a los estantes y examinó rápida pero meticulosamente uno de los zapatos.

Hecho eso, recogió las prendas de la silla, las miró con atención y volvió a ponerlas en su sitio. Volvió a inspeccionar los roperos y los registró con cuidado. Por segunda vez los objetos esparcidos sobre el tocador le llamaron la atención. Después se sentó en la silla vacía, se sujetó la cabeza con las manos y permaneció en esa actitud, mirando la alfombra, durante unos minutos. Por fin se puso en pie y abrió la puerta que comunicaba con el dormitorio de la señora Manderson.

Se apreciaba a primera vista que el lugar había sido degradado precipitadamente como alcoba de la señora. Toda la gama de objetos habituales en el tocador de una mujer había desaparecido; no había prendas ni sombreros, bolsas ni cajas sobre la cama, la mesa y las mesillas; no quedaba rastro de la obstinada conspiración de guantes y velos, pañuelos y cintas para zafarse de la cautividad del cajón. La habitación era como un cuarto de invitados que no ocupara nadie. Sin embargo, cada detalle del mobiliario y la decoración dejaba ver un gusto nada convencional, sino exigente. Trent, conforme su ojo experto tomaba nota de la variada perfección de color y forma en la cual la dama mal emparejada soñaba sus sueños y pensaba sus pensamientos más solitarios, supo que esta poseía cuando menos los recursos propios de una naturaleza artística. Su interés en esa personalidad desconocida se reforzó; y frunció el ceño al pensar en las cargas que pesaban sobre ella, y en el acto cuya historia tomaba forma en su ocupada mente cada vez con más sustancia.

Primero fue a la alta cristalera que había en mitad de la pared de enfrente de la puerta y, abriéndola, salió a un balconcito con una barandilla de hierro. Vio una ancha franja de césped que empezaba justo debajo, separada de la pared de la casa tan solo por un arriate angosto, y se alejaba, con un brusco declive en el extremo opuesto, hacia la arboleda. La otra ventana era de guillotina y se abría sobre la entrada del jardín a la biblioteca. En la esquina más apartada del interior de la habitación había otra puerta que daba al pasillo (la puerta por la que entraba la criada y por la que salía la señora por la mañana).

Trent, sentado en la cama, hizo en su cuaderno un croquis rápido de la habitación y de la contigua. La cama estaba en la esquina entre la puerta comunicante y la ventana de guillotina, con la cabecera contra la pared que separaba el dormitorio del de Manderson. Trent miró a las almohadas; luego se recostó deliberadamente en la cama y miró a través de la puerta abierta a la habitación adyacente.

Una vez hecha la observación, volvió a ponerse en pie y procedió a anotar en su cuaderno que a ambos lados de la cama había mesillas con faldones. Sobre la que estaba más lejos de la puerta había una delicada lámpara eléctrica de cobre conectada a la pared mediante un cable. Trent la miró pensativo y después observó los interruptores conectados a las demás luces de la habitación. Como de costumbre, estaban en la pared, al lado de la puerta, y no se podían alcanzar desde la cama. Se

puso en pie y se aseguró de que las luces funcionaban.

Luego se dio la vuelta, fue rápidamente a la habitación de Manderson y llamó al timbre.

—Necesito que me ayude otra vez, Martin —dijo, cuando el criado apareció, erguido e impasible en el umbral—. Quiero que persuada a la criada de la señora Manderson para que me conceda una entrevista.

—Desde luego, señor.

—¿Cómo es? ¿Tiene luces?

—Es francesa, señor —respondió Martin sucintamente; y añadió después de una pausa—: Lleva poco tiempo con nosotros, señor, pero tengo la impresión de que la joven tiene mucho mundo..., ya que lo pregunta.

—Cree que quizá no es tan dócil como parece, ¿no? —dijo Trent—. Bueno, no me asusta. Quiero hacerle unas preguntas.

—Le diré que suba cuanto antes, señor.

El criado se marchó, y Trent anduvo por el cuartito con las manos a la espalda. Una forma pequeña y pulcra, vestida de negro, apareció silenciosamente delante de él antes de lo que esperaba.

La criada de la señora, con sus grandes ojos marrones, se había formado buena opinión de Trent al verlo desde una ventana cuando este cruzaba el césped, y había deseado desesperadamente que el descubridor de misterios (cuya reputación era tan grande entre la servidumbre como en todas partes) la llamara. Por un lado, necesitaba montar un número; tenía los nervios a flor de piel. Pero los demás sirvientes ya no hacían caso a sus escenas y, por lo que respectaba al señor Murch, la había hecho guardar la compostura con su talante oficial. Al vislumbrar a Trent, supo que no tenía pinta de policía, y a distancia le había parecido *sympathique*.

Sin embargo, conforme entraba en la habitación, el instinto decidió por ella que intentar coquetear sería un error, si quería causar buena impresión desde el primer momento. Así que, cuando dijo: «*Monsieur* desea hablar conmigo», lo hizo con aire de afable honestidad. Queriendo ayudar, añadió:

—Mi nombre es Célestine.

—Muy bien —dijo Trent con calma profesional—. Veamos, lo que quiero que me diga es lo siguiente, Célestine. Cuando le llevó el té a la señora a las siete de la mañana, ¿estaba abierta la puerta entre los dos dormitorios? ¿Esta puerta de aquí?

En un instante Célestine se animó intensamente.

—¡Oh, sí! —dijo, usando su expresión inglesa favorita—. La puerta estaba abierta como siempre, *Monsieur*, y la cerré como siempre. Pero es necesario explicar. ¡Escuche! Cuando entro en la habitación de *Madame* por la puerta de ahí... ¡ah! Pero, si *Monsieur* se toma la molestia de entrar en la otra habitación, todo se explica a sí mismo. —Fue dando pasos cortos hasta la puerta e hizo señal a Trent de que pasara al dormitorio más grande, poniéndole la mano sobre el brazo—. ¿Ve? Entro en la habitación con el té así. Me acerco al cama. Antes de llegar junto al cama, aquí está la

puerta a mano derecha... Siempre abierta... ¡Así! Pero *Monsieur* puede percibir que no veo nada en la habitación de *Monsieur* Manderson. La puerta se abre al cama, no a mí que me acerco desde allí. La cierro sin ver. Es el orden. Ayer fue como de costumbre. No veo nada de la habitación al lado. *Madame* duerme como un ángel... Ve nada. Cierro la puerta. Coloco el *plateau*^[16]... Abro las cortinas... Preparo la palangana... Me retiro... *Voilà!*

Célestine se detuvo para tomar aliento y abrió los brazos.

Trent, que había seguido sus movimientos y gestos con gravedad creciente, asintió.

—Ahora entiendo cómo era exactamente —dijo—. Gracias, Célestine. ¿Así que normalmente el señor Manderson seguía en su dormitorio mientras su señora se levantaba, se vestía y desayunaba en la alcoba?

—*Oui, Monsieur.*

—Nadie lo echó en falta, en realidad —observó Trent—. Bien, Célestine, le estoy muy agradecido.

Volvió a abrir la puerta del dormitorio exterior.

—No hay de qué, *Monsieur* —dijo Célestine cruzando el cuartito—. Espero que *Monsieur* atrapa al asesino de *Monsieur* Manderson. Pero no lo «regreto» mucho —añadió con súbita y sorprendente violencia, volviéndose con la mano en el pomo de la puerta exterior. Encajó la mandíbula con un sonido audible, y su carita morena se arreboló. El inglés la abandonó—. *Je ne le regrette pas du tout, du tout!* —gritó con un torrente de palabras—. *Madame... ah! Je me jetterais au feu pour Madame... une femme si charmante, si adorable! Mais un homme comme Monsieur... maussade, boudeur, impassible! Ah, non... de ma vie! J'en avais par-dessus la tête, de Monsieur! Ah! vrai! Est-ce insupportable qu'il existe des types comme ça? Je vous jure que...*

—*Finissez ce chahut, Célestine* —interrumpió bruscamente Trent. *La parrafada de Célestine le había devuelto de golpe los recuerdos de sus días de estudiante*—. *En voilà une scène! C'est rasant, vous savez. Faut rentrer ça, Mademoiselle. Du reste, c'est bien imprudent, croyez-moi!*^[17] ¡Diablos! ¡Un poco de sentido común! Si el inspector que está abajo la hubiera oído decir esas cosas, tendría problemas. Y no agite tanto los puños; le va a dar un golpe a algo. Parece usted —prosiguió con más amabilidad— aún más contenta que otros de que el señor Manderson haya desaparecido. Casi podría sospechar, Célestine, que el señor Manderson no le prestaba la atención que a usted le parecía necesaria y precisa.

—*À peine s'il m'avait regardée!* —respondió Célestine sencillamente.

—*Ça, c'est un comble!*^[18] —observó Trent—. Me parece que no es usted una dama modosa para una merienda. Un astro ardía el día que nació, cuyo planeta fiero, frío, rojo, sin vida nunca penó en el cielo, Célestine^[19]. *Mademoiselle*, tengo que hacer. *Bon jour.* ¡Desde luego, es usted una belleza!

Célestine se lo tomó como un piropo prácticamente inesperado. La sorpresa hizo

que recobrar el equilibrio. Con una mirada y una sonrisa súbita por encima del hombro, la criada de la señora abrió la puerta y desapareció veloz.

Trent, a solas en el pequeño dormitorio, se alivió con dos palabras descriptivas y contundentes en la lengua de Célestine, y se centró en su problema. Cogió el par de zapatos que ya había examinado y lo colocó encima de una de las dos sillas de la habitación, y luego se sentó delante en la otra. Se quedó sentado con las manos en los bolsillos y la mirada clavada en esos dos testigos mudos. De tanto en tanto silbaba unos compases, de forma casi inaudible. La habitación estaba en silencio. Un tenue gorjeo llegó de los árboles a través de la ventana abierta. De vez en cuando, una brisa agitaba las hojas de la espesa hiedra que bordeaba el alféizar. Pero el hombre de la habitación, con la cara endurecida y ahora ensombrecida por los pensamientos, no se movía.

Estuvo así sentado durante media hora. Luego se puso en pie rápidamente. Devolvió los zapatos al estante con cuidado y salió al pasillo.

Al otro lado del corredor estaban las puertas de dos dormitorios. Abrió la que tenía justo enfrente, y entró en un cuarto para nada austero ni aseado. En un rincón había una maraña de cañas y palos; en otro, un montón de libros. La mano de la doncella no había conseguido dar una apariencia de orden al batiburrillo de objetos heterogéneos que había encima del tocador y de la repisa de la chimenea —pipas, navajas, lapiceros, llaves, pelotas de golf, cartas viejas, fotografías, cajitas, latas y botellas—. En las paredes había colgados dos buenos aguafuertes y unos esbozos a la acuarela; apoyados al final del armario, sin colgar, había unos cuantos grabados enmarcados. Debajo de la ventana había una fila de zapatos y botas. Trent cruzó la habitación y los examinó con atención; luego midió algunos con la cinta, silbando muy suavemente. Hecho eso, se sentó en un lado de la cama y su mirada recorrió sombría la habitación.

A continuación le llamaron la atención las fotografías de la repisa de la chimenea. Se puso en pie y examinó una en que se veía a Marlowe y Manderson a caballo. Otras dos eran vistas de cumbres famosas de los Alpes. Había una imagen desvaída de tres jóvenes —uno de ellos, inconfundible, su conocido de los ojos azules ojerosos— vestidos con atavíos andrajosos de soldados del siglo XVI. Otra era un retrato de una anciana majestuosa, que tenía cierto parecido con Marlowe. Trent, tomando de forma mecánica un cigarrillo de una caja abierta de la repisa, lo encendió y miró fijamente las fotografías. A continuación, centró su atención en una funda plana de cuero que había junto a la caja de los cigarrillos.

Se abrió fácilmente. Descubrió un revólver pequeño y ligero, de hermosa factura, con cosa de una docena de cartuchos sueltos. En la culata estaban grabadas las iniciales «J. M.».

Oyó pasos en las escaleras, y, cuando Trent estaba abriendo el tambor y examinando el cañón del arma, el inspector Murch apareció en la puerta abierta de la habitación.

—Me preguntaba... —comenzó; se detuvo a continuación, cuando vio lo que estaba haciendo el otro. Abrió un poco más los inteligentes ojos—. ¿De quién es ese revólver, señor Trent? —preguntó en tono coloquial.

—Por lo visto pertenece al inquilino de la habitación, el señor Marlowe —respondió Trent con similar ligereza, señalando las iniciales—. Lo he encontrado encima de la repisa de la chimenea; estaba ahí tirado. Me parece que se trata de una pistolita muy práctica, y alguien la ha limpiado con mucho cuidado desde la última vez que fue usada, me parece. Pero no sé mucho de armas de fuego.

—Bueno, yo sé bastante —replicó el inspector en voz baja, cogiendo el revólver de la mano extendida de Trent—. Las armas de fuego son un poco mi especialidad; me parece que ya lo sabe, señor Trent. Pero no hace falta ser un experto para saber una cosa.

Volvió a meter el revólver en su funda y lo puso en la repisa de la chimenea, sacó uno de los cartuchos, y lo puso en la espaciosa palma de una de sus manos; a continuación, sacando un objeto pequeño del bolsillo de su chaleco, lo puso junto al cartucho. Era una pequeña bala de plomo, ligeramente achatada, y que tenía unos arañazos brillantes recientes.

—¿Es? —preguntó Trent al tiempo que se inclinaba sobre la mano del inspector.

—Es —respondió el señor Murch—. Alojada en el hueso en la parte trasera del cráneo. El doctor Stock la ha extraído en el transcurso de la última hora, y se la ha entregado al agente local, que me la acaba de enviar. Estos arañazos recientes que ve los han hecho los instrumentos del médico. Estas otras marcas son de las estrías del cañón... Un cañón como este. —Dio unos golpecitos al revólver—. Misma factura, mismo calibre. No hay otro que haga estas marcas en la bala.

Con la funda de la pistola entre ambos, Trent y el inspector se miraron a los ojos unos instantes. Trent fue el primero en hablar:

—En este misterio está todo mal —observó—. Es una locura. Los síntomas de manía son evidentes. Veamos en qué punto estamos. Creo que no dudábamos de que Manderson hubiese enviado a Marlowe a Southampton en el coche, ni de que Marlowe fuese allí, y de que no volvió hasta ayer por la noche, muchas horas después de que se cometiera el asesinato.

—No hay absolutamente ninguna duda al respecto —dijo el señor Murch con un ligero énfasis en el adverbio.

—Y ahora —prosiguió Trent—, esta arma bruñida y sugerente nos invita a creer la siguiente hipótesis: que Marlowe no fue a Southampton; que regresó a la casa por la noche; que de alguna manera, sin despertar a la señora Manderson ni a nadie, hizo levantarse a Manderson, vestirse y salir al jardín; que entonces disparó al susodicho Manderson con esta pistola que lo incrimina; que limpió cuidadosamente la susodicha pistola, volvió a la casa y, sin molestar a nadie, volvió a ponerla en su funda a la vista para que la encontrasen los agentes de la ley; que luego se marchó y pasó el resto del día escondido... en un automóvil enorme; y que apareció, fingiendo no saber nada de

nada, a... ¿A qué hora fue?

—Poco después de las nueve. —El inspector miró fijamente a Trent, malhumorado—. Como bien dice, señor Trent, esa es la primera teoría que sugiere este hallazgo, y suena bastante descabellada... Por lo menos sonaría descabellada, por no decir que se viene abajo desde el principio. Cuando se cometió el asesinato, Marlowe debía de estar a unas cincuenta o cien millas. Fue a Southampton.

—¿Cómo lo sabe?

—Lo interrogué anoche y apunté su historia. Llegó a Southampton el lunes por la mañana hacia las seis y media.

—¡No me diga! —exclamó con amargura Trent—. ¿Y a mí qué me importa su historia? Lo que quiero saber es cómo sabe usted que fue a Southampton.

El señor Murch rio por lo bajo.

—Ya sabía yo que iba a sacarlo de sus casillas, señor Trent —dijo—. Bueno, no pasa nada por decírselo. Cuando llegué anoche, en cuanto supe a grandes rasgos lo que había pasado por la señora Manderson y los criados, lo primero que hice fue ir a la oficina de telégrafos y escribir a los nuestros en Southampton. Manderson le dijo a su mujer cuando se acostó que había cambiado de idea, y había enviado a Marlowe a Southampton a obtener una información importante de alguien que iba a cruzar en el barco del día siguiente. Parecía correcto, pero, verás, Marlowe era el único de la casa que no controlaba, por así decir. No volvió con el coche hasta la noche; así que, antes de seguir pensando, telegrafíé ciertas preguntas a Southampton. A primera hora de la mañana he recibido esta respuesta.

Entregó una serie de telegramas a Trent, que leyó:

Persona en coche responde a descripción llegó a hotel Bedford aquí 06:30 mañana de hoy dio nombre Marlowe dejó coche en garaje hotel dijo a encargado coche pertenecía a Manderson se bañó y desayunó salió fue visto después en muelle preguntando por pasajero nombre Harris en barco Havre preguntó repetidas veces hasta salida barco a mediodía fue visto después en hotel donde almorzó hacia 13:15 salió en coche poco después agentes compañía informan reservado pasaje a nombre Harris semana pasada pero Harris no viajó en barco Inspector Burke

—Sencillo y satisfactorio —observó el inspector Murch mientras Trent le devolvía el mensaje después de leerlo y releerlo—. Todos los detalles de su propia historia están corroborados. Me dijo que pasó una media hora en el muelle por si acaso Harris aparecía tarde, luego volvió tranquilamente, comió y decidió volver inmediatamente. Envió un telegrama a Manderson: «Harris no presentado perdido barco regreso Marlowe», que fue debidamente entregado aquí por la tarde, y colocado entre las cartas del muerto. Volvió conduciendo a toda velocidad y llegó exhausto. Cuando se enteró por Martin de la muerte de Manderson, casi se desmayó.

Entre eso y el tiempo que llevaba sin dormir, cuando lo interrogué anoche estaba hecho polvo; pero era totalmente coherente.

Trent levantó el revólver y le dio vueltas al tambor, distraído, durante unos instantes.

—Fue una desgracia para Manderson que Marlowe no llevase más cuidado con la pistola y los cartuchos —observó por fin, mientras volvió a enfundarlo—. Fue una tentación para alguien, ¿no le parece?

El señor Murch negó con la cabeza.

—Si lo piensa, tampoco se puede sacar tanto del revólver. Esa marca de revólver en particular es bastante corriente en Inglaterra. Viene de los Estados Unidos. Hoy en día, la mitad de la gente que compra un revólver para defenderse o para cometer fechorías se hace con uno de esa marca y ese calibre. Es muy fiable y se puede llevar sin problema en el bolsillo de los pantalones. Debe de haber millares en manos de delincuentes y gente honrada. Por ejemplo —continuó el inspector con aire despreocupado—, el propio Manderson tenía uno, una réplica de este. Lo encontré en uno de los cajones superiores del escritorio de la planta baja, y ahora mismo lo llevo en el bolsillo del abrigo.

—¡Ajá! ¡Así que iba a guardarse ese pequeño detalle!

—Sí —dijo el inspector—, pero, dado que ha encontrado un revólver, no pasa nada por decirle que hay otro. Como le digo, ninguno sirve de gran cosa. La gente de la casa...

Ambos se sobresaltaron, y el inspector interrumpió con brusquedad su discurso, cuando la puerta entreabierta del dormitorio se abrió lentamente, y un hombre apareció en el umbral. Su mirada fue de la pistola en la funda abierta a los rostros de Trent y el inspector. Estos, que no habían oído sonido alguno que anunciase su llegada, miraron al mismo tiempo a sus pies largos y finos. Llevaba calzado deportivo con suela de goma.

—Usted debe de ser el señor Bunner —dijo Trent.

Capítulo VI

El señor Bunner investiga

—Calvin C. Bunner, a su servicio —corrigió el recién llegado, con cierto exceso de etiqueta, mientras se sacaba un cigarro apagado de la boca. Estaba acostumbrado a que los ingleses fueran lentos y ceremoniosos con los desconocidos, y claramente la rápida observación de Trent lo había desconcertado un poco—. Usted es el señor Trent, supongo —prosiguió—. He hablado con la señora Manderson hace un rato. Buenos días, capitán. —El señor Murch respondió con un gesto de la cabeza al extravagante saludo—. Subía a mi cuarto cuando he oído una voz desconocida aquí dentro, así que he pensado que era mejor echar un vistazo. —El señor Bunner rio con soltura—. Quizá hayan pensado que los estaba espiando —dijo—. De eso nada; he oído una o dos palabras acerca de una pistola... Esta, supongo... Y ya.

El señor Bunner era un joven delgado y bajito con un rostro lampiño, pálido, huesudo, casi femenino, y ojos grandes, oscuros, inteligentes. Tenía el pelo oscuro y ondulado, con la raya en medio. Sus labios, que casi siempre sujetaban un cigarro, siempre estaban medio abiertos en una curiosa expresión de entusiasmo permanente en ausencia de aquel. Esa expresión desaparecía cuando fumaba o mordisqueaba un cigarro, y entonces el señor Bunner parecía el yanqui sagaz y consumadamente frío que era.

Nacido en Connecticut, entró en el despacho de un corredor de Bolsa cuando salió de la universidad y llamó la atención de Manderson, de cuyos negocios con su compañía se había ocupado a menudo. El Coloso lo había venido observando durante un tiempo, y finalmente le había ofrecido el puesto de secretario personal. El señor Bunner era un empresario ejemplar, de confianza, previsor, metódico y preciso. Manderson podía haber encontrado a muchos otros hombres con esas virtudes; pero contrató al señor Bunner porque este era además rápido y discreto, y tenía un singular instinto natural para los movimientos del mercado de valores.

Trent y el estadounidense se tomaron la medida fríamente con la mirada. Ambos parecieron satisfechos con lo que veían.

—Me estaban explicando —dijo Trent, afable— que mi hallazgo de la pistola que quizá matara a Manderson no significa gran cosa. Por lo visto es una de las armas favoritas de sus compatriotas, y aquí se ha hecho muy popular.

El señor Bunner extendió una mano huesuda y sacó la pistola de la funda.

—Sí, sí —dijo, manejándolo con aire de familiaridad—, tiene razón el capitán. En mi país lo llamamos *Little Arthur*, y seguramente en este minuto hay cien mil bolsillos que guardan ejemplares. A mí me parece demasiado ligero —continuó el

señor Bunner, tanteando de forma automática debajo del faldón de su chaqueta y sacando un arma fea—. Aquí tiene, a ver qué le parece este, señor Trent... Está cargado, por cierto. Bien, este *Little Arthur* lo compró Marlowe este año, justo antes de que viniéramos, para complacer al viejo. Manderson decía que era ridículo que un hombre fuese sin pistola en pleno siglo xx. Así que fue y compró lo que le quisieron vender, me imagino... A mí no me consultó. De todas formas, es buena arma —admitió el señor Bunner, guiñando un ojo para comprobar la mira—. Al principio, Marlowe era un desastre, pero este último mes, más o menos, lo he entrenado un poco, y ha practicado tanto que se le da bastante bien. Con todo, no se ha acostumbrado a llevarla encima. No sé por qué; para mí es tan natural como llevar pantalones. Ya hace unos años que la llevo, porque siempre era posible que alguien anduviera tras Manderson. Y ahora —concluyó el señor Bunner, triste— lo han matado cuando no estaba. Bueno, caballeros, les ruego que me disculpen. Voy a Bishopsbridge. Estos días hay mucho que hacer, y tengo que mandar un montón de telegramas como para empapelar una casa.

—Yo también me tengo que ir —dijo Trent—. He quedado en la fonda Los Tres Toneles.

—Yo lo acerco en coche —dijo cordialmente el señor Bunner—. Tengo que pasar por ahí. Oiga, capitán, ¿usted también va hacia allá? ¿No? Entonces, vamos, señor Trent, ayúdeme a sacar el coche. El chófer está incapacitado, y, menos limpiarlo, tenemos que hacer casi todo nosotros mismos.

Sin dejar de hablar con su deje medido, el señor Bunner bajó las escaleras, cruzó la casa y llegó al garaje que había detrás seguido de Trent. Estaba a cierta distancia de la casa, y era un refugio fresco contra el ardiente sol del mediodía.

El señor Bunner no parecía tener prisa por sacar el coche. Ofreció un cigarro a Trent, que lo aceptó, y por primera vez encendió el suyo. Luego se sentó en el estribo del coche, con las finas manos entre las rodillas, y miró al otro atentamente.

—Oiga, señor Trent —dijo poco después—. Puedo decirle cosas que quizá le vengan bien. Conozco su historial. Es usted un tipo listo, y me gusta trabajar con tipos listos. A lo mejor no le he tomado bien la medida a ese policía, pero me parece un tontaina. No tengo problema en contestar lo que se atreva a preguntarme..., pero no me apetece contarle lo que pienso sin que pregunte. ¿Entiende?

Trent asintió.

—Mucha gente tiene esa sensación en presencia de nuestra policía —dijo—. Supongo que es la actitud oficial. Pero permita que le diga que Murch no es como usted cree. Es uno de los agentes más astutos de Europa. No es muy rápido, pero sí muy seguro. Y tiene una experiencia inmensa. Mi punto fuerte es la imaginación, pero le aseguro que en experiencia en el trabajo policial me lleva mucha ventaja.

—¡De ventaja, nada! —respondió el señor Bunner, seco—. Este caso no es un caso corriente, señor Trent. Voy a darle una razón. El viejo sabía que iba a pasarle algo. Y otra cosa: me parece que pensaba que no iba a poder evitarlo.

Trent puso una caja enfrente del señor Bunner y se sentó.

—Sueno serio —dijo—. Dígame lo que piensa.

—Lo digo por el cambio de actitud del viejo en las últimas semanas. Supongo que habrá oído, señor Trent, que era un hombre que tenía un gran dominio de sí mismo. Es cierto. Siempre he opinado que tenía la cabeza más fría y pragmática del mundo de los negocios. Tenía una calma a prueba de bombas... Nunca vi que nada lo perturbara. Y conocía a Manderson mejor que nadie. Estaba con él en el trabajo, que era toda su vida. Probablemente lo conocía mucho mejor que su mujer, pobrecilla. Lo conocía mejor que Marlowe... Él no lo vio nunca en su despacho cuando ocurría algo importante. Lo conocía mejor que todos sus amigos.

—¿Tenía amigos? —interrumpió Trent.

El señor Bunner lo miró fijamente, con dureza.

—Ya veo que le han hablado de Manderson —observó—. No: para ser sincero, diría que no. Tenía muchos conocidos entre los grandes hombres, gente a la que veía casi a diario; incluso iban juntos a navegar o de montería. Pero creo que jamás ha existido hombre alguno al que Manderson abriese un rincón de su corazón. Pero lo que iba a decir era lo siguiente. Hace unos meses, el viejo empezó a ponerse como nunca lo había visto: estaba sombrío y taciturno, como si siempre anduviera rumiando algo malo, algo que no era capaz de solucionar. Estaba así constantemente; tanto en la oficina como en casa, se comportaba como si llevara un peso enorme encima. Pero, al menos hasta hace unas semanas, mantuvo la compostura; y permita que le diga, señor Trent, —el estadounidense puso su huesuda garra encima de la rodilla de Trent— que soy el único que lo sabe. Con los demás estaba taciturno y apagado; pero, cuando estaba a solas conmigo en su despacho, o en cualquier parte, con tal de que estuviéramos trabajando juntos, si algo iba mal, por nimio que fuera, ¡madre mía!, perdía los estribos por completo. En esta misma biblioteca lo he visto abrir una carta y, como no le parecía bien, hacerla pedazos y subirse por las paredes, diciendo que si tuviera delante al tipo que la había escrito no iba a dejarle un hueso sano, etcétera, hasta dar pena. Nunca he visto semejante cambio. Y otra cosa. La semana antes de morir, Manderson desatendió el trabajo. Hasta donde yo sé, por primera vez. Dejaba cartas y telegramas sin responder, aunque parecía que allá las cosas se estaban yendo a pique. Supuse que con esa ansiedad que tenía, fuera por lo que fuera, se había puesto tan nervioso que había acabado por estallar. Una vez le sugerí que fuera al médico, y me dijo que me fuera al infierno. Pero solo yo conocía esa faceta suya. Si tenía uno de esos ataques aquí, en la biblioteca, y la señora Manderson entraba en la habitación, se tranquilizaba inmediatamente.

—¿Y lo atribuye a una ansiedad secreta, al temor de que alguien quisiera matarlo? —preguntó Trent.

El estadounidense asintió.

—Supongo —prosiguió Trent— que había usted tenido en cuenta la posibilidad de que estuviera mal de la cabeza... Una crisis nerviosa por culpa del agotamiento,

por ejemplo. Es lo primero que se me ocurre al escucharlo a usted. Además, es precisamente lo que les sucede muchas veces a los grandes empresarios de los Estados Unidos, ¿no? Es la conclusión que se saca de los periódicos.

—No deje que le cuelen esos bulos —dijo el señor Bunner, serio—. Los que se vuelven locos son los que se enriquecen demasiado rápido y luego no tienen éxito. Piense en todos nuestros grandes hombres de verdad... Los hombres de la categoría de Manderson, más o menos: ¿ha sabido de alguno de ellos que haya perdido la cabeza? No la pierden..., se lo digo yo. Ya sé que dicen que todo el mundo tiene un punto de locura —añadió pensativo el señor Bunner—, pero no tiene nada que ver con la locura auténtica, de verdad; solo quiere decir que todos tenemos nuestras excentricidades...; por ejemplo, tiene manía a los gatos..., o mi propio talón de Aquiles: soy incapaz de tocar el pescado del tipo que sea.

—Bien, ¿y cuál tenía Manderson?

—El viejo tenía montones. Estaba en contra de todo el lujo y las exigencias innecesarias que en general a los ricos no les importan demasiado. No quería saber nada de adornos y bagatelas caras. No quería que nadie le hiciera las cosas; detestaba que los criados anduvieran detrás de él cuando no los necesitaba. Y a pesar de que Manderson cuidaba la ropa más que cualquier hombre que haya conocido, y los zapatos..., bueno, señor, la cantidad de dinero que gastaba en zapatos era un pecado... A pesar de eso, como le decía, nunca tuvo ayuda de cámara. Nunca le gustó que nadie lo tocara. En toda su vida no lo afeitó nadie.

—Había oído hablar de eso —observó Trent—. ¿Por qué cree usted que era?

—Bueno —respondió despacio el señor Bunner—, supongo que era la forma de ver las cosas de Manderson; una especie de disposición general a sospechar y ser receloso. Dicen que su padre y su abuelo eran iguales... Lo mismo que un perro con un hueso, ¿sabe?, que actúa como si todo el mundo estuviera esperando el momento de quitárselo. No era que creyese de verdad que el barbero fuera a cortarle el cuello; solo pensaba que era posible que lo hiciera, y no quería correr el riesgo. En los negocios también estaba siempre convencido de que alguien quería quitarle el hueso..., lo cual era cierto la mayoría de las veces, pero no siempre. Como consecuencia de eso, el viejo era el trabajador más precavido y furtivo del mundo de las finanzas; y eso tenía mucho que ver con su éxito, por cierto... Pero eso no quiere decir que fuese un lunático, señor Trent, ni de lejos. Me pregunta usted si Manderson estaba perdiendo el juicio antes de morir. Diría que en mi opinión estaba exhausto por la preocupación, y asustado.

Trent fumó, pensativo. Se preguntaba cuánto sabría el señor Bunner de los problemas conyugales de su jefe, y decidió sondearlo.

—Tengo entendido que tenía problemas con su mujer.

—Sí —contestó el señor Bunner—. Pero ¿usted cree que una cosa así iba a preocupar tanto a Sig Manderson? ¡Para nada! Era demasiado grande para que una preocupación así lo afectase.

Trent miró al joven a los ojos, medio incrédulo. Pero, detrás de toda la astucia y la intensidad, vio una enorme inocencia. El señor Bunner pensaba de verdad que una diferencia grave entre marido y mujer era una fuente menor de inquietud para un gran hombre.

—Fuera como fuere, ¿qué problema tenían? —preguntó Trent.

—A mí que me registren —respondió el señor Bunner someramente. Dio una calada—. Marlowe y yo hemos hablado mucho de eso, y no hemos llegado a ninguna conclusión. Al principio, sospechaba —dijo el señor Bunner en voz más baja, acercándose a Trent— que el viejo estaba decepcionado y molesto porque quería tener hijos; pero Marlowe me dijo que probablemente en ese ámbito la cosa iba en el otro sentido. Supongo que estaba en lo cierto; lo dedujo de algo que dijo la criada francesa de la señora Manderson.

Trent levantó la mirada rápido.

—¡Célestine! —dijo; y lo que estaba pensando era: «¡Así que eso era lo que daba a entender!».

El señor Bunner no interpretó de forma correcta su mirada fija.

—No crea que lo estoy criticando, señor Trent —dijo—. Marlowe no es de esos. Es solo que Célestine se encaprichó de él porque habla francés como un nativo, y siempre andaba haciéndole perder el tiempo con cotilleos. Las criadas francesas son muy diferentes de las inglesas en ese sentido. Y, criada o no —añadió, enfático, el señor Bunner—, no imagino a una mujer hablando de una cosa así con un hombre. Pero no entiendo a los franceses. —Negó despacio con la cabeza.

—Pero, volviendo a lo que me estaba diciendo hace un momento... —dijo Trent —... Usted cree que Manderson temía por su vida desde hacía tiempo. ¿Quién podía amenazarlo? No se me ocurre.

—No sé si era temor... —respondió el señor Bunner, pensativo—... Ansiedad, más bien. O suspense... Así lo entendía yo. De todas formas, el viejo era difícil de aterrorizar; y además tampoco estaba tomando precauciones... En realidad, las estaba evitando. Parecía más bien como si estuviera pidiendo que acabase rápido..., suponiendo que mi conjetura fuera acertada. A ver, por las noches se sentaba en la cristalera de la biblioteca, mirando a la oscuridad, con la camisa immaculada, que era un blanco perfecto para la pistola de cualquiera. En cuanto a quién podía querer matarlo... Bueno, señor —dijo el señor Bunner esbozando una sonrisa—, se nota que no ha vivido usted en los Estados Unidos. Solo en la huelga de la minería de Pensilvania había treinta mil hombres, con mujeres e hijos que mantener, que habrían aprovechado cualquier oportunidad de pegarle un tiro al tipo que se las arregló para que murieran de hambre o aceptaran sus condiciones. Treinta mil inmigrantes de los más duros del país, señor Trent. Entre esa gente, como es sabido, hay un tipo de hombre desesperado capaz de acechar a un individuo durante años y de matarlo cuando ya ha olvidado lo que hizo. Ha habido casos en que han reventado en Idaho a un tipo que se la jugó a otro en Nueva Jersey diez años antes. ¿Cree usted que el

Atlántico los va a detener...? No crea, en nuestro país hacen falta agallas para ser un gran empresario. No, señor: el viejo sabía..., siempre lo supo..., que había una multitud de hombres peligrosos diseminados por todo el país que se la tenían jurada. Lo que creo es que de alguna manera se había enterado de que por fin era seguro que alguno de ellos le pisaba los talones. Lo que no logro entender es por qué se exponía tanto... Por qué nunca trató de evitarlo, sino que bajó directamente al jardín ayer por la mañana para que le dispararan.

El señor Bunner dejó de hablar, y durante un rato ambos hombres siguieron sentados, frunciendo el ceño, mientras de sus cigarros subía un tenue humo azul. Luego Trent se puso en pie.

—Me gusta su teoría —dijo—. Es totalmente racional; solo es cuestión de ver si encaja con todos los hechos. Haría mal en revelarlo para el periódico, señor Bunner, pero puedo decirle que ya estoy convencido de que se trata de un crimen premeditado, y extraordinariamente ingenioso, por cierto. Le estoy muy agradecido. Tenemos que seguir hablando de esto. —Miró su reloj—. Mi amigo me espera desde hace un rato. ¿Nos ponemos en marcha?

—Las dos en punto —dijo el señor Bunner, consultando el suyo, al tiempo que se levantaba del estribo—. Las diez de la mañana en mi querida Nueva York. Usted no conoce Wall Street, señor Trent. Esperemos no ver nunca algo más infernal que lo que está pasando allí en este instante.

Capítulo VII

La dama de negro

El mar rompía con estruendo al pie del acantilado bajo una fuerte brisa; el sol inundaba de vida la tierra en medio de un cielo azul moteado de nubes. En esta perfección del clima inglés, Trent, que había pasado mala noche, bajó antes de las ocho de la mañana a una piscina natural entre las rocas a la que le habían explicado cómo llegar y se tiró de cabeza al agua límpida. Salió entre peñascos grises al mar abierto, picado, nadó un rato contra la corriente, que lo arrastraba a la costa, y volvió a su refugio agotado y refrescado. Diez minutos después escalaba el acantilado, y su mente, limpia, por el momento de una molesta aversión hacia el asunto que tenía entre manos, daba vueltas sin cesar a sus planes para esa mañana.

Era el día de la vista preliminar, el día después de su llegada. No había avanzado mucho después de despedirse del estadounidense en el camino de Bishopsbridge. Por la tarde volvió a pie al pueblo desde la fonda, en compañía del señor Cupples, y allí compró unas cuantas cosas en la farmacia, consultó en secreto a un fotógrafo, envió un telegrama a cobro revertido e hizo averiguaciones en la central telefónica. Habló muy poco del caso con el señor Cupples, a quien no parecía interesarle, y nada de los resultados de sus investigaciones o de los pasos que estaba a punto de dar. Después de regresar a Bishopsbridge, Trent escribió una larga comunicación para el *Record* y mandó al orgulloso representante del periódico en la zona a que la enviase por telegrama. Después cenó con el señor Cupples y pasó el resto de la velada en meditabunda soledad en la terraza.

Esa mañana, según escalaba el acantilado, se dijo que nunca había aceptado un caso que le gustara tan poco, o que lo absorbiera tanto. Cuanto más lo analizaba a la luz dorada del nuevo día, más malvado y difícil le parecía. Lo que sospechaba y lo que casi sabía habían ocupado su mente, que buscaba sin cesar y no le había dejado dormir; y en esa luz gloriosa y ese aire fresco, aunque lavado en cuerpo y espíritu por la fiera pureza del mar, solo veía con mayor claridad la oscuridad de la culpa en la que creía, y le producía más repulsión el móvil que sospechaba. Pero ahora al menos su entusiasmo había vuelto a despertar, y la idea de la caza se apresuraba. No iba a aflojar ni a escatimar esfuerzos; no tendría reparos en eso. Esperaba que a lo largo del día la red estuviera acabada. Tenía trabajo que hacer por la mañana; y con expectación muy real, aunque con poca verdadera esperanza, aguardaba la respuesta al telegrama que había disparado al aire la víspera, por así decir.

El camino que llevaba al hotel seguía lo alto del acantilado en sus revueltas durante un rato, y al acercarse al lugar en el que se había bañado en el mar, donde la

pared había caído hacía mucho tiempo, se acercó al borde y miró hacia abajo, esperando seguir con la mirada el más hermoso y delicado de todos los movimientos del mar...: el oleaje de un mar claro sobre las rocas rotas. Pero no había roca alguna. Unos metros más abajo sobresalía una ancha cornisa, una plataforma abrupta del tamaño de una habitación grande, cubierta de hierba densa y áspera, y cerrada en tres lados por tres paredes casi verticales. Allí, cerca del borde donde por fin el acantilado caía a pico, estaba sentada una mujer, cuyos brazos rodeaban sus rodillas con los ojos fijos en el rastro de humo de un transatlántico lejano, el rostro lleno de ensueño.

Esa mujer, le pareció a Trent, cuya formación lo había enseñado a vivir en la mirada, componía la estampa más hermosa que había visto jamás. Su rostro de palidez meridional, en cuya mejilla ponía un toque de color el beso del viento, le mostraba un perfil de delicada regularidad en el que no había un solo rasgo duro; no obstante, las negras cejas, que bajaban hasta casi juntarse, le daban en reposo un aire casi de severidad, extrañamente redimido por las curvas abiertas de la boca. Trent se dijo que lo que pudiera haber de absurdo en un enamorado que escribe sonetos a las cejas de su amada depende de la calidad de las cejas. Su nariz era de esas rectas y finas, que evitan de forma exquisita la pérdida de la longitud excesiva, y hacen que las mentes escrupulosas se avergüencen de no poder evitar de cuando en cuando admirar las narices respingonas. El sombrero estaba sujeto con un alfiler sobre la hierba a su lado, y la brisa viva jugaba con su espeso pelo oscuro, soplando hacia atrás los dos anchos mechones que deberían haber cubierto gran parte de la frente, y agitando cien ricitos de la masa reunida en la nuca. Todo era negro en la mujer, de los zapatos de ante al sombrero que se había quitado; un negro mate la cubría hasta la garganta desnuda. Toda la ropa que llevaba era de buena calidad y la vestía de forma admirable. Por más que su aspecto dijese con claridad que era soñadora y de espíritu delicado, era evidente que poseía la práctica que solo una mujer adulta puede tener en vestir bien, la más antigua de las artes, y tenía un toque de alegría elemental en la excelencia del cuerpo que tan admirablemente se curvaba en el gesto de las rodillas abrazadas. Con la insinuación de un gusto francés en su ropa, presentaba una figura muy moderna allí sentada, hasta que uno la miraba a la cara y veía el resplandor y el triunfo de todos los seres vigorosos cuando contemplan el sol, el viento y el mar juntos en el cénit del año. Uno veía también una feminidad tan pura y vigorosa, tan inconscientemente segura de sí misma, que apenas podía ser inglesa, y aún menos estadounidense.

Trent, que se había detenido solo un momento por la sorpresa de ver a la mujer de negro, había pasado de largo por el acantilado sobre ella, percibiendo y sintiendo sin dejar de andar las cosas mencionadas. En todas las circunstancias, su aguda visión y su ágil mente percibían y saboreaban detalles con una rapidez sencilla que maravillaba a hombres de química más lenta; sostenía que la necesidad de mirar fijamente era prueba de ceguera. Ahora que la sensación de belleza había sido despertada y era exultante, doblaba el poder de sus sentidos. En momentos así, se

imprimía en su memoria una estampa que nunca habría de desaparecer.

Mientras pasaba de largo sobre la hierba sin ruido alguno, la mujer, que seguía a solas con sus pensamientos, se movió de repente. Separó sus largas manos, dejó de abrazar las rodillas y extendió sus extremidades y su cuerpo con gracia felina, luego levantó la cabeza despacio y extendió los brazos con los dedos abiertos, curvados, como para alcanzar toda la gloria y la abrumadora cordura de la mañana. Era un gesto inconfundible: un gesto de libertad, el movimiento de la decisión de un alma de ser, poseer, avanzar, tal vez disfrutar.

Así la vio un instante al pasar, y no se volvió. Supo de pronto quién debía de ser la mujer, y fue como si una cortina de penumbra se corriera entre él y el esplendor del día.

Mientras desayunaban en el hotel, el señor Cupples vio a Trent poco dispuesto a hablar. Se excusó aduciendo una noche difícil. El señor Cupples, a su vez, se hallaba en un estado de alerta propio de un pájaro. La perspectiva de la vista preliminar parecía animarlo. Distrajo a Trent con una disquisición acerca de la historia de esa antiquísima y otrora ajetreada institución, el tribunal del *coroner*^[20], e hizo unas observaciones sobre la envidiable libertad de su procedimiento, al margen de las reglas de la norma y los antecedentes. De eso pasó al caso que habría de ver esa mañana.

—El joven Bunner me comentó anoche —dijo—, cuando subí después de cenar, su hipótesis respecto del crimen. Un joven notabilísimo, Trent. A veces se expresa de manera un tanto oscura, pero en mi opinión está bendecido con un conocimiento lúcido del mundo, nada frecuente en alguien de la edad que aparenta. En ese sentido, dice mucho de él el que Manderson lo ascendiera al cargo de lugarteniente principal. Parece haber tomado con total confianza en sí mismo el control de la complicada situación que ha causado la muerte de su jefe a este lado del cable, según dice él, y me ha dado consejos muy sensatos acerca de lo que debería hacer en interés de Mabel, y del mejor procedimiento hasta que entren en vigor las cláusulas del testamento. Por lo tanto, me inclinaba a creer menos disparatada en este caso la idea de una *vendetta* industrial que en otras circunstancias. Cuando le pregunté, pudo describir una serie de casos en los que se había atentado de una u otra manera, a menudo con éxito, contra la vida de personas que se habían granjeado la hostilidad de sindicatos poderosos. Vivimos en tiempos terribles, querido muchacho. Que yo sepa, en toda la historia nunca ha habido constancia de otro periodo en el cual la disparidad entre los componentes materiales y morales de la sociedad haya sido tan grande o constituido una amenaza mayor para la permanencia del tejido. Pero, en mi opinión, en ningún sitio es tan oscura la perspectiva como en los Estados Unidos.

—Yo pensaba —dijo Trent sin apenas energía— que allá el puritanismo era más o menos tan fuerte como la codicia.

—Esa observación —respondió el señor Cupples, tan cerca del humor como era posible en él— no dice gran cosa del puritanismo..., término ese más conveniente que acertado; porque no hará falta que le recuerde que fue inventado para describir una facción anglicana que tenía como meta purgar los servicios y el ritual de su Iglesia de ciertos elementos que tenía por repugnantes. Pero el sentido de su observación no deja de ser acertado, y su verdad queda perfectamente ilustrada por el caso del propio Manderson, que, creo, reunía en sí las virtudes de la pureza, la abstinencia y el control de sí mismo en el más alto grado. No, Trent, hay otras cosas, y más valiosas, entre los componentes morales de los que le hablaba; y en nuestra naturaleza finita, cuanto más nos preocupamos por la desconcertante complejidad del aparato externo que la ciencia coloca en nuestras manos, menos vigor nos queda para el desarrollo de los propósitos más sagrados de nuestra humanidad interior. La maquinaria agrícola ha acabado con el Festival de la Cosecha. El viaje mecánico ha acabado con la posada, o con lo mejor que tenía. No me hace falta multiplicar los ejemplos. El punto de vista que le estoy expresando —prosiguió el señor Cupples, untando mantequilla plácidamente en una tostada— es considerado fundamentalmente erróneo por muchos de los que en general piensan como yo acerca de las preocupaciones más profundas de la vida, pero yo sigo firmemente convencido de que es la verdad.

—Necesita una expresión epigramática —dijo Trent, levantándose de la mesa—. Ojalá pudiera cristalizarlo en una fórmula práctica, como «Abajo el papa» o «Los impuestos, para los extranjeros»; encontraría multitudes dispuestas a ir a la hoguera por él. Pero tenía usted intención de ir a White Gables antes de la vista preliminar, según creo. Debería salir ya si quiere volver a tiempo para la sesión. Yo también tengo que hacer allí, así que podemos ir juntos a pie. Deje que vaya a por la cámara.

—Faltaría más —respondió el señor Cupples; y al punto se pusieron en marcha bajo el calor creciente de la mañana. El tejado de White Gables, un arisco trozo de rojo mate contra los árboles negros, parecía acorde al humor de Trent; se sentía apesadumbrado, siniestro e inquieto. Si había de caer un golpe que derribase a aquella criatura de belleza y vida radiantes que había visto esa mañana, no quería que llegara por su mano. Una caballerosidad exagerada había pervivido en Trent desde las primeras enseñanzas de su madre; pero en ese momento el horror de dañar algo tan bonito y adorable era aversión tanto de caballero como de artista. Por otra parte, ¿acaso debía la caza acabar en nada? Dadas las características del asunto, la sola idea de ser paciente era una agonía. Nunca hubo un caso igual; y estaba seguro de que solo él tenía la verdad al alcance de la mano. Decidió que por lo menos ese día demostraría si lo que creía era un delirio suyo. Se guardaría sus reparos hasta estar bien seguro de que hubiera motivos para tenerlos. Esa misma mañana lo sabría.

Conforme cruzaban la verja del acceso, vieron a Marlowe y el estadounidense hablando de pie ante la puerta principal. A la sombra del porche estaba la dama de negro.

Ella los vio y se acercó por el césped, grave, moviéndose como Trent sabía que habría de moverse, recta y en equilibrio, pisando suavemente. Cuando lo saludó, después de que el señor Cupples se lo presentara, sus ojos marrones de motas doradas lo observaron con amabilidad. En su pálida compostura, que llevaba como máscara de aflicción, no había rastro de la emoción que semejaba una aureola alrededor de su cabeza en la cornisa del acantilado. Pronunció el lugar común apropiado con voz grave y serena. Después de dirigir unas palabras al señor Cupples, volvió la mirada a Trent otra vez.

—Espero que tenga éxito —le dijo seriamente—. ¿Cree usted que lo tendrá?

Se decidió en cuanto las palabras salieron de los labios de ella. Dijo:

—Creo que sí, señora Manderson. Cuando tenga el caso lo bastante maduro, le pediré que me reciba y se lo contaré. Puede que haga falta que la consulte antes de publicar los hechos.

Ella pareció perpleja, y la aflicción se asomó a su mirada.

—Si es necesario, cuente con ello —dijo.

A punto de lanzarse al siguiente discurso, Trent vaciló. Se acordó de que en su momento la dama no quiso repetirle la historia que ya le había contado al inspector ni responder a pregunta alguna. No se le ocultaba que deseaba escuchar su voz y ver su rostro un poco más, si fuera posible; pero el asunto que tenía que abordar lo preocupaba de verdad; era un detalle raro que no encajaba con el esquema entre cuyas esquinas había colocado ya los otros detalles raros del caso. Era muy posible que ella pudiera explicarlo con toda facilidad; e improbable que otra persona pudiera. Hizo acopio de fuerzas.

—Ha sido usted tan amable —dijo— permitiéndome acceder a la casa y concediéndome la oportunidad de estudiar el caso que voy a tener que pedirle permiso para hacerle una o dos preguntas... Nada que usted pueda preferir no responder, me parece. ¿Puedo?

Ello lo miró fijamente, cansada.

—Sería estúpido por mi parte decir que no. Pregunte lo que tenga que preguntar, señor Trent.

—No es más que esto —dijo Trent de forma atropellada—. Sabemos que su esposo retiró recientemente una gran suma de dinero contante y sonante de su banco de Londres, y que la guardaba aquí. Está aquí en este momento, a decir verdad. ¿Se le ocurre por qué pudo hacerlo?

Ella abrió los ojos de par en par, asombrada.

—No tengo la menor idea —dijo—. No sabía que lo hubiera hecho. Me sorprende mucho oírlo.

—¿Por qué la sorprende?

—Pensaba que mi marido tenía muy poco dinero en casa. El domingo por la noche, justo antes de salir en el automóvil, vino a la sala donde estaba sentada. Parecía irritado por algo, y me preguntó sin preámbulos si tenía billetes o monedas

que pudiera dejarle hasta el día siguiente. Me sorprendió, porque nunca se quedaba sin dinero; tenía por norma llevar siempre encima unas cien libras en una billetera. Abrí mi secreter y le di todo lo que tenía. Eran casi treinta libras.

—¿Y él no le dijo para qué las quería?

—No. Se las guardó en el bolsillo, y a continuación me dijo que el señor Marlowe lo había convencido e iban a salir a pasear en coche a la luz de la luna; pensó que tal vez lo ayudaría a dormir. Llevaba una temporada durmiendo mal, como tal vez ya sepa. Me pareció raro que le hiciera falta dinero un domingo por la noche, pero enseguida se me olvidó. No había vuelto a acordarme hasta ahora.

—Es extraño, desde luego —dijo Trent, mirando a lo lejos.

El señor Cupples empezó a hablarle a su sobrina de los preparativos para la vista preliminar, y Trent se alejó hacia donde Marlowe caminaba despacio por el césped. El joven pareció aliviado por poder hablar de lo que se avecinaba. Aunque seguía teniendo aspecto de estar cansado y nervioso, demostró que tenía un sentido del humor reposado hablando de la pompa de la policía local y los aires ominosos del doctor Stock. Trent llevó la conversación poco a poco al problema del crimen, y toda la gravedad de Marlowe regresó.

—Bunner me ha contado su teoría —dijo, cuando Trent se refirió a la teoría del estadounidense—. No me convence, porque en realidad no explica algunos de los hechos más extraños. Pero he vivido suficiente en los Estados Unidos para saber que una venganza así, ejecutada en secreto y de forma melodramática, no es improbable. Allí es un rasgo bastante característico de ciertos sectores del movimiento sindical. Los estadounidenses son aficionados a esa clase de cosas, y tienen talento para ellas. ¿Ha oído hablar de *Las aventuras de Huckleberry Finn*?

—Pregúnteme si sé cómo me llamo, ya puestos —exclamó Trent.

—Bueno, me parece que lo más estadounidense de esa gran epopeya es la elaboración por parte de Tom Sawyer de un plan extremadamente difícil y romántico, cuya ejecución lleva días, para ayudar a escapar al negro Jim, lo cual podía haberse logrado con facilidad en veinte minutos. Ya sabe cuánto les gustan las logias y las hermandades. Cada club universitario tiene sus señales y sus saludos secretos. Seguro que ha oído usted hablar del movimiento político de los Know-Nothing y del Ku Klux Klan. No se pierda la tiranía de folletín de Brigham Young en Utah, con sangre auténtica. Los fundadores del Estado Mormón eran estadounidenses de pura cepa; y ya sabe lo que hicieron. Todo forma parte de la misma tendencia mental. Entre ellos, los estadounidenses se burlan de ella. Yo me la tomo muy en serio.

—Desde luego, puede tener un lado horrendo —dijo—, cuando la relaciona uno con el crimen... O con el vicio... O con el lujo, sin ir más lejos. Pero siento una especie de respeto oculto por la determinación de animar el cotarro a pesar de la civilización. Pero, volviendo a lo nuestro, ¿le parece posible que la mente de Manderson estuviese más o menos afectada por esa amenaza en la que cree Bunner? Por ejemplo, fue bastante extraordinario mandarlo a usted por ahí de esa manera en

mitad de la noche.

—Hacia las diez, para ser exactos —respondió Marlowe—. Pero, no se confunda, tampoco me habría sorprendido mucho si me hubiera sacado de la cama a medianoche. Todo encaja con lo que le estaba diciendo. Manderson compartía plenamente la afición de sus compatriotas a los procedimientos dramáticos. Estaba muy orgulloso de su más que merecida reputación de actuar siguiendo impulsos inesperados y de perseguir su objetivo de forma directa y despiadada, sin contemplaciones. Había decidido de repente que quería contactar con un tal Harris...

—¿Quién es Harris? —interrumpió Trent.

—Nadie lo sabe. Ni siquiera Bunner había oído hablar de él, y tampoco puede imaginar qué se traían entre manos. Solo sé que, cuando fui a Londres para ocuparme de varias cosas, la semana pasada, reservé un camarote en cubierta en el barco que zarpó el lunes, siguiendo órdenes de Manderson, a nombre del señor George Harris. Se diría que de pronto Manderson descubrió algo que quería saber por Harris que presumiblemente era demasiado secreto para el telégrafo; y no había tren; así que me mandó a mí, como sabe.

Trent miró a un lado y a otro para asegurarse de que nadie podía oírlos, y luego miró a Marlowe, grave.

—Puedo contarle algo —dijo en voz baja— que creo que no sabe. Martin, el criado, oyó unas palabras al final de su conversación con Manderson en la arboleda, antes de que salieran ustedes en el coche. Lo oyó decir: «Si Harris está, cada minuto es importante». Bien, señor Marlowe, ya sabe lo que hago aquí. Me han enviado a investigar, no se ofenda. Quiero preguntarle si, teniendo en cuenta esa frase, va a repetir que no sabe qué se traían entre manos.

Marlowe negó con la cabeza.

—No sé nada, no. No me ofendo fácilmente, y su pregunta es justa. Ya le conté al policía lo que ocurrió durante esa conversación. Manderson me dijo sin reservas que no podía decirme de qué se trataba. Solo quería que viera a Harris, que le dijera que quería saber cómo estaba la cosa, y que al volver le trajera una carta o un mensaje de su parte. Además, me dijo que era posible que Harris no apareciera. Si lo hacía, «cada minuto era importante»... Y ahora ya sabe usted tanto como yo.

—Esa conversación ocurrió antes de que le dijera a su mujer que usted lo iba a llevar a pasear en coche a la luz de la luna. Me pregunto por qué ocultó así sus órdenes.

El joven hizo un gesto de indefensión.

—¿Por qué? Sé lo mismo que usted.

—¿Por qué —murmuró Trent como si hablara para sus adentros, con la cabeza gacha— ocultarlo?... ¿Por qué ocultárselo a la señora Manderson?

Volvió a mirar a Marlowe.

—Y a Martin —corrigió el otro, tranquilo—. A él le dijo lo mismo.

Con un gesto repentino de la cabeza, Trent pareció dejar de lado el asunto. Se

sacó una cartera del bolsillo del pecho y extrajo dos hojitas de papel en blanco.

—Mire estos dos papeles, señor Marlowe —dijo—. ¿Los ha visto antes? ¿Sabe de dónde vienen? —añadió al mismo tiempo que Marlowe cogía uno con cada mano y los examinaba con cuidado.

—Parecen haber sido recortados con una navaja o unas tijeras de una agenda pequeña de este año... De las páginas de octubre —observó Marlowe, mirándolos por los dos lados—. No veo nada escrito. Que yo sepa, aquí nadie tiene una agenda así. ¿Qué tienen de particular?

—Tal vez nada —dijo Trent, dubitativo—. Por supuesto, cualquiera podría tener una agenda así sin que usted lo supiera. Pero no tenía muchas esperanzas de que pudiera usted identificar las hojas... En realidad, me habría sorprendido si hubiera sido así.

Se calló. La señora Manderson estaba yendo a su encuentro.

—Mi tío opina que tenemos que irnos —dijo.

—Me parece que iré con el señor Bunner —dijo el señor Cupples al reunirse con ellos—. Hay que solucionar cuanto antes unos asuntos de negocios. ¿Puedes ir con estos dos señores, Mabel? Os esperaremos antes de llegar.

Trent se volvió hacia ella.

—Espero que la señora Manderson me disculpe —dijo—. En realidad, esta mañana he venido a mirar por aquí, pensando encontrar indicios. No pensaba ir a..., a la vista todavía.

Ella lo miró con ojos de perfecta inocencia.

—Claro, señor Trent. Por favor, haga lo que desee. Todos confiamos en usted. Si espera un momento, señor Marlowe, estaré lista.

Entró a la casa. Su tío y el estadounidense ya se habían puesto en camino hacia la verja.

Trent miró a su acompañante a los ojos.

—Es una mujer maravillosa —dijo en voz baja.

—Lo dice porque no la conoce —respondió Marlowe en tono similar—. Es más que eso.

Trent no dijo nada. Miró fijamente hacia los campos y el mar. En el silencio, el ruido de unos pasos apresurados y con clavos se alzó en el aire tranquilo. A poca distancia, apareció un niño que se acercaba al trote por el camino desde el hotel. Llevaba en la mano el sobre naranja de un telegrama, inconfundible incluso a distancia. Trent lo miró indiferente según llegaba a la altura de los otros dos y los dejaba atrás. Luego se volvió hacia Marlowe.

—Cambiando de tema —dijo—, ¿estudió usted en Oxford?

—Sí —dijo el joven—. ¿Por qué lo pregunta?

—Solamente me preguntaba si estaba en lo cierto. Es una de esas cosas que se notan muy a menudo, ¿no?

—Supongo —dijo Marlowe—. Bueno, todos estamos marcados de una forma u

otra, digo yo. Si no lo conociera, habría dicho que es usted artista.

—¿Por qué? ¿Llevo el pelo demasiado largo?

—¡Oh, no! Es solo que mira usted las cosas y a la gente como he visto hacer a los artistas, con una mirada que se mueve firme de un detalle a otro... Inspeccionando, más que mirando.

El niño llegó jadeando.

—Telegrama para usted, señor —le dijo a Trent—. Acaba de llegar, señor.

Trent abrió el sobre pidiendo disculpas y se le iluminó la mirada tan visiblemente al leer el papel que el cansado rostro de Marlowe se ablandó y sonrió.

—Deben de ser buenas noticias —musitó, a medias para sus adentros.

Trent clavó en él una mirada en la que nada se leía.

—No son noticias exactamente —dijo—. Solo me dice que estaba en lo cierto en otra cosilla.

Capítulo VIII

La vista preliminar

El *coroner*, plenamente consciente de que por un día la atención del mundo entero se centraba en él, un abogado de pueblo, había decidido ser merecedor de ese honor pasajero. Era un hombre corpulento de temperamento jovial, con un interés profundo en los aspectos dramáticos de su trabajo, y la noticia de la misteriosa muerte de Manderson en su jurisdicción había hecho de él el *coroner* más feliz de Inglaterra. Su respetable talento para ordenar los hechos se hallaba reforzado por una abundancia de léxico impresionante que convertía a los jurados en arcilla entre sus manos, y a veces disfrazaba una interpretación dudosa de las reglas de la prueba.

La vista se desarrollaba en una habitación larga y sin amueblar añadida recientemente al hotel y destinada al uso como salón de baile o sala de conciertos. Un regimiento de reporteros se atrincheraba en las primeras filas, y quienes habían de prestar testimonio estaban sentados en sillas a un lado de la mesa tras la cual se sentaba el *coroner*, mientras que el jurado, en dos filas, con el pelo engominado y una tranquilidad espuria, lo flanqueaba al otro lado. Un público normal y corriente llenaba el espacio restante, y escuchaba en reverente silencio el despliegue de las solemnidades. Los hombres de los periódicos, muy acostumbrados a estas, murmuraban entre sí. Los que conocían de vista a Trent aseguraban a los demás, para su tranquilidad, que no estaba en la sala.

La identidad del muerto fue confirmada por su esposa, la primera testigo en comparecer, de quien el *coroner*, tras unas preguntas relativas a la salud y las circunstancias del finado, procedió a extraer el relato de la última vez que había visto con vida a su marido. La señora Manderson recorrió las pruebas de la mano del *coroner* con la simpatía que todo hombre sentía por aquella oscura figura de congoja. Se levantó el grueso velo antes de empezar a hablar, y la extrema palidez y la compostura intacta de la dama causaron una impresión singular. No era una impresión de dureza. Lo primero que se sentía en su presencia era su interesante feminidad. Ni siquiera era enigmática. Estaba claro que la fuerza de un carácter poderoso estaba operando para dominar las emociones de su situación. Según hablaba, se llevó un pañuelo a los ojos una o dos veces, pero su voz se mantuvo grave y clara hasta el final.

Su marido, dijo, subió a su habitación el domingo a la hora a la que se retiraba normalmente. Su dormitorio era en realidad un vestidor unido al dormitorio de ella, con el que se comunicaba mediante una puerta que solía quedarse abierta por la noche. Tanto al vestidor como al dormitorio se entraba también por otras puertas que

daban al pasillo. Su marido siempre había preferido los dormitorios sencillos, y le gustaba dormir en una habitación pequeña. No estaba despierta cuando él subió, pero se despertó a medias, como solía, cuando se encendió la luz en el dormitorio de su marido. Le habló. No recordaba claramente lo que había dicho, porque entonces estaba adormilada; pero recordó que había salido a dar un paseo en coche a la luz de la luna, y creía que le había preguntado si el paseo había sido agradable y qué hora era. Le preguntó qué hora era porque tenía la sensación de que acababa de quedarse dormida, y se había hecho a la idea de que su marido iba a volver muy tarde. En respuesta a su pregunta, él dijo que eran las once y media, y a continuación, que había cambiado de idea sobre el paseo.

—¿Dijo por qué? —preguntó el *coroner*.

—Sí —contestó la dama—, explicó por qué. Me acuerdo muy bien de lo que dijo, porque... —Se detuvo con cierto aire de confusión.

—Porque... —insistió, amable, el *coroner*.

—Porque en general mi marido no hablaba de sus asuntos de negocios —respondió la testigo, alzando la barbilla con un vago toque de desafío—. No pensaba... Pensaba que no me interesaban, y normalmente los mencionaba lo menos posible. Por eso me sorprendió mucho que me dijera que había mandado al señor Marlowe a Southampton a recabar información importante de un hombre que zarpaba hacia París en el barco del día siguiente. Dijo que el señor Marlowe lograría hacerlo fácilmente, salvo que tuviera un accidente. Dijo que había salido en el coche, y luego había vuelto a casa a pie, una milla o así, y que se sentía mejor después del paseo.

—¿Dijo algo más?

—Nada, que yo recuerde —dijo la testigo—. Yo tenía mucho sueño, y volví a quedarme dormida al momento. Solo me acuerdo de que mi marido apagó la luz, y nada más. No volví a verlo con vida.

—¿Y durante la noche no oyó nada?

—No, no me desperté hasta que la criada me trajo el té a las siete de la mañana. Cerró la puerta que daba al dormitorio de mi marido, como siempre, y supuse que él seguía ahí. Siempre necesitaba dormir mucho. A veces dormía hasta bien entrada la mañana. Desayuné en mi salita. Serían las diez cuando oí que habían encontrado el cuerpo de mi marido.

La testigo agachó la cabeza y esperó en silencio a que el *coroner* la dejara marcharse. Pero aún iba a tener que esperar.

—Señora Manderson. —La voz del *coroner* era compasiva, pero ahora tenía una sombra de dureza—. La pregunta que voy a hacerle, en estas tristes circunstancias, será dolorosa; pero es mi deber hacerla. ¿Es cierto que sus relaciones con su difunto marido habían dejado de ser relaciones de afecto y confianza mutuos desde hacía un tiempo? ¿Es cierto que estaban distanciados?

La dama volvió a enderezar la espalda y miró a su interrogador, al tiempo que se sonrojaba.

—Si esa pregunta es necesaria —dijo con fría claridad—, la responderé, con tal de que no haya malentendidos. Durante los últimos meses de vida de mi marido, su actitud hacia mí me había causado gran pena y ansiedad. Había cambiado para conmigo; se había vuelto muy reservado y parecía desconfiar. Lo veía mucho menos que antes; daba la impresión de que prefería estar solo. No puedo explicar ese cambio. Traté de hacerle frente; hice todo lo que pude sin poner en peligro mi propia dignidad, pensaba. Algo se interponía entre nosotros, no sabía qué, y él no me lo dijo. Mi propio orgullo y mi obstinación me impedían preguntarle directamente qué ocurría; me limité a tratarlo como lo había tratado siempre, en la medida en que me lo permitía. Supongo que nunca sabré qué pasaba.

La testigo, cuya voz temblaba al llegar a las últimas frases, a pesar de su control de sí misma, se bajó el velo cuando hubo dicho esto, y permaneció erguida y en silencio.

Un miembro del jurado hizo una pregunta, no sin evidentes dudas.

—¿Usted y su marido nunca llegaron a tener, como se dice habitualmente, una conversación, señora?

—Jamás.

La palabra fue pronunciada sin inflexión de ninguna clase; pero todos comprendieron que había sido castigado con cierto rigor por una grosera equivocación respecto de lo que en términos de conducta podía permitirse hacia una persona como la señora Manderson.

El *coroner* preguntó si sabía de algún otro asunto que pudiera haber estado preocupando a su marido últimamente.

La señora Manderson no sabía nada de nada. El *coroner* hizo saber que la ordalía había concluido, y la dama velada se dirigió a la puerta. La atención general, que la siguió unos instantes, se centró ahora con impaciencia en Martin, a quien el *coroner* llamó a continuación.

En ese instante, Trent apareció en la puerta y se abrió paso en la gran sala. Pero hizo caso omiso de Martin. Estaba observando a la equilibrada figura que se le acercaba rápidamente por un camino que se iba formando entre la multitud, y su mirada era sombría. Mientras le dejaba el paso expedito con una ligera inclinación, Trent empezó a oír a la señora Manderson llamarlo por su nombre. La siguió uno o dos pasos al recibidor.

—Quería pedirle —dijo con voz ahora débil y extrañamente rota— que me diera el brazo parte del camino a la casa. No he visto a mi tío cerca de la puerta, y de pronto me siento muy débil... Me encontraré mejor cuando me dé el aire... No, no; no puedo quedarme aquí... ¡Señor Trent, por favor! —dijo, según él empezaba a hacer una sugerencia obvia—. Tengo que ir a la casa.

Su mano apretó el brazo de él durante un momento, como si, pese a su debilidad, pudiera arrastrarlo lejos de aquel lugar; a continuación, volvía a apoyarse en él, con pesadez, y con ese apoyo y la cabeza gacha se alejó lentamente del hotel y recorrió el

camino hacia White Gables a la sombra de los robles.

Trent andaba en silencio; sus pensamientos se arremolinaban en su cabeza, bailando enloquecidos un estribillo que decía «¡Tonto!, ¡tonto!». Todo lo que nadie más sabía, todo lo que suponía y sospechaba, atravesó su cerebro en tropel; pero no dejó de ser consciente ni un instante del tacto de la rendida mano de la señora Manderson sobre su brazo, y lo llenaba de una exaltación que lo encolerizaba y desconcertaba. Seguía maldiciéndose furioso tras la máscara de cortesía convencional que presentaba a la dama cuando la escoltó hasta la casa y la vio hundirse en un sofá en el salón que se usaba por las mañanas. Ella, levantándose el velo, le dio las gracias de forma grave y directa, con una mirada de gratitud sincera. Dijo que se encontraba mucho mejor y añadió que una taza de té le sentaría de maravilla. Esperaba no haberlo alejado de algo importante. Estaba avergonzada; había pensado que podría soportarlo, pero no se esperaba las últimas preguntas.

—Me alegro de que no me haya oído usted —dijo cuando él se explicó—. Pero lo leerá todo en los informes, claro está. Me ha afectado mucho tener que hablar así —añadió sencillamente—; y el esfuerzo por no dar un espectáculo me ha dejado exhausta. ¡Y todos esos hombres que miraban fijamente desde la puerta! Una vez más, gracias por ayudarme cuando se lo he pedido... Pensé que no le parecería mal —concluyó de forma extraña, con una sonrisita fatigada; y Trent se marchó, con la mano temblando aún por el frío tacto de los dedos de ella.

El testimonio de los criados y del descubridor del cuerpo no añadió nada a las redes de los periodistas. El de la policía fue tan gris y críptico como suele serlo en las vistas preliminares en casos así. Para gran satisfacción del señor Bunner, sus declaraciones constituyeron la gran sensación del día, y dejaron en un plano remoto la interesante revelación de los problemas conyugales que había hecho la esposa del muerto. En sustancia, le dijo al tribunal lo que ya le había dicho a Trent. Los lapiceros volaban y no se perdieron una palabra de la historia del joven estadounidense, que apareció sin que se omitiera casi nada en todos los periódicos de cierta importancia de Gran Bretaña y los Estados Unidos.

Al día siguiente, la opinión pública hizo caso omiso de la sutil sugerencia de la posibilidad de un suicidio que el *coroner*, en su última alocución al jurado, había considerado necesario hacer en relación con las declaraciones de la dama. El peso de las pruebas, como efectivamente señaló el responsable, estaba en contra de esa teoría. Hizo hincapié en el hecho de que no había sido hallada arma alguna cerca del cadáver.

—Esta cuestión, por supuesto, es importantísima, caballeros —dijo al jurado—. Es más, para ustedes es lo principal. Han visto el cuerpo con sus propios ojos. Acaban de escuchar las pruebas médicas; pero me parece que conviene que les lea mis notas en lo tocante a este asunto, para refrescarles la memoria. El doctor Stock

les ha dicho... Voy a omitir todo el lenguaje técnico médico y a repetirles su testimonio en palabras corrientes... Les ha dicho que en su opinión la muerte ocurrió seis u ocho horas antes de que el cuerpo fuera descubierto. Ha dicho que la causa de la muerte fue la herida de bala, dado que la bala entró por el ojo izquierdo, que quedó destruido, y llegó hasta la base del cráneo, que quedó destrozado. La apariencia externa de la herida, ha dicho, no apoya la hipótesis de que fuera infligida por el muerto, en tanto en cuanto no hay señales de que el arma fuese apretada contra el ojo, y ni siquiera de que estuviera cerca de este; al mismo tiempo, no es físicamente imposible que el arma fuera disparada por la propia mano del fallecido a poca distancia del ojo. El doctor Stock también nos ha dicho que es imposible determinar con certidumbre, a partir del estado del cuerpo, si se desarrolló alguna clase de forcejeo en el momento del óbito; que, cuando lo vio, en el entendido de que no había sido movido desde su hallazgo, el cuerpo yacía desplomado en una posición que bien podría resultar del disparo sin coadyuvante alguno; pero que los arañazos y las magulladuras de las muñecas y los antebrazos habían sido infligidos muy recientemente y eran, en su opinión, señales de violencia.

»En relación con ese mismo extremo, el notable testimonio del señor Bunner no puede ser considerado, me parece, carente de relevancia. Tal vez haya sorprendido a algunos de ustedes escuchar que en el país del testigo las personas de la posición del finado corren por lo común riesgos de la naturaleza descrita por aquel. Por otro lado, es posible que algunos de ustedes tuvieran ya noticia de que en los ambientes industriales de los Estados Unidos el descontento del obrero llega con frecuencia a extremos de los que felizmente nada sabemos en Inglaterra. He interrogado al testigo con cierto detalle al respecto. Al mismo tiempo, caballeros, en modo alguno estoy dando a entender que la conjetura personal del señor Bunner respecto de la causa de la muerte pueda ser adoptada por ustedes con propiedad. No es el caso en absoluto. Lo que sí hace su testimonio es suscitar dos preguntas que deben ustedes tener en cuenta. Primero: ¿puede decirse que el finado se hallaba en mayor medida amenazado..., más expuesto al peligro de un ataque homicida que una persona corriente? Segundo: ¿justifica la reciente alteración de su conducta, como la ha descrito el testigo, la creencia de que sus últimos días estuvieron dominados por la sombra de una gran ansiedad? Pueden ustedes legítimamente tener en cuenta estos puntos a la hora de llegar a una conclusión con base en el resto de las pruebas.

En ese punto, el *coroner*, tras dar a entender claramente que en su opinión el señor Bunner tenía más razón que un santo, pidió al jurado que meditase sobre su veredicto.

Capítulo IX

Una pista fresca

—¡Entre! —llamó Trent.

El señor Cupples entró en su salón del hotel. Acababa el día en que el jurado del *coroner*, sin apenas deliberar, había emitido como se esperaba un fallo contra persona o personas desconocidas. Trent, tras levantar la vista un momento, siguió examinando atentamente lo que había en un disco fotográfico de metal esmaltado que movía despacio a la luz de la ventana. Estaba muy pálido y se movía con nerviosismo.

—Siéntese en el sofá —aconsejó—. Las sillas pertenecen a un juego que se compró en la liquidación de las propiedades de la Santa Inquisición de España. Este negativo es bastante bueno —prosiguió, sosteniéndolo a la luz con la cabeza en un ángulo propio de un entendido—. Me parece que ya está bien lavado. Vamos a dejar que se seque y a recoger este desbarajuste.

El señor Cupples, mientras el otro ordenaba afanosamente una confusión de palanganas, platos, estantes, cajas y botellas, cogió primero un objeto y luego otro y los estudió con curiosidad inocente.

—Eso se llama eliminador de hipo —dijo Trent, mientras el señor Cupples descorchaba y olía una de las botellas—. Muy útil cuando tienes prisa con un negativo. Aun así, yo no me lo bebería. Elimina el hipofosfito de sodio, pero no me extrañaría que también eliminase seres humanos. —Encontró sitio para el último bártulo en la repisa de la chimenea, y se sentó a la mesa frente al señor Cupples—. Lo mejor de un salón de hotel es que no es tan bonito como para distraerte del trabajo. No es lugar para los placeres efímeros de la mente en calma. ¿Había estado antes en esta habitación, Cupples? Yo sí, cientos de veces. Me ha perseguido por toda Inglaterra durante años. Sin ella, estaría perdido; si en algún hotel fantástico y remoto pretendieran darme otro salón... Mire aquí, en la mesa, esta tinta se me cayó cuando me dieron esta habitación en Halifax. Esa quemadura de la alfombra la hice en Ipswich. Pero veo que han arreglado el cristal del marco de *Silent Sympathy*^[21], al que le tiré una bota en Banbury. Como aquí no trabajo en ningún sitio. Esta tarde, por ejemplo, desde la vista preliminar, he acabado varios negativos excelentes. Abajo hay un buen cuarto oscuro.

—La vista preliminar... Ahora que lo dice... —dijo el señor Cupples, que sabía que en Trent esa clase de charla era señal de la excitación de la acción, y se preguntaba de qué podía tratarse—... He venido a darle las gracias, querido muchacho, por ocuparse de Mabel esta mañana. No imaginaba que fuera a sentirse mal después de testificar; parecía impertérrita y, la verdad, es una mujer con un

dominio de sí misma tan extraordinario que pensé que podía dejar que se fuera por su cuenta y quedarme a escuchar a los testigos, lo cual me parecía importante. Fue una suerte que encontrase un amigo que la ayudara, y está muy agradecida. Ahora se encuentra bien.

Trent, con las manos en los bolsillos y el entrecejo levemente fruncido, no respondió nada.

—¿Sabe? —dijo tras una breve pausa—, estaba a punto de ponerme con la parte más interesante cuando ha llegado usted. Venga aquí; ¿quiere ver una muestra del mejor trabajo policial? Es la misma clase de trabajo que tendría que estar haciendo el bueno de Murch en este momento. A lo mejor anda en ello. Pero rezo por que no sea el caso.

Se puso en pie de un salto y desapareció en el dormitorio. Regresó al punto con un tablero grande en el que había colocados unos cuantos objetos heterogéneos.

—Primero tengo que presentarle estas cositas —dijo, poniéndolas encima de la mesa—. Aquí tenemos un gran abrecartas de marfil; aquí hay dos hojas cortadas de una agenda..., mi propia agenda; aquí hay un bote que contiene dentífrico; aquí hay una cajita de nogal pulido. Algunas de estas cosas tienen que volver a su sitio en el dormitorio de alguien en White Gables antes de que anochezca. Yo soy así..., no me detengo ante nada. Me las he llevado prestadas esta misma mañana, cuando todo el mundo estaba en la vista preliminar, y me atrevería a decir que no faltaría quien pensara que es una extraña forma de proceder, si se llegara a saber. Ahora solo queda un objeto en el tablero. ¿Sabría decirme lo que es sin tocarlo?

—Desde luego que sí —dijo el señor Cupples, observándolo con el mayor interés—. Es un cuenco de vidrio corriente. Parece uno de esos para enjuagarse los dedos. No veo qué tiene de raro —añadió tras examinarlo detenidamente durante unos instantes.

—Yo tampoco veo gran cosa —respondió Trent—, y exactamente ahí está la gracia. Ahora tome esta botellita chata, Cupples, y quite el corcho. ¿Reconoce los polvos de dentro? Supongo que en su momento tragaría usted kilos. Se lo dan a los bebés. Normalmente lo llaman «polvo gris»... Mercurio y tiza. Es una sustancia estupenda. Ahora, mientras sostengo la palangana de lado encima de este folio, quiero que eche un poco de polvo de la botella encima de esta parte del cuenco... Justo ahí... ¡Perfecto! Ni el mismísimo Sir Edward Henry^[22] habría manejado mejor el polvo. Tiene usted experiencia en esto, Cupples; se nota. Está curtido.

—La verdad es que no —dijo, serio, el señor Cupples, mientras Trent devolvía a la botella el polvo que se había caído—. Le aseguro que me parece totalmente misterioso. ¿Qué he hecho?

—Estoy cepillando suavemente la parte del cuenco que tiene los polvos con esta brocha de pelo de camello. Ahora vuelva a mirar. Antes no ha visto nada raro. ¿Ahora ve algo?

El señor Cupples volvió a mirar.

—¡Qué curioso! —dijo—. Hay dos grandes huellas grises en el cuenco. Antes no estaban.

—Soy Hawkshaw el detective^[23] —señaló Trent—. ¿Le interesa escuchar una breve conferencia acerca de los cuencos de vidrio para enjuagarse los dedos? Cuando coge uno con la mano, deja huellas, normalmente casi invisibles, que pueden permanecer durante semanas o meses. Deja las huellas de sus dedos. La mano humana, incluso cuando está muy limpia, nunca está del todo seca, y en ocasiones...; por ejemplo, en momentos de gran ansiedad, Cupples..., está muy húmeda. Deja huellas en toda superficie lisa y fría que toque. Alguien ha movido ese cuenco muy recientemente, y con la mano muy húmeda. —Volvió a esparcir los polvos—. Aquí, en el otro lado, ¿la ve?, hay una huella de pulgar... Las impresiones son excelentes, todas ellas. —Habló sin levantar la voz, pero el señor Cupples se dio cuenta de que casi ardía de excitación mientras contemplaba las tenues huellas grises—. Esta debe de ser del índice. A un hombre de sus conocimientos no hace falta señalarle que el dibujo es una sola espiral, con deltas opuestos de forma simétrica. Esta huella, la del segundo dedo, es un bucle, con un ojal en el núcleo y quince puntos. Sé que hay quince porque tengo las mismas dos huellas en este negativo, que he examinado al detalle. ¡Mire! —Sostuvo uno de los negativos contra la luz del sol poniente y señaló con la punta de un lapicero—. Verá que son las mismas. Mire la bifurcación en esa cresta. Aquí está en la otra. Mire esa pequeña cicatriz cerca del centro. Aquí está en la otra. Hay una docena de características de las crestas a la vista de las cuales un experto juraría en el estrado que las huellas del cuenco y las huellas que he fotografiado en este negativo pertenecen a la misma mano.

—¿Y dónde las ha fotografiado? ¿Qué significa todo esto? —preguntó el señor Cupples abriendo los ojos de par en par.

—Las he encontrado en la parte de dentro de la ventana delantera del dormitorio de la señora Manderson, a mano izquierda. Como no he podido traerme la ventana, las he fotografiado, poniendo un trozo de papel negro al otro lado. El cuenco viene del dormitorio de Manderson. Es el cuenco en el que dejaba la dentadura postiza por la noche. Eso sí podía llevármelo, así que lo he hecho.

—Pero esas huellas no pueden ser de Mabel.

—¡Claro que no! —dijo Trent con decisión—. Son el doble de grandes que cualquier huella que pudiera dejar la señora Manderson.

—Entonces deben de ser de su marido.

—Tal vez. ¿Ahora intentamos ver si coinciden con estas otras? Creo que sí. —Silbando por lo bajo, y con la cara muy blanca, Trent abrió otra botella chata que contenía un denso polvo negro—. Negro humo —explicó—. Tenga un trozo de papel en la mano durante uno o dos segundos, y este muchacho le mostrará el dibujo de sus dedos.

Usando unas pinzas, cogió con cuidado una de las hojas que había cortado de su agenda, y la sostuvo de manera que el otro pudiera examinarla. En la hoja no había

huellas. Echó un poco de polvo sobre unas de las caras del papel y después, dándole la vuelta, sobre la otra; luego sacudió la hoja suavemente para quitar el polvo sobrante. Se la alcanzó al señor Cupples sin decir palabra. En un lado del papel aparecían inconfundibles, claramente impresas, las mismas huellas dactilares que ya había visto en el cuenco y en la placa fotográfica. Cogió el cuenco y las comparó. Trent le dio la vuelta al papel, y en el otro lado había una visible réplica negra de la huella del pulgar que estaba impresa en gris en el cuenco que tenía en la mano.

—¿Ve? El mismo hombre —dijo Trent con una risa breve—. Tenía la intuición de que sería así, y ahora lo sé. —Fue a la ventana y miro a su través—. Ahora lo sé —repitió en voz baja, como para sus adentros.

El tono era amargo. El señor Cupples, que no entendía nada, contempló su espalda inmóvil durante unos momentos.

—Sigo en la inopia —aventuró enseguida—. He oído hablar mucho de eso de las huellas, y me preguntaba cómo lo hacía la policía exactamente. Me parece de un interés extraordinario, pero en este caso no veo cómo las huellas de Manderson van a...

—Lo siento mucho, Cupples. —Trent interrumpió su discurso meditativo regresando rápidamente a la mesa—. Cuando comencé esta investigación, pensaba que usted y yo avanzaríamos juntos paso a paso. No piense que tengo la menor duda de su discreción si ahora le digo que tengo que guardar silencio, por lo menos de momento. Sí le puedo decir que he dado con un dato que tiene toda la pinta de tener consecuencias muy dolorosas si alguien más lo descubre. —Miró al otro con gesto adusto y oscuro, y dio un golpe en la mesa con la mano—. Aquí y ahora me resulta terrible. Hasta este momento tenía la esperanza, por poco probable que fuera, de estar equivocado. Todavía puedo equivocarme en lo que deduzco del dato. Dispongo de una sola forma de averiguarlo y tengo que armarme de fuerzas para dar el paso. —De pronto, sonrió ante la cara de consternación del señor Cupples—. Ya está... Basta de dramas; se lo contaré todo en cuanto pueda. Escuche, todavía no he llegado ni a la mitad de este juego con las botellas de polvos.

Acercó una de las sillas difamadas a la mesa y se sentó para examinar la ancha hoja de marfil del abrecartas. El señor Cupples, tragándose su asombro, se inclinó hacia delante en actitud de interés profundo y le alcanzó a Trent la botella de negro humo.

Capítulo X

La esposa de Dives^[24]

La señora Manderson estaba de pie junto a la ventana de su salita en White Gables y contemplaba un paisaje indefinido de llovizna y niebla. El tiempo había cambiado como no suele ocurrir en esa parte de junio. Blancas coronas vagaban por los campos subiendo desde el tétrico mar; el cielo era una muerte gris ininterrumpida y desprendía puntos de humedad que de cuando en cuando soplaban contra los cristales con un crepitar de desesperación. La dama contemplaba la vista sombría y escalofriante con rostro afligido. Era un mal día para una mujer doliente, sola y sin rumbo.

Llamaron a la puerta y ella dijo: «Adelante», poniéndose en pie con un gesto inconsciente que hacía siempre cuando se daba cuenta de que el cansancio del mundo se había introducido en su espíritu. Había llegado el señor Trent, dijo la criada; se disculpaba por presentarse a hora tan temprana, pero esperaba que la señora Manderson pudiera verlo para tratar un asunto urgente e importante. La señora Manderson podía verlo. Fue a un espejo, observó el rostro cetrino que veía reflejado en él, movió la cabeza con una mueca pasajera y se volvió hacia la puerta cuando Trent entró.

Se dio cuenta de que el aspecto de este era diferente. Tenía el aire hastiado de quien no ha dormido, y una expresión nueva y reservada, en la cual su rápida sensibilidad leyó algo de mal augurio; había reemplazado su permanente media sonrisa de buen humor.

—¿Puedo hablar sin rodeos? —dijo Trent, cuando ella le ofreció la mano—. A las doce sale de Bishopsbridge un tren que debería coger, pero no puedo irme hasta resolver una cosa que solo la concierne a usted, señora Manderson. He pasado media noche trabajando, y el resto, pensando; y no sé qué debo hacer.

—Parece usted extenuado —dijo ella con amabilidad—. ¿Quiere sentarse? Esta silla es comodísima. Se trata de este asunto terrible, por supuesto, y de su trabajo como corresponsal. Por favor, pregunte, si piensa que puedo responderle adecuadamente, señor Trent. Sé que, al cumplir su deber, no me hará usted más daño del que deba. Si dice que tiene que hablar sobre algo conmigo, sé que tiene que ser porque debe, como usted dice.

—Señora Manderson —dijo Trent, midiendo sus palabras despacio—, no le voy a hacer más daño del que deba. Pero voy a hacerle daño, sin duda... Espero que quede entre nosotros. En cuanto a si podrá o no responder adecuadamente a lo que voy a preguntarle, usted lo decidirá; pero le doy mi palabra de honor de que solo voy a

preguntarle lo necesario para decidir si publicar o callar ciertas cosas graves que he descubierto acerca de la muerte de su marido, cosas que nadie más sospecha ni, me parece, llegará a sospechar, probablemente. Pase lo que pase, lo que he descubierto..., lo que creo que casi he probado..., va a resultarle muy sorprendente. Pero puede que sea aun peor; y, si me da usted motivos para pensar que ese puede ser el caso, suprimiré el manuscrito. —Puso un largo sobre encima de la mesa, a su lado—. Y lo que dice nunca será impreso. Puedo decirle que consiste en una breve nota privada para mi director, seguida de una larga crónica para que la publique el *Record*. Ahora puede rehusar decirme nada. Si es así, mi deber respecto de mis patronos, tal y como yo lo veo, es llevar esto a Londres conmigo hoy mismo y entregárselo a mi director para que le dé el uso que crea conveniente. Comprenda que mi parecer es que no tengo derecho a suprimirlo basándome en una mera posibilidad concebida por mi imaginación. Pero, si usted me da a entender..., y nadie más puede dárme lo a entender..., que esa posibilidad imaginaria de la que hablo tiene sustancia, entonces solo puedo hacer una cosa, como caballero y como persona que... —buscó una frase con titubeos—... Que le desea lo mejor. No publicaré la crónica. Me niego a asistir a la policía en ciertas circunstancias. ¿Me ha seguido hasta ahora? —preguntó con un deje de ansiedad en su cautelosa frialdad; porque el rostro de ella, salvo por su palidez, no dejaba ver señal alguna según lo miraba, con las manos entrelazadas delante y echando los hombros hacia atrás. Tenía exactamente el mismo aspecto que en la vista preliminar.

—Entiendo perfectamente —dijo la señora Manderson con voz grave. Respiró despacio y prosiguió—: No sé qué cosa espantosa ha descubierto, o cuál pueda ser la posibilidad que se le haya ocurrido, pero ha sido caritativo; ha sido honorable por su parte venir a contármelo. Y ahora, ¿hace el favor de contármelo?

—No puedo —respondió Trent—. El secreto es de mi periódico, si no es de usted. Si descubro que es suyo, le daré el manuscrito para que lo lea y lo destruya. Créame —prorrumpió, con algo de su antigua calidez—, detesto estos aires misteriosos con toda mi alma; pero no soy yo el que ha creado el misterio. Este momento es el más doloroso de mi vida, y usted lo empeora al no tratarme como a un perro. Lo primero que le pido que me diga —regresó con esfuerzo al tono neutro— es esto: ¿es cierto, como declaró en la vista preliminar, que no tenía ni idea de la razón por la que su difunto esposo cambió de actitud hacia usted, y se volvió desconfiado y reservado, durante sus últimos meses de vida?

Las oscuras cejas de la señora Manderson se arquearon y sus ojos llamearon; se levantó rápidamente de la silla. Trent se puso en pie en el mismo momento y cogió el sobre de la mesa; sus gestos decían que creía que la entrevista había concluido. Pero ella levantó una mano. Tenía las mejillas arreboladas y hablaba entrecortadamente al decir:

—¿Sabe usted lo que pregunta, señor Trent? Me pregunta si cometí perjurio.

—Así es —respondió él, sin conmoveerse. Y, tras hacer una pausa, añadió—:

Usted ya sabía que no he venido a seguir con las ficciones amables, señora Manderson. La teoría de que una persona respetable nunca silenciaría parte de la verdad bajo juramento es una ficción amable.

Siguió en pie como si esperase que lo invitara a marcharse, pero ella callaba. Fue hasta la ventana, y él siguió en pie, triste, mirando el suave movimiento de sus hombros hasta que paró. Luego, sin volver el rostro, mirando el temporal, la señora Manderson habló claramente.

—Señor Trent —dijo—, inspira usted confianza a la gente, y tengo la sensación de que las cosas que no quiero que se sepan o se hablen están a salvo con usted. Y sé que debe de tener una razón poderosa para hacer lo que está haciendo, aunque no sé cuál es. Supongo que de alguna manera ayudaría a la justicia si le dijera la verdad sobre lo que acaba de preguntar. Para entender esa verdad, tendría usted que saber lo que pasó antes... Me refiero a mi matrimonio. Al fin y al cabo, mucha gente podría explicarle mejor que yo misma que fue una unión que... no tuvo mucho éxito. Yo no tenía más que veinte años. Admiraba su fuerza, su coraje y su certidumbre; era el único hombre fuerte que había conocido. Pero no tardé mucho en darme cuenta de que los negocios le importaban más que yo, y creo que tardé todavía menos en darme cuenta de que había estado engañándome; no había querido ver, me había prometido a mí misma cosas imposibles y me había engañado a sabiendas sobre mis sentimientos, porque me había deslumbrado la idea de tener más dinero del que las chicas inglesas pueden soñar. Llevo cinco años despreciándome por ello. Lo que mi marido sentía por mí... Bueno, no puedo hablar de eso... Lo que quiero decir es que junto a eso él siempre creyó que yo era la clase de mujer que tiene un papel destacado en la sociedad, y que debía dedicarme de lleno a eso y disfrutarlo, y convertirme en una especie de personaje que incrementara su reputación... Pensaba eso; y siguió pensándolo después de que otras ideas equivocadas desaparecieran. Yo formaba parte de su ambición. Esa fue la auténtica decepción, la amargura de que como éxito social no había estado a la altura. Creo que era demasiado astuto para no haber sabido en el fondo del corazón que un hombre como él, veinte años mayor que yo, con grandes responsabilidades empresariales que ocupaban cada minuto de su vida, y al que no le importaba nada más... Tuvo que darse cuenta de que había un riesgo de gran infelicidad al casarse con una chica como yo, educada con música, libros y ensueños, siempre divirtiéndome a mi manera. Pero en realidad él había contado con que sería una esposa que haría honor a su posición en el mundo; y yo descubrí que no podía.

A medida que hablaba, la señora Manderson se había ido emocionando como en ningún momento la había visto Trent hasta entonces. Sus palabras fluían libremente, y su voz había empezado a resonar y a dejar sitio a una expresividad natural que hasta ese momento debía de haber quedado amortiguada por la sorpresa y la necesidad de templanza de los últimos días. Se volvió bruscamente y lo miró mientras continuaba, con el hermoso rostro arrebolado y animado, los ojos brillantes, las manos moviéndose con gráciles gestos enfáticos, a medida que se dejaba llevar por el

impulso de dar voz a cosas silenciadas desde hacía largo tiempo.

—La gente —dijo—. ¡Oh, qué gente! ¿Puede imaginar lo que es para alguien que ha vivido en un mundo en el que siempre había trabajo creativo en el ambiente, trabajo digno, hombres y mujeres que trabajaban en su arte o sus carreras, con ideales y cosas en las que creer y por las que pelear, algunos acomodados, otros bastante pobres? ¿Puede imaginar lo que es salir de ese mundo para entrar en otro en el que tienes que ser muy rico, pecaminosamente rico, solo para existir? ¿En el que el dinero es lo único que importa, y lo primero en lo que piensa todo el mundo? ¿En el que los hombres que ganan millones están tan hartos del trabajo que la única forma que se les ocurre de pasar los pocos ratos de ocio que tienen es el deporte, y los hombres que no están obligados a trabajar son todavía más aburridos y, además, despiadados? ¿En el que las mujeres viven para aparentar, y para frivolidades estúpidas e inmoralidades estúpidas? ¿Usted sabe lo horrible que es esa vida? Ya sé que en ese ambiente hay gente inteligente, por supuesto, y gente con gusto, pero están saturados y mimados, y al final da lo mismo; ¡están vacíos, vacíos! ¡Oh! Supongo que exagero: sí que hice amigos y hubo momentos felices; pero a fin de cuentas me siento así. Las temporadas en Nueva York y Londres... ¡Cómo las odiaba! Y las fiestas en casa y los cruceros en yate y lo demás... La misma gente, el mismo vacío.

»Y, como comprenderá, mi marido no podía saberlo. Su vida nunca estaba vacía. No la vivía en sociedad, y cuando estaba en sociedad siempre tenía planes y problemas empresariales con los que distraerse. No sospechaba cómo me sentía, y nunca permití que lo supiera; no podía, no habría sido justo. Sentía que tenía que hacer algo para justificarme como esposa suya, que compartía su posición y su fortuna; y lo único que podía hacer era intentar e intentar estar a la altura de su idea de mis cualidades sociales... Lo intenté. Actuaba lo mejor que podía. Y cada año se volvía más difícil... Nunca fui lo que se llama una anfitriona célebre, ¿cómo podría? Era un fracaso; pero no dejaba de intentarlo... De vez en cuando le robaba unas vacaciones. Sentía que estaba incumpliendo el contrato... Dicho así, suena horrible, lo sé, pero era así..., cuando me llevaba a Italia uno o dos meses a visitar a una de mis viejas amigas del colegio, que no podía permitirse viajar, e íbamos por nuestra cuenta de un sitio a otro, sin lujos, y éramos muy felices; o cuando pasaba una larga temporada en Londres con gente tranquila que me conocía de siempre, y vivíamos todas como en los viejos tiempos, cuando teníamos que pensarlo dos veces si queríamos ir al teatro, y nos avisábamos unas a otras cuando encontrábamos una modista barata. Esas expediciones y otras cuantas por el estilo fueron los momentos más felices desde que me casé, y me ayudaron a aguantar lo demás. Pero intuía que mi marido habría montado en cólera si hubiera sabido cuánto disfrutaba cada hora de esos regresos a mi vida de antes.

»Y, al final, pese a todo lo que hacía, se enteró... Me parece que podía descubrir lo que fuera, con tal de prestarle atención. Siempre había podido ver que yo no estaba haciendo realidad su idea de mí como figura del mundo social, e imagino que

pensaba que era porque tenía mala suerte, y no por culpa mía. Pero, en cuanto empezó a ver, a pesar de mis simulacros, que yo interpretaba mi papel a regañadientes, se dio cuenta de todo; adivinó cuánto odiaba y cuánto me cansaban el lujo y el oropel y las pilas de dinero solo por las personas que vivían entre ellas..., que se había vuelto así por ellas, supongo. Ocurrió el año pasado. No sé exactamente cómo ni cuándo. Puede que se lo sugiriera una mujer... Porque todas entendían lo que pasaba, claro. No me dijo nada, y creo que al principio intentó no tratarme de forma diferente; pero esas cosas duelen... Y nos estaban afectando a los dos. Yo sabía que él lo sabía. Pasado un tiempo, tan solo éramos educados y considerados el uno con el otro. Antes de que me descubriera, teníamos una relación de... ¿Cómo expresarlo?... De camaradería inteligente, diría. Hablábamos sin reservas de muchas cosas en las que podíamos estar de acuerdo o en desacuerdo sin entrar en honduras..., no sé si me entiende. Y entonces eso se terminó. Tenía la sensación de que la única forma posible de que viviéramos en compañía el uno del otro estaba desapareciendo. Y finalmente desapareció.

»Ya hacía meses que era así —acabó sencillamente— antes de que muriera.

Se dejó caer en la esquina de un sofá junto a la ventana, como si estuviera relajando el cuerpo tras un esfuerzo. Ambos estuvieron en silencio durante unos momentos. Trent estaba desenredando a toda prisa una maraña de sentimientos. Estaba asombrado por la sinceridad del relato de la señora Manderson. Lo asombraba la vigorosa expresividad con que lo había contado. En ese ser vívido, arrastrado por el impulso de hablar, había visto a la mujer real en un estado de ánimo activo, al igual que por azar había visto a la mujer verdadera en un estado de ánimo de ensoñación y emociones desnudas. En ambos casos era muy diferente de la criatura pálida, disciplinada, majestuosa que era para los demás. Junto a ese asombro suyo había una especie de terror causado por su oscura belleza, que la excitación avivaba hasta convertirla en una apariencia apenas mortal a sus ojos. De forma incongruente, un puñado de ideas irrumpió en su mente, pese a que estaba centrada en el caso... Lo que tenía de único no era su belleza, sino que esta fuera de la mano de la intensidad de la naturaleza; en Inglaterra, todas las mujeres muy hermosas eran plácidas; todas las mujeres fogosas parecían haber quemado lo mejor de su belleza; por eso ninguna mujer hermosa lo había hechizado de esa manera hasta entonces; en lo tocante al ingenio y las mujeres, siempre había preferido la llama brillante a la más apagada, sin apenas prestar atención a la lámpara. «Todo esto es muy discutible», decía su razón; y el instinto contestaba: «Sí, salvo que estoy hechizado»; y un instinto más profundo gritaba: «¡Quita, quita!». Se obligó a volver al caso y descubrió que en su interior crecía rápidamente una certeza irreprimible. Era todo muy bonito; pero ya estaba bien.

—Tengo la impresión de que la he obligado a decir más de lo que pensaba o de lo quería saber —dijo despacio—. Pero hay una pregunta brutal que es la clave de mi investigación. —Respiró hondo como quien se prepara para sumergirse en aguas muy

frías—. Señora Manderson, ¿me garantiza que el cambio de actitud de su marido no tuvo nada que ver con John Marlowe?

Y ocurrió lo que había temido.

—¡Oh! —gritó ella con tono de angustia, la cara vuelta hacia arriba y las manos abiertas y extendidas como pidiendo piedad; y a continuación las manos taparon la cara que ardía, y se dejó caer entre los cojines que tenía a su lado, de manera que Trent no vio más que la coronilla de pelo negro, y su cuerpo sacudido por sollozos que eran puñaladas en su corazón, y un pie vuelto hacia dentro sin elegancia en el abandono de la aflicción. Como una alta torre que de pronto se derrumba, era una ruina, llorando sin poder contenerse.

Trent se puso en pie, con el rostro blanco y tranquilo. Con detallismo innecesario, colocó el sobre en el centro exacto de la reluciente mesita. Fue a la puerta, la cerró silenciosamente al salir, y, en unos instantes, estaba caminando con pasos pesados bajo la lluvia, fuera de la vista de White Gables, sin rumbo, sin ver, con el alma agitada en el esfuerzo feroz por aniquilar y pisotear el frenético impulso que se había adueñado de él en presencia de la vergüenza de la señora Manderson, impulso que clamaba por que se prostrara a sus pies, suplicara el perdón, soltara un torrente de palabras... No sabía qué palabras, pero sabía que le habían temblado en los labios... Palabras que echaran a perder el respeto que se tenía a sí mismo y dieran al traste irremediamente incluso con el insensato propósito que casi lo había poseído, ahogando en repugnancia la desdicha de ella, balbucióndole con la lengua del enamoramiento a una mujer cuyo marido aún no estaba enterrado, a una mujer que amaba a otro hombre.

Esa era la magia de sus lágrimas, que en un momento precipitaron lo que su corazón supo que no debía dejar nacer. Porque Philip Trent era joven, incluso más joven de espíritu que en años, y la forma de vida que había mantenido su filo aguzado y su ánimo volcánico no lo había preparado nada bien para el encuentro que a casi todos nos llega una vez al entrar en la edad adulta, normalmente —como en su caso, se decía con dureza— sin otro propósito que poner a prueba nuestra virtud y la fuerza de nuestra voluntad.

Capítulo XI

Inédito hasta la fecha

Mi Querido Molloy:

Le escribo estas líneas por si no lo encuentro en su despacho. He descubierto quién mató a Manderson, como demostraré esta comunicación. Mi problema era ese; el de usted es decidir qué uso darle a la misma. Acusa más allá de toda duda a una persona de quien nadie sospecha que haya tenido que ver con el crimen, y prácticamente lo acusa del asesinato, así que supongo que no la querrá publicar antes de que sea arrestado, y creo que después es ilegal hacerlo en tanto no sea juzgado y condenado. Tal vez decida publicarla entonces; y entretanto quizá pueda usar de una manera u otra los datos que doy. Eso es asunto suyo. Mientras tanto, ¿le importaría ponerse en contacto con Scotland Yard y dejar que vean lo que he escrito? He acabado con el misterio de Manderson, y ojalá nunca me hubiera inmiscuido. Sigue mi crónica,

P. T.

Marlstone, 16 de junio

Comienzo esta, mi tercera y probablemente última crónica sobre el asesinato de Manderson para el *Record*, con sentimientos encontrados. Tengo una fuerte sensación de alivio, porque en mis crónicas anteriores me vi obligado, en interés de la justicia, a reservarme hechos comprobados por mí que, de haber sido publicados entonces, habrían puesto a cierta persona sobre aviso y posiblemente habrían hecho que huyera; porque es un hombre de arrojo y recursos fuera de lo común. Ahora voy a exponer esos hechos. Pero debo confesar que no me gusta la historia de traición e inteligencia perversa que debo contar. Deja un sabor maligno en la boca, una sospecha de algo repugnante en la incógnita más secreta del motivo que subyace en el enigma del propio crimen, que creo haber resuelto.

Como es sabido, en mi primera crónica describí la situación que encontré al llegar a este lugar el martes por la mañana. Conté cómo había sido encontrado el cuerpo, y en qué estado; expliqué con detalle el misterio que rodeaba al crimen y mencioné una o dos teorías locales al respecto; di algunos detalles del entorno doméstico del muerto; y suministré una descripción más o menos detallada de sus movimientos la noche que precedió a su muerte. También di un pequeño detalle que pudo parecer irrelevante: que una cantidad de whisky mucho mayor que la que Manderson bebía

habitualmente por la noche había desaparecido de su licorera particular desde la última vez en que fue visto con vida. Al día siguiente, la jornada de la vista preliminar, envié poco más que un resumen de los procedimientos en el tribunal del *coroner*, de los cuales a petición mía otros representantes del *Record* hicieron una transcripción literal. Aún no ha concluido ese día mientras escribo estas líneas; y ahora he completado una investigación que me ha llevado directamente al hombre al que se debe pedir que se exculpe en la muerte de Manderson.

Aparte del misterio central de que Manderson se levantase mucho antes de su hora habitual para salir al encuentro de la muerte, había dos detalles extraños en este caso que, supongo, habrán llamado la atención de los millares de personas que hayan leído las noticias en los periódicos: detalles evidentes desde el mismo principio. El primero era que, a pesar de que el cuerpo fue encontrado a menos de treinta metros de White Gables, toda la gente de la casa declaró que no había oído gritos ni otros ruidos por la noche. Manderson no fue amordazado; las señales de sus muñecas apuntaban a un forcejeo con su agresor; y había habido al menos un disparo. (Digo al menos uno, porque es un hecho que, en los asesinatos por arma de fuego, especialmente cuando ha habido un forcejeo, los delincuentes suelen fallar al menos una vez). Este hecho extraño me pareció todavía más raro cuando supe que Martin, el criado, tenía el sueño ligero y el oído, aguzado, y que su dormitorio, que tenía la ventana abierta, daba casi directamente al cobertizo junto al que fue encontrado el cuerpo.

El segundo detallito extraño que estaba claro desde el primer momento era que Manderson se dejó la dentadura postiza al lado de la cama. Parecía que se había levantado y se había vestido de la cabeza a los pies, incluidos la corbata, el reloj y la cadena, y había salido de la casa sin acordarse de ponerse la dentadura, que llevó todos los días durante años, con todos los dientes visibles de la mandíbula superior. Al parecer, no había sido un caso de prisa frenética; y, aunque así hubiera sido, habría sido más probable que olvidase cualquier otra cosa antes que la dentadura. Todo el que lleve dentadura de quita y pon como la de Manderson estará de acuerdo en que ponérsela al levantarse es fundamental. Tanto hablar como comer, por no mencionar la apariencia, dependen de ello.

A la sazón, ninguno de estos detalles raros parecía llevar a ninguna parte. Solo despertaron en mí la sospecha de que algo acechaba en las sombras, algo que ahondaba el misterio de la enigmática cuestión de cómo, por qué y de qué mano encontró Manderson la muerte.

Concluido este preámbulo, paso al descubrimiento que, en las primeras horas de mi investigación, me indicó el camino que con tanta inventiva alguien había tratado de ocultar.

Ya he descrito el dormitorio de Manderson, la rigurosa sencillez de sus muebles, que tan extrañamente contrastaba con la cantidad de ropa y zapatos, y la manera en que comunicaba con el dormitorio de la señora Manderson. En el más alto de los dos estantes en que estaban colocados los zapatos encontré, donde me habían dicho que

lo encontraría, un par de zapatos de charol que Manderson había calzado la noche de su muerte. Había echado un vistazo a la fila, no con idea de que pudieran darme pistas, sino porque sencillamente se da el caso de que soy aficionado a los zapatos, y todos esos zapatos eran de la mejor factura. Pero al punto me llamó la atención una pequeña peculiaridad de ese par en concreto. Eran zapatos de vestir con cordones, del tipo más ligero, de suela muy fina, sin puntera, y un acabado maravilloso, como todos los demás. Estos zapatos eran viejos y estaban muy gastados; pero, dado que les habían sacado brillo con esmero, y que, como todos los zapatos, tenían pernitos, tenían buen aspecto. Lo que me llamó la atención fue que el cuero estaba un poco abierto en la parte del empeine conocida como pala o empella; estaba abierto en el punto en el que las orejas del zapato suben desde el empeine. En ese punto es donde se fuerzan los zapatos de esa clase cuando se llevan demasiado apretados, y, para protegerlos, suelen llevar una costura que refuerza el extremo de la apertura. En los dos zapatos que estaba examinando esa costura había cedido, y el cuero de debajo se había abierto. En ambos casos la hendidura era mínima, no llegaba a tres milímetros, y, dado que los bordes del desgarrón volvieron a juntarse cuando desapareció la presión, no había nada en lo que hubiese podido reparar quien no fuera buen conocedor de los zapatos de cuero. Todavía más difícil de ver, es más, invisible, salvo que uno la estuviera buscando, era una ligera distensión de la costura que unía el empeine y la suela. En la puntera y en el exterior de los dos zapatos la costura había cedido hasta quedar a la vista si se examinaba con cuidado el cerco.

Estas indicaciones, claro está, no podían significar más que una cosa: que se los había puesto alguien a quien le quedaban pequeños.

Tampoco era evidente a primera vista que Manderson siempre iba calzado de forma impecable, y cuidaba, quizá con un punto de vanidad, sus pies pequeños y finos. Ni uno solo de los demás zapatos de la colección, como comprobé inmediatamente, tenía marcas parecidas; las había hecho un hombre al que esos zapatos le quedaban pequeños. Alguien que no era Manderson se había puesto esos zapatos, y se los había puesto hacía poco; el desgarrón era bastante reciente.

No merecía la pena considerar la posibilidad de que alguien los hubiera llevado después de la muerte de Manderson; solo hacía veintiséis horas que el cuerpo había sido encontrado cuando examiné los zapatos; además, ¿por qué iba a ponérselos alguien? La posibilidad de que cualquiera hubiese tomado prestados los zapatos de Manderson y se los hubiera estropeado en vida de este parecía igual de remota. Habiendo otros entre los que elegir, nunca se habría puesto esos. Además, los únicos hombres eran el criado y los dos secretarios. Pero no digo que dedicase a esas posibilidades tan siquiera la consideración que merecían, porque tenía la mente desbocada, y en esos casos siempre he considerado que la mejor política es darle rienda suelta. Desde que bajé del tren en Marlstone a primera hora de la mañana había estado sumergido en detalles del caso Manderson; no había dejado de pensar en él un solo momento. De pronto, había llegado el momento en que el demonio

despierta y empieza a merodear.

Lo diré más llanamente. Al fin y al cabo, es un detalle psicológico que conocen bien todos aquellos que por su trabajo o por afición entran en contacto con asuntos difíciles, sean los que sean. Cuando por suerte o por esfuerzo uno llega a descubrir el elemento clave en cualquier conjunto de circunstancias desconcertantes, rápida y espontáneamente, las ideas de uno parecen darse prisa en agruparse en relación con ese hecho, de manera que de repente están recolocadas, casi antes de que uno haya comprendido de forma consciente lo que significa el propio hecho clave. En el caso presente, mi cerebro apenas había formulado para sí mismo el pensamiento: «Alguien que no era Manderson ha llevado estos zapatos», cuando voló a mi mente una bandada de ideas, todas del mismo estilo y todas relacionadas con la nueva noción. Era inaudito que Manderson bebiese tanto whisky por la noche. No era propio de él vestirse de forma descuidada, como estaba el cuerpo cuando lo encontraron: los puños de la camisa metidos dentro de las mangas de la chaqueta, los cordones anudados de manera desigual; no era propio de él no lavarse al levantarse, ni ponerse la camisa, el cuello y la ropa interior de la víspera; no era propio de él llevar el reloj en el bolsillo que no estaba forrado de cuero para alojarlo. (En mi primera crónica mencioné todos estos puntos, pero ni yo ni nadie vimos en ellos nada relevante al examinar el cuerpo). Era muy extraño, en la situación doméstica existente, que Manderson hablase a su esposa de sus planes, especialmente a la hora de acostarse, cuando casi nunca le hablaba. Era extrañísimo que Manderson saliera de su habitación sin la dentadura postiza.

Todos estos pensamientos, como decía, se arremolinaban en mi cabeza, extraídos de diversos fragmentos de mis recuerdos de las conversaciones y las observaciones de la mañana. Todos se presentaron, en mucho menos tiempo del que lleva leer esta exposición, mientras examinaba los zapatos, confirmando mi propia certeza acerca del punto fundamental. Y, sin embargo, cuando consideré la idea definida que había brotado de pronto y sin fundamento ante mí —«El que estuvo en la casa esa noche no era Manderson»—, la primera vez que la formulé, parecía completamente absurda. Desde luego, el que había cenado en la casa y salido con Marlowe en el coche era Manderson. Varias personas lo habían visto de cerca. Pero ¿lo era el que volvió a las diez? También esa pregunta parecía bastante absurda. Pero no podía descartarla. Tenía la sensación de que una tenue luz empezaba a propagarse por toda mi mente, como ocurre en tierra cuando amanece, y de que el sol estaba a punto de salir. Me puse a repasar uno a uno cada punto que acababa de ocurrírseme, para entender, a ser posible, por qué un hombre que se hacía pasar por Manderson habría de hacer todas esas cosas que Manderson no habría hecho.

No tardé mucho en comprender qué motivo podía tener alguien para ponerse los estrechos zapatos de Manderson. El examen de las pisadas está muy desarrollado en la policía. Pero el hombre no solo tenía interés en no dejar sus huellas: tenía interés en que, si había huellas, fueran las de Manderson; todo su plan, si yo estaba en lo

cierto, debía de tener como finalidad dar la impresión de que Manderson estuvo en la casa esa noche. Es más, su plan no dependía solo de dejar las huellas de Manderson. Tenía intención de dejar los propios zapatos, y eso hizo. La criada los encontró a la puerta de la habitación, como Manderson hacía, y les sacó brillo, devolviéndolos al estante esa mañana, después del hallazgo del cuerpo.

Cuando examiné a esa nueva luz la situación de la dentadura postiza, se me ocurrió inmediatamente una explicación de lo que había parecido la parte más loca del asunto. Una dentadura postiza no es inseparable de su dueño. Si estaba en lo cierto, el desconocido había llevado la dentadura a la casa consigo, y la había dejado en el dormitorio con la misma intención con que había dejado los zapatos: para que fuera imposible dudar de que Manderson había estado en la casa y se había acostado. Eso, por supuesto, me llevó a deducir que Manderson estaba muerto antes de que el falso Manderson llegase a la casa, y otros aspectos lo confirmaron.

Por ejemplo, la ropa, en la que me fijé entonces mientras revisaba la posición. Si estaba en lo cierto, el desconocido que llevaba los zapatos de Manderson había tenido sin duda acceso a los pantalones, el chaleco y la chaqueta de caza de Manderson. Los tenía ante mí en el dormitorio; y Martin le había visto la chaqueta —que nadie habría confundido— al hombre que estaba sentado al teléfono en la biblioteca. Ahora estaba claro (si estaba en lo cierto) que esa prenda inconfundible era un elemento crucial del plan del desconocido. Sabía que Martin lo tomaría por Manderson al primer vistazo.

Y en ese punto mis pensamientos quedaron interrumpidos, porque caí en la cuenta de algo que se me había escapado antes. Habíamos dado por bueno, sin ponerlo en tela de juicio, que quien estaba presente esa noche era Manderson, y eso había tenido una influencia tan fuerte que ni yo ni nadie, que yo supiera, se había percatado. Martin no le había visto el rostro al hombre, y la señora Manderson tampoco.

La señora Manderson (a juzgar por su testimonio en la vista preliminar, del cual, como he dicho, tenía una transcripción completa que hicieron los estenógrafos del *Record* en el tribunal) no había visto al hombre en absoluto. Difícilmente podría haberlo hecho, como mostraré enseguida. Solo había hablado con él, tumbada y medio dormida, reanudando una conversación que había tenido con su marido vivo cosa de una hora antes. Me di cuenta de que Martin solo había podido ver la espalda del hombre, sentado y encorvado sobre el teléfono; sin duda era una imitación de una postura característica suya. ¡Y el hombre llevaba sombrero, el sombrero de ala ancha de Manderson! La nuca y el cuello son demasiado característicos en las personas. En realidad, el desconocido, suponiendo que tuviera aproximadamente la misma constitución que Manderson, no había necesitado más disfraz que la chaqueta, el sombrero y su habilidad para la imitación.

En ese momento me detuve para admirar la frialdad y la inventiva del hombre. Empezaba a darme cuenta de que todo estaba muy claro y era muy sencillo, si sus poderes de imitación daban la talla y no perdía el temple. Si esas dos cosas estaban aseguradas, solo un accidente completamente improbable podría desenmascararlo.

Así que estaba desentrañando el asunto, sentado en el dormitorio del muerto con los zapatos delatores ante mí. El motivo de que la entrada se produjera por la ventana en lugar de por la puerta principal ya se le habrá ocurrido a quien lea esto. Al entrar por la puerta, era prácticamente seguro que el atento Martin habría oído al hombre desde su cuartito, al otro lado de la entrada; podría habérselo encontrado de frente.

Luego estaba el problema del whisky. No le había dado demasiada importancia; en una casa en la que viven ocho o nueve personas, a veces el whisky se esfuma de forma extrañísima; pero parecía raro que desapareciera de esa manera esa noche. Estaba claro que Martin se había quedado patidifuso al verlo. Ahora se me antojaba que muchos —como ese hombre, que, con toda probabilidad, acaba de concluir un asunto sangriento, de desnudar un cuerpo, y con un papel desesperado que interpretar por delante— verían un amigo en la licorera. Sin duda alguna, se tomó una copa antes de llamar a Martin; después de hacer el truco con facilidad y éxito probablemente bebió más.

Pero supo cuándo parar. Tenía por delante lo peor de la aventura: la parte —claramente de vital importancia para él, fuera por la razón que fuera— en la que habría de encerrarse en la habitación de Manderson y preparar un conjunto de pruebas convincentes de que Manderson había estado en ella; y todo ello con el riesgo —muy limitado, como sin duda comprendía, pero ¡qué inquietante!— de que la mujer que estaba al otro lado de la puerta entreabierta pudiese despertarse y lo descubriera de una forma u otra. Ciertamente es que, si evitaba el campo de visión que ella tenía desde la cama, solo podría verlo si se levantaba e iba a la puerta. Descubrí que, desde la cama, que tenía la cabecera contra la pared, un poco más allá de la puerta, no se veía más que uno de los armarios de la cabecera de la cama de Manderson. Es más, dado que el hombre conocía las costumbres de la casa, pensaría que lo más probable era que la señora Manderson estuviera dormida. Supuse que otro obstáculo podía haber sido la tirantez entre marido y mujer, que habían tratado de disimular siguiendo, entre otras cosas, con la costumbre de dormir en habitaciones comunicantes, pero que conocían de sobra todos los que tenían cualquier relación con ellos. Esperaría por ello que, en caso de que la señora Manderson lo oyera, no diera importancia a la supuesta presencia de su marido.

Así que, en pos de mi hipótesis, seguí al desconocido al dormitorio y lo vi poniendo manos a la obra. Y mi propio corazón se detuvo cuando pensé en la horrenda sorpresa que debió de llevarse al oír el sonido que más temía: la voz somnolienta de la habitación contigua.

La señora Manderson no fue capaz de recordar en la vista preliminar qué había dicho exactamente. Cree que preguntó a su supuesto marido qué tal había ido el paseo en el coche. ¿Y qué hace ahora el desconocido? Creo que aquí llegamos a un punto de gran importancia. Lo imagino de pie, rígido, delante del tocador, escuchando el sonido de su corazón desbocado... Y no solo responde a la señora con la voz de Manderson; sino que ofrece una explicación. Le dice que, siguiendo una inspiración

repentina, ha mandado a Marlowe a Southampton en el coche; que lo ha mandado para que vuelva con información importante de un hombre que sale rumbo a París en el vapor de la mañana. ¿Por qué da tantos detalles un hombre que hace tiempo que no se comunica con su mujer, y además respecto de algo en lo que difícilmente podía estar interesada? ¿Por qué esos detalles respecto de Marlowe?

Llegado a este punto de mi historia, propongo las siguientes tesis innegables: que en algún momento, entre las diez, más o menos, cuando el coche arrancó, y las once, aproximadamente, el desconocido disparó a Manderson; es probable que a considerable distancia de la casa, ya que nadie oyó el disparo; que volvió con el cuerpo, lo dejó junto al cobertizo y le quitó la ropa, pero no la ropa interior; que, a eso de las once, un hombre que no era Manderson, pero llevaba los zapatos, el sombrero y la chaqueta de Manderson, entró en la biblioteca por la puerta del jardín; que llevaba consigo los pantalones negros, el chaleco y el abrigo de Manderson, la dentadura que había sacado de la boca de Manderson y el arma con la que este había sido asesinado; que los escondió, llamó al criado, y se sentó al teléfono con el sombrero puesto y de espaldas a la puerta; que estuvo ocupado con el teléfono mientras Martin estuvo en la habitación; que, al subir al piso en el que estaban los dormitorios, entró en silencio a la habitación de Marlowe y dejó el revólver con el que se había cometido el crimen —el revólver de Marlowe— en la funda de la que lo había cogido, encima de la repisa de la chimenea; y que luego fue a la habitación de Manderson, dejó los zapatos de Manderson en el pasillo, tiró la ropa de Manderson encima de una silla, puso la dentadura en el cuenco de la mesilla, y eligió unos pantalones, una chaqueta, unos zapatos y una corbata entre los que había en el dormitorio.

Aquí haré un alto en mi descripción de las acciones de este hombre para formular una pregunta cuyas bases ya están suficientemente sentadas: «¿Quién era el falso Manderson?».

Repasando lo que sabía o podía deducir con certeza casi total acerca de esa persona, puse negro sobre blanco estas cinco conclusiones:

1. Había tenido una relación estrecha con el muerto. No había cometido errores al actuar ante Martin y al hablar a la señora Manderson.
2. Era de constitución parecida a la de Manderson, especialmente en lo tocante a la altura y la anchura de hombros, que determinan ante todo el carácter de la espalda de una figura sentada cuando la cabeza está oculta y el cuerpo lleva ropa holgada. Pero tenía los pies más grandes, aunque no mucho más grandes, que Manderson.
3. Tenía aptitudes considerables para la imitación y la actuación; probablemente, también cierta experiencia.
4. Reunía conocimientos pormenorizados de las costumbres de la casa.
5. Tenía una necesidad vital de crear la impresión de que Manderson estaba vivo y

en esa casa hasta pasada la medianoche del domingo.

Daba todo lo anterior por seguro, o poco menos. No sabía nada más, pero era suficiente.

Paso a presentar, en el orden que corresponde a los párrafos numerados más arriba, los datos relevantes que he podido obtener sobre el señor John Marlowe, de su boca y de otras fuentes:

1. Era secretario particular de Manderson, y disfrutaba de una gran intimidad con él, desde hace cuatro años.
2. Ambos medían prácticamente lo mismo, alrededor de un metro ochenta; los dos eran robustos y anchos de hombros. Marlowe, que tenía unos veinte años menos, estaba bastante más delgado, si bien Manderson se encontraba en buena forma. Los zapatos de Marlowe (varios pares de los cuales examiné) eran más o menos una talla más largos y anchos que los de Manderson.
3. La tarde del primer día de mi investigación, tras llegar a los resultados ya detallados, envié un telegrama a un amigo personal mío, profesor en un *college* de Oxford, que según sabía conoce bien el mundillo del teatro, en estos términos:

Envía por favor expediente John Marlowe en relación con teatro Oxford en algún momento pasado decenio muy urgente y confidencial.

Mi amigo respondió con el siguiente telegrama, que me llegó a la mañana siguiente (la mañana de la vista preliminar):

Marlowe fue miembro de la OUDS^[25] durante tres años y presidente 19; interpretó a Bardolfo Cleón y Mercucio^[26] destacó en papeles reparto e imitaciones muy demandado en reuniones informales fue héroe varias bromas históricas.

Lo que me llevó a enviar el telegrama que dio pie a esta respuesta de gran ayuda fue ver encima de la repisa de la chimenea de la habitación de Marlowe una fotografía suya con otros dos jóvenes caracterizados como los tres seguidores de Falstaff, con una cita de *Las alegres comadres de Windsor*, y darme cuenta de que llevaba el sello de una compañía de fotógrafos de Oxford.

4. Durante su relación con Manderson, Marlowe había vivido como uno más de la familia. Nadie, salvo los criados, tuvo tantas oportunidades para conocer al detalle la vida doméstica de los Manderson.
5. Determiné sin lugar a dudas que Marlowe llegó a un hotel de Southampton a las

seis y media del lunes, y allí procedió a ejecutar el encargo que, según su historia, y según lo que declaró el falso Manderson a la señora Manderson en la habitación, le había hecho su patrón. Luego volvió en el coche a Marlstone, donde dio muestras de gran asombro y horror al recibir la noticia del asesinato.

Como digo, estos son los datos relevantes en relación con Marlowe. Ahora debemos examinar el dato número 5 (tal como queda expuesto) a la luz de la conclusión número 5 sobre el falso Manderson.

Primero me gustaría llamar la atención sobre un hecho importante. La única persona que dijo haber oído a Manderson mencionar Southampton antes de que este saliera en el coche fue Marlowe. Su historia —confirmada en cierta medida por lo que oyó el criado— era que el viaje fue acordado en una conversación privada antes de salir, y, cuando le pregunté, no pudo decir por qué Manderson habría de ocultar sus intenciones diciendo que salía de paseo con él. Sin embargo, este punto no llamó la atención. Marlowe tenía una coartada totalmente irrefutable con su presencia en Southampton a las seis y media; nadie lo relacionó con un asesinato que tuvo que cometerse pasadas las doce y media, la hora a la que se acostó Martin, el criado. Pero fue el Manderson que volvió del paseo el que se las arregló para mencionar Southampton a dos personas. Llegó incluso a llamar por teléfono a un hotel de Southampton y a hacer preguntas que corroboraban la historia de Marlowe sobre su encargo. Con esa llamada era con la que estaba ocupado cuando Martin estaba en la biblioteca.

Ahora estudiemos la coartada. Si Manderson estaba en la casa esa noche, y no salió hasta pasadas las doce y media, era por completo imposible que Marlowe estuviese implicado directamente en el asesinato. Es una consecuencia de la distancia entre Marlstone y Southampton. Si hubiese salido de Marlstone a la hora a la que se supone que lo hizo —entre las diez y las diez y media— con un mensaje de Manderson, habría sido bastante sencillo cubrir la distancia en ese tiempo. Pero con ese coche —un Northumberland de cuatro cilindros y quince caballos, un automóvil de mediana potencia— habría sido materialmente imposible llegar a Southampton a las seis y media, a no ser que saliera de Marlstone a medianoche, como muy tarde. Los conductores que quieran examinar el mapa de carreteras y hacer los cálculos necesarios, como hice yo en la biblioteca de Manderson ese día, estarán de acuerdo en que, si los hechos eran como parecían, no era posible sospechar de Marlowe.

Pero, aun cuando no fueran como parecían; aun cuando Manderson estuviera muerto a las once, y aun cuando a esa hora Marlowe se hiciera pasar por él en White Gables; aun cuando Marlowe se retirase al dormitorio de Manderson... ¿Cómo puede reconciliarse todo ello con su aparición en Southampton la mañana siguiente? Tendría que haber salido de la casa, sin ser visto ni oído, y partir en el coche no más tarde de la medianoche. Y Martin, con su oído atento, estuvo sentado en su cuartito hasta las doce y media, con la puerta abierta, esperando a que sonase el timbre del teléfono.

Estaba prácticamente de guardia al pie de la escalera, de la única escalera que bajaba de la planta de los dormitorios.

Con esta dificultad llegamos a la última y crucial fase de mi investigación. Teniendo muy presentes los puntos precedentes, pasé el resto del día anterior a la vista previa hablando con diversas personas y revisando mi historia, poniéndola a prueba eslabón a eslabón. Solo podía encontrar un punto débil: que Martin estuvo sentado en el cuartito hasta las doce y media; y, puesto que las instrucciones que había recibido al respecto formaban sin duda parte del plan, y debían asegurar la coartada de Marlowe, sabía que en alguna parte tenía que haber una explicación. Si no podía encontrar esa explicación, mi teoría no valía nada. Tenía que poder probar que, cuando Martin subió a acostarse, el hombre que se había encerrado en el dormitorio de Manderson podía haber estado a varias millas de distancia de camino a Southampton.

Sin embargo, ya entonces tenía una idea bastante clara —como quizá la tenga a estas alturas el lector de estas líneas, si me he explicado correctamente— de cómo pudo llevarse a cabo la huida del falso Manderson antes de medianoche. Pero no quería que se supiera lo que estaba a punto de hacer. Si me hubiera arriesgado a ser descubierto con las manos en la masa, no habría sido posible esconder en qué dirección iban mis sospechas. Decidí no comprobarlas hasta el día siguiente, durante la apertura de la vista preliminar. Sabía que esta iba a celebrarse en el hotel, y supuse que los inquilinos principales no estarían en White Gables.

Así fue. Para cuando comenzó el procedimiento en el hotel, yo estaba metido en faena en White Gables. Llevaba una cámara. Siguiendo principios de sobra conocidos y comúnmente practicados por la policía, y a menudo por mí mismo, busqué ciertos indicios. Sin describir mi búsqueda, puedo decir inmediatamente que hallé y pude fotografiar dos huellas dactilares recientes, muy grandes y nítidas, en la brillantada parte delantera del cajón superior derecho de la cómoda del dormitorio de Manderson; cinco más (entre cierta cantidad de impresiones más pequeñas y menos recientes dejadas por otras manos) en los cristales de la cristalera de la habitación de la señora Manderson, una cristalera que siempre estaba abierta y con la cortina corrida por la noche; y tres más en el cuenco de vidrio en el que había sido encontrada la dentadura de Manderson.

Me llevé el cuenco. También sustraje unos cuantos objetos que seleccioné en el dormitorio de Marlowe, los que tenían huellas más nítidas entre las innumerables que siempre se pueden encontrar en los artículos de aseo de uso diario. Ya tenía en mi posesión, en hojas cortadas de mi propia agenda, unas excelentes huellas de Marlowe que este dejó en mi presencia sin saberlo. Le enseñé las hojas, preguntándole si las reconocía; y los pocos segundos durante los que las tuvo en la mano bastaron para dejar huellas que pude revelar después.

Para las seis de la tarde, dos horas después de que el jurado hubiese fallado que una persona o personas desconocidas eran responsables de la muerte, había acabado

mi trabajo, y estaba en posición de declarar que dos de las cinco huellas grandes de los cristales y las tres del cuenco eran de la mano izquierda de Marlowe; y que las otras tres de la cristalera y las dos del cajón eran de su mano derecha.

Para las ocho, había hecho en el local del señor H. T. Cooper, fotógrafo de Bishopsbridge, y con su ayuda, una docena de ampliaciones de las huellas de Marlowe, que mostraban claramente que las que había dejado sin saberlo en mi presencia y las que había en los artículos de su dormitorio eran idénticas a las que hallé tal como he descrito, lo que demostraba que Marlowe había estado recientemente en el dormitorio de Manderson, donde en principio no tenía motivo para estar, y en la habitación de la señora Manderson, donde tenía todavía menos. Espero que sea posible reproducir esas ampliaciones para publicarlas con esta crónica.

A las nueve estaba de vuelta en mi habitación del hotel y sentado para empezar este manuscrito. Tenía mi historia al completo.

La doy por concluida aventurando unas cuantas conclusiones más: que, en la noche del asesinato, en el dormitorio de Manderson, el hombre que se hacía pasar por Manderson le dijo a la señora Manderson, al igual que le había dicho a Martin, que Marlowe conducía hacia Southampton en ese momento; que, habiendo empleado sus facultades dramáticas, apagó la luz y se recostó vestido en la cama; que esperó hasta estar seguro de que la señora Manderson se había dormido; que entonces se levantó y cruzó sigilosamente y en calcetines el dormitorio de la señora Manderson, con el hato y los zapatos para el cuerpo debajo del brazo; que se plantó tras la cortina, abriendo un poco más las puertas de la cristalera con las manos, pasó las piernas por encima de la barandilla de hierro del balcón y bajó hasta que no lo separaba de la suave hierba del césped más que una caída de algo más de un metro.

Todo esto bien pudo ser logrado en el transcurso de media hora desde que entró en el dormitorio de Manderson, lo cual, según Martin, hizo hacia las once y media.

Sus lectores y las autoridades pueden barruntar lo que sucedió a continuación. El cadáver fue hallado vestido —bastante desaliñado— por la mañana. Marlowe apareció en el coche en Southampton a las seis y media.

Pongo fin a este manuscrito en mi salita en el hotel de Marlstone. Son las cuatro de la mañana. Salgo hacia Londres desde Bishopsbridge en el tren de mediodía, y en cuanto llegue pondré estas páginas en sus manos. Le ruego comunique su sustancia al Departamento de Investigación Criminal.

PHILIP TRENT

Capítulo XII

Días malos

«Le devuelvo el cheque que me envió por lo que hice en el caso Manderson», escribió Trent a Sir James Molloy desde Múnich, adonde fue en cuanto hubo entregado en las oficinas del *Record* una breve comunicación que ponía un fin anodino a su trabajo en el caso. «Lo que le envié no valía una décima parte de la suma; pero no habría tenido escrúpulos a la hora de embolsármela, si no hubiese concebido el capricho —da igual el motivo— de no cobrar nada por este asunto. Si no le importa, me gustaría que pagara por ello según su tarifa ordinaria y entregase el dinero a alguna obra benéfica que no se dedique a intimidar a la gente, si conoce alguna. He venido a este sitio para ver a viejos amigos y ordenar mis ideas, y la intención predominante es que durante un tiempo quiero un empleo que tenga algo de actividad. Resulta que no puedo pintar: no podría pintar una cerca. ¿Querría ponerme a prueba como corresponsal suyo en algún sitio? Si usted me encuentra una buena aventura, le enviaré buenos informes. Después podré sentar la cabeza y trabajar».

Sir James le telegrafió con instrucciones de que fuese inmediatamente a Curlandia y Livonia, donde el ciudadano Browning^[27] volvía a campar a sus anchas, y las ciudades y el campo ardían de revolución. Era un trabajo itinerante, y durante dos meses Trent siguió a su suerte. Le sirvió tan bien como solía. Fue el único corresponsal que vio a una chica de dieciocho años matar al general Dragilew en las calles de Volmar. Vio arder gente en la hoguera, linchamientos, fusilamientos, ahorcamientos; cada día su alma volvía a enfermar ante las imbecilidades que engendra el desgobierno. Muchas noches las pasó cuerpo a tierra, en peligro. Muchos días ayunó. Pero nunca hubo noche o mañana en las que no viera el rostro de la mujer que amaba sin esperanza alguna.

Descubrió que sentía un desgraciado orgullo por la resistencia de su enamoramiento. Lo interesaba como fenómeno; lo asombraba y lo iluminaba. Nunca le había ocurrido algo así. Confirmaba muchas cosas que había tenido por dudosas en los anales de la experiencia humana.

No es que, con treinta y dos años, pudiera fingir que ignoraba este mundo de las emociones. Baste decir acerca de sus conocimientos que lo que había aprendido había llegado sin que lo buscara y sin que lo pagara, y no tenía recuerdos intolerables; conocedor de las realidades del sexo, seguía preocupándolo su inescrutable historia. Iba por la vida lleno de un extraño respeto por ciertas debilidades femeninas y un certero terror a cierta fortaleza femenina. Había conservado una fe bastante tibia en que en su interior quedaba algo que esperaba una llamada, y en que la voz que había

de llamarlo se haría oír cuando llegara el momento, si es que llegaba, y sin buscarla.

Pero no se le había ocurrido la posibilidad de que, si eso acabase resultando cierto, la verdad podía llegar con forma siniestra. Las dos cosas que lo habían sorprendido completamente en lo tocante a lo que sentía por Mabel Manderson eran la repentina locura de su sublevación en plenitud de fuerzas y su extravagante desesperanza. Antes de que llegase, había estado más que predispuesto a tomar a risa que una pasión no correspondida pudiese durar tanto, teniéndola por un generoso engaño infantil. Ahora sabía que se equivocaba, y vivía con amargura el desengaño.

La mujer siempre aparecía a la mirada de su imaginación como estaba cuando la vio por primera vez, con el gesto que sorprendió cuando pasó junto a ella al borde del acantilado, sin que lo viera; aquel grandioso gesto de júbilo apasionado por su nueva libertad que le había dicho con más claridad que las palabras que con la viudez se liberaba de un tormento, y había confirmado con fuerza terrible la sospecha, antes activa en su mente, de que así conseguía su pasaporte a la felicidad con un hombre al que amaba. No podía precisar con certeza el momento en que había empezado a sospechar que podía ser el caso. Creía que la semilla de la idea debió de arraigar en su primer encuentro con Marlowe; su mente debió de darse cuenta automáticamente de que una fuerza y una gracia tan evidentes, con el aspecto y los modales que tenía el alto joven, tenían que llegar lejos con cualquier mujer libre de entregar su afecto. Y la conexión entre eso y lo que el señor Cupples le había contado sobre la vida matrimonial de los Manderson debía de haberse formado por sí sola en las profundidades inconscientes de su mente. Desde luego, se le había presentado como cosa establecida cuando, después de averiguar la identidad del asesino, empezó a buscar el móvil del crimen. ¡El móvil, el móvil! Con cuánta desesperación buscó otro, dando la espalda a esa lúgubre idea de que Marlowe —obsesionado por la pasión como el propio Trent, y tal vez conocedor de verdades enloquecedoras sobre la infelicidad de la esposa— había seguido el más culpable ejemplo de Bothwell^[28]. Pero en todas sus investigaciones de entonces, en todas sus reflexiones posteriores, fue incapaz de descubrir nada que llevase a Marlowe a hacerlo; solo esa tentación, cuya fuerza no podía conocer en toda su extensión, pero que, si existía, debía de haber compelido a un espíritu valiente cuyos escrúpulos habrían quedado paralizados de una manera u otra. Si podía confiar en su instinto, el joven no estaba loco ni era de naturaleza malvada. Pero eso solo no lo exculpaba. ¡Sabe Dios, pensó, que matar por una mujer no es nada nuevo! Si la moderna debilidad de la impulsividad en las clases acomodadas y su respeto por los actuales procedimientos de investigación lo habían hecho infrecuente en ellas, no era imposible ni mucho menos. Solo hacía falta un hombre cuya valentía e inteligencia estuvieran a la altura, con el alma intoxicada por los vapores de una intriga embriagadora, para planearlo y llevarlo a cabo.

Mil veces, con el corazón lleno de angustia, trató de alejar mediante la razón el miedo de que Mabel Manderson hubiese sabido demasiado acerca de lo que se planeaba contra la vida de su marido. No dudaba de que supo toda la verdad después

de que ocurriera; su inolvidable colapso en su presencia, cuando preguntó repentina y brutalmente acerca de Marlowe, había dado al traste con la última esperanza de que no estuvieran enamorados, y, además, le había parecido que probaba que temía ser descubierta. En todo caso, supo la verdad al leer lo que le dejó; y no había duda de que desde entonces ninguna sospecha pública había recaído sobre Marlowe. Por lo tanto, ella habría destruido el manuscrito, y le había tomado la palabra cuando dijo que guardaría el secreto que ponía en peligro la vida de su amante.

Pero lo que atormentaba a Trent era la monstruosa idea de que ella pudiera haber sabido que se estaba preparando el asesinato, y pudiera ser culpable de haberlo mantenido en secreto. Tal vez sospechó o adivinó algo; ¿era concebible que estuviera al tanto de todo el plan, que fuera cómplice? No podía olvidar que lo que despertó en él la primera sospecha del móvil de Marlowe fue el hecho de que escapase por la habitación de ella. A la sazón, cuando todavía no la había visto, estaba dispuesto a concebir su culpa y su cooperación. Había imaginado a una *hystérique* apasionada, despiadada como un gato en su amor y su odio, una cómplice entregada, tal vez incluso la principal instigadora del crimen.

Luego la vio, habló con ella, la ayudó en su momento de flaqueza; y, desde su primer encuentro, esas sospechas pasaron a parecerle la más vil de las infamias. Vio sus ojos y su boca; respiró la atmósfera de la mujer. Trent era de esos que creen que pueden husmear la verdadera maldad en el aire. En presencia de ella había sentido una certeza interior de la bondad fundamental de su corazón; y frente a eso no tenía la menor importancia que aquel día en el acantilado se hubiese abandonado un instante al sentimiento de alivio ante el fin de su servidumbre, de sus años de carestía de compasión y maternidad letárgica. Creía que había recurrido a Marlowe debido a su indigencia; no creía que hubiera sabido nada de su intención criminal.

Y sin embargo las dudas vomitivas regresaban mañana y noche, y volvía a recordar que Marlowe había ejecutado sus preparativos casi en su presencia en el dormitorio de la víctima, que había escapado de la casa por la ventana de su propia alcoba. ¿Había olvidado su astucia y había corrido el riesgo de contárselo en ese momento? ¿O bien, como Trent consideraba más probable, había seguido interpretando su papel y se había esfumado mientras ella dormía? Creía que ella no sabía nada de la mascarada cuando prestó testimonio en la vista preliminar. ¿O —la pregunta se negaba a callar, por más que la escarneciera— había estado recostada, esperando oír las pisadas en la habitación y el susurro que le dijera que ya estaba hecho? Entre las nauseabundas posibilidades de la naturaleza humana, ¿era posible que tras aquella apariencia buena, recta y amable se ocultasen una oscura crueldad y un oscuro engaño?

Esos pensamientos apenas lo abandonaban cuando estaba a solas.

Trent sirvió bien a Sir James, ganándose el sueldo durante seis meses, y luego volvió

a París, donde volvió a ponerse a trabajar con mejor disposición. Recuperó sus facultades, y empezó a vivir más feliz de lo que esperaba entre una tribu de amigos extrañamente variados, franceses, ingleses y estadounidenses; artistas, poetas, periodistas, policías, hosteleros, soldados, abogados, empresarios y otros. Su antigua facilidad para interesarse por sus congéneres con compasión le granjeó, como en sus días de estudiante, privilegios raramente concedidos a los británicos. Volvió a disfrutar de la rara experiencia de ser acogido en el seno de la familia de un francés. Escuchó las trascendentales confidencias de *les jeunes*, y los halló tan seguros de haber descubierto los secretos del arte y la vida como los antiguos *jeunes* de diez años atrás.

El seno de las familias francesas era igual que los que había conocido en el pasado, hasta en el dibujo del empapelado y los muebles. Pero los *jeunes*, lamentó constatar, eran totalmente diferentes de sus predecesores. Eran mucho más superficiales y pueriles, mucho menos inteligentes en el fondo. Los secretos que arrebatan al universo no eran secretos tan importantes e interesantes como los que le habían arrebatado los antiguos *jeunes*. Creyó y deploró esto hasta que un día se vio sentado en un restaurante junto a un hombre demasiado bien alimentado en quien reconoció, a pesar de los estragos de la vida muelle, a uno de los *jeunes* de su propia época. Este había tenido la costumbre de definirse a sí mismo y a otros tres o cuatro como «Eremitas del Nuevo Parnaso». Él y su escuela hablaban más a las puertas de los cafés y de otros lugares de lo que en general lo hacen los solitarios; pero claro, habían prometido destruir las reglas. Proclamaban que el verso en particular era libre. Ahora el Eremita del Nuevo Parnaso estaba en el Ministerio del Interior, y ya condecorado: expresó a Trent la opinión de que lo que Francia necesitaba en realidad era una mano de hierro. Podía dar el precio exacto pagado por ciertas traiciones al país de las que Trent no había oído hablar.

Así llegó a hacer el viejo descubrimiento de que era él el que había cambiado, como su amigo de la Administración, y de que *les jeunes* seguían siendo los mismos. Pero le costaba decir precisamente qué había perdido que fuese tan importante; a no ser que fuera algo tan sencillo como el entusiasmo.

Una mañana de junio, según bajaba la cuesta de la calle de los Mártires, vio acercarse a una figura que recordaba. Echó una mirada rápida alrededor, porque la idea de volver a encontrarse con el señor Bunner le resultaba insoportable. Hacía tiempo que se había dado cuenta de que su herida estaba sanando bajo el hechizo del trabajo creativo; pensaba con menos frecuencia en la mujer a la que amaba, y con menos dolor. No quería reabrir el recuerdo de aquellos tres días.

Pero la calle estrecha y recta no ofrecía refugio alguno, y el estadounidense reparó en él casi de inmediato.

Su espontánea cordialidad avergonzó a Trent, porque el hombre le gustaba. Compartieron un largo almuerzo, y el señor Bunner habló. Trent lo escuchó, dado que no había más remedio, con auténtico placer, aportando de cuando en cuando una

pregunta o un comentario. No solo le gustaba su compañero, sino que disfrutaba de su conversación en sí misma, con sus inacabables sorpresas verbales.

Al parecer, el señor Bunner residía en París como principal agente continental de la compañía de Manderson, y estaba totalmente satisfecho con su posición y sus expectativas. Discursó sobre estas durante unos veinte minutos. Agotado por fin este asunto, pasó a informar a Trent, que confesó que llevaba un año fuera de Inglaterra, de que, poco después de la muerte de Manderson, Marlowe había entrado en el negocio de su padre, que volvía a ir viento en popa, y ya lo controlaba prácticamente. Habían seguido siendo amigos, y ahora incluso estaban haciendo planes para las vacaciones de verano. El señor Bunner habló con generosidad y admiración del talento de su amigo para los negocios.

—Jack Marlowe tiene un cabezón innato —declaró—, y, si tuviera algo más de experiencia, no me gustaría tenerlo como adversario. Siempre conseguiría frustrar mis planes.

A medida que la charla del estadounidense fluía, Trent escuchaba con una perplejidad que poco a poco iba en aumento. Cada vez se hacía más evidente que había algo muy desencaminado en su teoría de la situación; no había mención alguna a su figura central. Al poco, el señor Bunner mencionó que Marlowe se había comprometido con una chica irlandesa, cuyos encantos celebraba con entusiasmo instintivo.

Trent se apretó las manos salvajemente por debajo de la mesa. ¿Qué podía haber pasado? Sus ideas se deslizaban y cambiaban. Por fin se obligó a hacer una pregunta directa.

El señor Bunner no estaba muy bien informado. Sabía que la señora Manderson se había ido de Inglaterra en cuanto los asuntos de su marido estuvieron arreglados, y había vivido en Italia una temporada. Hacía poco que había vuelto a Londres, donde había decidido no vivir en la casa de Mayfair, y había comprado una más pequeña en el barrio de Hampstead; y otra en el campo, tenía entendido. Se decía que tenía muy poca vida social.

—Y todos esos dólares estupendos esperando a que alguien los reparta —dijo el señor Bunner con una nota de emoción en la voz—. Vamos, que tiene dinero para quemar..., para dárselo de comer a los pájaros..., y no hay manera. El viejo le dejó más de la mitad del botín. Y piense en el papel que podía tener en el mundo. Es hermosa, y además es la mejor mujer que conozco. Pero parece que no ha aprendido a gastar dinero como Dios manda.

Ahora sus palabras se convirtieron en un soliloquio: Trent estaba ocupado con sus pensamientos. Adujo que tenía que hacer en breve, y los dos hombres se separaron cordialmente.

Media hora después, Trent estaba en su estudio, «haciendo limpieza» rápida y mecánicamente. Quería saber qué había pasado; tenía que averiguarlo de una manera u otra. Sabía que no podía preguntarle a ella; nunca la haría revivir la vergüenza de

aquel último encuentro con él; era muy improbable que llegase a verla. ¡Pero necesitaba saber!... Cupples estaba en Londres, Marlowe también... Y, de todas formas, ya estaba harto de París.

Esas ideas iban y venían; y debajo de todas ellas se tensaban las fibras de una cuerda invisible que tiraba sin piedad de su corazón, y que maldecía amargamente cuando no podía negarse a sí mismo que estaba ahí. ¡Era una locura, una locura absurda, lamentable!

En veinticuatro horas, sus débiles raíces parisinas habían sido arrancadas. Estaba contemplando un mar plomizo y, más allá, la brillante muralla de la fortaleza de los acantilados de Dover.

Pero, aunque instintivamente había identificado un objetivo concreto entre el maremágnum de indicaciones de su mente, lo encontró pospuesto desde el mismo momento.

Había decidido ver en primer lugar al señor Cupples, que podría contarle mucho más que lo que sabía el estadounidense. Pero el señor Cupples estaba de viaje, y no se esperaba que volviese hasta pasado un mes; y Trent no tenía excusas razonables para apresurar su regreso. No quería hacer frente a Marlowe, al menos hasta haber tratado de examinar la situación. Se obligó a no cometer la suprema locura de buscar la casa de la señora Manderson en Hampstead; no podía entrar, y la idea de que ella lo viera merodeando por su barrio le sacaba los colores.

Se alojó en un hotel, buscó un estudio y, mientras esperaba a que volviese el señor Cupples, trató en vano de enfrascarse en el trabajo.

Al final de la semana tuvo una idea que llevó a la práctica con impaciencia y precipitación. En su último encuentro, ella había dejado caer que le gustaba la música. Esa noche, y con regularidad desde entonces, Trent fue a la ópera. Tal vez la viera; y, si ella le pusiera los ojos encima, a pesar de sus cautelas, podrían hacer caso omiso de su presencia respectiva: a cualquiera podía darle por ir a la ópera.

Así que fue solo todas las noches, atravesando tan rápido como podía la multitud del vestíbulo; y cada noche salía sabiendo que ella no había ido. Era una costumbre que le producía una especie de satisfacción y la excitación culpable de la búsqueda; porque él también adoraba la música, y, mientras duraba su magia, nada le daba tanta paz.

Una noche, al entrar, cuando se apresuraba a dejar atrás al resplandeciente gentío, sintió que le tocaban el brazo. Inundado de una certidumbre increíble al ser tocado, se volvió.

Era ella: tanto más radiante por la ausencia de aflicción y ansiedad, porque estaba sonriendo, y por el fascinante vestido largo, que se quedó mudo. Ella también respiraba un poco rápido, y en sus ojos y en sus mejillas había una luz de atrevimiento al saludarlo.

Habló poco.

—No querría perderme una sola nota de *Tristán* —dijo—, y usted no debería.
Venga a verme en el intermedio.
Le dio el número del palco.

Capítulo XIII

Erupción

Los siguientes dos meses de la vida de Trent fueron un periodo que desde entonces nunca ha recordado sin sentir escalofríos. Vio a la señora Manderson media docena de veces, y en cada ocasión su fría amabilidad, un punto medio bien calculado entre «meros conocidos» y «primera etapa de la intimidad», lo desconcertó y lo enfadó. La encontró en la ópera, para mayor sorpresa, con una tal señora Wallace, una matrona vivaracha a la que conocía desde niño. Al parecer, la señora Manderson, al volver de Italia, había dado tumbos hasta entrar de alguna manera en círculos a los que él pertenecía por educación y disposición. Era el resultado, según ella, de haberse instalado en el coto de caza de él; varios amigos suyos eran vecinos cercanos. Tenía un recuerdo vago pero horrendo de que en esa ocasión no se había comportado con naturalidad, había estado incómodo, colorado, hablando con locuacidad idiota de sus aventuras en las provincias bálticas y dándose cuenta de cuando en cuando de que se estaba dirigiendo exclusivamente a la señora Wallace. La otra dama, cuando se unió a ellos, había perdido por completo el ligero aire de agitación con que lo había parado en el vestíbulo. Le habló de manera agradable sobre sus viajes, sobre su instalación en Londres y sobre personas a las que ambos conocían.

Durante la segunda mitad de la ópera, para la cual se quedó en el palco, sentado tras ellas, no fue consciente de otra cosa que del ángulo de su mejilla y la masa de sus cabellos, las líneas de su hombro y de su brazo, su mano sobre el cojín. El pelo negro había acabado por parecer un bosque, inconmensurable, sin senderos y encantado, que lo atraía a una aventura fatal... Al final estaba pálido y hundido, y se despidió de ellas con bastante formalidad.

La siguiente vez que la vio —fue en un encuentro en una casa de campo en el que ambos estaban invitados—, y las veces posteriores, logró dominarse. Le dispensó el mismo trato que ella le dispensaba a él, y salió del paso, según creía, correctamente, teniendo en cuenta...

... Teniendo en cuenta que vivía en una agonía de perplejidad, remordimiento y anhelo. No sacaba nada en claro, absolutamente nada, de la actitud de ella. No cabía la menor duda de que había leído el manuscrito y comprendido la sospecha que indicaba la última pregunta que le hizo en White Gables. Entonces, ¿cómo podía tratarlo así, con amabilidad y franqueza, como trataba a la multitud de hombres que no le habían hecho daño alguno?

Porque había intuido, pese a la ausencia siquiera de una sombra de cambio en sus modales, que había habido daño, y ella lo había sentido. Varias veces, en las raras y

breves ocasiones en que hablaron a solas, la misma intuición lo avisó de que ella se acercaba al asunto; y cada vez él desvió la conversación con la inventiva que engendra el miedo. Tomó dos decisiones. La primera era que, en cuanto acabase el encargo que lo amarraba a Londres, se iría y permanecería lejos. La tensión era demasiado grande. Ya no ardía en deseos de saber la verdad; no quería que nada confirmase la inamovible convicción interna de que se había equivocado, había malinterpretado la situación, había malinterpretado sus lágrimas, había quedado como un imbécil calumnioso, y además por escrito. Dejó de especular sobre el móvil de Marlowe para matar a Manderson. El señor Cupples volvió a Londres y Trent no le preguntó nada. Ahora sabía que estaba en lo cierto cuando dijo aquello —Trent recordaba las palabras por el énfasis con que fueron pronunciadas—: «No había poder terrenal capaz de persuadirla... en tanto se consideraba vinculada a él». Coincidió con la señora Manderson en una cena en la gran casa sepulcral de su tío, en Bloomsbury, y pasó casi toda la velada charlando con un catedrático de Arqueología de Berlín.

La otra decisión era que no se quedaría a solas con ella.

Pero, cuando, pocos días después, ella le escribió pidiéndole que fuese a verla el día siguiente por la tarde, no trató de disculparse. Era un reto formal.

Mientras llevaba a cabo la ceremonia del té y, después, un rato más, ella participó con una naturalidad tan fácil en la conversación ligeramente febril de Trent sobre la actualidad que este empezó a tener la esperanza de que ella hubiese cambiado de idea y hubiese renunciado a la que sin duda había sido su resolución de acorralarlo y hablar con él seriamente. Ahora parecía totalmente despreocupada, sonriendo de tal manera que Trent recordó, no por vez primera desde aquella noche en la ópera, lo que se escribió hace mucho tiempo sobre una princesa de Brunswick: «Su boca tiene diez mil encantos que tocan el alma»^[29]. Le enseñó la hermosa habitación en la que lo había recibido, señalando este o aquel tesoro del botín de un centenar de chamarilerías, riendo a propósito de sus búsquedas, descubrimientos y regateos. Y, cuando le pidió que volviera a deleitarlo con una pieza favorita suya que la había oído tocar en la otra casa, ella aceptó al instante.

La tocó con una perfección de ejecución y sentimiento que lo conmovió igual que la vez anterior.

—Es una música nata —dijo en voz baja cuando ella hubo acabado y el último temblor de la melodía hubo muerto—. Lo sabía antes de escucharla por primera vez.

—Desde que tengo memoria he tocado mucho. Siempre me ha consolado —dijo ella sencillamente, y sonriendo medio vuelta hacia él—. ¿Cuándo detectó la música en mí? Oh, claro: estaba en la ópera. Pero eso no prueba gran cosa, ¿no?

—No —dijo él, abstraído, pensando aún en la música que acababa de terminar—. Creo que lo supe la primera vez que la vi.

A continuación, se dio cuenta de lo que significaban sus palabras, y se quedó rígido. Por primera vez el pasado había sido invocado.

Hubo un breve silencio. La señora Manderson miró a Trent y se apresuró a apartar la mirada. Empezaron a sonrojarse las mejillas, y frunció los labios como si fuera a silbar. Luego, con un gesto desafiante de los hombros que él recordaba bien, se levantó de pronto del piano y se sentó en una silla enfrente de él.

—Nada mejor que ese discurso —comenzó despacio, mirándose la punta de los zapatos— para pasar a lo que quería decirle. Lo he invitado hoy a propósito, señor Trent, porque no aguanto más. Desde el día que me dejó en White Gables, he estado diciéndome que daba lo mismo lo que pensase usted de mí en ese asunto; que desde luego no era la clase de hombre que vaya por ahí comentando lo que creía de mí, después de lo que me había contado sobre sus razones para suprimir el manuscrito. Me preguntaba qué importaba. Pero, por supuesto, siempre he sabido que importaba. Importaba terriblemente. Porque lo que usted pensó no era cierto.

Levantó los ojos y lo miró tranquila. Trent, con un rostro completamente desprovisto de emoción, le sostuvo la mirada.

—Desde que he empezado a conocerla —dijo— he dejado de pensarlo.

—Gracias —dijo la señora Manderson; y se sonrojó, repentina y profundamente. Luego, jugando con un guante, añadió—: Pero quiero que sepa qué era cierto.

»No sabía si iba a volver a verlo —prosiguió en voz más baja—, pero sentía que, llegado el caso, tenía que hablarle de esto. Pensaba que no sería difícil, porque me dio la impresión de que era usted comprensivo; y, además, nadie espera que una mujer que ha estado casada tenga las mismas dificultades que una chiquilla para hablar de estas cosas cuando hace falta. Y luego volvimos a vernos, y descubrí que en realidad era muy difícil. Usted lo hizo muy difícil.

—¿Cómo? —preguntó él suavemente.

—No lo sé —dijo la dama—. Pero... Sí, lo sé. Fue solamente porque me trataba como si jamás hubiera pensado o imaginado algo así sobre mí. Siempre supuse que, si volvíamos a vernos, me miraría con esa especie de expresión dura, horrible que tenía cuando me hizo esa última pregunta... ¿La recuerda?... En White Gables. En cambio, se comportaba usted como cualquier otro conocido. Era solo... —dudó y extendió las manos— agradable. Después de la primera vez en la ópera, me fui a casa preguntándome si de verdad me había reconocido, se lo aseguro. Es decir, pensaba que tal vez hubiese reconocido mi rostro sin recordar quién era en realidad.

Trent soltó una risita a su pesar, pero no dijo nada.

Ella sonrió con menosprecio.

—Bueno, no lograba recordar si me había llamado por mi nombre o no; y creía que tal vez sí. Pero la vez siguiente, en casa de los Ireton, me llamó por mi nombre, así que ya estaba segura; y durante esos breves días estuve a punto de conseguir decírselo una docena de veces, pero al final no fui capaz. Empecé a tener la sensación de que usted no me lo iba a permitir, que esquivaría el asunto si yo lo sacaba. ¿Me

equivocaba? Contésteme, por favor. —Él asintió—. Pero ¿por qué?

Él calló.

—Bueno —dijo ella—, voy a acabar lo que quería decir, y luego espero que me cuente por qué tenía que ponérmelo tan difícil. Cuando empecé a darme cuenta de que no me iba a dejar hablarle de ello, me sentí más resuelta que nunca. Me imagino que no se dio cuenta de que yo insistiría en hablar por mucho que usted me desalentara. Me atrevería a decir que, si fuese culpable, como usted pensaba, no habría podido hacerlo. Hoy ha entrado en mi salón y no se le ha ocurrido en ningún momento que me atrevería. Pues ya ve.

La señora Manderson se había deshecho de todo su aire de vacilación. Como le gustaba decir, había hablado hasta entusiasmarse y, en el ardor de su determinación de aniquilar el malentendido que la había perturbado durante tanto tiempo, se sentía dueña de la situación.

—Voy a contarle la historia del error que cometió —prosiguió, mientras Trent, con las manos entrelazadas entre las rodillas, seguía mirándola enigmático—. Va a tener que creerme, señor Trent; es absolutamente como la vida misma, con sus confusiones y sus cosas ocultas y sus malentendidos y errores completamente naturales que todo el mundo da por válidos. Por favor, entienda que no lo culpo en absoluto, y jamás lo he hecho, por llegar a la conclusión apresurada a la que llegó. Usted sabía que no me llevaba bien con mi marido, y sabía lo que eso quiere decir a menudo. Supongo que sabía que había adoptado una actitud ofendida respecto de mí antes de que se lo dijera; y fui lo bastante boba para tratar de quitarle hierro. Le di la explicación que me di a mí misma al principio, antes de descubrir la desdichada verdad; le dije que había decepcionado a mi marido porque no fui capaz de brillar entre las estrellas de la sociedad. Bueno, era cierto; mi marido estaba decepcionado. Pero me di cuenta de que no estaba convencido. Había presentido, porque sabía lo irracional que era, lo que a mí me llevó mucho más tiempo ver. Sí; mi marido tenía celos de John Marlowe; usted lo adivinó.

»Después me comporté como una boba, cuando me dio a entender que lo había adivinado; fue un golpe espantoso, entiéndalo, cuando yo había supuesto que toda la humillación y la tensión habían acabado, y que su ofuscación había muerto con él. Prácticamente me preguntó si el secretario de mi marido era mi amante, señor Trent... Tengo que decirlo, porque quiero que entienda por qué me derrumbé y di el espectáculo que di. Usted lo interpretó como una confesión; pensó que era culpable de eso, y creo que incluso pensó que tal vez fuera cómplice del crimen... Eso me dolió; pero tal vez no podía pensar otra cosa... No lo sé.

Trent, que hasta ese momento no había apartado los ojos de su rostro, agachó la cabeza tras estas palabras. No volvió a levantarla cuando ella continuó.

—Pero en realidad no fue más que el sobresalto y la angustia lo que me hizo ceder, y el recuerdo de todas las penas que me había causado esa sospecha absurda. Y, cuando me recompuse, usted ya se había marchado.

Se puso en pie y fue a un escritorio junto a la ventana; abrió un cajón y sacó un largo sobre sellado.

—Aquí está el manuscrito que me dejó —dijo—. Lo he leído entero muchas veces. Siempre me ha fascinado, como a todo el mundo, su inteligencia para las cosas de esa clase. —Una sonrisa vagamente traviesa le iluminó la cara y desapareció—. Me pareció espléndido, señor Trent... Me interesó tanto que casi olvidé que la historia era mi propia historia. Y quiero decirle ahora, ahora que lo tengo en la mano, cuánto le agradezco su acción generosa, caballerosa, al sacrificar este triunfo suyo para no poner en peligro la reputación de una mujer. Si todo hubiese sido como usted suponía, los hechos habrían salido a la luz cuando la policía recibió el caso que usted le puso en las manos. Créame: entendí exactamente lo que había hecho y nunca dejé de agradecerlo, aun cuando me sentía aplastada por sus sospechas.

Al dar las gracias, la voz le temblaba un poco y tenía los ojos brillantes. Trent no se dio cuenta de ninguna de estas cosas. Aún tenía agachada la cabeza. No parecía oír. Ella puso el sobre en la mano que tenía extendida, con la palma hacia arriba, encima de la rodilla. Hubo un toque de suavidad en la acción que hizo que él levantase la mirada.

—¿Puede?... —comenzó despacio.

Ella levantó la mano, en pie frente a él.

—No, señor Trent, déjeme acabar antes de decir nada. Para mí es un alivio indecible haber roto el hielo por fin, y quiero acabar el relato que me siento orgullosa de haber empezado. —Se hundió en el sofá del que se había levantado—. Voy a contarle algo que nadie conoce. Supongo que todo el mundo sabía que nos había pasado algo, aunque hice todo lo que pude para ocultarlo. Pero no creo que absolutamente nadie llegase a sospechar lo que pensaba mi marido. La gente que me conoce no piensa eso sobre mí, me parece. Y su idea contradecía los hechos de forma absolutamente ridícula. Voy a decirle cuál era la situación. El señor Marlowe y yo nos habíamos llevado bien desde que vino a trabajar con nosotros. Por muy inteligente que fuera..., mi marido decía que tenía la mente más brillante que había conocido... Yo lo consideraba prácticamente un niño. Ya sabe que soy un poquito mayor que él, y él tenía una especie de amigable falta de ambición que reforzaba mi idea. Un día, mi marido me preguntó qué pensaba yo que era lo mejor que tenía Marlowe, y, sin pensarlo mucho, le dije: «Los modales». Me sorprendió mucho que se lo tomase a mal, y, tras callar un rato, dijo: «Sí, Marlowe es un caballero; así es», sin mirarme.

»No volvió a mencionarlo hasta hace cosa de un año, cuando descubrí que Marlowe había hecho lo que siempre esperé que hiciera: enamorarse desesperadamente de una chica estadounidense. Pero para mi gran desagrado escogió, estoy convencida, a la chica que menos valía de todas las que tratábamos. Sus padres eran ricos, y ella hacía con ellos lo que quería; muy guapa, bien educada, se le daban muy bien los deportes, lo que se dice una atleta... Y lo único que le importaba era divertirse. Era una de las chicas que más tonteaba y con más descaro que he

conocido, y la más lista con diferencia. Lo sabía todo el mundo, y debió de llegar a oídos del señor Marlowe; pero lo dejó en ridículo, por muy inteligente que él fuera. No sé cómo lo consiguió, pero me lo puedo imaginar. A ella le gustaba, desde luego; pero yo tenía claro que estaba jugando con él. Toda la relación era tan estúpida que me puse furiosa. Un día le dije que me llevase a dar un paseo en barca... Todo esto fue en nuestra casa de Lake George. Antes apenas si habíamos estado a solas. En la barca, le hablé. Creo que fui atenta, y se lo tomó de forma admirable, pero no me creyó. Tuvo la insolencia de decirme que había malinterpretado la naturaleza de Alice. Cuando insinué el problema de sus perspectivas..., sabía que él no tenía prácticamente capital..., dijo que, si ella lo quería, él se abriría paso en el mundo. Me atrevería a decir que era cierto, con sus capacidades y sus amigos... Está muy bien relacionado, ¿sabe?, y es bastante popular. Pero vio la luz poco después.

»Mi marido me ayudó a salir de la barca cuando volvimos. Recuerdo que bromeé con el señor Marlowe sobre no sé qué; porque, a lo largo de todo lo que pasó después, ni una sola vez cambió de actitud respecto de él, y esa fue una de las razones por las que tardé tanto en darme cuenta de lo que pensaba sobre nosotros. Pero esa tarde, conmigo, estuvo reservado y callado..., no enfadado. Desde que se le metió esa idea en la cabeza, siempre estuvo frío e inexpresivo. Después de cenar, solo se dirigió a mí una vez. El señor Marlowe le estaba hablando de un caballo que había comprado para la granja de Kentucky, y mi marido me miró y dijo: “Puede que Marlowe sea un caballero, pero cuando compra caballos es raro que salga perdiendo”. Aunque me sorprendió, ni en aquel momento..., ni tampoco la siguiente ocasión que nos vio juntos..., comprendí lo que tenía en mente. Esa ocasión fue la mañana que Marlowe recibió una notita cariñosa de la chica pidiéndole que la felicitara porque se había prometido. Fue en nuestra casa de Nueva York. Tenía tan mal aspecto en el desayuno que pensé que estaba enfermo, y después fui a la habitación en la que trabajaba y le pregunté qué pasaba. No dijo nada, solo me alcanzó la nota y se volvió hacia la ventana. Me alegré mucho de que todo hubiera terminado, pero lo sentí muchísimo por él, claro. No recuerdo lo que dije, pero me acuerdo de que le puse una mano encima del brazo mientras estaba de pie mirando el jardín; y justo entonces mi marido apareció en la puerta con unos papeles. Nos echó una mirada, nada más; se dio la vuelta y se volvió en silencio a su despacho. Pensé que a lo mejor había oído lo que estaba diciéndole al señor Marlowe para consolarlo, y que era muy considerado por su parte por desaparecer. El señor Marlowe no lo vio ni lo oyó. Esa mañana, cuando salí, mi marido se fue de casa y se marchó al oeste. Ni siquiera entonces me di cuenta. Solía marcharse así, de repente, si lo requerían asuntos de negocio.

»Hasta que volvió la semana siguiente no entendí la situación. Estaba pálido y extraño, y nada más verme me preguntó dónde estaba el señor Marlowe. Por lo que fuera, el tono de la pregunta me lo dijo todo en un abrir y cerrar de ojos.

»Casi me quedé sin aliento; estaba furiosa de indignación. ¿Sabe, señor Trent? Creo que me habría dado lo mismo que alguien me hubiera creído capaz de romper

abiertamente con mi marido y dejarlo por otro. Me atrevería a decir que podría haberlo hecho. Pero esa sospecha burda... Un hombre en el que confiaba... Y la idea de que lo ocultase... Lo vi todo rojo. Hasta el último retazo de orgullo que tenía se tensó tanto que temblaba, y en ese momento me juré a mí misma que nunca le dejaría saber, ni de obra ni de palabra, que era consciente de lo que pensaba de mí. Decidí que me comportaría exactamente como me había comportado siempre... Y eso hice, hasta el final. Aunque sabía que entre nosotros se había levantado un muro que nunca podríamos derribar, aunque él me pidiese perdón y yo lo perdonase, ni una sola vez di muestras de haber notado cambio alguno.

»Y así seguimos. No podría volver a pasar por eso. Mi marido siempre me trataba con amabilidad fría y muda cuando estábamos a solas..., y eso solo cuando no había más remedio. Ni una sola vez aludió a lo que pensaba; pero yo me daba cuenta, y él sabía que me daba cuenta. Los dos nos obcecamos en nuestras diferentes actitudes. Con el señor Marlowe era más amigable que antes, si acaso... Sabe Dios por qué. Se me ocurrió que estaba preparando alguna venganza; pero no era más que una intuición. Desde luego, el señor Marlowe nunca supo lo que sospechaba de él; pero yo me obstiné en seguir viéndolo tanto como antes. Luego vinimos a Inglaterra y a White Gables, y después de eso llegó... el espantoso final de mi marido. —Extendió la mano derecha en un gesto que ponía punto final—. Ya sabe lo demás... Mucho mejor que nadie —añadió, y levantó los ojos para mirarlo con una expresión extraña.

Trent pensó en aquella mirada, pero solo un momento. Por dentro, todo su ser desbordaba gratitud. Toda la vivacidad le había vuelto al rostro. Mucho antes de que la dama acabase su historia, se había dado cuenta de que decía la verdad, al igual que los primeros días de su relación renovada dudó de la historia que su imaginación construyó en White Gables sobre cimientos que le parecían firmísimos.

Dijo:

—No sé cómo empezar a pedirle perdón. No hay palabras para decir lo avergonzado y desacreditado que me siento; me doy cuenta de que mi sospecha, la conclusión a la que llegué, fue una metedura de pata, y además tosca y llena de arrogancia. Sí, sospechaba... ¡de usted! Casi había olvidado lo estúpido que fui. Casi..., no del todo. A veces, a solas, recuerdo esa locura, y no siento más que desprecio. He tratado de imaginar los hechos. He tratado de disculparme.

Ella lo interrumpió rápidamente.

—¡Qué bobada! Un poco de sensatez, señor Trent. No me había visto más que en dos ocasiones en toda su vida antes de venirme con su solución al misterio. —La expresión extraña volvió y desapareció—. Puestos a hablar de locura, es una locura que un hombre como usted finja con una mujer como yo que tuviera un letrero que dijera «Inocente»... con letras tan grandes que, habiéndome visto dos veces, no pudiese creer las pruebas que se amontonaban en mi contra.

—¿Cómo que «un hombre como yo»? —preguntó con una especie de ferocidad—. ¿Me toma por una persona sin instintos normales? No digo que la gente piense

que es sencilla y transparente... Lo que el señor Calvin Bunner llama un libro abierto. No digo que un desconocido la juzgue incapaz de toda maldad, si hay buenas pruebas de ella: lo que digo es que el que pueda asociarla con esa clase de abominación en particular, después de verla y estar en su atmósfera, es un bobo... La clase de bobo que teme fiarse de sus sentidos. Lo de que le puse difícil plantear el asunto, como dice, es cierto. Era sencillamente cobardía moral. Entendí que quería aclarar el asunto; y me asqueaba la idea de abordar mi injuriosa metedura de pata. Traté de darle a entender con mis acciones que era como si nunca hubiese sucedido. Esperaba que me perdonase sin explicaciones. Yo no puedo perdonarme, y nunca podré. Y, sin embargo, si ahora usted pudiera... —Paró en seco, y luego añadió suavemente—: Bueno, ¿puede aceptar todo esto como disculpa? La arpillera más basta que hay, y las cenizas más ásperas del montón... No quería acalorarme —concluyó sin convicción.

La señora Manderson rio, y su risa lo arrastró. Ya conocía esa súbita carrera de notas de alegría que caían en cascada, la expresión perfecta del gozo; muchas veces había tratado de divertirla solo por el deleite que le producía su sonido.

—Pero si me encanta verlo acalorado... —dijo ella—. El bum con el que siempre cae cuando se da cuenta de que está volando es delicioso. Oh, los dos nos estamos riendo de verdad. Qué final tan triunfal han tenido nuestras explicaciones, con el miedo que tenía a poner las cartas sobre la mesa. Y ahora ha acabado, y usted lo sabe; y nunca volveremos a hablar de ello.

—Espero que no —dijo Trent con alivio sincero—. Si usted está decidida a ser así de amable, mis principios no son tan altos como para insistir en que me golpee con sus relámpagos. Y ahora, señora Manderson, debería irme. Cambiar de tema después de esto sería como jugar a las cuatro esquinas después de un terremoto.

Se puso en pie.

—Tiene razón —dijo ella—. Pero ¡no! Espere. Una cosa más..., parte del mismo asunto. Ahora que hemos empezado, deberíamos acabar de atar los cabos sueltos. Siéntese, por favor. —Cogió el sobre que contenía la crónica manuscrita de Trent de la mesa en la que él lo había dejado—. Quiero hablar de esto.

Él arqueó las cejas y la miró con aire interrogativo.

—Yo también, si usted quiere —dijo despacio—. Tengo muchas ganas de saber una cosa.

—Dígame.

—Dado que la razón por la que suprimí esa información era una fantasía, ¿por qué nunca la usó usted? Cuando empecé a darme cuenta de que me había equivocado con usted, me expliqué su silencio diciéndome que no era capaz de dar un paso que llevaría a un hombre a la horca, hubiera hecho lo que hubiera hecho. Entiendo perfectamente ese sentimiento. ¿Era eso? Otra posibilidad que se me ocurrió fue que usted sabía algo que justificaba o excusaba la acción de Marlowe. También pensé que quizá solo estaba horrorizada, más allá de todo escrúpulo humanitario, ante la idea de aparecer en público implicada en un juicio por asesinato. En esos casos, a muchos

testigos fundamentales casi hay que obligarlos a testificar. Tienen la sensación de que la sombra del patíbulo ya es una mancha.

La señora Manderson se dio unos golpecitos en los labios con el sobre sin tratar de ocultar una sonrisa.

—Supongo que no se le ocurrió otra posibilidad, señor Trent —dijo.

—No.

Trent parecía perplejo.

—Me refiero a la posibilidad de que se equivocase con el señor Marlowe al igual que conmigo. No, no; no se moleste en decirme que la cadena de pruebas está completa. Ya lo sé. Pero ¿qué pruebas? Que el señor Marlowe se hizo pasar por mi marido esa noche, y que escapó a través de mi ventana, y se procuró una coartada. He leído su crónica muchas veces, señor Trent, y no creo que haya ninguna duda de que sucedió así.

Trent la contempló con los ojos entornados. No dijo nada para romper el breve silencio que se hizo. La señora Manderson se alisó la falda con aire de preocupación, como quien ordena sus ideas.

—No usé los datos que usted descubrió —dijo por fin lentamente— porque me parecía muy probable que le costasen la vida al señor Marlowe.

—Estoy de acuerdo —observó Trent en tono neutral.

—Y —prosiguió la dama, mirándolo con tierna sensatez en los ojos—, dado que sabía que era inocente, no iba a dejar que corriera ese riesgo.

Hubo otra pausa breve. Trent se acarició el mentón, fingiendo considerar la idea. En su interior se decía, algo débilmente, que aquello era apropiado y correcto; que era muy femenino, y que le gustaba que fuera femenina. Le estaba permitido —más que permitido— anteponer su lealtad y confianza en un amigo a las más claras demostraciones del intelecto. No obstante, lo fastidiaba. Habría preferido que su profesión de fe hubiese tomado una forma un poco menos definitiva. Decir que lo «sabía» era demasiado irracional. Es más (se dijo claramente), no era nada propio de ella. Si ser irracional cuando la razón llevaba a sitios desagradables era un rasgo característico femenino, y si la señora Manderson lo tenía, estaba acostumbrada a disfrazarlo mejor que cualquier mujer que hubiera conocido.

—Sugiere usted —dijo Trent a la postre— que Marlowe se procuró una coartada, corriendo riesgos que solo un hombre desesperado habría asumido, para demostrar su inocencia en un delito que no había cometido. ¿Le dijo a usted que era inocente?

Ella soltó una risita impaciente.

—Así que cree que me ha convencido. No, no es eso. Sencillamente, estoy segura de que no lo hizo. ¡Ah! Veo que le parece absurdo. Pero ¡vea lo poco razonable que es, señor Trent! Hace un momento, me estaba explicando con total sinceridad que era una estupidez por su parte sospechar algo de mí después de verme y estar en mi atmósfera, como ha dicho usted. —Trent se revolvió en su silla. Ella lo miró y prosiguió—: Bien, mi atmósfera y yo le estamos muy agradecidas, pero tenemos que

salir en defensa de los derechos de otras atmósferas. Sé bastante más de la atmósfera del señor Marlowe que usted de la mía, incluso ahora. Lo veía a todas horas durante años. No digo que lo sepa todo sobre él; pero sí sé que es incapaz de derramar sangre. La idea de que planea un asesinato me parece tan inconcebible como la idea de que usted le robe el monedero a una viejecita, señor Trent. Puedo imaginarlo a usted matando a un hombre, ¿sabe?... Si el hombre lo mereciera y tuviera las mismas oportunidades de matarlo a usted. Pero el señor Marlowe era incapaz de hacerlo, al margen de la provocación que pudiera haber. Tenía un temperamento que no se alteraba por nada, y consideraba la vida humana con una especie de fría magnanimidad que encontraría una forma de disculpar absolutamente cualquier cosa. No era una pose; se veía con claridad que era parte de él. Nunca lo exhibía, pero siempre estaba ahí. A veces resultaba muy irritante... De vez en cuando, en los Estados Unidos, me acuerdo, oí a gente hablar de linchamientos delante de él, por ejemplo. Se quedaba sentado, muy callado e inexpresivo, y parecía que no escuchaba; pero se le notaba repugnancia, que emanaba en oleadas. De verdad, abominaba y odiaba la violencia física. Era un hombre muy extraño en algunos aspectos, señor Trent. Una tenía la sensación de que podía hacer cosas insospechadas... ¿Sabe usted la sensación que da alguna gente? Nunca he sido capaz de adivinar qué papel desempeñó en realidad en lo que pasó esa noche. Pero nadie que lo conociera mínimamente podría creer que le quitase la vida a un hombre de forma deliberada.

El gesto de su cabeza volvió a poner punto final, y se recostó en el sofá, observándolo tranquila.

—Entonces —dijo Trent, que la había seguido con atención y seriedad—, estamos obligados a volver a tener en cuenta dos posibilidades que hasta ahora no había pensado que mereciesen mucha consideración. Si aceptamos lo que dice, todavía es posible que lo matara en defensa propia; o puede que fuera un accidente.

La dama asintió.

—Claro que pensé en esas dos explicaciones cuando leí su manuscrito.

—Y supongo que pensó, como yo, que, en un caso o en otro, lo natural, y claro está lo más seguro, habría sido confesar la verdad públicamente, en vez de preparar una serie de artimañas que desde luego lo marcarían como culpable a ojos de la ley, si algo salía mal.

—Sí —dijo ella cansada—, le di vueltas a eso hasta que me dio dolor de cabeza. Y pensé que tal vez lo hiciera otra persona, y que estaba protegiendo al culpable por algún motivo. Pero resultaba descabellado. No era capaz de desentrañar el misterio, y, pasado un tiempo, sencillamente dejé de intentarlo. Lo único de lo que estaba segura era de que el señor Marlowe no es un asesino, y que, si contaba lo que usted había averiguado, era muy probable que el juez y el jurado pensarían que lo era. Me prometí a mí misma que usted y yo hablaríamos de esto si volvíamos a encontrarnos; y ahora he cumplido mi promesa.

Trent, con la barbilla apoyada en la mano, miraba fijamente a la alfombra. La

excitación por la búsqueda de la verdad estaba creciendo incesantemente en su interior. En su fuero interno no había aceptado que la explicación de la señora Manderson sobre el temperamento de Marlowe fuera incuestionable. Pero ella había hablado de forma convincente; de ninguna manera podía ignorarla, y su propia teoría se tambaleaba.

—Solo podemos hacer una cosa —dijo levantando la mirada—. Tengo que ver a Marlowe. Me preocupa demasiado dejar así las cosas. Voy a descubrir la verdad. ¿Puede decirme —cortó— cómo se comportó después de que yo me fuera de White Gables?

—Después de eso no he vuelto a verlo —dijo sencillamente la señora Manderson—. Estuve enferma unos días después de que se fuera usted, y no salí de mi habitación. Cuando bajé, se había marchado, y estaba en Londres arreglando cuestiones con los abogados. No bajó para el funeral. Justo después me marché al extranjero. Unas semanas más tarde me llegó una carta suya en la que decía que había cerrado sus asuntos y ayudado a los abogados en todo lo que había podido. Me dio las gracias con mucha amabilidad por lo que llamó mi bondad y se despidió. No hablaba para nada de sus planes, y me pareció especialmente extraño que no dijera una palabra sobre la muerte de mi marido. No contesté. Sabiendo lo que sabía, no pude. En esa época me estremecía cada vez que pensaba en la farsa de aquella noche. No quería volver a verlo ni a saber nada de él.

—Así que no sabe lo que ha sido de él.

—No; pero seguro que el tío Burton..., ya sabe, el señor Cupples..., se lo podrá decir. Hace tiempo me dijo que se había encontrado al señor Marlowe en Londres y había hablado con él. Cambié de tema. —Se detuvo y sonrió con un rastro de travesura—. Tengo mucha curiosidad por saber qué suponía que le había pasado al señor Marlowe después de retirarse del escenario del drama que había montado de forma tan satisfactoria para usted.

Trent se sonrojó.

—¿De verdad quiere saberlo? —dijo.

—Se lo ruego —repuso ella en voz baja.

—Me está pidiendo que vuelva a humillarme, señora Manderson. Muy bien. Le diré lo que pensaba que iba a encontrarme al volver a Londres: que usted y Marlowe se habían casado y se habían ido a vivir al extranjero.

Ella lo escuchó con imperturbable compostura.

—Desde luego no habríamos podido vivir muy cómodamente en Inglaterra con su dinero y el mío —observó pensativa—. Por entonces él no tenía casi nada.

Él la miró fijamente; «boquiabierto», le dijo ella después. Entonces rio con cierto bochorno.

—¡Por lo que más quiera, señor Trent! ¿He dicho algo espantoso? Sin duda tiene que saberlo... Pensaba que a estas alturas todo el mundo estaba al tanto, con la cantidad de veces que he tenido que explicarlo... Si vuelvo a casarme, pierdo todo lo

que me dejó mi marido.

El efecto de este parlamento en Trent fue curioso. Durante un instante, la sorpresa le inundó el rostro. A medida que esta disminuía, se recompuso poco a poco, sentado, y se quedó tenso. Parecía, pensó ella mientras veía cómo los nudillos que aferraban los reposabrazos de la silla se quedaban blancos, un hombre dispuesto a someterse al bisturí de un cirujano. Pero lo único que dijo, con voz más grave que su tono habitual, fue:

—No tenía la menor idea.

—Así es —dijo ella tranquilamente, jugueteando con un anillo—. En realidad, señor Trent, es bastante frecuente. Y creo que me alegro. Por un lado, me ha protegido, por lo menos desde que se hizo público, de un sinfín de atenciones de cierta clase que una mujer en mi posición suele tener que soportar.

—No lo dudo —dijo él serio—. Y... ¿de otra clase?

Ella lo miró interrogante.

—¡Ah! —rio—. Las de otra clase me preocupan todavía menos, aún no he encontrado a un hombre lo bastante tonto para querer casarse con una viuda con tendencia al egoísmo, costumbres y gustos caros, y nada más que lo poco que me dejó mi padre.

Sacudió la cabeza, y algo en ese gesto hizo añicos los últimos vestigios del dominio de sí mismo de Trent.

—¡No lo ha encontrado, Dios mío! —exclamó, poniéndose en pie violentamente y dando un paso hacia ella—. Entonces voy a demostrarle que el olor del dinero no siempre sofoca la pasión humana. Voy a poner punto final..., mi punto final. Voy a decirle lo que sin duda docenas de hombres mejores que yo han querido decirle, sin poder hacer acopio de lo que yo he podido reunir...: la infernal desfachatez de hacerlo. Tenían miedo de hacer el ridículo. No he sido yo sino usted quien me ha acostumbrado a esa sensación esta tarde. —Rio con fuerza interrumpiendo el torrente de sus palabras y extendió las manos—. ¡Míreme! ¡El panorama del siglo! El de uno que dice que la ama y querría pedirle que renuncie a grandes riquezas para acompañarlo.

Ella tenía escondido el rostro entre las manos. La oyó decir de manera entrecortada:

—Por favor... No hable así.

Él contestó:

—Para mí será un sueño que me permita decir todo lo que tengo que decir antes de irme. Puede que sea de mal gusto, pero voy a correr el riesgo; quiero descargarle el alma, que necesita una confesión abierta. Es la verdad. Usted me perturba desde la primera vez que la vi..., y usted se enteró. Estaba sentada debajo del borde del acantilado, en Marlstone, y extendió los brazos hacia el mar. Conforme pasaba a su lado tenía la impresión de que en aquel lugar toda la vida gritaba una canción sobre usted con el viento y la luz del sol. Y la canción se me quedó grabada; pero hoy en

día ni siquiera su belleza sería más que un recuerdo vacío, si eso hubiera sido todo. Fue cuando la llevé del hotel a su casa, con su mano en mi brazo, cuando... ¿Qué pasó? Solo sabía que su magia más poderosa me había impresionado hondamente, y que nunca olvidaría ese día, fuera cual fuera el amor de mi vida. Hasta ese día la había admirado como admiro el encanto de un lago tranquilo; pero ese día noté el hechizo de la deidad del lago. Y la mañana siguiente las aguas estaban revueltas, y se alzó... El día en que fui a verla con mis preguntas, exhausto, con dudas tan amargas como el dolor, y cuando la vi con su pálida, dulce máscara de compostura... Cuando la vi conmovida y resplandeciente, con los ojos y las manos vivos, y cuando me hizo comprender que una criatura como usted había sentido un vacío y se había echado a perder durante tanto tiempo... Entonces la locura se apoderó de mí, y mi espíritu clamaba por decirle lo que por fin digo ahora: que la vida nunca volvería a parecer plena porque no podría amarla, que estaba atrapado para siempre en las redes de sus negros cabellos y mediante el conjuro de su voz...

—¡Oh, basta! —gritó ella, echando la cabeza hacia atrás bruscamente, con la cara encendida y las manos apretando los cojines que tenía al lado. Habló rápido y desordenadamente, el aliento le salía veloz—. No va a convencerme para que deje de lado el sentido común. ¿Qué significa todo esto? Oh, no lo reconozco... Parece otro. No somos niños; ¿se le ha olvidado? Habla como un crío que se enamora por primera vez. Es estúpido, irreal... Si usted no se da cuenta, yo sí. No quiero oírlo. ¿Qué le ha pasado? —Estaba a punto de sollozar—. ¿Cómo pueden salir esas ñoñerías de un hombre como usted? ¿Qué ha sido de su templanza?

—¡Se ha esfumado! —exclamó Trent con una carcajada brusca—. Se ha ido. Dentro de un minuto iré a buscarla. —La miró con gravedad a los ojos—. Ahora no me preocupa demasiado. Nunca habría podido declararme a usted bajo la nube de su gran fortuna. Lo enturbiaba todo. Tal como yo lo veo, aquel sentimiento no tiene nada encomiable; considerado sencillamente, era una forma de cobardía... de miedo a lo que usted pudiera pensar, y probablemente decir... y también de miedo a lo que pensaría la gente, supongo. Pero el cielo se ha despejado, he hablado y me da igual. Puedo afrontar las cosas con la mente tranquila, ahora que le he dicho la verdad. Llámelo ñoñería o como le dé la gana. La verdad es que no lo había planeado como un discurso científico. Que desaparezca, puesto que la molesta. Pero, por favor, crea que para mí era serio, aunque para usted fuera comedia. He dicho que la amo, y la honro, y la querría más que a nada en el mundo. Ahora deje que me marche.

Pero ella le tendió las manos.

Capítulo XIV

Escribiendo una carta

—Si insistes —dijo Trent—, supongo que te saldrás con la tuya. Pero preferiría escribirla cuando no esté contigo. No obstante, si es necesario, tráeme una tableta más blanca que una estrella o la mano de un ángel que cante himnos; es decir, un folio que no lleve impresa tu dirección. No subestimes el sacrificio que estoy haciendo. Nunca me ha apetecido menos la correspondencia.

Ella lo recompensó.

—¿Qué le digo? —preguntó, con la pluma cerniéndose sobre el papel—. ¿Lo comparo a un día de verano?^[30] ¿Qué le digo?

—Di lo que quieras —sugirió ella, toda utilidad.

Él negó con la cabeza.

—Lo que quiera... Lo que hace veinticuatro horas que quiero decir a todo hombre, mujer y niño que me encuentre... «Mabel y yo estamos prometidos y todo va de perlas». Pero no sería un buen arranque para una carta de carácter estrictamente formal, por no decir siniestro. De momento, voy por «Estimado señor Marlowe». Luego, ¿qué?

—Le mando un manuscrito —apuntó ella— que creo que quizá quiera ver.

—¿Te das cuenta —dijo él— de que en esa frase solo hay una palabra de más de dos sílabas? Esta carta tiene que impresionar, no hacer que se sienta cómodo. Nos hacen falta palabras largas.

—No veo por qué —respondió ella—. Sé que es normal, pero ¿por qué? He recibido montones de cartas de abogados y empresarios, y siempre empiezan: «En respuesta a la suya del quince de los corrientes», o un trabalenguas por el estilo, y sigue en ese tono hasta el final. Pero, cuando los veo, no hablan así. Me parece ridículo.

—Para ellos no es ridículo. —Trent dejó a un lado la pluma con aire de alivio y se puso en pie—. Voy a explicártelo. Los pueblos como nosotros, poco aficionados a usar la mente, van por la vida con un léxico muy pequeño y sencillo. Las palabras largas son anormales, y, como todo lo anormal, son muy divertidas o tremendamente solemnes. Mira la frase «parecido razonable», por ejemplo. Si esa frase se hubiese usado en cualquier otro país de Europa, no habría atraído la menor atención. En nuestro país, se ha convertido en un proverbio; todos sonreímos cuando la oímos en un discurso o la leemos en un editorial; consideramos que es una de las mejores cosas que se han dicho jamás. ¿Por qué? Porque se compone de dos palabras largas, nada más. La idea que expresa es tan corriente como el cordero frío. Luego está la frase

«exactitud terminológica». ¡Lo que nos hemos reído con eso, y lo que nos reímos! Y toda la gracia es que son dos palabras largas. Cuando queremos ponernos muy serios, es lo mismo; lo señalamos usando palabras largas. Cuando un abogado empieza una frase con «en cumplimiento de las instrucciones trasladadas a nuestro representante», u otro galimatías por el estilo, denota que se está ganando los cuartos. ¡No te rías! Es totalmente cierto. Bien, en el continente no tienen ese sentimiento. Siempre andan pensando, y el resultado es que hasta el último dependiente y campesino tiene un léxico que a casi todos los británicos nos suena a griego. Me acuerdo de que hace un tiempo estaba en París cenando con un amigo mío que es taxista. Cenamos en un restaurancillo sucio enfrente de la oficina central de correos, un sitio de taxistas o maleteros. La conversación era banal, y me di cuenta de que a un taxista de Londres le habría venido grande. Palabras como «funcionario», «inolvidable», «exterminar» e «independencia» iban de un lado a otro todo el tiempo. Y eran taxistas corrientes, vulgares, joviales, colorados. A ver —siguió a toda prisa, mientras la dama atravesaba la habitación y cogía la pluma—, solo lo menciono para ilustrar lo que digo. No estoy diciendo que todos los taxistas tengan que ser intelectuales. No lo creo; estoy con Keats: feliz es Inglaterra, y dulces, sus taxistas sin malicia; su sencilla belleza es bastante para mí^[31]. Pero, si hablamos de la gente que constituye el colectivo nacional de la inteligencia industrial... Caramba, ¿sabes?...

—¡Oh, no, no, no! —gritó la señora Manderson—. Ahora mismo no sé nada, salvo que de alguna manera hay que hacerte callar, si queremos seguir con esa carta al señor Marlowe. No te vas a escaquear. ¡Vamos!

Le puso la pluma en la mano.

Trent la miró con desagrado.

—Te aviso, no intentes que deje de hablar —dijo afligido—. Créeme, vivir con hombres que no hablan es aún más difícil que vivir con hombres que hablan. Oh, cuidado con las naturalezas mudas^[32]. Confieso que estoy eludiendo escribir esto. Es casi indecente. Escribir la clase de carta que pretendo escribir y al mismo tiempo estar sentado en la misma habitación que tú es mezclar dos estados de ánimo incompatibles.

Ella lo llevó a la silla que había abandonado ante el escritorio y amablemente lo obligó a sentarse.

—Bueno, pero inténtalo, por favor. Quiero ver lo que escribas, y quiero que le llegue de inmediato. Verás, yo por mí dejaría las cosas como están; pero tú dices que tienes que averiguar la verdad, y, siendo así, quiero que ocurra cuanto antes. Hazlo ahora... Sabes que, si quieres, puedes... Y yo la envío en cuanto esté acabada. ¿Tú nunca sientes eso?... ¿El anhelo de echar una carta que te preocupa al correo, y no poder recuperarla, aunque quieras, y que no sirva de nada preocuparse por ella?

—Lo que tú digas —respondió Trent, y se enfrentó al papel, que fechó como si estuviera en su hotel.

La señora Manderson miró su cabeza inclinada con una luz amable en el rostro, e

hizo ademán de alisar su mata de pelo revuelto. Pero no lo tocó. Se acercó en silencio al piano y empezó a tocar con mucha suavidad. Transcurrieron diez minutos y Trent volvió a hablar.

—¿Y si decide responder que no va a decir nada?

La señora Manderson lo miró por encima del hombro.

—No se atreverá, por supuesto. Hablará para impedir que lo denuncies.

—Pero, pase lo que pase, no voy a hacerlo. Tú no me dejarías... Lo has dicho; además, no sé si querría. Ahora tengo demasiadas dudas.

—Pero —rio ella— el pobre señor Marlowe no lo sabe, ¿no?

Trent suspiró.

—¡Qué cosa tan extraordinaria son los códigos de honor! —observó abstraído—. Sé que hay cosas que yo haría sin pensar que a ti te harían sentirte deshonrada... Como ponerle un ojo a la funerala a alguien que me insultase gravemente, o decir palabrotas si me diera un golpe en la espinilla en una habitación oscura. Y ahora estás tan tranquila recomendándome que le eche un farol a Marlowe y le mande una amenaza tácita que no pienso cumplir; algo que el más desenfrenado demonio del infierno nunca, en la ebriedad de la culpa...^[33] Bueno, da igual, no lo haré.

Siguió escribiendo, y la dama siguió tocando muy suavemente con una sonrisa indulgente.

Unos minutos después, Trent dijo:

—Por fin soy sinceramente tuyo. ¿Quieres verla?

Ella cruzó la habitación a la carrera y encendió una lámpara de lectura que había junto al escritorio. Entonces, inclinándose sobre el hombro de él, leyó lo siguiente:

Estimado Señor Marlowe: Quizá recordará que nos conocimos en Marlstone, en circunstancias desdichadas, en junio del año pasado.

En aquella ocasión era mi deber, como representante de un periódico, realizar una investigación independiente de las circunstancias de la muerte del difunto Sigsbee Manderson. Lo hice y llegué a ciertas conclusiones. Descubrirá en el manuscrito adjunto, que en su origen fue escrito como comunicación para mi periódico, qué conclusiones eran esas. Por razones que no es necesario enumerar, decidí en el último momento no hacerlas públicas ni comunicárselas a usted, y además de mí mismo solo dos personas las conocen.

En ese punto, la señora Manderson levantó la mirada del papel rápidamente. Tenía las oscuras cejas fruncidas.

—¿Dos personas? —dijo con una nota inquisitiva.

—La otra es tu tío. Anoche fui a buscarlo y le conté toda la historia. ¿Te parece mal? Siempre me había sentido inquieto por ocultárselo, porque él creía que iba a contarle todo lo que descubriese, y con mi silencio parecía que me hacía el

misterioso. Ahora que por fin se va a aclarar, y que no hace falta protegerte, quería que lo supiera todo. Además, es un consejero muy astuto, a su manera; y me gustaría tenerlo a mi lado cuando vea a Marlowe. Tengo la sensación de que la conversación irá mejor con otro aliado de mi parte.

Ella suspiró.

—Sí, claro, mi tío tiene que saber la verdad. Espero que no haya nadie más. —Le apretó la mano—. Tengo tantas ganas de enterrar este horror... Bien hondo. Ahora soy muy feliz, cariño, pero seré todavía más feliz cuando hayas satisfecho esa curiosa mente tuya y descubierto todo, y hayas apisonado la tierra.

Siguió leyendo.

Recientemente, sin embargo [seguía la carta], he tenido conocimiento de ciertos hechos que me han llevado a cambiar de idea. Eso no quiere decir que vaya a publicar lo que descubrí, sino que he decidido dirigirme a usted y pedirle que declare en privado. Si tiene algo que decir que pueda cambiar la perspectiva sobre este asunto, no veo razón para que lo oculte.

Así que espero que me informe de dónde y cuándo puedo visitarlo; a no ser que prefiera que nos reunamos en mi hotel. En todo caso, me gustaría que el señor Cupples, a quien recordará, y que ha leído el documento adjunto, esté presente también.

Atentamente,
PHILIP TRENT

—¡Qué carta tan dura! —dijo—. Ahora estoy segura de que no te habría salido más dura en tu propia habitación.

Trent metió la carta y el anexo en un sobre largo.

—Sí —dijo—, me parece que se va a quedar de piedra. Ahora no podemos correr el riesgo de que algo salga mal. Sería mejor mandar a un mensajero especial con órdenes de entregársela en mano. Si no está, no debería dejarla.

Ella asintió.

—Yo me ocupo. Espera aquí un rato.

Cuando la señora Manderson volvió, él estaba buscando en el aparador. Ella se hundió en la alfombra a su lado en una ola de faldas marrón oscuro.

—Dime una cosa, Philip —dijo.

—Si se cuenta entre las pocas que sé.

—Cuando viste a mi tío anoche, ¿le hablaste...? ¿Le hablaste de nosotros?

—No —respondió él—. Me acordé de que no habías dicho nada de decírselo a nadie. Decidir si nos confiamos al mundo inmediatamente o más tarde es cosa tuya,

¿no?

—Entonces, ¿le hablarás? —Bajó los ojos y se miró las manos entrelazadas—. Quiero que le hables. A lo mejor si lo piensas adivinas por qué... ¡Ya está! Decidido. Volvió a mirarlo a los ojos y durante un tiempo se hizo el silencio.

Finalmente, él se recostó en la honda silla.

—¡Qué mundo este! —dijo—. Mabel, ¿puedes tocar al piano algo que solo exprese alegría, auténtica alegría, nada de cosas febriles o como crepitar de espinos bajo la olla^[34], sino la alegría que ha decidido a favor del universo? Es un estado de ánimo que en realidad no puede durar, así que mejor aprovecharlo al máximo.

Ella se acercó al instrumento y tocó unos acordes mientras pensaba. A continuación, empezó a tocar con toda su alma el tema del último movimiento de la Novena Sinfonía, que es como el sonido que hacen al abrirse las puertas del Paraíso.

Capítulo XV

Doble astucia

Junto a la ventana de una habitación que a gran altura daba al parque de St. James había un viejo escritorio de roble de gran tamaño. La habitación era grande, y la había amueblado y decorado alguien que había puesto gusto en la tarea; pero por todas partes se veía la mano de un soltero. John Marlowe abrió la cerradura del escritorio y sacó un sobre largo y grueso de la parte de atrás del cajón.

—Entiendo —dijo al señor Cupples— que ha leído usted esto.

—Hace dos días lo leí por primera vez —contestó el señor Cupples, que, sentado en un sofá, estaba mirando la habitación con cara benigna—. Lo hemos debatido a fondo.

Marlowe se volvió hacia Trent.

—Aquí tiene su manuscrito —dijo poniendo el sobre encima de la mesa—. Lo he leído tres veces. No creo que haya otro hombre que pudiera haber averiguado tanto de la verdad como ha expuesto aquí.

Trent hizo caso omiso del cumplido. Se sentó junto a la mesa mirando fijamente al fuego, impasible, con las largas piernas entrelazadas debajo de la silla.

—O sea —dijo, acercándose el sobre—, que hay más verdad y va a ser revelada ahora. Estamos deseando escucharlo, cuando quiera. Supongo que será una historia larga, y, cuanto más larga, mejor, por lo que a mí respecta; quiero entender todo. Lo que a los dos nos gustaría, creo, es una presentación preliminar de Manderson y su relación con él. Desde el principio, me pareció que el carácter del muerto, de una manera u otra, tenía que ser importante en este caso.

—Tenía usted razón —respondió, lúgubre, Marlowe. Cruzó la habitación y se sentó en la esquina de la alta pantalla acolchada de la chimenea—. Empezaré como sugiere.

—Antes de nada, debería decirle —dijo Trent, mirándolo a los ojos— que, aunque he venido para escuchar, todavía no tengo motivos para dudar de las conclusiones que he enumerado aquí. —Dio unos golpecitos al sobre—. Lo que está haciendo es exponer su defensa... ¿Lo entiende?

—Perfectamente.

Marlowe estaba tranquilo y en plena posesión de sí mismo. Era un hombre diferente del ser agotado y nervioso que Trent recordaba en Marlstone un año y medio antes. Su figura alta y ágil se sostenía con un tono muscular perfecto. Su entrecejo era inocente, los ojos azules eran límpidos, aunque todavía tenían, cuando se paraba para ordenar sus ideas, la mirada que había preocupado a Trent la primera

vez que lo vio. Solo las líneas de la boca dejaban ver que sabía que estaba en una posición difícil y que se proponía hacerle frente.

—Sigsbee Manderson no tenía una mente normal —empezó Marlowe con su voz suave—. Casi todos los hombres ricos que conocí en los Estados Unidos habían llegado a serlo por una codicia anormal, o una diligencia anormal, o una fuerza personal anormal, o una suerte anormal. Ninguno de ellos tenía un intelecto digno de mención. A Manderson también le encantaba amontonar riquezas; trabajaba en ello de forma incesante; era un hombre de voluntad dominante; tuvo bastante suerte; pero lo que lo hacía único era su cerebro. En su propio país tal vez le dirían que su característica más notable era lo implacable que era cuando perseguía sus objetivos; pero cientos habrían ejecutado sus planes con tan poca consideración por los demás si hubieran podido concebirlos.

»No digo que los estadounidenses no sean listos; como nación, son diez veces más listos que nosotros; pero nunca encontré otro que mostrara tal grado de sagacidad y previsión, tal memoria privilegiada, tal tenacidad mental, tal fuerza cruda de inteligencia, como las que había detrás de todo lo que Manderson hizo en su carrera ganando dinero. Los periódicos lo llamaban el “Napoleón de Wall Street” a menudo; pero poca gente sabía tan bien como yo lo cierto que era esa frase. Para empezar, parecía no olvidar nunca los hechos que pudieran serle útiles; y con los asuntos comerciales que le concernían hacía sistemáticamente lo que, según he leído, Napoleón hacía con los asuntos militares. Los estudiaba en compendios especiales que le preparaban cada poco tiempo, y que siempre tenía a mano, para poder repasar el informe sobre el carbón o el trigo o los ferrocarriles, o lo que fuera, en los momentos libres que tuviera. Después podía trazar un plan más osado y más inteligente que cualquiera de los demás. La gente se daba cuenta de que Manderson nunca hacía lo obvio, pero no llegaba más lejos; lo que hacía era casi siempre sorprendente, y gran parte de su éxito venía de ahí. Wall Street se estremecía, como decían, cuando se sabía que el viejo había sacado la pistola, y muchas veces sus oponentes parecían rendirse tan fácilmente como el mapache de la historia del coronel Crockett. La trama que voy a describirles le habría llevado bastante tiempo a cualquiera. Manderson era capaz de planear todo, hasta el último detalle, mientras se afeitaba.

»Antes pensaba que su astucia y su crueldad debían de tener que ver con la sangre india que tenía, por poca que fuera. Curiosamente, salvo él y yo, nadie lo sabía. Cuando me pidió que aplicase mi afición a la genealogía a la oscura historia de su familia, descubrí que descendía del jefe iroqués Montour y su esposa francesa, una mujer terrible que dominó la salvaje política de las tribus del Viejo Oeste hace doscientos años. Los Manderson se dedicaban al comercio de pieles en la frontera de Pensilvania en aquella época, y más de uno se casó con una india. En mi opinión puede que corriese otra sangre india por las venas de Manderson además de la de Montour, a través de uniones previas y posteriores; los antecedentes de algunas de las

mujeres eran imposibles de rastrear, y hubo muchísimas generaciones de pioneros antes de que la civilización llegase a todo el país. A través de mis investigaciones llegué a la conclusión de que hay gran cantidad de sangre aborigen presente en la hechura genética de la gente de los Estados Unidos, y de que está muy extendida. Las familias más nuevas se han casado muchas veces con las más viejas, y gran parte de ellas tiene sangre india... Y en aquella época muchos de ellos se enorgullecían de ello. Pero Manderson tenía la idea de que el mestizaje era deshonroso, idea esta que me parece que se reforzó con el auge de la cuestión negra después de la guerra. Se quedó fulminado cuando se lo dije, y quiso ocultárselo a todo el mundo. Yo nunca dije nada mientras vivía, por supuesto, y no creo que él pensase que pudiese hacerlo; pero luego he llegado a la conclusión de que se puso en mi contra desde entonces. Sucedió cosa de un año antes de su muerte.

—¿Manderson tenía alguna inclinación religiosa definida? —preguntó el señor Cupples, de forma tan inesperada que los demás se sobresaltaron.

Marlowe lo pensó un momento.

—Que yo supiera, no —dijo—. La veneración y la oración le eran ajenas, que yo viera, y nunca lo oí mencionar la religión. Dudo de que tuviese una idea real de Dios, o de que fuera capaz de conocer a Dios a través de las emociones. Pero, al parecer, de niño tuvo una educación religiosa con una vertiente moral fuerte. Su vida privada era intachable en el sentido estricto habitual. Era casi ascético en sus costumbres, salvo para el tabaco. Viví con él cuatro años, y nunca supe que dijese una falsedad verbal directa, por más que usase la falsedad constantemente de otras maneras. ¿Pueden entender el alma de un hombre que nunca vacilaba en dar pasos que tendrían como resultado embaucar a la gente, que estaba dispuesto a usar todos los trucos de los mercados para despistar, y que al mismo tiempo era escrupuloso a la hora de decir una mentira directa sobre el asunto más insignificante? Manderson era así, y no era el único. Supongo que se puede comparar con la mentalidad de un soldado que personalmente es un hombre sincero, pero que no se detendrá ante nada para engañar al enemigo. Las reglas del juego lo permiten; y puede decirse lo mismo de los negocios, desde el punto de vista de muchos empresarios. Solo que ellos siempre están en guerra.

—Qué triste es el mundo —observó el señor Cupples.

—Bien dicho —coincidió Marlowe—. Bueno, estaba diciendo que uno siempre podía creer en la palabra de Manderson si la daba de forma clara. La primera vez que lo oí mentir abiertamente fue la noche que murió; y creo que oírlo me salvó de que me ahorcaran por asesinato.

Marlowe se quedó mirando a la luz que había encima de su cabeza y Trent se revolvió impaciente en su silla.

—Antes de que llegemos a eso —dijo—, ¿quiere decirnos qué relación tenía exactamente con Manderson durante los años que estuvo con él?

—Nos llevamos muy bien de principio a fin —contestó Marlowe—. No era

amistad, él no era de hacer amigos, pero sí la mejor relación posible entre un empleado de confianza y su jefe. Me contrató como secretario privado justo después de licenciarme en Oxford. Debía haber entrado en el negocio de mi padre, donde estoy ahora, pero mi padre me sugirió que viera mundo durante uno o dos años. Así que acepté el puesto, que prometía muchas experiencias, y variadas, y dejé que ese año o dos se convirtieran en cuatro antes de que llegara el fin. La oferta me llegó a través de lo último que se me habría ocurrido presentar como mérito para un puesto de trabajo, el ajedrez.

Ante esa palabra, Trent dio una palmada y musitó una exclamación. Los otros lo miraron sorprendidos.

—¡El ajedrez! —repitió Trent—. ¿Sabe —dijo, poniéndose en pie y acercándose a Marlowe— qué fue lo primero en que me fijé de usted cuando nos conocimos? En su mirada, señor Marlowe. Entonces no caí en ello, pero ahora sé dónde había visto antes su mirada: en la cara de un hombre de la estatura del gran Nikolay Korchagin, con quien en una ocasión coincidí en un vagón de tren durante dos días. Pensé que después de eso nunca olvidaría la mirada del ajedrez, pero no pude ponerle nombre cuando la vi en usted. Perdona —acabó bruscamente, volviendo a su actitud marmórea en la silla.

—Juego desde que era niño, y con buenos jugadores —dijo Marlowe sencillamente—. Es un don hereditario, si se puede llamar así. En la universidad era casi de los mejores, y puse casi todo el cerebro en eso, en la OUDS^[35] y en pasarlo bien en general. En Oxford, como seguro saben, las incitaciones para divertirse a expensas de la educación propia son infinitas, y las autoridades las apoyan. Bien, un día, cerca del final de mi último trimestre, el doctor Munro de Queen's College, al que nunca había derrotado, me mandó buscar. Me dijo que jugaba bastante bien. Le dije que era muy amable. Luego añadió: «He oído que también caza». Dije: «De vez en cuando». Preguntó: «¿Sabe hacer algo más?». «No», dije, sin que me gustara demasiado el tono general de la conversación... Al viejo se le solía dar bien meter el dedo en la llaga. Gruñó ferozmente, y luego me contó que se estaban haciendo pesquisas por encargo de un rico empresario estadounidense que quería un secretario inglés. Se llamaba Manderson, dijo. No parecía haberlo oído antes, lo cual era muy posible, puesto que nunca abría el periódico y no había pasado la noche fuera del *college* en los últimos treinta años. Si podía pulir la ortografía, como dijo el señor, tenía posibilidades de conseguir el puesto, puesto que el ajedrez, la equitación y una educación de Oxford eran los únicos requisitos.

»Bien, me convertí en secretario de Manderson. Durante casi todo el tiempo me gustó muchísimo el puesto. Cuando uno está unido a un plutócrata estadounidense activo y en la flor de la vida no tiene muchos momentos aburridos. Además, el trabajo me permitió independizarme. Mi padre tuvo algunos reveses graves en los negocios en aquella época, y me vino bien no depender de su asignación. Al final del primer año, Manderson me dobló el sueldo. “Es mucho dinero”, dijo, “pero supongo

que no salgo perdiendo”. Verá, para entonces estaba haciendo mucho más que acompañarlo a caballo por la mañana y jugar al ajedrez por la noche, que era principalmente lo que había solicitado. Me ocupaba de sus casas, de la granja de Ohio, del coto de caza de Maine, sus caballos, sus coches y su yate. Me habían convertido en una guía de ferrocarriles andante y en un experto comprador de cigarros. Siempre estaba aprendiendo.

»Bueno, ahora entienden mi posición respecto de Manderson durante los últimos dos o tres años de mi vínculo con él. En general yo llevaba una vida feliz. Estaba ocupado, el trabajo era variado e interesante; me quedaba tiempo para divertirme, y tenía dinero. En cierto momento hice el ridículo por una chica, y esa época no fue feliz; pero me enseñó a entender la gran bondad de la señora Manderson. —Marlowe inclinó la cabeza hacia el señor Cupples mientras decía esto—. Tal vez ella se lo quiera contar. En cuanto a su marido, su actitud conmigo nunca varió, a pesar del cambio que se adueñó de él en los últimos meses de su vida, como saben. Me trató bien y con generosidad a su manera antipática, y nunca tuve la sensación de que no estuviera satisfecho con nuestro trato... Así fue nuestra relación. Y el hecho de que su actitud no cambiase hasta el final fue lo que hizo tan sorprendente la revelación, cuando de repente me dejó ver, la noche que perdió la vida, el odio desquiciado y profundo que me tenía.

Trent y el señor Cupples se miraron un instante.

—¿Hasta entonces nunca sospechó que lo odiaba? —preguntó Trent.

Y en el mismo momento el señor Cupples preguntó:

—¿A qué se lo atribuye?

—Hasta esa noche no pensé —contestó Marlowe— que albergase el menor resquemor contra mí. No sé cuánto tiempo hacía que lo sentía. No puedo imaginar por qué. Llegué a la conclusión, cuando consideré todo en los días espantosos que sucedieron a su muerte, de que era un caso de delirio, que creía que estaba tramando algo contra él, como suelen creer los locos. En la raíz de todo tiene que haber habido una convicción trastornada así. Pero ¿quién puede sondear los abismos de la imaginación de un lunático? ¿Pueden imaginar el estado mental en que un hombre se condena a morir para entregar al verdugo a alguien a quien odia?

El señor Cupples se movió bruscamente en su silla.

—¿Está diciendo que Manderson fue responsable de su propia muerte? —preguntó.

Trent lo miró de reojo, impaciente, y volvió a observar intensamente el rostro de Marlowe. Con el alivio de hablar se había vuelto pálido y macilento.

—Exacto —respondió Marlowe, conciso, y miró a su interrogador a la cara. El señor Cupples asintió.

—Antes de proceder a elucidar su afirmación —observó el anciano caballero, con el tono de quien discute un punto de ciencia abstracta—, puede hacerse notar que el estado mental que usted atribuye a Manderson...

—Pongamos que primero nos cuenta la historia —interrumpió Trent, poniendo una mano amable en el brazo del señor Cupples—. Nos estaba diciendo —prosiguió, volviéndose hacia Marlowe— cómo estaban las cosas entre Manderson y usted. ¿Le importa contarnos ahora los hechos, lo que ocurrió esa noche?

Marlowe se sonrojó ante el énfasis apenas perceptible que Trent puso en la palabra «hechos». Se puso en pie.

—Bunner y yo cenamos con el señor y la señora Manderson aquel domingo por la noche —comenzó, hablando con cuidado—. Fue exactamente igual que otras ocasiones en que cenamos los cuatro juntos. Manderson estaba taciturno y sombrío, como nos habíamos acostumbrado a verlo en los últimos tiempos. Los demás conversamos. Supongo que nos levantamos de la mesa hacia las nueve. La señora Manderson fue al salón y Bunner subió al hotel a ver a un conocido. Manderson me pidió que lo acompañara a la arboleda de detrás de la casa, diciendo que quería hablar. Subimos y bajamos por el camino, desde la casa no nos podían oír, y Manderson, fumando su cigarro, me habló a su manera fría y reflexiva. Nunca había parecido más cuerdo ni mejor dispuesto conmigo. Dijo que quería que le hiciera un servicio importante. Estaba pasando algo gordo. Era secreto. Bunner no sabía nada, y, cuanto menos supiera yo, mejor. Quería que cumpliera exactamente sus instrucciones y que no me preocupase por los motivos.

»Tengo que decir que eso era muy típico de la forma de trabajar de Manderson. Si en ocasiones necesitaba utilizar a alguien, se lo decía tal cual. A mí me había utilizado de esa manera una docena de veces. Le aseguré que podía confiar en mí y le dije que estaba preparado. “¿Ahora mismo?”, preguntó. Le dije que por supuesto.

»Él asintió, y dijo... Repito sus palabras como las recuerdo... “Bueno, encárgate. Hay un hombre en Inglaterra que está metido conmigo en esto. Se suponía que iba a salir hacia París en el barco de mediodía de Southampton al Havre. Se llama George Harris... Por lo menos, se hace llamar así. ¿Recuerdas el nombre?”. “Sí”, dije, “cuando subí a Londres la semana pasada me pidió que reservase un camarote a nombre suyo en el barco que sale mañana. Le di a usted el billete”. “Aquí está”, dijo él, sacándoselo del bolsillo.

»“Bien”, me dijo Manderson, señalándome con la colilla del cigarro con cada frase, como solía, “George Harris no puede salir de Inglaterra mañana. Al final resulta que necesito que se quede donde está. Y necesito que Bunner se quede donde está. Pero alguien tiene que salir en ese barco y llevar ciertos papeles a París. Si no, mi plan fracasará. ¿Puedes ir tú?”. Dije: “Desde luego. Estoy para cumplir sus órdenes”.

»Mordió el cigarro y añadió: “Muy bien; pero no son órdenes corrientes. No es la clase de cosa que uno pueda pedir a un hombre en el marco habitual de su deber hacia el patrón. La cosa es como sigue. No puede saberse todavía que ni yo ni nadie que puedan relacionar conmigo tenemos que ver con el contrato que tengo entre manos. Es vital. Pero la competencia conoce tu cara tanto como la mía. Si en ciertos lugares

se supiera que mi secretario ha cruzado a París en estos días y se ha reunido con ciertas personas... Y se sabría en cuanto ocurriera... Si se supiera, tendríamos que renunciar”. Tiró la colilla del cigarro y me miró con curiosidad.

»No me gustó mucho aquello, pero menos aún me gustaba fallar a Manderson cuando estaba en un aprieto. Hablé a la ligera. Dije que suponía que tendría que ocultar mi identidad y lo haría lo mejor posible. Le dije que antes se me daba bien el maquillaje.

»Él asintió con aprobación. Dijo: “Muy bien. Sabía que no me ibas a fallar”. Luego me dio las instrucciones. “Sal en el coche ahora mismo”, dijo, “en dirección a Southampton... No hay ningún tren que nos convenga. Vas a tener que conducir toda la noche. Salvo que tengas un accidente, deberías llegar hacia las seis de la mañana. Pero, llegues a la hora que llegues, ve directamente al Hotel Bedford y pregunta por George Harris. Si está, dile que tienes que ir en su lugar, y pídele que me llame aquí. Es importantísimo que lo sepa cuanto antes. Pero, si no está, quiere decir que ha recibido las instrucciones que le he mandado por telegrama, y no ha ido a Southampton. En ese caso, no te preocupes por él y espera al barco. Deja el coche en un garaje con un nombre falso... No des el mío. Cambia de aspecto... Me da igual cómo, hazlo bien. Sube al barco como George Harris. Da a entender lo que te parezca, pero lleva cuidado y no hables mucho con nadie. Cuando llegues, pide una habitación en el Hotel San Petersburgo. Allí recibirás una nota o un mensaje, a nombre de George Harris, que te dirá dónde llevar la cartera que te voy a dar. La cartera está cerrada con llave, y más te vale cuidarla. ¿Te ha quedado claro?”.

»Le repetí las instrucciones. Le pregunté si tenía que volver de París después de entregar la cartera. “Cuando te parezca”, dijo. “Y, sobre todo..., pase lo que pase, no te pongas en contacto conmigo en ningún momento del viaje. Si en París el mensaje no te llega inmediatamente, espera hasta que llegue... Días, si hace falta. Pero no me escribas una palabra, sea como sea. ¿Entendido? Ahora prepárate rápido. Te acompaño un poco en el coche. Deprisa”.

»Que yo recuerde, ese es el contenido exacto de lo que Manderson me dijo esa noche. Fui a mi habitación, me puse ropa de diario y metí rápidamente unas cuantas cosas en una mochila. Estaba confuso, no tanto por la naturaleza del asunto como por lo repentino del mismo. Me parece recordar que, la última vez que nos vimos, le dije —se volvió hacia Trent— que Manderson compartía con sus compatriotas la afición a hacer las cosas como en una novela. Le encantaba darle un toque de misterio y melodrama, y me dije que todo aquello era típico de Manderson. Bajé las escaleras a toda prisa con la bolsa y nos encontramos en la biblioteca. Me alcanzó una gruesa cartera de cuero, de unos 15×20 cm, atada con una correa que llevaba un cierre. Me la metí en el bolsillo a duras penas. Luego fui a sacar el coche del garaje de detrás de la casa.

»Mientras conducía hacia la puerta, caí en algo que me dejó desconcertado. Me acordé de que solo llevaba unos chelines en el bolsillo.

»En esa época, casi no tenía dinero suelto, por la razón... Se lo cuento porque es un punto crucial, como verán enseguida. Estaba viviendo con un préstamo. El dinero nunca me preocupaba cuando estaba con Manderson, y, como animal gregario que soy, hice muchos amigos, algunos de los cuales pertenecían a un grupo de Nueva York que tiene poco que hacer aparte de deshacerse de las considerables sumas que le dan sus padres. Aun así, estaba muy bien pagado, y estaba demasiado ocupado para tratar de acompañarlos mucho rato en esa divertida ocupación. Tenía unas finanzas saneadas, hasta que por pura curiosidad empecé a jugar en Bolsa. Es una historia viejísima..., especialmente en Wall Street. Pensé que era fácil; al principio, tuve suerte; siempre iba a ser prudente... Etcétera. Y llegó el día que perdí pie. En una semana, me alejé de mi sueldo, como dijo Bunner cuando se lo conté; y además debía dinero. Había recibido un escarmiento. En ese trance fui a ver a Manderson y le conté lo que había hecho y en qué situación me hallaba. Me escuchó con una sonrisa muy sombría, y luego, con lo más cercano a la compasión que le conocí jamás, me dio un anticipo de mi sueldo que bastaba para sacarme de apuros. Lo único que dijo fue: “No vuelvas a jugar en los mercados”.

»Bien, esa noche Manderson sabía que prácticamente no tenía dinero. Sabía que Bunner también lo sabía. Quizá supiera incluso que Bunner me había prestado un poco de dinero para gastos hasta que cobrara el siguiente sueldo, que, después del anticipo, habría sido poca cosa. No olviden que Manderson sabía esto.

»En cuanto llevé el coche a la puerta, fui a la biblioteca y le planteé el problema a Manderson.

»Lo que pasó después me dio, por ligera que fuera, la primera razón para sospechar que estaba pasando algo raro. En cuanto mencioné la palabra “gastos”, se llevó la mano mecánicamente al bolsillo izquierdo del pantalón, donde siempre llevaba una cartera con billetes por valor de unas cien libras en nuestra moneda. Era una costumbre tan arraigada que me sorprendió verlo detener el movimiento bruscamente. Luego, para mayor sorpresa, maldijo para sus adentros. Nunca lo había oído hacerlo antes; pero Bunner me había dicho que en los últimos tiempos le había mostrado así su irritación muchas veces cuando estaban los dos solos. “¿Ha perdido la billetera?”, fue la pregunta que se me pasó por la cabeza. Pero me pareció que eso no podía afectar a su plan en absoluto, y voy a decirles por qué. La semana anterior, cuando subí a Londres a hacer varios recados, incluida la reserva de un camarote para el señor George Harris, retiré de los bancos mil libras para Manderson, y todo, a petición suya, en billetes pequeños. No sabía para qué era esa suma inusualmente grande en metálico, pero sí sabía que los fajos de billetes estaban bajo llave en su mesa de la biblioteca, o habían estado ahí ese mismo día, cuando lo vi manosearlos sentado a la mesa.

»Pero, en vez de dirigirse a la mesa, Manderson se quedó mirándome. Había furia en su rostro, y se me hizo extraño ver cómo la controlaba poco a poco hasta que sus ojos volvieron a enfriarse. “Espera en el coche”, dijo despacio. “Voy a por dinero”.

Salimos juntos, y según me ponía el abrigo en el recibidor lo vi entrar en el salón, que, como recordarán, estaba al otro lado de la entrada.

»Salí al jardín delantero y me fumé un cigarrillo, caminando de un lado a otro. No dejaba de preguntarme dónde estarían las mil libras; si estaban en el salón; y si así era, por qué. Al poco, según pasaba por delante de una de las ventanas del salón, vi la sombra de la señora Manderson en la fina cortina de seda. Estaba de pie junto a su escritorio. La ventana estaba abierta, y al pasar la oí decir: “Tengo algo menos de treinta libras aquí. ¿Es suficiente?”. No oí la respuesta, pero un momento después la sombra de Manderson se mezcló con la suya, y escuché el tintineo del dinero. Luego, según me alejaba, llegaron a mis oídos estas palabras de Manderson, que estaba de pie junto a la ventana... Y estas por lo menos puedo repetirlas con exactitud, porque el asombro hizo que se me grabaran en la memoria... “Voy a salir ahora. Marlowe me ha convencido de salir a pasear en el coche a la luz de la luna. Insiste mucho. Dice que me ayudará a dormir, y supongo que lleva razón”.

»Ya les he dicho que a lo largo de cuatro años jamás oí mentir a Manderson, sobre nada, grande o pequeño. Creo que entendía su ética extraña y superficial, y habría podido jurar que, si alguien lo hubiera puesto en aprietos con una pregunta que no pudiera eludir, se negaría a contestar o diría la verdad. Pero ¿qué acababa de oír? No era que hubiese respondido a una pregunta con una mentira, sino que se trataba de una afirmación voluntaria, en términos precisos, que era por completo falsa. Había sucedido lo inimaginable. Era prácticamente como si alguien a quien conociera bien, en un momento de intimidad, me hubiera dado una bofetada de repente. La sangre se me agolpó en la cabeza y me quedé parado en el césped. No me moví hasta que oí sus pasos en la puerta delantera, y entonces me recompuse y fui rápidamente al coche. Me alcanzó una bolsa de papel del banco con oro y billetes dentro. “Aquí tienes más de lo que necesitas”, dijo, y me lo guardé en el bolsillo de forma mecánica.

»Pasé un minuto o así hablando con Manderson..., gracias a uno de esos *tours de force* de los que es capaz la mente de uno en condiciones de gran excitación..., de los detalles de la larga ruta que tenía por delante. La había recorrido de día varias veces, y creo que hablé con bastante calma y naturalidad. Pero, mientras hablaba, mi mente hervía de sospecha y miedo. No sabía qué temía que pasara. Solo tenía miedo, por lo que fuera..., no sabía de qué..., de algo relacionado con Manderson. Una vez mi alma se abrió al miedo, este entró en tropel como un ejército enemigo. Noté... Supe... que estaba ocurriendo algo muy malo y siniestro, y tenía la sensación de que se dirigía contra mí. Pero estaba claro que Manderson no era mi enemigo. Entonces mis pensamientos empezaron a dar vueltas salvajemente tratando de averiguar por qué había mentido. Y todo el tiempo la sangre martilleaba en mis oídos: “¿Dónde está el dinero?”. La razón se esforzaba por sugerir que ambas cosas no estaban relacionadas necesariamente. El instinto del hombre en peligro se negaba a escucharla. Cuando arrancamos, y el coche tomó la curva camino a la carretera, solo la parte automática de mi mente lo dirigía y lo controlaba, y solo ella hacía

comentarios vacuos y ocasionales según avanzábamos a la luz de la luna. Dentro de mí había una confusión y una alarma vaga que eran mucho peores que cualquier terror definido que hubiera sentido anteriormente.

»Más o menos a una milla de la casa, como recordarán, se pasaba a mano izquierda una puerta, al otro lado de la cual estaba el campo de golf. Manderson dijo que se bajaba allí, y paré el coche. “¿Lo tienes todo claro?”, preguntó. Con una especie de tortura me obligué a recordar y repetir las instrucciones que me había dado. “Muy bien”, dijo. “Entonces, adiós. No pierdas de vista la cartera”. Esas fueran las últimas palabras que lo oí decir, según el coche se alejaba despacio.

Marlowe se levantó de la silla y se llevó las manos a los ojos. Estaba arrebatado por la emoción de su propio relato, y el horror que tenía en la mirada al recordarlo todo mantuvo a los dos oyentes en silencio. Se sacudió como un perro y entonces, con las manos a la espalda, se quedó en pie delante del fuego mientras proseguía su historia.

—Supongo que los dos saben lo que es el espejo retrovisor de un automóvil.

Trent asintió enseguida, con la cara encendida por el anhelo; pero el señor Cupples, que albergaba un prejuicio moderado aunque obstinado contra los automóviles, admitió de buena gana su ignorancia.

—Es un espejito redondo o más habitualmente rectangular —explicó Marlowe—, dispuesto delante del conductor de tal manera que pueda ver sin darse la vuelta si algo se acerca por detrás para adelantarlo. Es un adminículo bastante corriente, y en ese coche había uno. A medida que el coche avanzaba, y que Manderson dejó de hablar detrás de mí, vi en el espejo algo que ojalá pudiera olvidar.

Marlowe se quedó en silencio un momento, mirando fijamente la pared que tenía delante.

—La cara de Manderson —dijo con voz grave—. Estaba de pie en la carretera, mirándome, a pocos metros, y la luz de la luna le daba de lleno en la cara. Casualmente, el espejo la reflejó un instante.

»El hábito del cuerpo es maravilloso. No moví ni la mano ni el pie en el mecanismo que controlaba el coche. Es más, me atrevería a decir que la necesidad de conducir hizo que me sobrepusiera al susto. Seguro que han leído en algún libro que a veces se puede ver el infierno a través de los ojos de un hombre, pero a lo mejor no saben qué metáfora tan buena es. Si no hubiera sabido que quien estaba allí era Manderson, no habría reconocido su cara. Era la cara de un loco, distorsionada, horrenda en la imbecilidad del odio, enseñando los dientes en una mueca siniestra de ferocidad y triunfo; los ojos... En el espejito solo vislumbré la cara. Si hizo algún gesto mientras esa máscara blanca y retorcida me lanzaba una mirada asesina, no lo vi. Y solo la vi durante un instante. El coche siguió adelante, acelerando, y, a medida que avanzaba, mi cerebro, purgado súbitamente de los vapores de la duda y la perplejidad, trabajaba tanto como el motor que palpitaba bajo mis pies. Lo supe.

»Dice usted algo en su manuscrito, señor Trent, sobre cómo las ideas se ordenan

rápido y de manera automática cuando aparece un nuevo pensamiento esclarecedor. Es muy cierto. La espantosa intensidad de la violencia que ardía contra mí en aquellos ojos tensos había inundado mi mente como un foco. Ahora pensaba con toda claridad, y casi con frialdad, porque sabía qué..., o al menos a quién..., tenía que temer, y el instinto me avisaba de que no era momento de dejar que la emoción se apoderase de mí. El tipo me odiaba con locura. Ese hecho increíble lo descubrí de repente. Pero la cara me decía más; se lo habría dicho a cualquiera. Era una cara de odio satisfecho; proclamaba un triunfo execrable. Se regodeaba viéndome conducir hacia mi destino. Eso también estaba claro. Pero ¿qué destino?

»Detuve el coche. Había recorrido unos doscientos cincuenta metros, y una curva pronunciada ocultaba el lugar en que se había bajado Manderson. Me recosté en el asiento y reflexioné. Me iba a ocurrir algo. ¿En París? Probablemente... Si no, ¿por qué enviarme allí, con dinero y un billete? Pero ¿por qué París? Aquello me desconcertaba, porque no tenía un concepto melodramático de París. Dejé eso de lado por el momento. Me centré en otras cosas que me habían llamado la atención aquella noche. Esa mentira de que “lo había convencido para salir a pasear a la luz de la luna” ¿qué intención tenía? Me dije que Manderson volvería mientras yo iba de camino a Southampton. ¿Qué va a decir de mí? ¿Cómo va a explicar el que vuelva solo y sin el coche? Mientras me hacía esas oscuras preguntas, se me apareció el último de mis problemas: “¿Dónde están las mil libras?”. Y en el mismo instante llegó la respuesta: “Las mil libras las llevo yo en el bolsillo”.

»Me levanté y salí del coche. Me temblaban las piernas y sentía náuseas. Pensaba que había descubierto el plan. Toda la historia de los papeles y la necesidad de llevarlos a París eran una trampa. Llevaba encima el dinero de Manderson, que él declarararía que le había robado, y todo indicaba que estaba tratando de huir de Inglaterra con todas las precauciones propias del culpable. Se pondría en contacto con la policía inmediatamente, y sabía cómo ponerla sobre mi pista. Me arrestarían en París, si es que llegaba tan lejos, viviendo con nombre falso, habiendo dejado el coche con un nombre falso, disfrazado, y viajando en un camarote que había reservado por adelantado también con una identidad falsa. Se trataría claramente del crimen de un hombre sin blanca, y que por algún motivo necesitaba dinero de forma desesperada. Mi explicación del asunto sería absurda.

»A medida que este espantoso despliegue de circunstancias que me incriminaban se hacía evidente, saqué la gruesa cartera del bolsillo. En la intensidad del momento, no se me ocurrió dudar de que estaba en lo cierto y de que el dinero estaba dentro. Los fajos de billetes cabrían fácilmente. Pero, según lo tocaba y sentía el peso en mis manos, me dio la impresión de que tenía que haber algo más. Abultaba demasiado. ¿De qué más me iban a acusar? Al fin y al cabo, mil libras no eran tanto dinero como para tentar a un hombre como yo hasta el punto de correr el riesgo de ir a la cárcel. En esta nueva agitación, casi sin saber lo que estaba haciendo, cogí con los dedos la correa que aseguraba la cartera justo por encima del cierre y saqué la grapa del

cerrojo. Ya saben que esos cerrojos suelen ser endebles.

Aquí Marlowe se detuvo y se acercó a la mesa de roble que estaba delante de la ventana. Abriendo un cajón lleno de objetos variados, sacó una caja de llaves sueltas, y eligió una señalada con un trozo de cinta rosa.

Se la alcanzó a Trent.

—La conservo a modo de recuerdo morboso. Es la llave del cierre que destrocé. Podía haberme ahorrado la molestia si hubiera sabido que en ese momento la llave estaba en el bolsillo izquierdo de mi abrigo. Manderson debió de meterla mientras el abrigo estaba colgado en el recibidor o cuando estaba sentado a mi lado en el coche. Es minúscula, y podría haber tardado semanas en encontrarla ahí: es más, la hallé dos días después de la muerte de Manderson, pero una investigación policial la habría encontrado en cinco minutos. Y en ese momento..., con la cartera y su contenido en el bolsillo, el nombre falso y las gafas postizas y lo demás..., no podría haber ofrecido más explicación que la muy convincente de que no sabía que la llave estaba ahí.

Trent hizo que la llave oscilase en su cinta, distraído. Entonces preguntó rápidamente:

—¿Cómo sabe que esta es la llave de la cartera?

—La probé. En cuanto la encontré, subí y la metí en el candado. Sabía dónde lo había dejado. Creo que usted también lo sabe, señor Trent. ¿No?

Había una tenue sombra de burla en la voz de Marlowe.

—*Touché* —dijo Trent con una sonrisa seca—. Encontré una cartera grande vacía con un cerrojo reventado entre otras cosas sueltas encima del tocador en la habitación de Manderson. Usted declara que la dejó ahí. No entendía por qué.

Cerró los labios.

—No había por qué esconderla —dijo Marlowe—. Pero, volviendo a mi historia, reventé el cierre de la correa y abrí la cartera a la luz de uno de los faros del coche. Lo primero que encontré lo debería haber esperado, claro está, pero no fue así.

Se detuvo y miró a Trent.

—Era... —empezó Trent de forma mecánica, y a continuación se detuvo—. Si no le importa, trate de dejar de hacerme participar —dijo, mirando al otro a los ojos—. Ya lo he felicitado por su inteligencia en ese documento. No hace falta que lo demuestre haciendo que el juez lo ayude con las pruebas.

—De acuerdo —accedió Marlowe—. Es que no podía resistirlo. Si usted hubiera estado en mi lugar, se habría dado cuenta antes que yo de que dentro estaba la billetera de Manderson. En cuanto la vi, por supuesto, me acordé de que no la llevaba encima cuando le pedí dinero, y de su sorprendente enfado. Cometió un error. Ya había cerrado la billetera con las demás cosas que se suponía que yo había robado, y me la había entregado. La abrí. Contenía unos cuantos billetes, como siempre; no los conté.

»Metidos en los pliegues de la cartera estaban los demás billetes, tal y como los

había llevado de Londres. Y junto a ellos había dos bolsitas de gamuza que conocía bien. Volví a sentir náuseas, porque eso también era completamente inesperado. En esas bolsitas guardaba Manderson los diamantes en los que llevaba una temporada invirtiendo. No las abrí; notaba las piedrecitas moviéndose al presionarlas con los dedos. No tengo ni idea de cuántos miles de libras valdrían. Nos habíamos tomado las compras de diamantes de Manderson como un sencillo capricho especulativo. Ahora creo que fue el primer movimiento en su plan de arruinarme la vida. Para que pareciese que alguien como yo le había robado, tendría que mostrar un incentivo importante. Y lo había previsto con creces.

»En ese momento, pensé que ya tenía todo claro y debía actuar. Supe al instante lo que tenía que hacer. Dejé a Manderson más o menos a una milla de la casa. Le llevaría veinte minutos, quince si andaba rápido, volver a la casa, donde por supuesto contaría de inmediato su historia del robo, y probablemente llamaría a continuación a la policía de Bishopsbridge. Solo habían pasado cinco o seis minutos desde que lo había dejado antes; porque nunca había pensado tan rápido en toda mi vida. No me costaría adelantarle con el coche antes de que estuviera cerca de la casa. Tendríamos una conversación incómoda. Apreté los dientes mientras lo pensaba, y todos mis miedos se desvanecieron a medida que empezaba a saborear la satisfacción de decirle lo que pensaba de él. Probablemente, a lo largo de su vida son pocos los que de verdad han anhelado el momento de hablar con Manderson; pero la rabia me enloquecía. Había hecho planes contra mi honor y mi libertad con odiosa perfidia. No pensé qué pasaría después de la charla. Pasaría lo que tuviera que pasar.

»Arranqué y di media vuelta con el coche, y conducía a toda velocidad hacia White Gables cuando oí el ruido de un disparo delante de mí, a la derecha.

»Paré el coche inmediatamente. Lo primero que pensé, de manera irracional, fue que Manderson me estaba disparando. Luego me di cuenta de que no había sonado cerca. No vi a nadie en la carretera, aunque la iluminaba la luz de la luna. Había dejado a Manderson en un lugar justo después de la curva, unos cien metros más adelante. Pasado medio minuto más o menos, volví a arrancar y tomé la curva despacio. A continuación, frené en seco y durante un momento me quedé sentado, totalmente inmóvil.

»Manderson estaba muerto unos pasos más allá sobre la hierba al otro lado del portillo, claramente visible a la luz de la luna.

Marlowe se detuvo de nuevo, y Trent, frunciendo el ceño, preguntó:

—¿En el campo de golf?

—Evidentemente —observó el señor Cupples—. El hoyo ocho está justo ahí.

Su interés había ido en aumento a medida que Marlowe avanzaba, y ahora jugueteaba de manera febril con su barba rala.

—En el *green*, muy cerca de la bandera —dijo Marlowe—. Estaba tumbado bocarriba, con los brazos abiertos, la chaqueta y el pesado abrigo abiertos; la luz brillaba horrenda sobre su cara blanca y la pechera de la camisa; relucía en los dientes

y en uno de sus ojos... El otro... ya lo vieron ustedes. No había duda de que estaba muerto. En pie, anonadado, totalmente incapaz de pensar durante un momento, llegué a ver una delgada línea de sangre oscura que brotaba de la órbita destrozada y le bajaba hasta la oreja. Su sombrero blando negro estaba cerca, y la pistola, a sus pies.

»Supongo que solo pasé unos segundos mirando fijamente el cuerpo sin reaccionar. Después me levanté y me acerqué con un terrible esfuerzo, porque por fin sabía la verdad, y fui consciente de la dimensión del espantoso peligro que corría. Ese maniaco no solo había socavado mi libertad y mi honor. Había planeado mi muerte; muerte con la degradación añadida del patíbulo. No había dudado en quitarse la vida para derribarme sin margen de error; una vida que sin duda ya estaba amenazada por un impulso melancólico de autodestrucción; y la última agonía del suicidio tal vez se hubiera convertido en alegría demoniaca al pensar que con su vida arrastraba la mía. Porque, lo mirara como lo mirara, en aquel momento mi situación era por completo desesperada. Si ya era difícil cuando pensaba que Manderson iba a denunciarme por robo, imagínese ahora que su cadáver me apuntaba como el asesino.

»Recogí el revólver y vi, casi sin sorprenderme, que era el mío. Supongo que Manderson debió de cogerlo de mi habitación mientras estaba sacando el coche. En el mismo momento me acordé de que fue Manderson quien me sugirió que grabase mis iniciales, precisamente para diferenciarlo de un arma similar que tenía él.

»Me incliné sobre el cuerpo y me aseguré de que no quedaba vida en él. Tengo que decirle que ni entonces ni después vi los arañazos y las marcas de las muñecas, que se tomaron como prueba de que había forcejeado con un atacante. Pero no me cabe duda de que Manderson se hirió de forma deliberada antes de disparar; formaba parte de su plan.

»Aunque no percibí ese detalle, al mirar el cuerpo estaba bastante claro que Manderson no se había olvidado, en su última acción terrenal, de no dejar ningún cabo suelto para que se descartara la hipótesis del suicidio. Claramente se había molestado en sostener el revólver con el brazo extendido, y en la cara no había rastro de humo o quemadura alguna. La herida era limpia, y ya estaba dejando de sangrar. Me levanté y recorrí el *green*, repasando los puntos de la acusación aplastante contra mí.

»Fui el último en ser visto con Manderson. Lo había convencido..., le había contado esa mentira a su mujer y, como supe después, al criado..., para salir conmigo a pasear, y ya no había vuelto. Lo había matado mi pistola. Es cierto que al descubrir su plan me había librado de varios hechos que me habrían incriminado aún más: la huida, el disfraz, la posesión del botín. Pero, al fin y al cabo, ¿qué falta hacían? Ahí estaba, ¿y qué esperanza tenía? ¿Qué podía hacer?

Marlowe se acercó a la mesa y se inclinó hacia delante apoyando las manos encima.

—Quiero —dijo muy sinceramente— tratar de que entiendan lo que tenía en la cabeza cuando decidí hacer lo que hice. Espero que no se aburran, porque tengo que

hacerlo. A lo mejor los dos han pensado que actué como un estúpido. Pero al fin y al cabo la policía nunca sospechó de mí. Paseé por el *green* durante un cuarto de hora, supongo, repasando cada detalle paso a paso como si fuera una partida de ajedrez. Tenía que anticipar todo y pensar fríamente; porque mi seguridad dependía de que lograra frustrar los planes de uno de los hombres más previsores que jamás hayan existido. Y recuerden que, que yo supiera, había detalles del plan que todavía estaban ocultos, esperando para aplastarme.

»Tenía dos posibilidades claras. Pensé que cualquiera de ellas sería fatal, sin duda. En primer lugar, podía ser sincero: llevar al muerto, contar mi historia, entregar los billetes y los diamantes y confiar en el poder salvador de la verdad y la inocencia. Estuve a punto de reírme imaginándomelo. Me vi llevando el cadáver a la casa y explicándome, atónito ante la pura vergüenza que me produciría lo absurdo de mi relato, del que no tendría prueba alguna, mientras acusaba de odio trastornado y traición diabólica a un hombre que, por lo que yo sabía, nunca había dicho nada malo de mí. La astucia de Manderson me sacaba ventaja en cada movimiento. El cuidado con que había ocultado su odio era un rasgo característico de la estratagema; solo un hombre de férrea templanza como él habría podido hacerlo. Ustedes mismos se dan cuenta de que cada detalle de mi declaración, ensombrecida por la muerte de Manderson, parecería una mentira torpe. Traté de imaginarme contándole la historia a mi abogado. Veía la cara que pondría al escucharla; leía en sus arrugas lo que pensaba de ella: que ofrecer semejante fárrago significaría sencillamente que desaparecería toda posibilidad que pudiera haber habido de conmutar la pena de muerte.

»Vale, no había huido. Había vuelto con el cuerpo; había entregado los bienes. Pero ¿en qué me ayudaba eso? Solo sugeriría que habría sucumbido a un terror repentino después de matarlo, y no habría tenido agallas para quedarme los frutos del delito; a lo mejor sugeriría que no me había propuesto matarlo, sino amenazarlo, y que, cuando me di cuenta de que lo había matado, me vine abajo. Lo mirara como lo mirara, no veía escapatoria por ese camino.

»La segunda cosa obvia que podía hacer era no resistirme a lo que sugería la situación y huir inmediatamente. Esto también sería fatal. Había un cuerpo. No tenía tiempo de esconderlo de manera que no apareciera en la primera búsqueda sistemática. Pero, hiciera lo que hiciera con el cadáver, si Manderson no volvía a casa, alguien se inquietaría al cabo de dos o tres horas, como mucho. Martin sospecharía que habíamos tenido un accidente y llamaría a la policía. Al amanecer, peinarían las carreteras y mandarían telegramas en todas direcciones. La policía actuaría suponiendo que había habido juego sucio. Tenderían sus redes de forma implacable al tratarse de un asunto de la envergadura de la desaparición de Manderson. Vigilarían los puertos y las estaciones de tren. El cuerpo aparecería en veinticuatro horas, y todo el país se pondría a buscarme..., por no decir toda Europa; no creía que hubiera un solo lugar de la cristiandad en que el hombre acusado del asesinato de Manderson pudiese pasar inadvertido, con todos los periódicos gritando

a los cuatro vientos que había muerto. Todos los desconocidos serían sospechosos; todos los hombres, mujeres y niños pasarían a ser detectives. El coche, lo dejara donde lo dejara, pondría a alguien sobre mi pista. Si tenía que elegir entre dos posibilidades totalmente inviables, decidí decantarme por la de contar la absurda verdad.

»Pero entonces me puse a buscar desesperadamente una historia que pareciese más verosímil que la verdad. ¿Podría salvar el cuello mintiendo? Se me fueron ocurriendo más de una; no hace falta que me moleste en recordarlas ahora. Todas tenían puntos débiles y riesgos; pero todas se derrumbaban ante el hecho..., o lo que habría sido considerado como hecho..., de que yo había inducido a Manderson a salir conmigo, y ante el hecho de que no había vuelto con vida. Rechacé una posibilidad tras otra rápidamente mientras andaba junto al muerto, y el destino parecía cernirse cada vez más ominoso sobre mí a medida que pasaban los minutos. Entonces se me ocurrió una cosa extraña.

»Me había repetido varias veces, medio conscientemente, como una especie de estribillo, las palabras con que había oído a Manderson contarle a su mujer que lo había inducido a salir. “Marlowe me ha convencido de salir a pasear en el coche a la luz de la luna. Insiste mucho”. De repente, se me ocurrió que, sin intentarlo, lo estaba diciendo con la voz de Manderson.

»Como usted mismo descubrió, señor Trent, tengo un talento natural para las imitaciones. Había imitado la voz de Manderson muchas veces, con tanto éxito que había engañado incluso a Bunner, que había pasado mucho más tiempo en su compañía que su propia esposa. Recordará que tenía —Marlowe se volvió hacia el señor Cupples— una voz fuerte, metálica, que llegaba muy lejos, tan inusual que era una voz fascinante de imitar, y al mismo tiempo muy sencilla. Volví a decir las palabras cuidadosamente para mí mismo, así. —Las pronunció, y el señor Cupples abrió los ojos de par en par—. Y luego puse la mano encima del muro bajo que tenía al lado. “¿Así que Manderson no volvió con vida?”, dije en voz alta. “¡Pues Manderson va a volver con vida!”.

»En segundos tenía el esbozo del plan completo en la cabeza. No esperé a pensar los detalles. Ahora cada instante era precioso. Levanté el cuerpo y lo metí en el coche, tapado con una manta. Cogí el sombrero y el revólver. Creo que no quedó una sola huella de lo que ocurrió esa noche en el *green*. Mientras volvía a White Gables mi plan tomó forma con una rapidez y una facilidad que me llenaron de una emoción salvaje. ¡Iba a librarme! Era todo tan fácil si no me fallaba el valor... Si no ocurría nada imprevisto e improbable, no podía salir mal. ¡Quería gritar, chillar!

»Al acercarme a la casa, frené un poco e inspeccioné la carretera con cuidado. No se movía una hoja. Metí el coche en el campo abierto al otro lado de la carretera, unos veinte pasos antes del portillo en la esquina más alejada de la finca. Lo aparqué detrás de un almiar. Cuando, con el sombrero de Manderson en la cabeza y la pistola en el bolsillo, crucé la carretera a trancas y barrancas con el cuerpo a cuestas, y luego el

portillo, dejé detrás gran parte de mi aprensión. Actuando rápido y sin perder los nervios pensé que tenía que lograrlo.

Con un largo suspiro, Marlowe se dejó caer en unas de las hundidas sillas junto al fuego y se pasó el pañuelo por la frente húmeda. Ambos oyentes también respiraron hondo, pero no de forma audible.

—Ya saben el resto —dijo.

Sacó un cigarrillo de una caja que tenía al lado y lo encendió. Trent miró el ligerísimo temblor de la mano que sostenía la cerilla, y observó en secreto que en ese momento la suya tampoco estaba muy firme.

—Los zapatos que me traicionaron —prosiguió Marlowe tras un breve silencio— me hicieron daño todo el tiempo que los llevé, pero nunca se me ocurrió que hubiesen cedido por ningún sitio. Sabía que mis huellas no debían aparecer por accidente en la tierra blanda de alrededor del cobertizo en el que dejé el cuerpo, o entre el cobertizo y la casa, así que le quité los zapatos y me los calcé como pude en cuanto crucé el portillo. Dejé mis propios zapatos, con la chaqueta y el abrigo, cerca del cuerpo, preparados para recuperarlos más tarde. Imprimí una huella bien marcada en la gravilla blanda fuera de la cristalera y varias en el protector de la alfombra. Quitarle la ropa al cadáver, y ponerle después el traje marrón y los zapatos, fue horrible; y sacar los dientes de la boca fue peor. La cabeza... No, no quieran saberlo. En el momento no lo acusé. Estaba tratando de evitar el patíbulo, compréndanlo. Ojalá se me hubiera ocurrido sacar los puños de la camisa y hubiera atado mejor los cordones. Y poner el reloj en el bolsillo equivocado fue un error grave. Tuve que hacerlo todo con mucha prisa.

»Por cierto, se equivocó en lo del whisky. Tomé una copa más o menos cargada, y nada más; pero llené una petaca que había en el armario y me la guardé. Tenía por delante una noche de esfuerzo y ansiedad considerables, y no sabía cómo iba a aguantarlo. Mientras conducía tuve que echar uno o dos tragos. Hablando de lo cual, deja usted un margen de tiempo generoso en su documento para hacer ese recorrido de noche. Dice que para llegar a Southampton a las seis y media, en ese coche, en esas condiciones, aun conduciendo como un demonio, habría que haber dejado Marlstone a medianoche, como muy tarde. Hasta casi las doce y diez no tuve el cuerpo vestido con el otro traje, la corbata, la cadena del reloj y lo demás, y después todavía tuve que llegar al coche y arrancarlo. Pero, por otro lado, supongo que otro no habría corrido los riesgos que yo corrí por la noche en ese coche, sin faros. Todavía me estremezco de pensarlo.

»No hay mucho más que contar sobre lo que hice en la casa. Después de que Martin me dejara a solas, pasé el rato repasando cuidadosamente los pasos que todavía tenía que dar, mientras descargaba y limpiaba a conciencia el revólver, usando mi pañuelo y una pluma de la mesa. También puse el fajo de billetes, la billetera y los diamantes en el buró, que abrí y volví a cerrar con la llave de Manderson. La subida fue un momento complicado, porque, aunque no corría el

riesgo de que Martin me viese, puesto que estaba sentado en su cuartito, había una posibilidad remota de que alguien anduviese por el piso de los dormitorios. Alguna vez me había encontrado a la criada francesa merodeando por allí cuando los demás criados estaban ya acostados. Sabía que Bunner dormía profundamente. Por lo que había deducido de cosas que la había oído decir, la señora Manderson solía estar dormida a las once; se me ocurrió que era posible que ese bendito sueño suyo fuera lo que le había permitido mantenerse bella y vital a pesar de un matrimonio que todos sabíamos infeliz. Con todo, lo pasé mal al subir las escaleras, y estaba preparado para volver a retirarme a la biblioteca al menor ruido que llegase de arriba. Pero no pasó nada.

»Lo primero que hice al alcanzar el pasillo fue entrar en mi habitación y volver a guardar el revólver y los cartuchos en su funda. Luego apagué la luz y entré sin hacer ruido en la habitación de Manderson.

»Ya saben lo que tenía que hacer allí. Tenía que quitarme los zapatos y dejarlos al otro lado de la puerta, dejar la chaqueta, el chaleco, los pantalones, el lazo negro de Manderson, sin olvidar sacar todo de los bolsillos, elegir un traje, una corbata y unos zapatos para el cuerpo, y colocar la dentadura postiza en el cuenco, que llevé del lavabo a la mesilla, dejando al hacerlo esas huellas ruinosas. Las huellas del cajón debí de dejarlas cuando lo cerré después de sacar la corbata. Luego tuve que recostarme en la cama y deshacerla. Ya saben todo... Todo, menos mi estado mental, que ustedes no pueden imaginar y yo no puedo describir.

»El peor momento llegó cuando acababa de empezar: el momento en que la señora Manderson habló desde la habitación en la que suponía que estaba dormida. Estaba preparado por si ocurría; era posible; pero aun así estuve a punto de venirme abajo. Sin embargo...

»Por cierto, puedo decirles lo siguiente: en la contingencia en extremo improbable de que la señora Manderson siguiera despierta, imposibilitando mi huida por su ventana, había planeado quedarme donde estaba sin más durante unas horas, y luego, sin hablarle, dejar la casa rápido y en silencio de la forma habitual. Martin estaría acostado para entonces. Podría haberme oído salir, pero no me habría visto. Habría hecho con el cuerpo lo que había planeado, y luego habría llegado a Southampton lo antes posible. La diferencia habría sido que no habría tenido una coartada incuestionable apareciendo en el hotel a las seis y media. Tendría que haber sacado el máximo partido yendo directamente al muelle y haciendo unas preguntas ostentosas. En todo caso habría podido llegar antes de que el barco zarpase a mediodía. De todas formas, no veía cómo alguien habría podido sospechar que yo fuera el supuesto asesino; pero, si alguien hubiese sospechado, y si no hubiese llegado hasta las diez, pongamos por caso, no habría podido decir: "Es imposible que llegase a Southampton tan rápido después de dispararle". Sencillamente, habría tenido que contar que me retrasé por culpa de una avería después de dejar a Manderson a las diez y media, y haber retado a quien fuera a presentar una sola

prueba que me relacionase con el crimen. Nadie habría podido. La pistola, que había dejado a la vista en mi habitación, podría haberla utilizado cualquiera, suponiendo que pudiera probarse que se había utilizado esa pistola en particular. Nadie podría relacionarme de modo razonable con el crimen en tanto en cuanto creyeran que Manderson era el que había vuelto a la casa. Confiaba en que nadie sospechase. Con todo, quería introducir el elemento de lo absolutamente imposible desde el punto de vista material; sabía que así me sentiría diez veces más seguro. Así que, cuando supe que la señora Manderson se había vuelto a dormir, por el sonido de su respiración, crucé rápido la habitación en calcetines, y a los diez segundos estaba en el césped con mi hato. Creo que no hice el menor ruido. La cortina que había delante de la ventana era de un tejido suave y grueso y no sonó, y, cuando abrí un poco más la cristalera, no se oyó nada.

—Explíqueme —dijo Trent cuando el otro se detuvo para encender otro cigarrillo — por qué corrió el riesgo de pasar por la habitación de la señora Manderson para salir. Cuando lo examiné *in situ* comprendí por qué tenía que salir por ese lado de la casa; corría el riesgo de que lo viera Martin, o alguna criada asomada a la ventana, si salía por una ventana de cualquier otro lado. Pero en ese lado había tres habitaciones vacías; dos cuartos de invitados y la sala de estar de la señora Manderson. Digo yo que habría sido más seguro, una vez preparó lo que necesitaba para su plan en la habitación de Manderson, salir en silencio y escapar por una de esas tres habitaciones... ¿Sabe? El hecho de que saliese por su ventana —añadió fríamente— habría sugerido, si se hubiera sabido, sospechas en relación con la propia dama. Creo que nos entendemos.

Marlowe se volvió hacia él con la cara roja:

—Y yo creo que nos entendemos, señor Trent —dijo con voz un poco trémula—, si le digo que, si entonces se me hubiese ocurrido semejante posibilidad, habría aceptado cualquier riesgo con tal de escapar de esa manera... ¡Qué se le va a hacer! —prosiguió más tranquilo—. Supongo que a quien no la conozca la idea de que estuviese al tanto del asesinato de su marido podría no parecerle tan indescritiblemente idiota. Disculpe la expresión.

Miró atentamente la brasa de su cigarrillo, pasando por alto de forma deliberada la señal de alarma que cruzó los ojos de Trent al escuchar sus palabras y tono.

Sin embargo, Trent conquistó esa emoción al instante.

—Lo que dice es muy justo —dijo, devolviendo la tranquilidad del otro—. No dudo de que en el momento no pensó en la posibilidad que he mencionado. Pero, dejando eso a un lado, sin duda habría sido más seguro hacerlo como he dicho; saliendo por la ventana de una habitación vacía.

—¿Usted cree? —dijo Marlowe—. Solo puedo decir que no me atreví. Verá, cuando entré en la habitación de Manderson y cerré la puerta, dejé fuera más de la mitad de mis terrores. Tenía el problema confinado conmigo en un espacio cerrado, con un solo riesgo, que además conocía: el riesgo que suponía la señora Manderson.

Casi había acabado; solo tenía que esperar a estar seguro de que se había vuelto a dormir después tras haberse despertado, y como le he dicho estaba preparado para esa posibilidad. A menos que hubiese un accidente, no había más obstáculos. Pero ahora suponga que, llevando la ropa y los zapatos de Manderson, hubiese vuelto a abrir la puerta y hubiese salido en mangas de camisa y calcetines para entrar en una de las habitaciones vacías. La luz de la luna iluminaba el pasillo por la ventana del fondo. Aunque llevase la cara tapada, nadie me tomaría por Manderson estando de pie. Martin podía estar recorriendo la casa en silencio, como solía. Bunner podía salir de su habitación. Una de las criadas que se suponía que estaban acostadas podía venir del otro pasillo... Me había encontrado a Célestine acechando por ahí a esas horas. Ninguna de esas cosas era muy probable; pero todas me parecían demasiado posibles. Eran incógnitas. Aislado de los demás en la habitación de Manderson, sabía exactamente a qué tenía que hacer frente. Tumbado con la ropa puesta en la cama de Manderson, mientras escuchaba la respiración casi inaudible a través de la puerta abierta, me sentí mucho más tranquilo, por terrible que fuera mi angustia, que en ningún momento antes desde que vi el cadáver en el césped. Incluso me felicité por haber tenido la suerte, dado que la señora Manderson me habló, de apretar uno de los tornillos de mi plan al repetir que Manderson me había enviado a Southampton.

Marlowe miró a Trent, que asintió como para dar a entender que había aclarado sus dudas.

—En cuanto a Southampton —prosiguió Marlowe—, ya sabe lo que hice cuando llegué allí, no me cabe la menor duda. Había decidido aprovechar la historia de Manderson sobre el misterioso Harris e interpretarla con mi propio guion. Era una mentira preparada cuidadosamente, mejor que nada que yo pudiera improvisar entonces. Llegué al extremo de hacer una llamada de larga distancia al hotel de Southampton desde la biblioteca antes de salir, y preguntar si estaba Harris. Como suponía, no estaba.

—¿Por eso llamó? —preguntó rápidamente Trent.

—Llamé para ponerme en una postura en la que Martin no pudiera ver más que la chaqueta y el sombrero, y no mi cara, pero que al mismo tiempo fuera una actitud natural y familiar. Pero, ya que estaba, evidentemente era mejor hacer una llamada auténtica. Si me hubiese limitado a fingir que llamaba, la gente de la central telefónica habría podido decirle de inmediato que esa noche nadie había llamado desde White Gables.

—Una de las primeras cosas que hice fue averiguar eso —dijo Trent—: esa llamada, y el telegrama que envió desde Southampton para decirle al muerto que Harris no había aparecido y que iba a volver... Esas dos cosas me gustaron en especial.

Una sonrisa forzada iluminó el rostro de Marlowe un instante.

—No sé si queda algo por decir. Volví a Marlstone, y afronté a su amigo el policía con la sangre fría que me quedaba. Lo peor fue cuando supe que le habían encargado

a usted el caso... No, lo peor no fue eso. Lo peor fue cuando lo vi salir del seto al día siguiente, volviendo del cobertizo donde había dejado el cuerpo. Durante un momento espantoso pensé que iba a entregarme en ese momento. Ahora que le he contado todo, no parece usted tan terrible.

Trent cerró los ojos y se hizo un corto silencio. A continuación, se puso en pie bruscamente.

—¿Va a refutarlo? —preguntó Marlowe, mirándolo con gravedad.

—En absoluto —dijo Trent, estirando sus largas extremidades—. Es que se me han quedado tiesas las piernas. No quiero preguntar. Creo lo que nos ha contado. No lo creo solo porque siempre me haya gustado su cara, ni porque nos ahorre una situación violenta, que son las razones más habituales para creer a alguien, sino porque mi vanidad no admite que un hombre pueda mentirme continuamente durante una hora sin que me dé cuenta. Su historia es extraordinaria; pero Manderson era un hombre extraordinario, y usted también lo es. Se comportó como un lunático al hacer lo que hizo; pero estoy totalmente de acuerdo con usted en que, si hubiera actuado con cordura, no habría tenido ni la menor oportunidad con un juez y un jurado. Se mire como se mire este asunto, una cosa está más allá de toda duda: es usted un hombre valiente.

Marlowe se sonrojó y no supo qué decir. Antes de que pudiese hablar, el señor Cupples se puso en pie con una tos seca.

—Por lo que a mí respecta —dijo—, no he pensado que fuera culpable en ningún momento. —Marlowe se volvió hacia él con asombro y gratitud; Trent, con una mirada incrédula—. Pero —prosiguió el señor Cupples, levantando la mano— me gustaría hacerle una pregunta.

Marlowe asintió sin decir esta boca es mía.

—Imagine —dijo el señor Cupples— que hubiera habido otro sospechoso y lo hubieran llevado a juicio. ¿Qué habría hecho?

—Creo que mi deber estaba claro. Habría ido con mi historia a ver a los abogados defensores y me habría puesto en sus manos.

Trent rio a carcajadas. Ahora que había acabado todo, se estaba poniendo de un humor ingobernable a marchas forzadas.

—¡Me imagino la cara que pondrían! —dijo—. Pero en realidad nadie más llegó a correr peligro. No había la menor prueba contra nadie. Esta mañana he ido a ver a Murch a Scotland Yard, y me ha dicho que había acabado dándole la razón a Bunner con que era un caso de venganza por parte de alguna mano negra estadounidense. Así que he aquí la conclusión del caso Manderson. ¡Alabado sea el Altísimo! ¡Qué ridículo puede uno llegar a hacer cuando cree que posee una inteligencia sobrenatural! —Cogió el sobre abultado de la mesa y lo tiró al corazón del fuego—. ¡Ahí te quedas, amigo! El mundo no dejará de dar vueltas cuando desaparezcas. ¡Pero escuchen! Se hace tarde... Son casi las siete, y Cupples y yo tenemos un compromiso a y media. Tenemos que irnos. Adiós, señor Marlowe. —Miró al otro a los ojos—. He

trabajado duro para ponerle una soga al cuello. Considerando las circunstancias, no sé si se lo tomará a mal. ¿Quiere darme la mano?

Capítulo XVI

La gota que colma el vaso

—¿Qué era eso de que tenemos un compromiso a las siete y media? —preguntó el señor Cupples según los dos salían del gran portal del edificio de apartamentos—. ¿Tenemos ese compromiso?

—Desde luego que sí —contestó Trent—. Va a cenar usted conmigo. Solo podemos celebrar esta ocasión como merece de una manera, que es con una cena que pague yo. ¡No, no! Se lo he pedido primero. He llegado al fondo de un caso que tiene que ser único... Un caso que me atormenta hasta a mí desde hace más de un año... Y, si eso no es razón suficiente para pagar una cena, no sé qué lo será. Cupples, no vamos a ir a mi club. Esto tiene que ser un festival, y ser visto en un club de Londres en estado de placentera emoción basta para destrozar la carrera de cualquiera. Además, en el club siempre ponen lo mismo para cenar, o por lo menos siempre sabe igual, no sé cómo hacen. La cena eterna de mi club ha aburrido y aburrirá a millones de socios como yo; pero dejemos que esta noche sirvan el festín en balde, por lo que a nosotros respecta. No vamos a ir donde los sátrapas se amontonan en el salón. Vamos a ir a *Chez Sheppard*.

—¿Quién es Sheppard? —preguntó amablemente el señor Cupples según subían por la calle Victoria.

Su acompañante caminaba con una ligereza antinatural, y un policía, al observar su rostro, sonrió con indulgencia ante la expresión de felicidad que solo podía atribuir al alcohol.

—¿Que quién es Sheppard? —repitió Trent con un énfasis amargo—. Esa pregunta, si no le importa que lo diga, Cupples, es totalmente típica del espíritu de vagabundo sin rumbo que predomina en esta época inquieta. Sugiero que cenemos en *Chez Sheppard*, y al instante se cruza de brazos y en un frenesí de orgullo intelectual exige saber quién es Sheppard antes de cruzar el umbral de *Chez Sheppard*. No voy a consentir los vicios de la mente moderna. *Chez Sheppard* es un sitio donde se puede cenar. No conozco a Sheppard. No se me ha ocurrido nunca si Sheppard existe o no. Probablemente sea un mito de origen totémico. Yo solo sé que en *Chez Sheppard* sirven un cuarto de cordero que ha hecho que más de un visitante estadounidense maldiga el día en que nació Cristóbal Colón... ¡Taxi!

Un taxi rodó suavemente hasta la acera, y el conductor recibió las instrucciones con un gesto majestuoso.

—Otro motivo por el que sugiero *Chez Sheppard* —continuó Trent, encendiendo febril un cigarrillo— es que voy a casarme con la mujer más maravillosa del mundo.

Espero que la conexión de ideas esté clara.

—¡Va a casarse con Mabel! —gritó el señor Cupples—. ¡Mi querido amigo, qué espléndida noticia! Deme la mano, Trent; ¡estoy en la gloria! Enhorabuena a los dos, de corazón. Y deje que le diga... No quiero interrumpir el flujo de su buen humor, que desde luego es lo más natural, y recuerdo haberme sentido igual en circunstancias parecidas hace tiempo... Pero deje que le diga con cuántas ganas esperaba esto. Mabel ha sido muy infeliz, pero sin duda en el marco del gran propósito de la humanidad es una mujer formada para ejercer la mejor influencia en la vida de un hombre bueno. Pero no sabía lo que sentía ella hacia usted. Lo que siente usted lo sé desde hace tiempo —prosiguió el señor Cupples con un brillo en los ojos que habría honrado a la más mundana de las criaturas—. Me di cuenta de inmediato, cuando los vi a los dos cenando en mi casa, y usted estaba sentado escuchando al profesor Peppmuller y mirándola. Algunos viejos conservamos el juicio, querido muchacho.

—Mabel dice que lo supo antes —contestó Trent, con aire ligeramente alicaído—. Y yo que pensaba que no se me notaba que estaba loco por ella. Bueno, nunca se me ha dado bien disimular. No me extrañaría que hasta el bueno de Peppmuller notase algo con sus lentes dobles convexas. Pero, por insensato que fuera como pretendiente clandestino —continuó, volviendo a la vivacidad—, ahora voy a ser mucho peor. En cuanto a su enhorabuena, mil veces gracias, porque sé que lo dice de corazón. Es usted la clase de animal incómodo que habría puesto una cara larga si pensase que estamos cometiendo un error. Por cierto, no puedo evitar hacer el ridículo esta noche; estoy obligado a seguir diciendo bobadas. Tiene que intentar soportarlo. A lo mejor sería más sencillo si le cantase una canción... Una de sus favoritas. ¿Qué canción era esa que cantaba siempre? Era así, ¿no?

*Acompañó el siguiente pasaje con pie diestro:
Había un viejo negro que tenía una pata de palo.
No tenía tabaco, no le quedaba nada de tabaco.
Otro viejo negro era astuto como un zorro,
y siempre tenía tabaco en su vieja caja de tabaco.*

—¡Y ahora el estribillo!

Sí, siempre tenía tabaco en su vieja caja de tabaco.

—Pero no está cantando. Pensaba que iba a cantar el acompañamiento.

—No he cantado esa canción en mi vida —protestó el señor Cupples—. No la había oído nunca.

—¿Seguro? —preguntó Trent, poco convencido—. Bueno, supongo que tendré que creerle. Es una canción preciosa, de todas formas: ni todo el bosquecillo gorjeando en concierto^[36] la supera. Por lo que sea, parece expresar mis sentimientos en el momento presente como nada más podría; me llega sola a los labios. De la

abundancia del corazón habla la boca, como dijo el obispo de Bath y Wells mientras escuchaba un discurso del señor Balfour.

—¿Eso cuándo fue? —preguntó el señor Cupples.

—Con ocasión —contestó Trent— de la introducción de la Ley de Notificación Obligatoria de Enfermedades en la Avicultura, medida infortunada que usted por supuesto recuerda. ¡Hola! —se interrumpió, según el taxi bajaba a toda velocidad una travesía y, tomando una curva, entraba en una avenida ancha y populosa—, ya estamos llegando.

El coche aparcó.

—Ya estamos —dijo Trent mientras pagaba al conductor, y llevó al señor Cupples a una habitación larga y recubierta de paneles de madera en la que había varias mesas, y llena de un zumbido de conversaciones—. Esta es la casa del cumplimiento del antojo, esta es la pérgola rodeada de rosas. Veo que en mi mesa favorita hay tres corredores de apuestas comiendo cochinito. Vamos a sentarnos en esa del rincón de enfrente.

Deliberó seriamente con un camarero mientras el señor Cupples, en placentera meditación, se calentaba delante del fuego.

—Aquí el vino —prosiguió Trent mientras se sentaban— está hecho de uva, sin duda. ¿Qué bebemos?

El señor Cupples salió de su ensoñación.

—Creo que voy a tomar leche y agua con gas —dijo.

—¡Hable más bajo! —pidió Trent—. El jefe de camareros tiene el corazón delicado y podría oírlo. ¡Leche y agua con gas! Cupples, a lo mejor piensa que tiene una constitución fuerte, y no digo que no la tenga, pero le prevengo de que esa costumbre de mezclar bebidas ha llevado a la muerte a muchos hombres más robustos que usted. Sea sabio a tiempo. Llene hasta arriba la copa de vino de Samos^[37], deje el agua con gas para las hordas turcas. Aquí llega la comida. —Dio otra orden al camarero, que ordenó los platos ante ellos y se alejó a toda prisa. Al parecer, Trent era un cliente respetado—. He pedido —dijo— un vino que conozco, y espero que lo pruebe. Si ha hecho usted un voto, entonces, por todos los santos abstemios, beba agua, la tiene ahí al lado, pero no busque una fama barata pidiendo leche y agua con gas.

—No he jurado nada —dijo el señor Cupples, examinando su cordero con ojos favorables—. Es que no me gusta el vino, nada más. Una vez compré una botella para ver cómo era y me la bebí, y me sentó mal. Pero muy probablemente era un vino malo. Probaré el suyo, ya que es su cena, y le aseguro, mi querido Trent, que me encantaría hacer algo insólito para demostrarle cuánto me alegra la presente ocasión. Hace muchos años que no estaba tan contento. Pensar —reflexionó en voz alta mientras el camarero le llenaba la copa— que el misterio de Manderson está resuelto; el inocente, exculpado, y su felicidad y la de Mabel, coronadas... ¡Y todo se me echa encima a la vez! Por usted, querido amigo.

Y el señor Cupples bebió un sorbito mínimo de vino.

—Tiene usted una naturaleza grande —dijo Trent, muy conmovido—. Su aspecto externo desmiente la inmensidad de su alma. Antes me habría imaginado ver a un elefante dirigiendo una orquesta que a usted bebiendo a mi salud. ¡Querido Cupples! ¡Que su pico retenga para siempre ese delicado tinte rosa!^[38]... ¡No, maldita sea! —explotó y, del susto, una sombra de incomodidad cruzó el rostro de su acompañante cuando volvió a probar el vino—. No soy quién para meterme en lo que le gusta. Discúlpeme. Beba lo que quiera, aunque el jefe de camareros perezca herido en su orgullo.

Cuando hubieron servido su monacal bebida al señor Cupples, y el camarero se hubo retirado, Trent miró de forma significativa al otro lado de la mesa.

—En medio de este barullo de conversaciones —dijo— podemos hablar con tanta libertad como si estuviéramos en una colina desnuda. El camarero está pelando la pava con la joven de la caja. Estamos solos. ¿Qué piensa de la charla de esta tarde?

Empezó a cenar con apetito.

Sin detenerse en la tarea de cortar el cordero en trozos muy pequeños, el señor Cupples contestó:

—A mi juicio, el atributo más curioso era la ironía de la situación. Ambos teníamos la clave de ese odio demencial de Manderson que tan misterioso le parecía a Marlowe. Sabíamos de sus celos obsesivos; lo cual ocultamos, como debíamos, aunque no fuera más que por respeto a la voluntad de Mabel. Marlowe nunca sabrá qué sospechaba ese individuo. ¡Extraño! Me atrevería a pensar que casi todos nosotros nos movemos de modo inconsciente en una red de opiniones, a menudo muy erróneas, que creemos que otra gente tiene de nosotros. Por ejemplo, me acuerdo de haber descubierto hace unos años, de manera por completo accidental, que varios conocidos míos creían que había sido recibido en secreto en la Iglesia de Roma. Esa ficción absurda se basaba en el hecho, que a ojos de muchos parecía concluyente, de que en una ocasión me había mostrado favorable al plan de abstenernos de carne una vez por semana. Lo que Manderson pensaba de su secretario probablemente tuviera cimientos aún más endebles. Me parece que dijo usted que fue el señor Bunner el que le habló de su arraigada y en apariencia hereditaria tendencia a los celos y la sospecha... En cuanto a la historia de Marlowe, me ha parecido totalmente sincera y, en sus rasgos esenciales, no especialmente notable, una vez hemos admitido, como sin duda debemos, que en el caso de Manderson tenemos que vérnoslas con una mente más o menos desordenada.

Trent rio a carcajadas.

—Confieso —dijo— que el asunto me pareció un poco inusual.

—Solo en el desarrollo de los detalles —replicó el señor Cupples—. ¿Qué tienen de anormal los hechos esenciales? Un loco concibe una sospecha descabellada; prepara un plan astuto contra su rival imaginario; ello conlleva su propia destrucción. Visto así, ¿qué hay en todo ello que cualquier hombre con el menor conocimiento de

las costumbres de los lunáticos pudiera llamar notable? Ahora fijémonos en las acciones de Marlowe. Se encuentra en una situación peligrosa de la que no va a salir diciendo la verdad, aunque es inocente. ¿Acaso es una situación inaudita? Escapa mediante un engaño osado e ingenioso. Me parece que es algo que puede pasar cada día, y que probablemente pase.

Atacó el cordero, que había quedado irreconocible.

—Me gustaría saber —dijo Trent, tras una pausa alimenticia en la conversación— si hay algo que haya ocurrido alguna vez sobre la faz de la tierra que no pudiera considerarse vulgar y corriente según esa línea argumental.

Una sonrisa amable iluminó el rostro del señor Cupples.

—No debe considerarme sospechoso de paradoja vacua —dijo—. Tal vez lo que quiero decir quede más claro si menciono algunas cosas que sí me parecen esencialmente notables. A ver... Bien, diría que la historia de la vida de la duela hepática, que debemos a las investigaciones de Poulton, es esencialmente notable.

—No puedo rebatirlo —respondió Trent—. La bella ciencia habrá bendecido el descubrimiento de la humilde duela hepática, pero jamás he oído hablar de ella.

—Puede que no sea un asunto apetitoso —dijo el señor Cupples, pensativo—, y no voy a ahondar en él. Solo quiero decir, mi querido Trent, que de verdad hay cosas fuera de lo común que ocurren a todas horas por todas partes; basta con querer verlas; y no honramos nuestras percepciones considerando reseñables solo los asuntos rodeados de una acumulación de detalles sensoriales.

Trent aplaudió enérgicamente dando golpes en la mesa con el mango del tenedor, mientras el señor Cupples se refrescaba con leche y agua con gas.

—Hace años que no lo oigo hablar así —dijo—. Creo que debe usted de estar casi tan sobrecogido como yo. Es un caso grave de la inquietud que los hombres llaman deleite de forma equivocada. Pero, por más que disfrute de ella, no voy a quedarme sentado y permitir que desdeñe el caso Manderson y diga que es vulgar. Diga lo que quiera, pero la idea de hacerse pasar por Manderson en esas circunstancias fue extraordinariamente ingeniosa.

—Ingeniosa..., ¡desde luego! Extraordinariamente ingeniosa..., ¡no! En esas circunstancias, como usted dice, en realidad no tiene nada de raro que se le ocurriera a un hombre inteligente. Estaba casi en la superficie de la situación. Marlowe era famoso por su imitación de la voz de Manderson; era un actor con talento; tenía mentalidad de jugador de ajedrez; conocía íntimamente las costumbres del lugar. Estoy de acuerdo en que la idea fue ejecutada de manera brillante; pero tuvo todo de cara. En cuanto a la idea esencial, por lo que respecta a la inventiva, no la pondría en la misma categoría que, por ejemplo, la idea de utilizar la fuerza del retroceso en un arma de fuego disparada para mover el mecanismo de expulsión y recarga. Sin embargo, admito, como he hecho al comienzo, que en lo relativo a los detalles el caso tenía rasgos inusuales. Desarrolló un alto grado de complejidad.

—¿Usted cree? —preguntó Trent con sarcasmo desesperado.

—El asunto se complicó —continuó, impertérrito, el señor Cupples— porque, después de que se despertasen las sospechas de Manderson, una segunda mente sutil vino a interferir en los planes de la primera. Esa clase de duelo se da a menudo en los negocios y en la política, pero con menos frecuencia, me imagino, en el mundo del crimen.

—Yo diría que nunca —contestó Trent—; y la razón es que ni siquiera a los delincuentes más inteligentes suele darles por la sutileza estratégica. Cuando es el caso, no los atrapan, dado que los policías inteligentes tienen todavía menos sutileza estratégica que el delincuente inteligente corriente, si ello es posible. Pero esa cualidad tan profunda rara vez va de la mano de la constitución delictiva. Mire a Crippen. Para ser criminal era muy inteligente. Resolvió el problema central de todo asesinato, cómo deshacerse del cuerpo, con extrema pulcritud. Pero ¿hasta dónde previó la fuga? El delincuente y el policía son a menudo estrategias rápidos y osados, pero ni a uno ni a otro se les puede pedir más que un plan bastante sencillo. Al fin y al cabo, es una facultad rara en todos los ámbitos.

—Lo que hemos descubierto hoy —dijo el señor Cupples, que parecía haber tenido suficientes cavilaciones abstractas por el momento— me ha dejado en la mente una reflexión inquietante. Si Marlowe no hubiese sospechado nada y hubiese caído en la trampa, es casi seguro que lo habrían colgado. Pues bien, ¿cuántas veces se habrá llevado a la práctica con éxito un plan para hacer recaer la culpa de un asesinato sobre una persona inocente? Supongo que hay muchos casos en los que los acusados, declarados culpables sobre la base de pruebas circunstanciales, han muerto proclamando su inocencia. Jamás volveré a aprobar una pena de muerte impuesta en un caso decidido sobre la base de esa clase de pruebas.

—Por mi parte, nunca lo he hecho —dijo Trent—. Me parece que colgar en casos así va en contra del obvio y sensato principio expresado en el dicho de que «nunca se sabe». Estoy de acuerdo con el jurista estadounidense que establece que nunca deberíamos colgar a un perro amarillo por robar mermelada basándonos en pruebas circunstanciales, ni siquiera si tiene el morro lleno de mermelada. En cuanto a si hay personas malévolas que achacan delitos a seres inocentes, por supuesto que pasa continuamente. Es un rasgo muy marcado, por ejemplo, en todos los sistemas que se gobiernan mediante la coerción, ya sea en Irlanda, Rusia, India o Corea. En todos estos países si la policía no puede atrapar a un hombre que considera peligroso jugando limpio, lo hace jugando sucio. Pero hay un caso en los juicios de Estado^[39] que es especialmente pertinente, porque no solo fue un caso en que se imputó un asesinato a gente inocente, sino que en la práctica el conspirador hizo lo que hizo Manderson; dio la vida para asegurarse de que sus víctimas morían. Probablemente haya oído usted hablar del caso Campden.

El señor Cupples confesó su ignorancia y se sirvió otra patata.

—John Masefield tiene una obra muy notable al respecto^[40] —dijo Trent—, y, si algún día vuelven a representarla en Londres, debería ir a verla, si le gusta pasar un

mal rato. No sé las veces que habré visto a las mujeres llorar discretamente en el teatro con un pedazo de sentimiento como si fueran de mantequilla. ¡Madre mía! ¡Qué histerias perpetuas, de las de tener que oler sales volátiles, sufrirían si vieran esa obra bien interpretada! Bueno, los hechos son que John Perry acusó a su madre y a su hermano de asesinar a un hombre, y juró que los había ayudado a hacerlo. Contó una historia llena de detalles elaborados, y tenía respuestas para todo, excepto el curioso hecho de que no se podía encontrar el cadáver; pero al juez, que probablemente estaba borracho en aquel momento..., esto fue en la época de la Restauración..., le dio lo mismo. La madre y el hermano negaron la acusación. Los tres prisioneros fueron hallados culpables y colgados, tan solo por el testimonio de John. Dos años después, el hombre por cuyo asesinato los habían colgado volvió a Campden. Lo habían secuestrado unos piratas y se lo habían llevado al mar. Su desaparición le dio la idea a John. Lo importante de John es que el hecho de que se incluyera a sí mismo en la acusación, lo cual equivalía a suicidarse, fue la parte de su testimonio que convenció a todo el mundo de la verdad del mismo. Se daba por sentado que nadie se dejaría matar para que colgasen a otra persona. Bien, eso es justo lo que habría respondido la acusación si Marlowe hubiese dicho la verdad. Ni un jurado entre un millón habría creído que el plan de Manderson pudiese ser cierto.

El señor Cupples reflexionó sobre esto unos instantes.

—No tengo los conocimientos de usted sobre esa rama de la historia —dijo a la postre—; es más, la desconozco por completo. Pero me están viniendo ciertos recuerdos de mi propia infancia en conexión con ese asunto. Sabemos por las cosas que Mabel le contó lo que podríamos llamar la verdad sentimental que subyace en todo este asunto; la honda locura de odio y celos que Manderson ocultaba. Podemos entender que fuera capaz de un plan así. Pero en general es en la tarea de penetrar el móvil emocional donde falla la administración de justicia. A veces esconden esa verdad deliberadamente, como en el caso de Manderson. A veces, me parece, se esconde sencillamente porque en realidad la gente es incapaz de expresarla, y nadie la adivina. Cuando era niño, en Edimburgo, todo el país enloqueció con el asesinato de Sandyford Place.

Trent asintió.

—El caso de la señora McLachlan. Era inocente.

—Mis padres pensaban que sí —dijo el señor Cupples—. Yo también lo pensé cuando fui lo bastante mayor para leer y entender aquella historia excesivamente sórdida. Pero el misterio del asunto era tan oscuro, y la tarea de encontrar la verdad tras las mentiras que todos los concernidos decían resultó ser tan imposible que muchos otros estaban igual de convencidos de la inocencia del bueno de James Fleming. Toda Escocia tomó partido. Hubo varios debates en el Parlamento. La prensa se dividió en dos bandos, y se enfureció con una rabia que no he vuelto a ver. Pero es evidente, ¿no?... porque ya veo que ha leído el caso..., que, si se hubiera podido conocer el móvil sentimental de aquel anciano, no habría habido margen de

duda. Si lo que algunos conjeturaban de su carácter era cierto, era muy capaz de asesinar a Jessie McPherson y luego echarle la culpa a la pobre criatura simple que estuvo tan cerca de la última pena.

—Hasta un vulgar viejo chocho como Fleming puede ser un misterio inescrutable para el resto de la raza humana —dijo Trent— y para casi todo un tribunal. Sin duda, la ley no brilla en los casos que requieren mucha delicadeza de percepción. Ya se equivoca con demasiada facilidad con los Flemings de este mundo. En cuanto a la gente temperamental que se ve involucrada en procedimientos legales, deben de sentirse como si estuvieran en un bosque de simios, ganen o pierdan. Bueno, me atrevería a decir que a esa gente le viene bien que alguien les recuerde la realidad de vez en cuando. Pero ¿qué le habrían hecho a Marlowe las doce realidades coloradotas de los miembros de un jurado? Como él dice, su historia habría sido mucho peor que carecer de defensa por completo. No hay un solo testimonio que apoye su relato. ¿No se imagina cómo lo destrozaría la acusación? ¿No ve al juez pasando por encima de puntillas en su resumen? Y el jurado... A usted le habrá tocado ser miembro de un jurado, me imagino... En su habitación, haciendo ruiditos de indignación ante esa mentira endeble, diciéndose unos a otros que es el caso más claro que jamás han visto, y que habrían tenido mejor opinión de él si no le hubiera entrado miedo en la crisis y se hubiera largado con el botín como había planeado. Imagínese usted mismo en ese jurado, sin conocer a Marlowe, y temblando de indignación ante la crónica desplegada en la sala: ¡codicia, asesinato, robo, cobardía repentina, mentiras desvergonzadas, impenitentes, desesperadas! Caramba, si usted y yo lo consideramos culpable hasta que...

—¡Un momento! ¡Un momento! —interrumpió el señor Cupples, dejando cuchillo y tenedor encima de la mesa—. Cuando hablamos la otra noche, me cuidé mucho de decir nada que indicase esa opinión. Yo siempre he estado seguro de que era inocente.

—Ha dicho algo por el estilo en casa de Marlowe hace un momento. No estaba seguro de qué diantres podía querer decir. ¡Seguro de que era inocente! ¿Cómo puede estar seguro? Normalmente lleva usted más cuidado con las palabras, Cupples.

—He dicho «seguro» —repitió firmemente el señor Cupples.

Trent se encogió de hombros.

—Si de verdad estaba seguro, después de leer mi manuscrito y de hablar de todo el asunto como hicimos —repuso—, solo puedo decir que debe de haber renunciado por completo a toda confianza en las operaciones de la razón humana; una actitud que no solo es de mal cristiano y una majadería infernal, curiosamente, sino también de mal positivista, si es que no entiendo de forma equivocada ese sistema. Caramba, hombre...

—Déjeme decir una cosa —interrumpió de nuevo el señor Cupples, juntando las manos sobre el plato—. Le aseguro que estoy lejos de abandonar la razón. Estoy seguro de que es inocente, y siempre lo he estado, por algo que sé y que sabía desde

el primer momento. Acaba de pedirme que me imagine en el jurado del juicio de Marlowe. Sería un ejercicio poco rentable de las facultades mentales, porque sé que estaría presente de otra manera. Estaría en el estrado, declarando como testigo de descargo. Acaba de decir: «No hay un solo testimonio que apoye su relato». Lo hay, y es mi testimonio. Y es bastante concluyente —añadió con suavidad.

Cogió el cuchillo y el tenedor y siguió cenando con satisfacción.

La palidez de la emoción repentina había dejado de piedra a Trent mientras el señor Cupples avanzaba laboriosamente hacia esa afirmación. Con la última palabra, la sangre se le agolpó en el rostro de nuevo, y dio un golpe a la mesa mientras soltaba una risotada antinatural.

—¡No puede ser! —estalló—. Son imaginaciones suyas, algo que ha soñado después de una de esas bacanales suyas de leche y agua con gas. No puedo creer que todo el tiempo que pasé allá abajo trabajando en el caso supiera usted que Marlowe era inocente.

El señor Cupples, ocupado con su último bocado, asintió radiante. Acabó de comer, se limpió el bigote ralo y a continuación se inclinó sobre la mesa.

—Es muy sencillo —dijo—. Fui yo el que disparó a Manderson.

—Me temo que lo he asustado —oyó Trent que decía la voz del señor Cupples.

Se obligó a salir de su estupefacción como un buceador que sube dando brazadas a la superficie, y con un movimiento rígido alzó su copa. Pero la mitad del vino se derramó encima del mantel, y volvió a dejar la copa en la mesa sin probarlo. Respiró hondo, y exhaló con una risa totalmente desprovista de alegría.

—Prosiga —dijo.

—No fue asesinato —comenzó el señor Cupples, midiendo centímetros lentamente con un tenedor en el borde de la mesa—. Voy a contarle toda la historia. Aquel domingo por la noche, yo estaba dando mi paseo de antes de acostarme, y había salido del hotel hacia las diez y cuarto. Fui por el camino del campo que pasa por detrás de White Gables, atravesé la gran curva de la carretera, y salí a la misma casi enfrente de ese portillo que está al lado del hoyo ocho del campo de golf. Allí di la vuelta, con intención de andar siguiendo el césped hasta el borde del acantilado y volver por ahí. Solo había dado unos pasos cuando oí llegar el coche, y luego oí que se paraba cerca del portillo. En ese momento, vi a Manderson. ¿Se acuerda de que le dije que volví a verlo con vida después de nuestra pelea enfrente del hotel? Bueno, pues fue entonces. Me preguntó usted si lo había visto, y no quise faltar a la verdad.

Un ligero gruñido salió de Trent. Bebió un poco de vino y dijo gélidamente:

—Prosiga, por favor.

—Como sabe —continuó el señor Cupples—, la luna brillaba aquella noche, pero yo estaba a la sombra de los árboles junto al muro de piedra, y de todas formas no podían suponer que hubiera alguien cerca. Oí todo lo que ocurrió justo como

Marlowe nos lo ha relatado, y vi al coche salir hacia Bishopsbridge. No vi la cara de Manderson cuando se alejaba, porque me estaba dando la espalda, pero sacudió el reverso de la mano izquierda en dirección al coche con extraordinaria violencia, para gran sorpresa mía. Entonces esperé a que volviese a White Gables, porque no quería volver a encontrármelo. Pero no lo hizo. Abrió el portillo por el que yo acababa de pasar y se quedó de pie en el césped del *green*, muy quieto. Iba con la cabeza gacha, los brazos inertes a los lados, y de alguna manera parecía... rígido. Permaneció en esa actitud unos momentos, y a continuación movió el brazo derecho bruscamente y metió la mano en el bolsillo del abrigo. Vi su rostro a la luz de la luna, enseñando los dientes, y con los ojos brillantes, y en ese momento supe que el hombre no estaba en su sano juicio. Casi al mismo tiempo que cruzaba mi mente esa idea, algo destelló a la luz de la luna. Sostenía la pistola delante de sí mismo, apuntando al pecho.

»Ahora puedo decir que siempre dudaré si Manderson pensaba quitarse la vida de verdad en ese momento. Marlowe piensa que sí, naturalmente, puesto que no sabe nada de mi intervención. Pero me parece muy probable que solo tuviera intención de infligirse una herida y acusar a Marlowe de intento de asesinato y robo.

»No obstante, en ese momento, di por sentado que se trataba de un suicidio. Antes de darme cuenta de lo que estaba haciendo, había salido de las sombras de un salto y había agarrado el arma. Me rechazó con un rugido furioso, dándome un golpe terrible en el pecho y apuntándome a la cabeza con el revólver. Pero lo agarré de las muñecas antes de que pudiese disparar y las aferré con todas mis fuerzas... Se acordará de lo magulladas y arañadas que estaban. Sabía que en ese momento estaba luchando por mi supervivencia, porque su mirada decía claramente que se proponía asesinarme. Peleamos como dos animales, sin articular palabra, yo sujetando hacia abajo la mano de la pistola y agarrando la otra. Nunca imaginé que tendría fuerzas para un encuentro así. Entonces, con un movimiento totalmente instintivo..., nunca supe que quería hacerlo..., aparté de un manotazo su mano libre y agarré el arma a la velocidad del rayo, quitándosela de los dedos. Milagrosamente, no se disparó. Retrocedí unos pasos a toda prisa, él me saltó a la garganta como un gato salvaje, y yo le disparé a ciegas. Debía de estar a un metro de distancia, supongo. Sus rodillas cedieron al instante, y cayó redondo al césped.

»Tiré la pistola y me incliné sobre él. Su corazón cesó de latir bajo mi mano. Me quedé arrodillado, mirando, petrificado; y no sé cuánto tiempo transcurrió hasta que oí el ruido del coche que regresaba.

»Trent, todo el tiempo que Marlowe fue de un lado a otro por el *green*, con la cara pálida y preocupada iluminada por la luz de la luna, estuve a unos metros de él, acuclillado a la sombra de la aulaga al lado del *tee* del hoyo nueve. No me atreví a dejarme ver. Estaba pensando. Sospechaba que mi pelea pública con Manderson esa misma mañana sería el cotilleo del día en el hotel. Le aseguro que todas las horribles posibilidades que la situación presentaba para mí se me pasaron por la cabeza en el momento en que vi caer a Manderson. Me volví astuto. Sabía lo que tenía que hacer.

Tenía que volver al hotel cuanto antes, entrar sin ser visto de ninguna manera e interpretar un papel para salvarme. No debía decir una palabra a nadie. Por supuesto, daba por hecho que Marlowe contaría cómo había encontrado el cadáver. Sabía que deduciría que Manderson se había suicidado; pensaba que lo supondría todo el mundo.

»Cuando finalmente Marlowe empezó a levantar el cuerpo, me alejé con sigilo siguiendo el muro y salí a la carretera junto al club, donde no podía verme. Crucé la carretera, salté la verja y atravesé a la carrera la pradera para llegar al camino del campo por el que había llegado, que va hasta el hotel por detrás de White Gables. Volví al hotel sin aliento.

—Sin aliento —repitió de forma mecánica Trent, que seguía mirando fijamente a su acompañante como si estuviese hipnotizado.

—Había corrido muy deprisa —le recordó el señor Cupples—. Bueno, al acercarme al hotel por la parte de atrás me asomé al interior del salón de lectura por la ventana abierta. No había nadie, así que me encaramé al alfeizar, entré, fui hasta la recepción y toqué la campanilla, y a continuación me senté a escribir una carta que pensaba redactar al día siguiente. Vi en el reloj que pasaban unos minutos de las once. Cuando llegó el camarero, pedí un vaso de leche y un sello. Poco después subí a acostarme. Pero no pude dormir.

El señor Cupples, que no tenía más que decir, dejó de hablar. Miró con moderada sorpresa a Trent, que estaba sentado en silencio, con la cabeza agachada apoyada en las manos.

—No pudo dormir —musitó finalmente en tono hueco—. Un resultado habitual de los esfuerzos excesivos durante el día. Nada que deba preocuparlo. —Volvió a quedarse en silencio, luego levantó la mirada con la cara pálida—. Cupples, estoy curado. Jamás volveré a tocar un misterio criminal. El de Manderson será el último caso de Philip Trent. Por fin su pretencioso orgullo cede bajo sus pies. —La sonrisa de Trent regresó de súbito—. Habría podido soportar todo menos esa última revelación de la impotencia de la mente humana. Cupples, no me queda absolutamente nada que decir, salvo esto: me ha derrotado. Bebo a su salud dispuesto a flagelarme. Y la cena la va a pagar usted.



EDMUND CLERIHEW BENTLEY, (Londres, Gran Bretaña, 10 de julio de 1875 - 30 de marzo de 1956, Londres, Gran Bretaña) fue un famoso novelista y humorista inglés.

Notas

[1] Los primeros buscadores de oro en viajar a California durante la llamada «Fiebre del Oro» (ca. 1848-1855) reciben el nombre de *forty-niners*, o «los del 49». (Todas las notas son del traductor.) <<

[2] Gabletes o piñones blancos. [\[Vuelta a nota 10\]](#) <<

[3] La *Guía de Bradshaw*, publicada entre 1839 y 1961, recopilaba los horarios y trayectos de los ferrocarriles británicos. <<

[4] Tradicionalmente, la calle en la que se hallaban las redacciones de los principales periódicos ingleses. <<

[5] Versos del capítulo XIII de *Los Idilios del Rey*, de lord Alfred Tennyson. <<

[6] La expresión inglesa *to think about breakfast*, literalmente, «pensar en el desayuno», significa en sentido figurado «estar absorto». <<

[7] Paráfrasis de la canción que Lovel escucha al final del capítulo x de *El anticuario*, de Walter Scott. <<

[8] Paráfrasis del poema «La noche del sábado del campesino», de Robert Burns. <<

[9] Mary Rogers fue víctima de un asesinato real e inspiró el cuento «El misterio de Marie Rogêt», de Edgar Allan Poe. <<

[10] [\[Véase la nota 2\]](#).

[11] Esta vista preliminar, dirigida por el *coroner* (en Inglaterra, una persona independiente, nombrada por la autoridad municipal, que certifica las muertes ocurridas en su jurisdicción), es un procedimiento propio de los sistemas de *common law* para determinar la causa de la muerte, especialmente cuando esta es repentina o violenta. [\[Vuelta a nota 20\]](#) <<

[12] Cita del poema «Lalla Rookh», de Thomas Moore. <<

[13] Cita del poema *La Dama del Lago*, de Walter Scott. <<

[14] Paráfrasis del poema «Maud», de lord Alfred Tennyson. <<

[15] Cita del poema «Hélade», de P. B. Shelley. <<

[16] Bandeja. <<

[17] ¡No lo lamento para nada, para nada! La señora... ¡Ah! Por la señora me tiraría al fuego... ¡Una mujer tan encantadora, tan adorable! Pero un hombre como el señor... ¡Huraño, gruñón, impasible! ¡Ah, no! ¡Jamás! ¡Estaba hasta el gorro del señor! ¡Ah! ¡Sí! ¿No es insoportable que haya tipos así? Le juro que...

—Deje de alborotar, Célestine. ¡Menuda escena! ¡Qué lata! Eso se lo calla uno, señorita. Además, es muy imprudente, créame. <<

[18]

—¡Apenas me miraba!

—¡Es el colmo!

<<

[19] Paráfrasis del poema «Faustine», de A. C. Swinburne. <<

[20] [\[Véase la nota 11\]](#). El *coroner* puede contar con la ayuda de un jurado en algunas vistas preliminares, como ocurre en *El último caso de Philip Trent*. <<

[21] Popular grabado del pintor Herbert Dicksee, que representa a una joven y su perro. <<

[22] Comisario de Policía de la Metrópolis, es decir, jefe de la Policía Metropolitana de Londres, de 1903 a 1918. Pasó a la historia por su defensa de la identificación mediante las huellas dactilares. <<

[23] Personaje del cómic del mismo nombre, creado por Gus Mager, y publicado entre 1913 y 1922, y de nuevo entre 1931 y 1952. <<

[24] El rico de la parábola de Lázaro y el rico (Lucas 16, 19-31). <<

[25] Sociedad Teatral de la Universidad de Oxford, fundada en 1885. [\[Vuelta a nota 35\]](#).

<<

[26] Bardolfo: personaje de *Enrique IV y Enrique V*; Cleón: personaje de *Pericles, príncipe de Tiro*; y Mercurio: personaje de *Romeo y Julieta*. <<

[27] La violencia armada, particularmente en el marco de los conflictos sociales, según expresión acuñada por Gustave Hervé. <<

[28] James Hepburn, lord Bothwell (1534-1578), que, acusado de asesinar a lord Darnley, marido de María Estuardo, la secuestró para casarse con ella. <<

[29] El autor cita una carta de Lady Mary Worthy Montagu en la que esta describe un encuentro con Isabel Cristina de Brunswick-Wolfenbüttel, esposa del emperador del Sacro Imperio Romano Germánico Carlos VI. <<

[30] Paráfrasis del soneto XVIII, de Shakespeare. <<

[31] Paráfrasis del soneto «Feliz es Inglaterra», de Keats. <<

[32] Cita del poema «Amor moderno», de George Meredith. <<

[33] Paráfrasis de *Los Cenci*, de Shelley. <<

[34] Paráfrasis de Eclesiastés 7, 6. <<

[35] [\[Véase la nota 25\]](#) . <<

[36] Cita del poema «Al cuco», de William Wordsworth. <<

[37] Cita del poema «Himno a Grecia», de Byron. <<

[38] Cita del poema «En una góndola», de Robert Browning. <<

[39] Recopilación de jurisprudencia en procedimientos relativos a autoridades del Estado o a aspectos de derecho internacional o constitucional. <<

[40] Puede tratarse de *The Campden Wonder* o de *Mrs. Harrison*, ambas de 1907. <<